Las guerras por Malvinas

1982–2022

Federico Lorenz

ensayo edhasa

Federico G. Lorenz

LAS GUERRAS POR MALVINAS




ESTO ES HISTORIA

Las fuerzas argentinas desembarcaron en las Islas Malvinas el 2 de abril de 1982, y se rindieron el 14 de junio de ese mismo año. La contienda duró poco más de setenta días, un plazo breve para un conflicto armado entre naciones. Sin embargo, y a pesar de este tenaz calendario, podría decirse que la guerra comenzó mucho antes, y terminó mucho después, si es que en verdad ha terminado.

¿Por qué afirmar tal cosa? No se trata de una invitación a volver a las armas, sino más bien de un intento por comprender de qué manera se llegó a ellas, cuál fue el clima del país mientras los soldados de ambos países se mataban y qué sucedió desde que terminó la disputa hasta hoy.

Lo que Federico Lorenz indaga en este libro es la construcción de lo que podría llamarse “la causa Malvinas”, antes, pero sobre todo durante y después de la guerra. El rol de la educación primaria y secundaria; el nacionalismo; el clima de violencia y militarización de la década del setenta (de los militares, de los jóvenes de las organizaciones revolucionarias y, más ampliamente, de la política); el papel de la sociedad civil, los políticos, los medios de comunicación y los intelectuales entre el 2 de abril y el 14 de junio; las luchas en el interior de las Fuerzas Armadas; los derechos reclamados durante décadas por los ex combatientes; la relación entre los sobrevivientes del conflicto, los muertos en la guerra y los desaparecidos por el terrorismo de Estado; la manera en que los argentinos procesaron la derrota y su herencia.

Publicado por primera vez en 2006, Las guerras por Malvinas se ha convertido en una referencia ineludible para pensar la historia contemporánea de la Argentina. Esta nueva edición, que suma un prólogo y el análisis de “la causa Malvinas” durante el kirchnerismo, es la versión definitiva del texto y es una invitación directa al debate sobre un tema que aún resulta incómodo y que sigue gravitando sobre nosotros, como una memoria que no encuentra paz ni sosiego.

Lorenz, Federico

Las guerras por Malvinas / Federico Lorenz. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Edhasa, 2022.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-628-677-0

1. Guerra de Malvinas. I. Título.

CDD 997

Diseño de cubierta: Juan Pablo Cambariere

Edición a cargo de Juan Suriano

Primera edición: abril de 2022

Edición en formato digital: abril de 2022

Avda. Córdoba 744, 2º piso C

C1054AAT Capital Federal

Tel. (11) 50 327 069

Argentina

E-mail: info@edhasa.com.ar

http://www.edhasa.com.ar

Diputación, 262, 2º 1ª, 08007, Barcelona

E-mail: info@edhasa.es

http://www.edhasa.es

ISBN 978-987-628-677-0

Conversión a formato digital: Libresque

Índice

Para Iván, Vera, Ana y María Inés.

Para los que luchan, para los que no escriben verdad entre comillas.

Porque todavía falta mucho.

En memoria de los soldados conscriptos muertos en Malvinas, de sus compañeros ex combatientes, y de aquellos suboficiales y oficiales que sin estar manchados de sangre de compatriotas, cumplieron con su deber.

Algún día esta lista podrá hacerse.

¿De qué te hablo? ¿Qué celebramos –que la memoria haya puesto a salvo– en esta dulce tierra?

Andrés Rivera, En esta dulce tierra.

No figura en ningún mapa: los lugares verdaderos nunca figuran en ellos.

Herman Melville, Moby Dick.

Agradecimientos

A mis primeros entrevistados, Diego Rubino y Omar Olsiewich, compañeros de trabajo de Telefónica, y a todos los que a lo largo de estos años abrieron sus recuerdos para mí. Mi afecto y amistad para Antonio Reda, Miguel Ángel Trinidad, Gabriel Sagastume y David Zambrino, ex combatientes. Antonio y Miguel han sido interlocutores generosos y desprejuiciados. Sin el aporte de Miguel, algunas partes de este libro serían bastante más oscuras. A los cuatro agradezco, en especial, la compañía en un trabajo fascinante pero muchas veces también solitario e ingrato.

Agradezco a Salvador Vargas, padre de Alejandro, muerto en Malvinas, por mostrarme uno de los sentidos que se le puede dar al dolor.

Gracias a Anne Perotin–Dumon y Alex Wilde, colegas pacientes. Este libro tuvo su origen en una invitación de Anne, y a ella debo el impulso y el respaldo para avanzar en textos preliminares, escritos para un taller realizado en Londres en octubre de 2003. Desde entonces, ambos son de esos amigos que a la distancia siempre están.

Mi amigo Gabriel Ozón siempre tuvo tiempo para ayudarme en mis obsesiones, aún mientras armaba su hogar en Incalaperra.

En honor a la genealogía de una investigación, agradezco a Dora Schwarzstein, in memoriam, y a Paul Thompson, por creer en una carta.

Luis Alberto Romero hizo agudas y muy inteligentes lecturas de versiones iniciales de algunos capítulos, que me obligaron a revisar cuidadosamente mis ideas.

En Gran Bretaña, agradezco a los miembros de la Oral History Society, especialmente a Alistair Thomson y Robert Perks. También a Mark Burman, de la BBC, porque una promesa de las que se hacen después de algunas cervezas desembocó en mi viaje a Malvinas. Mi afecto a los malvinenses Kay McCallum, Patrick Watts y John Fowler.

Muchas gracias a Javier Trímboli y a mis ex compañeros del Ministerio de Educación de la Ciudad de Buenos Aires y de la Nación, por las posibilidades de discutir e instalar estas cuestiones en distintos espacios a lo largo de muchos años de trabajo conjunto. A Alberto Sileoni, Ministro de Educación de la Nación, que en su momento me brindó la confianza para desarrollar estas iniciativas, y a Alejandra Birgin, que escuchó la propuesta de trabajar sobre los treinta años del golpe y la apoyó desde un principio. Fue la posibilidad de comenzar a cubrir una vacancia.

Violeta Rosemberg, la incondicional, merece un agradecimiento especial. Valeria Morelli es de esas interlocutoras que ponen la vara alta y nos obliga a ser mejores en lo que decimos y hacemos.

Julio Calvo, veterano de guerra, y María del Carmen Gaitán, su esposa, aportaron materiales de Puerto Madryn. Cecilia Flachsland me dio información fundamental acerca del rock y las Malvinas. Silvina Jensen es una amiga y colega de lujo, y una de las personas más generosas que conozco.

Mi hermano Germán es mi sangre en la Patagonia y me envió gran parte del material fueguino. Con él pude volver a Malvinas en 2007. Betty y Carlos, mis padres, guardan hace años recortes para mí. Angélica y Eduardo, mis tíos, fueron la puerta al Sur. Bárbara Palma del Rey y Ángel Melgar, amigos antes que nada, son un apoyo afectivo y logístico imprescindible. Muchas horas de trabajo de las que demandó este libro fueron posibles gracias a mis suegros Norma y Erasmo.

También tuvieron que ver con este libro Jennifer Adair, Ernesto Alonso, José Asturi, Máximo Badaró, EVA, Juan Pablo Fasano, Lila Feldman, Mónica Galassi, Carlos Gamerro, Jennifer Herbst, Elizabeth Jelin, Guillermo Korn, Mirta Lobato, Maria Laura Guembe, Graciela Karababikian, Silvina Segundo, Pablo Palomino, el Núcleo Memoria (IDES), Laura Panizo, Fernando Peirone, Daniela Pelegrinelli, Gustavo Urpianello y Mariano Volpedo.

Un agradecimiento especial a los trabajadores del Archivo de la Comisión Provincial por la Memoria de La Plata, impecables, eficientes, pacientes y comprometidos.

Muchas gracias a Fabián Bosoer, Analía Roffo, Martín Granovsky, Juan Boido, Claudio Zeiger, Pablo Stancanelli y Carlos Gabetta por la posibilidad de publicar e intervenir en las discusiones sobre Malvinas desde distintos ángulos y en distintos lugares.

Mi agradecimiento a María Fernanda Cañás y a mis colegas y alumnos del ISEN, porque me obligaron a ser riguroso y me enseñaron muchas cosas.

Mi reconocimiento a Juan Suriano y Fernando Fagnani, mis editores, por confiar en mis tiempos de trabajo antes y ahora. Y a las chicas de Edhasa, siempre atentas y cordiales con mis obsesiones bibliográficas.

Muchas gracias a Julio Vezub, compañero de ruta reciente pero fundamental. A José Emilio Burucúa y Nicolás Kwiatkowski, por el diálogo inteligente y el apoyo. A Rubén Chababo, director del Museo de la Memoria de Rosario, otro de esos compañeros intelectuales de lujo.

Un scrimshaw y un brindis imaginarios en Nantucket con mi amigo Juan Bautista Duizeide, imprescindible compañero y fogonero de mis sueños.

Un saludo al Barón y al Winston, compañeros de ruta, y a Ismael y el General, por las discusiones interminables acerca de los temas de este libro.

María Inés, mi esposa, tipió gran parte de las citas y testimonios de este libro. Trabajamos a la par desde hace muchos años y es la compañera de mi vida. Imposible pensar en nada sin su ayuda y consejo. Iván y Vera, mis hijos mayores, toleraron compartirme con el cientificuento. Ana llegó a la familia después de la primera edición de este libro, pero también soporta mis ausencias. Cualquier cosa que escriba para ellos será insuficiente.

Prólogo a la edición definitiva de Las guerras por Malvinas

Cuando cesan los combates, ¿hasta cuándo duran los efectos de una guerra? ¿Hasta que se enfrían las armas? ¿Hasta que las heridas, aun las más horribles mutilaciones, sanan? ¿Hasta que los combatientes son sólo una palabra, murmurada como un rezo? ¿Para siempre, a pesar de conmemoraciones, apretones de manos y declaraciones altisonantes?

Basta recorrer la geografía argentina y detenerse en carteles, murales y monumentos para ver la latencia del recuerdo de la guerra y sus protagonistas superpuesto, confundido, con la disputa por la soberanía de las islas Malvinas, iniciado en 1833.

¿Todavía vivimos una posguerra? Aunque nos separen cuarenta años de la rendición argentina en las islas, es muy probable que sí. Al igual que con la violencia política de la década del setenta y el terrorismo de Estado, los ecos de ese pasado violento, como ondas concéntricas, llegan hasta el presente potenciados por las disputas políticas de los distintos presentes que hemos vivido desde aquellos sucesos. Basta ver la periodicidad casi patológica con la que algunos temas del pasado son agitados con fines coyunturales: una elección, una pandemia (durante 2020 se habló de la "malvinización" de la política sanitaria, en alusión al clima de efervescencia –y también de militarización– de la sociedad argentina en 1982).

De una manera sorprendente pero a la vez explicable, las representaciones sobre la guerra de Malvinas han quedado congeladas en el tiempo, condensadas en torno a aquellos relatos sobre lo que había sucedido que se construyeron durante el conflicto y en la inmediata posguerra. La consolidación de esos marcos conceptuales para pensar la guerra del Atlántico Sur y sus consecuencias son el tema central de Las guerras por Malvinas, que apareció por primera vez en 2007, tuvo una edición ampliada y corregida en 2012 y hoy aparece en la edición definitiva que los lectores tienen en sus manos.

En 2012 señalé que "estábamos ante un horizonte abierto, pero sólo eso", en referencia al impulso y apropiación por parte del kirchnerismo de la causa Malvinas, que se materializó posteriormente en una serie de iniciativas públicas de memoria. Pero cuando escribí eso aún no había un Museo Malvinas e Islas del Atlántico Sur en el predio de la ex-ESMA (inaugurado en 2014), las identificaciones de los soldados enterrados en tumbas anónimas en el cementerio de guerra argentino en Darwin eran apenas un proyecto y vivíamos en un país muy diferente, aunque ya penosa y banalmente dividido. Un consenso implícito en la justicia del reclamo argentino sobre las islas congeló la posibilidad de profundizar las discusiones sobre las características y las consecuencias de la guerra de 1982 y, en definitiva, potenció aquellas lecturas que, como queda señalado (y este libro desarrolla), se construyeron en la primera década posterior a la guerra.

Es lógico que haya distintas memorias y relatos sobre la guerra, porque fue vivida de distintas formas. Lo que es llamativo es que aunque hoy podemos decir que hay más investigadores interesados en la aproximación al estudio del conflicto desde las ciencias sociales, su incidencia en la modificación o ampliación de los relatos públicos que circulan sobre el conflicto es pequeña. Por otra parte, el peso del mandato de la recuperación y, por qué no, la adhesión a esa causa nacional condicionan muchas de esas visiones. En consecuencia, algunos de esos trabajos, que deberían seguir las reglas del oficio de la investigación, están teñidos por los mismos límites al pensamiento crítico que son parte

del problema. Tal vez esto sea más comprensible si pensamos que hablar de la guerra de Malvinas es hablar de la historia política argentina y de los usos públicos del pasado. Ese mecanismo ha hecho que las miradas sobre la guerra de 1982 se congelen. Y entonces, la única posibilidad de romper esa situación es producir más investigaciones sobre la guerra como fenómeno específico, y que estas incidan en nuevas miradas, más complejas, más abarcadoras y menos excluyentes, que intervengan en las discusiones públicas sobre ella.

Si hacia 2007 en el campo académico trabajábamos prácticamente en solitario Rosana Guber y yo, hoy hay más investigadores que han tomado como objeto la experiencia de la guerra de 1982. Se amplió el campo de estudios con la incorporación de nuevos temas: la experiencia de aviadores, artilleros, unidades militares específicas de las distintas fuerzas, enfermeras, civiles patagónicos y familiares de los muertos en la guerra. Estas nuevas investigaciones muestran dos cosas: la riqueza aún por explorar de ese campo temático y la idea de que aproximaciones analíticas más focalizadas y estudios de caso pueden romper lecturas muy generales sobre la guerra y el pasado argentino consolidadas desde los grandes centros de producción periodística y cultural.[1] Podríamos decir que las miradas dominantes sobre Malvinas son un aspecto más de lo que llamo "porteñocentrismo": la hegemonía de los relatos sobre el pasado y el país consolidados desde Buenos Aires.

Desde que apareció Las guerras por Malvinas, en 2007, en ocasiones me he sentido más arqueólogo que historiador. Como me han explicado en detalle,[2] la noción de estratigrafía es central para la arqueología. A la hora de excavar, los arqueólogos parcelan el terreno en cuadrículas y deben registrar minuciosamente los materiales y sedimentos que encuentran. A medida que avanza su trabajo, la pared de uno de esos pozos muestra texturas y colores superpuestos, los que permiten datar y poner en contexto aquello que los investigadores encuentran.

Las guerras por Malvinas es un trabajo arqueológico de la memoria porque pone en su contexto, en el estrato correspondiente (o eso creo, al menos), aquellos núcleos duros del pensamiento acerca de la guerra. Lo sorprendente es que hecho ese trabajo, lo que emerge con fuerza en el espacio público es que pese a la variedad de capas que la investigación pone en evidencia, parecería que las memorias de Malvinas son de un monolítico celeste y blanco. Como si alguien llegara al sitio arqueológico cada noche con dos tarros de pintura y anulara lo que la observación muestra.

Ya no encuentro tan adecuada, como hace años, la metáfora de los archipiélagos de la memoria que acuñé para referirme a la fragmentariedad y el aislamiento de relatos sobre lo que habíamos vivido en 1982. Había allí una posibilidad de profundización de algunos aspectos de nuestros lazos y proyectos como sociedad que aún aguarda mejor suerte. Quien navega entre las islas que lo componen, al llegar de una a otra, lleva y trae novedades, noticias, experiencias, contempla diferentes paisajes. A la vez, el barco en el que se desplaza es una verdadera arca de Noé en el que se trasladan distintos organismos o pequeños animales que viajan y, al tocar en distintas costas, modifican la flora y la fauna de un lugar. Pero con la guerra de Malvinas, parecería que queremos perseverar en las miradas graníticas de 1982. Como queda dicho, no es que no haya producciones que hayan densificado las discusiones; pero poco pueden hacer contra el esfuerzo vital de replegarse en la propia experiencia de los actores, o de la pereza intelectual de quienes desde el Estado podrían fomentar debates que nos ayudaran a entender aquella guerra, y no sólo a sentirla. Al escribir Las guerras por Malvinas hice el camino precisamente inverso: por sentir aquella derrota, por solidaridad y respeto hacia

sus protagonistas, quise comprenderla y explicarla. Pero encuentro a cuatro décadas que aún hay muy poco lugar para los matices.

Cuando este libro era un borrador, recibí una llamada de Juan Suriano, el asesor histórico de Edhasa. Me hizo una serie de observaciones sobre los textos, me recomendó algunas revisiones, y al final me dijo: "Discrepo con muchas de las cosas que planteás en el libro. El tema del nacionalismo, el tema del arraigo popular... No lo había pensado de esa manera. Disiento, como te digo, pero por eso mismo creo que es un libro que tiene que salir". Ese gesto de honestidad intelectual y compromiso ético con la profesión, de respeto por las divergencias, es invaluable. No se trata de un respeto retórico, sino que se ponía en acto (pues, por ejemplo, podría haber hecho un informe de lectura desfavorable –y decisivo– sobre mi trabajo) cobró, con el paso del tiempo, mayores proporciones, sobre todo ante un clima de creciente intransigencia, pero que tiene y tendrá efectos nocivos sobre nosotros como sociedad.

Nadie debería tener que presentar documento de identidad, carnet partidario o lista de amistades para expresar lo que piensa sobre un tema. Un síntoma más de este clima estéril que vivimos es que gestos como el de Juan Suriano sean la excepción, y no la regla. Y por eso mismo creo que es importante recordarlo y, aun más importante, multiplicarlo en lo que nos toque.

En el "Epílogo" de la reedición de 2012 escribí: "Malvinas es –o debería ser– una gigantesca puerta de entrada a discutir los proyectos de país que se disputaron en la Argentina durante la segunda mitad del siglo XX, y las formas en que dicha disputa fue conducida. Formas que contuvieron mucho de violencia y poco, muy poco, de democracia. Autopercepciones acerca de la nación que quedaron enterradas en las islas junto a los muertos sacrificados en su nombre". Esa certeza no se ha visto satisfecha. Con el paso del tiempo, el incipiente proceso de introspección moral y la autocrítica social y política que fue visible en la inmediata posguerra fueron desplazados por miradas autocomplacientes, tanto en la mirada tradicional de la épica patriótica como en discursos que, por ejemplo, incorporaron la agenda de los derechos humanos a Malvinas, y viceversa. El peso del mandato de recuperación aplastó las divergencias, produjo volteretas y simplificaciones.

Abandonamos la necesidad de cuestionar y pensar la guerra de 1982 para proyectar, a la vez, discusiones más amplias sobre la sociedad que la vivió y la que proyectamos. El potencial convocante de Malvinas está estancado por dos factores: por la despolitización de las miradas sobre la guerra y por el mandato de soberanía, que somete al pensamiento crítico. Por eso hoy conviven relatos contradictorios sobre la guerra y la posguerra: están encarnados en distintas facciones políticas que, aunque discuten, se alternan en la dominancia, o sea que subsisten sin avanzar en nuevos acuerdos y, sobre todo, porque por encima de cualquier discusión está la causa nacional. Entre miradas autocomplacientes y causas sagradas, la intervención crítica no vive con comodidad.

Somos sobrevivientes. De aquellos años, de una pandemia. Deberíamos ser mejores que el país que en 1982 envió a sus hijos a la guerra, cambió para siempre la vida de miles de familias y alejó probablemente para siempre a las islas de la Argentina. Por eso hoy por hoy, más que la metáfora de los archipiélagos de la memoria para referirme a la historia y memoria de la guerra de Malvinas, encuentro más adecuada la idea de la botella al mar, para que estas líneas encuentren tiempos mejores. Las ideas centrales de este libro, creo yo, mantienen su vigencia. El último dictamen al respecto, por supuesto, es de los lectores.

Notas

1 Algunos ejemplos de esta producción, además de las obras a las que me referiré en las páginas que siguen: Rosana Guber (2016) produjo una etnografía sobre los pilotos de aviones A4B Skyhawk de la Fuerza Aérea Argentina; el sólido trabajo de Andrea Belén Rodríguez (2020) sobre integrantes de la Armada argentina; Florencia Gándara, que desarrolla una promisoria investigación, publicó (2020 y 2021) sobre oficiales y suboficiales del Regimiento de Infantería 3, y Germán Soprano (2019) hizo lo propio sobre el Grupo de Artillería 3.

2 Agradezco especialmente a Danae Fiore nuestro intercambio al respecto.

Bibliografía

Gándara, Florencia (2020). “Empezar a contar: testimonios escritos de oficiales y suboficiales argentinos en la inmediata posguerra de Malvinas”. Contemporánea, año 11, vol. 13, pp. 75-90.

———, (2021). “Malvinas: diseño y experiencias de un regreso. El Centro de Recuperación del Personal de la Fuerza (junio-julio de 1982)”. Quinto Sol. Revista de Historia, vol. 25, n.º 2, pp. 1-20.

Guber, Rosana (2016). Experiencia de halcón. Ni héroes ni kamikazes: pilotos de A4B. Buenos Aires: Sudamericana.

Rodríguez, Andrea Belén (2020). Batallas contra los silencios. La posguerra de los ex combatientes del Apostadero Naval Malvinas (1982-2013). La Plata: Universidad Nacional de La Plata, Universidad Nacional de General Sarmiento y Universidad Nacional de Misiones.

Prólogo a la reedición de 2012

Tanto los reaccionarios como los intelectuales dieron por sentado, como si fuera una ley de la naturaleza, el divorcio entre patriotismo e inteligencia.

George Orwell

Desde la primera edición de este libro, en 2006, sucedieron muchas cosas. La primera de ellas, de la que me congratulo, es que me generó discusiones y contactos con muchos compatriotas aquí y en el exterior. Esos intercambios me obligaron a revisar algunas de mis ideas, y es sobre todo debido a ellas que esta edición corregida y ampliada ve la luz. El libro me permitió, centralmente, ponerme en contacto con personajes históricos del movimiento de ex combatientes. Algunos de ellos rechazaron mis argumentos y han polemizado con mis conclusiones (lo que es saludable para cualquier democracia) o se han dedicado a vituperios y ataques bajos (lo que sienta mejor a épocas pretéritas de nuestro país). Otros, consecuentes con su idea de que su causa trasciende a las personas, aunque muchas veces no coinciden con mis argumentos aceptaron ser entrevistados y compartir sus documentos para dar mayor precisión a una época muy compleja. El mayor trabajo de reescritura ha estado centrado en la historia de estas agrupaciones, tema que por otra parte será objeto de un libro en el que estoy trabajando. He incorporado, también, mucho del excelente material reunido en el Archivo de la Comisión Provincial por la Memoria de La Plata, siendo consecuente con la idea de que más allá de nuestros sentidos comunes en los registros de los servicios de inteligencia no iba a haber solamente “cosas de desaparecidos”. Y así fue.

Espero que los lectores encuentren interesante la última parte del libro dedicada al impacto de las políticas de memoria del kirchnerismo en relación con Malvinas, proceso que afortunadamente aún no está cerrado, a pesar de reiterados intentos que en este trigésimo aniversario encontrarán su clímax.

Quiero agradecer especialmente las observaciones de Valeria Manzano, que publicó una reseña muy favorable sobre mi libro, lo que no le impidió ser crítica. Recomendaba, fundamentalmente, mayores precisiones para la primera parte, dedicada a los jóvenes y el servicio militar obligatorio. He desatendido su consejo (por lo que espero me perdone) por dos motivos: porque afortunadamente luego de Las guerras por Malvinas pude publicar otros libros donde gradualmente he ido subsanando las falencias que me marcó con justeza, y porque bien pronto descubrí que no podía tampoco cumplir con todas las demandas de precisiones o ampliaciones. Sucede lo mismo, por ejemplo, en el capítulo sobre la experiencia del frente de guerra. Este libro no pretende dar cuenta de todas ellas, y se concentró en cambio en una modélica, que ofrecía los elementos para analizar los mitos sobre Malvinas que se construyeron después. Por supuesto que eso no impide que muchos protagonistas no se sientan representados.

Tampoco es este un libro que se ocupe de la “historia larga” del archipiélago, una demanda que nace de la confusión de los planos: este fue y es un libro sobre las luchas simbólicas en torno a la guerra, no sobre la historia de la disputa, aunque obviamente la

marca del conflicto la tiñe desde entonces. Algunas cosas sobre esto digo, sin embargo, hacia el final.

Tantas observaciones, por otra parte, realzan lo que estimo como la principal virtud de mi texto: este es un libro de batalla. Como todo trabajo que se ocupa de la historia y de la memoria, Las guerras por Malvinas fue parte de las discusiones que estudiaba, y en ese camino fue cuestionado de diversas formas. Verificó sobre sí mismo una de sus ideas centrales: la fuerte presencia que el tema Malvinas tiene en los distintos espacios de nuestro país. Pero, también, la gran cantidad de malentendidos que aún genera.

Con mucha ingenuidad viví la aparición de la primera edición, en 2006, como la posibilidad de instalar una discusión pública más o menos importante sobre un tema que consideraba vacante. Seguramente también había en esa actitud algo de soberbia, y la mezcla de ambos elementos resultó frustrante para mí. Prácticamente no hubo verdaderas polémicas, y sí en cambio omisiones, ninguneos y ataques ad hominem.

Por supuesto, queda consignado que esta sensación de frustración puede deberse a un elevado narcisismo de mi parte, pero no obstante queda aún bastante tela para cortar, por ejemplo, en cuanto a las actitudes de los investigadores en relación con el tópico de la guerra de Malvinas, y a estas les he consagrado un capítulo nuevo. En 2006, salvo los trabajos pioneros de Rosana Guber (que por otra parte no proponen una mirada general como la de Las guerras por Malvinas) no había un libro que se ocupara de la historia de las memorias de Malvinas, ni del peso de la experiencia bélica durante la posdictadura. Afortunadamente hoy hay tesis, en curso o defendidas, y algunos investigadores dentro del campo de la historia reciente incorporaron el tema a sus preocupaciones. Pero a pesar de esto predominan en las discusiones importantes descalificaciones, que van desde lo explícito al más ramplón ninguneo, en lo que coinciden tanto los reaccionarios y autoritarios como los intelectuales ubicados en sus antípodas ideológicas. Por condescendencia, o por desprecio, pero en ambos casos por compartir la negativa a polemizar, tienen en común una peligrosa actitud: la del silenciamiento. No es esto lo mismo que el silencio; no es lo mismo la decisión de callar que la voluntad de callar a otro.

Como compensación, el libro circuló allí donde más fructífera es la disputa por las memorias: entre los docentes, en las escuelas, entre los ex combatientes.

Gracias a la posibilidad de discutir que el libro me dio he podido, espero, abrir las cuestiones asociadas a la experiencia de Malvinas a preguntas más complejas que las que me hacía inicialmente. Conocer otras realidades, como las fueguinas y las malvinenses, o trabajar con documentos que narraban una historia de los ex combatientes distinta de aquella que por ignorancia mi propio trabajo había contribuido a estereotipar, construyeron ese camino. Espero que eso aparezca reflejado aquí.

Creo que he podido transformar las sensaciones que describí y el proceso de aprendizaje desde 2006 en preguntas generales sobre la construcción del conocimiento histórico y la búsqueda social de la verdad y la justicia. En esa clave es que he revisado este libro, pero sobre el resultado serán los lectores quienes decidan. Si en 2006 me interesaba fundamentalmente señalar la necesidad de pensar Malvinas con su propio peso específico, considero que en la encrucijada del trigésimo aniversario de la guerra es el momento de (re)introducir dicho peso específico en el panorama cada vez más complejo del pasado reciente que hemos construido. Es una tarea urgente y estratégica.

Por otra parte, un hecho para nada menor es que en 2006 yo todavía no conocía las islas Malvinas. Pude viajar al año siguiente. Los recorridos por las antiguas posiciones, por esos páramos desolados tan parecidos a la Argentina continental, me han llenado de nuevas preguntas. Y si en la vieja edición traté de introducir la variable local para pensar el problema Malvinas, en el presente estoy convencido de que no hay otra forma de hacerlo que no sea esa, dejando abierta la puerta para la inscripción en relatos mayores, a escalas regionales y nacionales. Por supuesto que en esta obra sólo puedo trazar unas pinceladas gruesas para dar idea de esta complejidad; semejante tarea requeriría de un gran grupo de trabajo, lo que implica que esta reedición pueda tomarse como una (nueva) invitación.

También he intentado imaginar mi mirada sobre el pasado reciente como generacional. Los que éramos niños durante la guerra hemos vivido demasiado atados a genealogías y tradiciones pasadas, tal vez a falta de otras mejores. Pero los muertos no tienen derecho a enterrar a los vivos. No se trata de arrojar nada por la borda, pero sí de reivindicar un lugar específico en la discusión, aunque más no sea el de ser aquellos que barrieron las sobras y los escombros de certezas y proyectos anteriores y abrieron el camino para su recuperación crítica y, eventualmente, su reivindicación. Ese lugar por sí solo nos autoriza a decir que no tenemos por qué aceptar las diferentes tutelas intelectuales que nos han ofrecido o intentado imponer, o más bien, reconocerlas como etapas de un pensamiento nacional en el que nosotros (¿qué será nosotros?) también diremos algo.

Por todo esto es que Las guerras por Malvinas sigue siendo un libro incompleto e inconcluso. Por un lado, porque el conflicto diplomático que llevó a las Fuerzas Armadas argentinas a decidir las operaciones de 1982 está abierto. También porque las disputas en torno a un pasado irresuelto aún nos atraviesan. Pero, sobre todo, porque sigue pendiente la tarea principal: una guerra que despierta tantas sensibilidades como si hubiera sido ayer debe inscribirse en una perspectiva histórica más amplia.

Esos archipiélagos salvajemente bellos, subyugantes como tantos espacios de la Patagonia continental, son parte de un proceso histórico más amplio, complejo y rico. Desde los primeros avistamientos, durante las recaladas clandestinas de loberos, pasando por los viajes de los científicos, los piratas y los comerciantes, las colonizaciones y los conflictos, hasta el doloroso relámpago de 1982 (tan breve en esa historia multisecular como eterno en las vidas individuales), la historia larga de las islas Malvinas merece redoblados esfuerzos que las piensen como parte de nuestro país, y no solo que las crean parte de él.

No sé, en vísperas del trigésimo aniversario de la guerra, qué va a pasar dentro de otros treinta años, si las Malvinas serán efectivamente argentinas. Sí, en cambio, deseo que sea una sociedad más justa, sin impunidad, la que las recupere. Hacia allí va este trabajo.

Ramos Mejía, verano de 2012

Introducción

Probablemente haya empezado a escribir este libro en junio de 1982. Tengo grabadas las sensaciones del día posterior a la derrota en Malvinas, mi perplejidad en la escuela frente a la mirada de mis compañeros enfundados en sus delantales, y mi pregunta:

–¿No están tristes que perdimos en Malvinas?

Recuerdo claramente que dije “en”, y no “las”. Se trata, para este libro, de una distinción bien importante. La guerra de 1982, si bien fundamentada ideológicamente en un reclamo territorial, tuvo entonces, y tiene hoy, para muchos, un sentido mucho más amplio que ése. Pero si no perdimos “las islas”, “el territorio”, ¿qué es lo que perdimos allí?, ¿qué es lo que se pone en juego cada vez que pronunciamos el nombre del archipiélago? Es una cuestión central para no subsumir los significados otorgados a Malvinas después de la guerra en la construcción previa, aquella que contribuyó al amplio apoyo que ésta tuvo.

¿Qué guerra terminó en las islas Malvinas, el 14 de junio de 1982? ¿Qué guerras comenzaron ese mismo día? Ambas preguntas constituyen el eje de este libro: explorar las relaciones entre la experiencia de los actores, protagonistas y testigos voluntarios o involuntarios de una guerra y sus consecuencias. Recorrer las formas en las que la coyuntura política de la transición a la democracia en la Argentina condicionó a los portadores y herederos de las memorias acerca del conflicto del Atlántico Sur en los medios y formas para hacerse ver y ser escuchados. Analizar qué relatos y recuerdos acerca de la guerra llegan hasta hoy.

No es una historia de la guerra en las islas Malvinas, sino de las distintas formas en que ésta fue vivida, y de sus consecuencias, como una forma de pensar las relaciones entre la cultura y política argentinas y el archipiélago emblema. El libro se ocupa, sobre todo, de las memorias de y sobre los ex soldados combatientes[1] para, por extensión, analizar el espacio en el que sus acciones comenzaron a circular entre sus compatriotas. Parte de la idea de que, aunque extremo por sus características, la guerra de Malvinas es un episodio emblemático de un proceso mucho más amplio: aquel mediante el cual la sociedad argentina se relaciona con sus jóvenes, les otorga y vive su protagonismo y los disciplina. Es, en consecuencia, una aproximación al lugar de las juventudes en la política.

Malvinas significa muchas guerras: viejas formas de entender a la nación y a la política entraron en crisis, autorrepresentaciones de las relaciones sociales y de la cultura cayeron para no levantarse más, o continúan siendo lloradas en secreto en cada aniversario del desembarco. Pero Malvinas, sobre todo, significa un puñado de jóvenes y sus familias que actuaron con sus cuerpos el drama de numerosas derrotas colectivas e individuales. No es posible pensar en una memoria sobre las islas que domine por sobre las demás, porque el reclamo de reconocimiento de los más afectados choca con las voluntades de olvido y las simplificaciones de quienes, conmovidos o incómodos por la presencia de Malvinas, apostaron a la posibilidad del cambio y la regeneración antes, durante y después de la guerra.

Este libro atraviesa y está atravesado por estas tensiones. Navega entre las islas que constituyen el archipiélago de experiencias y discursos sobre Malvinas a la manera de los

exploradores de una tierra ignota, que acumulan indicios que poco a poco permiten intuir un conjunto: debe identificar, describir, otorgar un sentido a una serie de imágenes inconexas y muchas veces contradictorias, para volcarlas en una cartografía inexistente. Clasifica rocas, islotes, escolleras, bancos de algas, flora y fauna diversas, habitantes de costumbres extrañas y antagónicas, pero que la voluntad del viajero ubica en su mapa en construcción como integrantes de un mismo grupo insular. Pero hasta que tal cosa sucede, estos indicios son sólo una acumulación de sensaciones, imágenes y reflexiones, que deben ser mensuradas, fijadas en una carta que sirva para las posteriores navegaciones.

Las guerras por Malvinas propone una exploración semejante. Efectivamente, hay un mapa de relatos sobre la guerra en las islas, dibujado sobre todo en el quinquenio que va desde la derrota en el Atlántico Sur hasta los sucesos de Semana Santa de 1987. En ese lapso se conformó la mayor parte de las imágenes más fuertes acerca de Malvinas: los jóvenes inexpertos maltratados por sus oficiales, los chocolates donados vendidos en Comodoro Rivadavia, la pericia de los pilotos de la Fuerza Aérea, el hundimiento del Belgrano, del Galtieri borracho al Astiz cínico y cobarde, los "héroes de Malvinas" de Alfonsín, la gesta, la derrota, los veteranos en los colectivos, Sólo le pido a Dios, y tantas otras imágenes, concentran los sentidos acerca de la guerra y coexisten emergiendo alternativamente en respuesta a distintos estímulos políticos, sociales e históricos, ubicables en un tiempo concreto.

¿Cuál fue el lugar de los protagonistas más directos de la guerra en la construcción de tales emblemas? Es una pregunta central, pues el retorno de los jóvenes soldados derrotados se mezcló con la aparición de fantasmas en cada esquina, en cada cementerio de la república. Para responderla, la investigación se concentrará en los cinco años entre la derrota en el archipiélago y Semana Santa de 1987. Allí, predominó un proceso (más o menos completo y honesto, según quien lo describa, o según lo que necesitemos creer) de asunción de responsabilidades sociales en relación con la dictadura. Pero, sobre todo, fueron cinco años en los que campeó con fuerza la imagen de los jóvenes (y, más ampliamente, de la ciudadanía) como víctimas de la violencia, ejercida sobre todo desde el Estado. Cinco años en los que el lugar tradicional de las Fuerzas Armadas fue duramente cuestionado, y su relación como protectoras de la ciudadanía y de los sagrados valores de la Patria también.

Precisamente en ese marco, alrededor de diez mil jóvenes cuestionaron, con su mera existencia, el lugar de "defensores de la Patria" de las tres armas. Ellos habían combatido por la soberanía al mismo tiempo que eran "víctimas del Estado". Como agrupación, reivindicaban su experiencia. ¿Qué lugar podía tener ésta, caracterizada por la violencia, aunque fuera en una "guerra justa"?

Desde 1982 aludir a Malvinas excede sobradamente la idea del reclamo territorial, aprendida por generaciones de argentinos bajo el lema de que las islas "fueron, son y serán argentinas". Esta convicción (adquirida sobre todo en la escuela) fue el sustrato que alimentó la seguridad de muchos miles a la hora de apoyar la decisión del gobierno militar, en el poder desde 1976. Junto a ella, la noción de deber cívico, aprendida tras décadas de servicio militar obligatorio.

Estas dos certezas alimentan un lugar común, que reduce la guerra y sus consecuencias a un mero acto reflejo. Pero desde 1982 Malvinas refiere a la guerra, a los 74 días de conflicto con Gran Bretaña que culminaron con la rendición de Puerto Argentino y, por arrastre, con la retirada –más ordenada de lo que solemos declamar– de la dictadura militar más sangrienta de la historia argentina. Refiere a la única guerra convencional

librada por la Argentina en el siglo XX, pero también –y este libro pretende demostrar que sobre todo– a la historia argentina reciente.

Para revisar nuestro pasado desde Malvinas describiremos y discutiremos la construcción de relatos acerca de la guerra, y de las legitimidades para hablar sobre ella. Los jóvenes protagonistas del conflicto dieron una dura batalla por intervenir en esa discusión, que comenzó ni bien llegaron al continente las noticias de la derrota. Imágenes, juicios y condenas, reclamos y reivindicaciones, tradiciones subterráneas y públicas se consolidaron y difundieron de la mano de la figura de los chicos de la guerra, devenidos ex combatientes y, más recientemente, veteranos. Pero en relación con el contexto histórico en el que actuaron, surge una disonancia: la Argentina es un país donde la voz de los testigos y actores ha desempeñado un lugar central en la construcción de los relatos acerca de la historia reciente, al punto de generar últimamente una serie de advertencias acerca de sus consecuencias por parte de algunos intelectuales.[2] Dicha sobreabundancia refuerza una ausencia: la de aquellos hombres y mujeres afectados más directamente por la experiencia de la guerra, los soldados y sus familiares. A modo de ejemplo, cabe consignar que en el juicio que se le siguió a la tercera junta militar por la conducción de la guerra, no declaró ni un solo soldado conscripto, a pesar de que eran considerados víctimas de las Fuerzas Armadas. Contrariamente, el escenario del Juicio a las Juntas de 1985 tuvo a las víctimas como protagonistas principales.

¿Qué hubieran agregado estas voces a la discusión? ¿Qué agregarían hoy? Destacar esta asimetría no surge de una mirada conspirativa, ni de la voluntad de construir una jerarquía del dolor o el sufrimiento, sino de la preocupación ante las construcciones simbólicas que se traducen en las posibilidades para miles de compatriotas de acceder o no a la consideración pública, al reconocimiento y a la reparación. Es mi intención ofrecer algunas ideas para pensar este problema, asumiendo que la guerra de Malvinas sigue siendo hoy un tema profundamente controversial. Incomodidades, resquemores o directamente prejuicios a partir de ideas superficiales acerca de “lo militar” y “lo nacional”, cuando no directamente dificultades generacionales u originadas en la propia experiencia, alimentan el problema que genera Malvinas para algunos actores intelectuales, sobre todo dentro del campo vagamente llamado “progresista”.

Inversamente, sectores reaccionarios o reivindicatorios de la dictadura militar no tienen ningún inconveniente en hablar del tema, y apropiárselo, más por la vacancia de algunas voces que por la legitimidad para hacerlo. Y como la voluntad de saber no es un acto neutral, es mi intención que este trabajo dificulte aunque sea sólo un poco ese proceso.

Hace diez años, al comenzar esta investigación recibí, al comentar a mis compañeros y docentes del profesorado mi intención de “trabajar sobre Malvinas”, cuestionamientos como este:

–¿No estarás a favor de los militares, vos?

Pero a la vez, éstos eran proporcionales a la suspicacia con la que fui recibido por algunos ex combatientes, o funcionarios militares:

–Estamos cansados de que nos desprestigien.

Pienso que este panorama, al menos en relación con Malvinas, no ha cambiado mucho. Más recientemente, en un archivo oral sobre la experiencia del terrorismo de Estado trabajamos sin considerar incluir testimonios de ex soldados o de sus familiares, pero, en

cambio, les preguntamos a nuestros entrevistados –exiliados, familiares de desaparecidos, sobrevivientes de los campos de concentración, militantes– sobre su experiencia acerca de la guerra. Malvinas, en gran medida, ha sido construida como memoria de una manera vicaria.

Pero más allá de silencios y apropiaciones, bajo las más diversas formas, Malvinas late en toda la extensión del territorio argentino. En homenajes, en monumentos, en pesadillas tan interminables como los dolores generados por ausencias irreparables. Hay miríadas de memorias sobre Malvinas: alguien saludó un tren cargado de tropas hasta que se perdió de vista y se arrepiente de ese gesto vano a la luz de la derrota, otro aún camina la ruta ensanchada de una ciudad patagónica, esperando el aterrizaje de emergencia de aviones que no volverán, o siente anudada la lengua ante los acordes del Himno, en una fiesta patria, o se reprocha una solicitada firmada en el exilio, guarda diarios amarillentos y menea negativamente la cabeza preguntándose acerca de su ceguera.

Muchos miles, también, recuerdan el silencio feroz que enfrentaron y debieron guardar por su oposición a la guerra. Y hay unos pocos miles que siguen viendo como injusto que sus acciones sean cuestionadas aún hoy, y que asocian esos cuestionamientos a una palabra que les fue negada: los entonces jóvenes soldados de 1982.

Escribimos historia a partir de la duda, pero sobre todo de la insatisfacción. ¿Cuál es el origen de una y otra, en mi caso? Probablemente esa sensación de latencia de Malvinas, palpable en cantidad de registros y niveles, y su ausencia de muchos espacios de discusión pública. Me cuesta entender la urgencia que tiene en algunos lugares y para muchas personas este tema, y la forma cristalizada, anclada en el tiempo, en la que lo seguimos tratando.

La investigación también se alimenta de la indignación. Uno de los modos habituales que hay para explicar la cantidad de suicidios de ex combatientes desde el final de la guerra es atribuirlos a la sordera social frente a sus experiencias. Aquí hay un buen motivo para explicar la voluntad que orienta este libro: la convicción de que un silencio que se traduce en muertes es, básicamente, una injusticia. Y pienso que es en este otro mar argentino, el del silencio, que Malvinas vuelve a ser un archipiélago, entre otros muchos, que atravesamos tratando de dibujar una cartografía que nos permita ubicarnos en el espacio y en el tiempo.

Ramos Mejía (Buenos Aires), noviembre

de 2005 - Merlo (San Luis), enero de 2006.

Notas

1 Ex combatientes, ex soldados combatientes y veteranos son términos que refieren a quienes pasaron por la experiencia bélica en las islas. Sin embargo, como nos ocuparemos de analizar, el uso de cada uno de ellos para referirse a los participantes en la guerra respondió a un contexto histórico bien específico. Esto no obsta para que en el presente se utilicen indistintamente. En general, reservaremos el uso de veteranos para la

década del noventa, ex combatientes para la del ochenta, y ex soldados para aludir genéricamente a quienes combatieron en las islas, en tanto objetos del análisis.

2 Véase al respecto Beatriz Sarlo, Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005, p. 23: "Este libro se ocupa del pasado y la memoria de las últimas décadas. Reacciona no frente a los usos jurídicos y morales del testimonio, sino frente a sus otros usos públicos. Analiza la transformación del testimonio en un icono de la verdad o en un recurso más importante para la reconstrucción del pasado; discute la primera persona como forma privilegiada frente a discursos de los que la primera persona está ausente o desplazada".

Primera parte

La guerra (abril-junio 1982)

Capítulo 1

Jóvenes en armas

Pro patria mori, morir por el cuerpo místico político, tenía sentido, cobró sentido, cuando se consideró igual, en cuanto a valoración y consecuencias, a la muerte por la fe cristiana, por la Iglesia, o por la Tierra Santa.

Ernst Kantorowicz, Los dos cuerpos del rey.

Los jóvenes argentinos mataban y morían desde muchos años antes de la guerra de Malvinas. En defensa del Estado, como parte de movimientos emancipatorios, o víctimas de atentados y represiones, centenares de hombres y mujeres de menos de treinta años entregaron cotidianamente su vida o la arriesgaron en forma más o menos consciente antes del único enfrentamiento bélico internacional librado por la Argentina en el siglo XX. Fueron decenas de miles de jóvenes formados en este contexto los que experimentaron como combatientes la breve guerra de 1982.

Cuando el 2 de abril de ese año los argentinos amanecieron con la noticia del desembarco en las islas Malvinas (en manos británicas desde 1833) el país llevaba seis años bajo el gobierno militar. El Proceso de Reorganización Nacional había tomado el poder el 24 de marzo de 1976. El gobierno de facto, cuestionado en forma creciente tanto por su política económica como por las violaciones a los derechos humanos se ponía al frente de una reivindicación que tenía un fuerte respaldo popular, que lo tendría durante la guerra, y que sería deslegitimada con posterioridad a la derrota. Las islas Malvinas, el territorio irredento ubicado frente a las costas patagónicas, se habían transformado desde principios del siglo XX en un emblema de la nacionalidad, en un proceso de construcción orientado fundamentalmente desde el Estado.[1]

Los protagonistas mayoritarios de la guerra de Malvinas fueron los jóvenes conscriptos, bautizados rápidamente como “los chicos de la guerra”. ¿Quiénes eran estos jóvenes? Para comenzar a adentrarnos en la experiencia bélica y posbélica de 1982, deberemos preguntarnos en primer lugar cuál era el lugar de la juventud en la política argentina de la segunda mitad del siglo XX.

Colimbas

El servicio militar obligatorio, una vieja institución en la Argentina (se había implementado en 1904) fue un hito importante en la vida de miles de jóvenes varones argentinos: desde 1973, al llegar a sus dieciocho años (hasta ese entonces era a los veintiuno) fueron sorteados para realizar la conscripción en alguna de las tres fuerzas, pero sobre todo en el Ejército. Popularmente conocido como “colimba” (corre-limpia-barre), hacia la década del

setenta –y en muchos casos, aún después– el servicio militar obligatorio era visto como un proceso bajo el cual los jóvenes “maduraban” gracias a la disciplina castrense, traducido en algunos casos en servidumbres y maltratos recurrentes que algunos episodios de la guerra de 1982 exhibieron en sus más crueles consecuencias.[2]

Mediante la implementación del servicio militar obligatorio se buscó dar cohesión a la nueva república, reforzar el papel del Estado e inculcar una serie de valores nacionales y sociales a los jóvenes. Desde el punto de vista simbólico, estos ciudadanos soldados eran herederos y actores de una religión cívica que construía una escala de valores en base a las virtudes militares, por ejemplo a partir de las biografías de los guerreros de la Independencia, y que contribuía a delinear la autorrepresentación de la nación.[3] Estos “cultos laicos” cumplían una función pedagógica, en tanto “celebrar a aquellos ciudadanos que habían cumplido con su deber era exhortar a otros a cumplir con el suyo”.[4]

Si el panteón argentino estaba habitado por militares exitosos (José de San Martín es el “padre de la Patria”), la consolidación del Estado nacional, durante la segunda mitad del siglo XIX, proporcionó otros modelos a seguir: los veteranos de la guerra del Paraguay y los “expedicionarios al desierto”. Pero con la progresiva intromisión de las Fuerzas Armadas en la política, los soldados bajo bandera, integrantes de regimientos acuartelados, golpistas o leales, comenzaron a verse involucrados en distintos procesos políticos que se produjeron a partir del derrocamiento de Juan Perón, en septiembre de 1955, y que tuvieron como carácter distintivo el alejarse cada vez más de la tradición republicana declamada idealmente a la par que se declaraban directamente herederos de ésta y del imaginario patriótico que la representaba.

En el prólogo a Operación Masacre, Rodolfo Walsh relata un episodio que funciona como metáfora de la crisis que el modelo de soldado-ciudadano comenzaba a sufrir. Si para el escritor la sublevación de los generales Tanco y Valle (junio de 1956) fue una suerte de despertar a la política, la muerte que describe retrospectivamente parece un anuncio del futuro que esperaba a muchos jóvenes en el violento proceso político argentino:

Tampoco olvido que, pegado a la persiana, oí morir a un conscripto en la calle y ese hombre no dijo: “Viva la patria” sino que dijo: “No me dejen solo, hijos de puta”.

Nada más lejos del ideario patriótico que esa muerte anónima y solitaria. Nada más alegórico, al mismo tiempo, de un Estado que comenzaba a volverse contra sus ciudadanos.

Esta reorientación de sus funciones se debía a la Doctrina de Seguridad Nacional, que asignaba a las Fuerzas Armadas y de Seguridad el carácter de policía interna en el enfrentamiento ideológico que los analistas y planificadores señalaban como característico de la política de la Guerra Fría.[5]

Un militante de la Juventud Peronista que hizo el servicio militar entre 1974 y 1975 en el Regimiento 3 de La Tablada (una unidad que combatió en Malvinas) recuerda que un subteniente los reunió para explicarles que ya no les darían cierta parte del entrenamiento (aquella relativa al combate urbano y manejo de armas pesadas), puesto que “luego lo usaban contra ellos”. Al mismo tiempo, “veía cómo cambiaban las cosas dentro del Ejército. Los pocos oficiales dentro del Ejército que eran de la Triple A se iban

ensoberbeciendo, empezaban a operar... veía cómo afilaban en el cuero el cuchillo para la degollina”.[6]

Desde el año 1973, las organizaciones armadas –el ERP en particular, pero también los Montoneros con posterioridad a 1974– adoptaron como parte de su práctica militar los asaltos a cuarteles. Cuando el 23 de diciembre de 1975 el ERP fue masacrado en su ataque a Monte Chingolo, la memoria de muchos ya atesoraba los recuerdos de los intentos de copamiento, entre otros, del Comando de Sanidad (1973), Azul (1974) o el Regimiento Nº 29 de Infantería de Monte (1975).[7]

Miles de adolescentes y jóvenes bajo bandera vivieron en ese clima de enfrentamiento bajo la amenaza de los ataques guerrilleros, cuando no participaron directamente de los enfrentamientos.[8] Dalmiro Bustos, padre de un soldado en Malvinas, señala esta situación:

Nuestros hijos pasaron junto con nosotros por el tremendo clima de la subversión. Fue lo más próximo a una guerra que hemos sufrido. En esa época los muchachos tenían unos catorce años, y no fueron protagonistas de esa situación. Fuera de esa situación, la Argentina desconocía la guerra. Dentro de nuestros hogares, a pesar de las diferencias lógicas de posturas y costumbres, nuestros hijos no habían salido aún de nuestra tutela protectora.[9]

Durante su servicio militar, los jóvenes podían ser víctimas de la guerrilla en una rutinaria operación de control –como Guillermo Félix Dimitri, el conscripto que murió en un tiroteo con Ana María González, la buscadísima autora del atentado contra Cesáreo Cardozo en 1976– o en combates abiertos, como en el caso de los copamientos a cuarteles. Y en el marco de la represión ilegal más de ciento veinte de ellos fueron secuestrados durante su servicio militar,[10] como recuerda un ex conscripto que realizó su servicio en Campo de Mayo entre 1976 y 1977:

El sargento Salgado (...) aprovechó una formación para recomendarnos que fuéramos buenos soldados, que nos portáramos bien para que no nos pasara lo que a Parada “... que ahora le está cantando a los angelitos” (...) Aunque desde el momento en que vi cómo Parada era llevado del brazo y obligado a subir a una camioneta y más aún con lo que sucedió en días posteriores tuve la sensación de que era víctima de una acción represiva, en ningún momento se me ocurrió que podía hacer algo por evitarla. Con el paso de los años, mi convicción se ha mantenido inalterada. En las circunstancias en las que nos encontrábamos, ni yo ni mis compañeros podríamos haber hecho nada eficaz para evitar la desaparición de Parada.[11]

El servicio militar representaba una dura prueba para muchos de los que debieron hacerlo. El mismo ex conscripto señala que “al atardecer del primer día pensaba que me haría desertor y me fugaría al extranjero. No tenía novia ni una pareja estable que pudiera retenerme, mis padres eran relativamente jóvenes y se valían por sí mismos y no creía poder soportar cerca de doce meses en esas condiciones; cualquier cosa era preferible a

ese lugar absurdo y ridículo en el que me encontraba y donde reinaba la más absoluta arbitrariedad”.[12]

Los colimbas participaban de controles, apoyo a operativos y custodia en fábricas. Así sucedió, por ejemplo, en grandes establecimientos industriales como Ford o Astarsa, en la zona Norte, o los astilleros Río Santiago, en la zona Sur, donde los conscriptos permanecieron meses vigilando las plantas y controlando al personal, y participaron en detenciones masivas en los días iniciales del golpe de 1976.

Además de la amenaza latente de los ataques de la guerrilla, convivían con indicios más o menos claros de la represión ilegal. En 1978 Marcelo Schapces, durante su conscripción en Campo de Mayo, conoció a “dos o tres suboficiales (...) que habían estado en Tucumán en el operativo Independencia” y que hablaban de su experiencia.[13] Por otra parte, el joven testigo de la desaparición de su compañero de conscripción recuerda que un suboficial, Víctor Ibáñez,[14] se franqueó con él:

–La verdad es que estoy repodrido de estar allá, en Plaza de Tiro –se refería al polígono que se hallaba a unos dos kilómetros de la compañía.

–¿Por qué? –pregunté yo.

–Es muy jodido, allá hay tipos detenidos, prisioneros...

–¿Ah sí? –fue mi poco expresiva respuesta.

–Sí, y los tipos están encadenados y encapuchados todo el tiempo. Es una porquería, a veces se cagan o se mean encima...

–¿Sí? ¿Y también hay mujeres?

–Hay hombres y mujeres.

–¿Y también las minas están... encapuchadas?

–Sí.

–Qué jodido... ¿y vos tenés que vigilarlos?

–Sí, en realidad, más que vigilarlos, prepararles algo de comida y darles de comer casi sin sacarles la capucha.

–Qué jodido... –el tono de mi comentario no connotaba ninguna desaprobación, sino más bien una cierta solidaridad ante alguien que tuviera que hacer algo meramente desagradable.

En medio de los bostezos de la hora de la siesta la conversación tomó otro rumbo. En realidad, sólo recuerdo este fragmento a través del cual por primera vez tuve conocimiento de que existían campos de detención que con el tiempo se calificarían de “clandestinos”, donde alojaban a los que después se denominarían “detenidos-desaparecidos” y que un sitio tan macabro se hallaba a menos de dos kilómetros de donde estábamos.[15]

En otras ocasiones, como le sucedió a Javier Saubiette, las vinculaciones con la represión eran mucho más directas:

Un amigo mío cumplió el servicio militar en Ejército, en Campo de Mayo. Le contó en 1978 a mi vieja que allí, cuando hacían las guardias, veían los helicópteros bajar a un edificio gigante. Al preguntar qué era esa edificación le contestaron “es el hotel”. Ahí tenían a los secuestrados. Es decir: todo lo veían los chicos del servicio militar, los colimbas. Una mezcla de impunidad e impericia (...) Me acuerdo de un día. Comían un asado, durante una guardia. Sabían que mi hermano estaba desaparecido y decían que los desaparecidos “son gente que se ha ido del país, unos pocos están muertos en combate”. Yo salté: “¿Cómo? Mi hermano desapareció y de acá mismo”. “Bueno”, replicaron, “es un caso” y lo repetían, lo repetían.[16]

Asociados a la experiencia de la colimba había una gran cantidad de episodios vinculados a las prácticas militares de disciplina y formación, que muchas veces adquirían la forma de tratos humillantes. Edgardo Esteban, un periodista que en 1982 combatió en las Malvinas recuerda muy críticamente su experiencia del servicio militar obligatorio:

En 1981 efectué el servicio militar en Paracaidismo, algo que yo quería hacer. Vi que en vez de servir a la patria terminabas siendo sirviente de los oficiales o suboficiales de turno. Racionalmente no se puede comprender el maltrato que ejercían sobre los soldados, llevarte a los cardales y hasta agarrar los cardos con las manos, andar como una cabra clavándote piedras en los testículos... Te preguntabas, ¿qué hice yo para merecer esto? Yo tenía diecinueve años; ¿qué habíamos hecho para ser castigados con esa brutalidad? (...) Había terminado el secundario (bachillerato) y quería huir de mi vida de entonces. Nada me podía hacer suponer que esa “huida” iba a ser tan larga. Fui un buen soldado, y en la colimba no hay que ser bueno: hay que ser vivo. Yo servía a las estructuras de ellos, era dócil. Ellos tenían unas soberbia de poder absoluta y total. Oficiales jóvenes trataban a un cabo como basura. Yo me preguntaba por qué. Trataba de entender esas torturas físicas y psicológicas que realizaban. Con temperaturas bajo cero llevarnos a los baños a limpiar obsesivamente los azulejos. Flexiones de brazos en terreno escarpado. Parecía que querían demostrarnos que éramos dóciles animalitos al servicio de sus caprichos. Buscaban lastimarnos. Se emborrachaban, se enfurecían cuando perdían un partido de cartas, te basureaban de una manera salvaje hasta que te necesitaban. Entonces olvidaban el maltrato. Los soldados éramos sirvientes de estos tipos, que se habían metido en la carrera militar por falta de un proyecto personal de futuro. Eran como castas, los oficiales, los suboficiales. Yo llegué en una etapa de final para ellos. Se venía abajo el poder militar.[17]

¿Qué se sabía de estas vejaciones antes del ingreso al cuartel? El folklore acerca del servicio militar obligatorio incluía gran cantidad de estos relatos. Sin embargo Esteban, como muchos otros, piensa que la colimba era algo que “quería hacer”.Y Marcelo, a quien ya citamos, tras evocar la sensación de aislamiento que le produjo el servicio militar y compartir valoraciones como las de Esteban acerca de sus superiores, recuerda el

sufrimiento de vejaciones por su religión ("a vos te toca la guardia de Navidad porque total sos judío") pero aun así valora positivamente el servicio militar porque "fue una experiencia copada desde lo físico (...) Una experiencia de supervivencia, desde lo moral, desde lo físico".[18]

La disciplina tenía mucho librado a la arbitrariedad e imaginación de los encargados de hacerla cumplir. Los castigos físicos, las exhibiciones ridículas, eran parte del repertorio de la "justicia militar" ante faltas a la disciplina. Este esquema, como surgió de las denuncias que florecieron en junio de 1982, fue trasladado a las islas Malvinas durante la guerra:

También por esos días, después de un "baile" propinando por el suboficial responsable de Automotores, alrededor de diez soldados terminaron mojados al revolcarse en unos charcos producidos por la lluvia. La solución que encontró el suboficial consistió en ordenar que se suban a los tres o cuatro plátanos que se hallaban frente a la compañía hasta secarse (...) En alguna oportunidad llegué a presenciar unos soldados que, como castigo, eran estaqueados más o menos como en la época de Martín Fierro.[19]

Aun en este contexto, conviene no perder de vista que para muchos jóvenes el servicio militar obligatorio representaba una posibilidad real de inclusión social. Oscar Poltronieri, el soldado más condecorado en la guerra de Malvinas, lo recuerda de este modo:

Yo estuve un año haciendo el servicio militar y en el cuartel aprendí muchas cosas. Yo no sabía leer ni escribir y ahí me llevaron al colegio. A mí me gustaba con locura porque yo me hubiera podido salvar del servicio militar y no quise.[20]

Guillermo Huircapán, soldado del Regimiento de Infantería 25, señala como una particularidad que en su sección (45 personas) "casi todos teníamos el secundario completo, algunos incluso habían cursado unos años en la universidad. Por eso nos llevábamos bien y teníamos cierta capacidad para analizar las cosas, cosa que en la mayoría de las otras secciones no ocurría porque había muchachos que no sabían leer ni escribir".[21]

Este último era el panorama más frecuente en los regimientos asentados en las zonas más pobres del país, y la modalidad de reclutamiento regional acentuaba tales contrastes. Así, un teniente 1º que combatió en las filas del Regimiento de Infantería Nº 5,[22] al elevar un informe a sus superiores finalizada la guerra, consigna que "el 80% de su compañía eran analfabetos" y que en consecuencia proponía tener en cuenta la "no conveniencia de realizar incorporaciones regionales que produce un gran desequilibrio de nivel educacional entre las unidades (...) La incorporación de soldados con cierto grado de desnutrición que ante la disminución de calorías en la alimentación no contaban con las defensas suficientes y necesarias".[23]

Revolucionarios

Algunos jóvenes comenzaron a participar en organizaciones políticas que le disputaron el monopolio de la fuerza al Estado, y que en ese proceso se apropiaron o resignificaron muchos de sus símbolos.[24] La radicalización de la juventud fue un fenómeno que conmovió profundamente a las Fuerzas Armadas, encargadas tanto de "formarla" como de combatirla en sus aspectos más extremos.

En algunos casos, los jóvenes militantes fundamentaron su opción en la misma formación que el Estado les había impartido. El 28 de septiembre de 1966, durante el gobierno de facto de Juan Carlos Onganía, un grupo nacionalista secuestró un avión de Aerolíneas Argentinas que iba a Río Gallegos y lo desvió a las islas Malvinas, aterrizó en Puerto Stanley e izó la bandera nacional, en lo que se conoce como Operación Cóndor. El periodista Héctor Ricardo García recuerda que "un mes antes [Dardo] Cabo, jefe de la acción, reúne a 16 jóvenes cuyas edades oscilan entre 18 y 31 años, y comienza a prepararlos para el operativo. Primero, explicando lo que se hará, luego por qué, más tarde cómo. Y finalmente, lo más difícil: a lo que se expondrán. La cárcel es el tema número uno (...) Pero lo real es que todos estaban dispuestos a terminar en ella. Sin rencores y sin temores. Pese a su juventud promedio (el mayor tiene 31 años) no temen pasar varios años entre rejas, pues creen que su causa es más que justa, y que están colaborando en algo netamente argentinista".[25]

Los jóvenes, entre quienes militaba una mujer, estaban vinculados al nacionalismo de derecha y al peronismo, y eran estudiantes y obreros, la mayoría relacionados con la Unión Obrera Metalúrgica. En su "Declaración" publicada por la revista Así meses después, reivindicaban su condición de "cristianos, argentinos y jóvenes", pertenecientes a "una generación que (...) asume sin titubeos la responsabilidad de mantener bien alto el pabellón azul y blanco de los argentinos" y que "prefiere los hechos a las palabras".

Esa responsabilidad la concretaron tomando la posta del Ejército en la defensa de la soberanía nacional, porque la instrucción que habían recibido los habilitaba para ello:

La responsabilidad de nuestra soberanía nacional siempre fue soportada por nuestras Fuerzas Armadas. Hoy consideramos le corresponden a los civiles en su condición de ex soldados de la Nación demostrar que lo aprendido en su paso por la vida militar ha calado hondo en sus espíritus pues creemos en una patria justa, libre y soberana (...) En nombre de todos cuantos habitan nuestro suelo y en especial la juventud argentina, o concretamos nuestro futuro, o moriremos con el pasado.[26]

Por último, las organizaciones armadas surgidas en las décadas del sesenta y setenta, por sus mismas características operativas, destinaron un lugar central a la formación militar, y a la vez se nutrieron y estimularon los aspectos propagandísticos vinculados a las virtudes militares leídas en clave revolucionaria.[27] El PRT-ERP, por ejemplo, instituyó el 22 de agosto como el "Día del combatiente revolucionario", en homenaje a sus militantes asesinados como represalia del intento de fuga de Trelew (1972). El número homenaje del Estrella Roja, publicado en el primer aniversario de la matanza, incluye semblanzas biográficas de los caídos en los que las menciones al cumplimiento del deber, la entrega

de la vida y el sacrificio, tienen inmediatas resonancias con los calificativos empleados para hablar tanto de los revolucionarios como de los guerreros de la Independencia.

Carlos Astudillo, por ejemplo, "era simplemente un santiagueño bueno y sencillo, un muchacho que amaba a su patria y a su pueblo y un hombre que empuñó las armas porque no podía soportar que los patrones de adentro y de afuera sigan engordando con el sudor y la sangre de nuestros hermanos". Mario Delfino "murió primero porque era uno de los mejores".[28]

Vísperas

No deja de ser un elemento para mencionar que tres de las películas que abrieron la dictadura militar como tema de debate al gran público durante los años de la transición a la democracia tengan como espacio privilegiado a la escuela. Tanto La noche de los lápices (Olivera, 1986) como Los chicos de la guerra (Kamin, 1984) y La historia oficial (Puenzo, 1985) tienen una mirada muy crítica a las aulas, desde distintas perspectivas, pero enfatizando en los tres casos el carácter represivo y seudo militar del sistema educativo. Los jóvenes que transitaron la escuela secundaria en los años de la dictadura vivieron una experiencia teñida por el hecho de que el gobierno de facto veía en ellos tanto posibles subversivos como el futuro de la Nación.

Aquellos combatientes en Malvinas que pudieron hacerlo, por su edad, cursaron su escuela secundaria a partir de 1976, es decir, el mismo año del golpe militar. Y aunque miles de ellos ni siquiera habían terminado la escuela primaria, es importante destacar el clima cultural en relación con la juventud en el que crecieron. Algunas de las características más represivas de la escuela se exacerbaron, pero otras, de más larga data, continuaron funcionando como lo hacían desde principios de siglo. A finales del siglo XIX, sectores de las elites "preocupados por la formación de la nacionalidad" asignaron a la escuela un lugar central en este proceso, puesto que "para ellos la defensa de la integridad de la patria se convertía en una demanda fundamental, superior a la de los intereses individuales, de modo que los lazos que ligaban a los individuos debían asentarse en una moral patriótica que garantizara su actitud de entrega a la nación".[29]

En relación con este punto, Rosana Guber reconstruyó en forma muy completa el lugar que la ocupación británica de las islas Malvinas ocupó en ese proceso, sobre todo a partir de la década de 1930. Los testimonios acerca de un sentimiento de algún tipo en relación con las islas Malvinas antes de 1982 son recurrentes: pasan por la reivindicación territorial, y el espacio central de su construcción fue la escuela:

Cuando estaba en 5° grado tenía una maestra que me hablaba mucho de las Malvinas. Empecé a tenerles una bronca terrible a los ingleses, por eso cuando fui a las islas me dio una gran alegría. Pensé en la Patria y no en los tiros, ésa es la verdad.[30]

Martín Balza, que combatió en Malvinas como teniente coronel y fue Jefe de Estado Mayor del Ejército en la década del noventa, recuerda que

“Las Malvinas son argentinas”, repetía la maestra allá en la escuelita de Salto, mi pueblo natal. En ese momento no comprendía el verdadero significado de esas palabras. Sin embargo, fueron forjando en mí un sentimiento difícil de explicar que, sin duda, compartimos la gran mayoría de los argentinos. La Escarapela, la bandera, el Himno y la imagen de Malvinas, en un marco de guardapolvos blancos, son símbolos que se arraigaron profundamente en el corazón de muchas generaciones.[31]

En resumen, la sociedad argentina de los años setenta y ochenta, además de tener incorporada la guerra en su vocabulario cotidiano, era un colectivo habituado a la muerte y a la violencia políticas, que a la vez tenían a los jóvenes como uno de sus actores principales. Una visión dominante establecía que esta última estaba originada en la “subversión” y el “terrorismo”, pero frente a estos hechos, desatados por “jóvenes descarriados”,[32] la propaganda oficial podía oponer otra juventud como modelo, que en gran medida se nutría de virtudes militares. Un manual de Instrucción Cívica sostenía que

Se necesitan muchachos

de cuerpo robusto y alma sana

con ideas claras, sentimientos nobles

y voluntad firme.

Leales y generosos; puros y sinceros

respetuosos de sí mismos y de los demás

resueltos a capacitarse

para construir un mundo mejor

y una Patria más gloriosa [...]

La Patria necesita de esos muchachos

y los necesita con urgencia.[33]

La probabilidad de una guerra con Chile fue un episodio que retrospectivamente puede ser visto como un adelanto de las imágenes que poblarían la prensa argentina entre abril y junio de 1982: movilizaciones de tropas, solidaridad con los soldados, ansiedad y, sobre todo, una posibilidad de imaginar una Argentina unida. A finales de 1976 fue el primero de los incidentes entre las dictaduras chilena y argentina, y produjo un vuelo solidario de personalidades públicas a la zona en litigio:[34]

Nosotros. Los pasajeros del avión escucharon esa palabra miles de veces el sábado 23 de diciembre. En boca de los soldados que corrían a pedirles autógrafos ("... nosotros somos"). En boca de los oficiales que se sentaron junto a ellos y a los soldados ("Porque nosotros estamos..."). En boca de los mozos conscriptos que se acercaron con las bandejas con empanadas y locro ("Lo hicimos nosotros, los soldados de Jujuy que estamos en Río Grande). En boca de los choferes ("Nosotros le vamos a llevar la comida a los muchachos que están en los puestos de avanzada..."). Nosotros. Siempre nosotros (...) Al caer la noche a más de 3500 km de Buenos Aires, el soldado Jorge Washington Miranday, riojano, de 18 años, estaba nuevamente de guardia en el puesto número..., en algún lugar al Norte de Río Grande. Cerca de su ametralladora descansaba su tesoro: una libreta negra, con más de cien páginas firmadas, autografiadas. Además, revelada de urgencia en el laboratorio del batallón, había una foto. A esta altura, después de casi una semana, la foto está un poco ajada. Pero todavía se puede ver. Muestra a Silvana Suárez, Miss Mundo, birome en mano, firmando un autógrafo en una libreta de tapas negras. A su lado, fusil al hombro, un soldado sonríe con timidez.[35]

Frente a la escalada bélica, era posible imaginar la apelación a los valores presentes en algunos sectores de la juventud, aquellos orientados por los valores patrióticos. Como en tantas otras ocasiones de la historia, la inminencia de la guerra podía ser vista como una posibilidad de regeneración y reencuentro:

La Juventud Argentina, no puede permanecer indiferente (...) Muchos sectores de la juventud de hoy, amansada en los comités demagógicos o narcotizada con los triunfos efímeros del deporte, no concurre ante las grandes convocatorias de la Nación, pero no nos desalentamos. Como en el pasado, se hará presente si la Patria la llama.

Nuestro deber ahora es despertarla y enseñarle los problemas que nos afligen. No la llamamos a empuñar las armas. Ya llegará la hora y ojalá no llegue nunca el momento de hacerlo. Por ahora la llamamos para que participe en las maniobras pacíficas de la democracia.

Sabemos que el laudo es nulo y así debe declararlo el gobierno, pero sabemos también que esa resolución categórica y energética, no abrirá los caminos de la lucha armada, sino de las negociaciones decorosas y fraternales. Si así no fuera los argentinos no tendremos la culpa.

La Juventud Argentina quiere la Paz, pero no queremos una paz a cualquier precio. Es por eso que hago un llamado desde la tribuna a la juventud chilena.

No queremos encontrarnos frente a frente en los campos de batalla, sino juntos, en las mismas legiones libertadoras, como un Chacabuco y Maipú, frente al enemigo común: el comunismo.

No queremos enfrentarnos en los combates sangrientos, sino encontrarnos en el ágora de la defensa de los derechos humanos y en las asambleas libres de la democracia.

Si así no ocurre la culpa no será nuestra. Lucharemos como siempre defendiendo el territorio, los mares, los cielos y el honor de la República.[36]

En la arenga aparecen sintetizados los elementos que hemos venido describiendo: un fuerte imaginario patriótico, el lugar central que la sociedad asignaba a la juventud (obviamente, cuando ésta cumplía con determinadas características) y la noción de que el verdadero conflicto es el ideológico materializado en el enfrentamiento Occidente Cristiano-Comunismo, que había orientado la formación de las Fuerzas Armadas.

Con el desembarco en las islas Malvinas la sociedad argentina, en el otoño de 1982, recibía una nueva posibilidad de unirse frente a un objetivo común. Los protagonistas serían los jóvenes argentinos bajo bandera, los mismos que habían participado en la "lucha contra la subversión" y que "estaban haciendo guardia", como rezaba una publicidad de diciembre de 1975, "para que usted y su familia puedan celebrar en Paz".[37] Otra vez sonaba la hora de la juventud. Nuevamente en un escenario académico, estas fueron las palabras de asunción de rector del Colegio Nacional de Buenos Aires en mayo de 1982:

Señores ex alumnos que están luchando por la Patria en las islas Malvinas, Georgias y Sandwich del Sur, y en los mares del Atlántico que bañan nuestras costas:

Sepan que el histórico Colegio Nacional de Buenos Aires, el Colegio de la Patria, siente orgullo de todos ustedes porque pelean por una causa justa.

Estamos seguros que defenderán el suelo argentino como lo hicieron nuestros mayores.

Esperamos el regreso para cuando el adversario reconozca la legitimidad de nuestros derechos.

Si alguno cae para siempre, ¡Dios no lo quiera!, el Colegio sentirá la sana envidia de saberlos reunidos con los grandes héroes de la Independencia.

¡Viva la Patria![38]

Notas

1 Como señalamos en la Introducción, este libro se ocupa fundamentalmente de los sentidos otorgados a la experiencia bélica de Malvinas, es decir, a un aspecto particular de las relaciones entre el imaginario colectivo y las islas Malvinas conformado luego de la guerra. Rosana Guber ha analizado la construcción de las islas Malvinas como un espacio irredento para explicar su influencia en la identidad nacional de los argentinos. Al respecto véase: ¿Por qué Malvinas?: de la causa nacional a la guerra absurda, Buenos Aires, FCE, 2001. El libro ha logrado eludir un aspecto recurrente en los estudios sobre la guerra de 1982, como es el de reducir la acción militar exclusivamente a una mera necesidad política, y explicar qué es lo que llevó a los dictadores, en el marco de una crisis de esas características, a apelar a la recuperación de las islas australes.

2 En 1994, en un cuartel de la provincia patagónica de Neuquén, apareció el cadáver del soldado conscripto Omar Carrasco. Las investigaciones posteriores demostraron que había sido dejado agonizante allí luego de una golpiza sufrida a manos de un oficial y algunos de sus compañeros. Este incidente motivó que en junio de ese mismo año, por un decreto presidencial, el servicio militar dejara de ser obligatorio. Una excelente descripción literaria de las condiciones de vida de los ciudadanos durante la conscripción a finales de la década del sesenta es la novela de Guillermo Saccomano Bajo Bandera, Buenos Aires, Planeta, 1991.

3 George Mosse, Fallen Soldiers. Reshaping the Memory of the World Wars, Londres, Oxford University Press, 1990, p. 105.

4 Antoine Prost, "Monuments to the Dead", en Pierre Nora (dir.), Realms of Memory. The Construction of the French Past, Nueva York, Columbia University Press, 1996-1997, Volumen II, "Traditions", p. 329.

5 Ariel Armony, La Argentina, los Estados Unidos y la cruzada anticomunista en América Central, 1977-1984, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 1999, pp. 34 y ss.

6 Entrevista a Juan Salinas, Asociación Civil Memoria Abierta. 6 y 11 de noviembre de 2002.

7 El libro de Gustavo Plis-Sterenberg Monte Chingolo. La mayor batalla de la guerrilla argentina, Buenos Aires, Planeta, 2003, reconstruye minuciosamente la mayor de estas operaciones armadas.

8 En Monte Chingolo, por ejemplo, murieron cuatro conscriptos y fueron heridos quince. Durante los bombardeos a Plaza de Mayo, en junio de 1955, murieron diez conscriptos. En el ataque montonero al cuartel de Formosa murieron diez conscriptos.

9 Dalmiro M. Bustos, El otro frente de la guerra. Los padres de las Malvinas, Buenos Aires, Ramos Americana Editora, 1982, pp. 57-58.

10 El libro de José Luis D'Andrea Mohr, El Escuadrón perdido, Planeta, Buenos Aires, 1998, registra 128 casos de desapariciones de jóvenes producidas mientras realizaban su servicio militar. Por parte de la fuerza éstas eran tramitadas como "deserciones".

11 Guillermo Obiols, La memoria del soldado. Campo de Mayo (1976-1977), Buenos Aires, Eudeba, 2003, pp. 98-100.

12 Ibíd., p. 50.

13 Entrevista a Marcelo Schapces, Asociación Civil Memoria Abierta. 18 de noviembre de 2002.

14 Ibáñez protagonizó, a mediados de los años noventa, una saga televisiva a partir de su "arrepentimiento y confesión".

15 Guillermo Obiols, La memoria del soldado…, op. cit., pp. 124- 125.

16 Susana Falcón, 20 años. Memorias de la impunidad y el olvido. Argentina 1976/1996, Sevilla, Organización Nacional de Ciegos de España, 1996, pp.162-163.

17 Ibíd., pp. 109-111.

18 Entrevista a Marcelo Schapces, Asociación Civil Memoria Abierta. 18 de noviembre de 2002.

19 Guillermo Obiols, La memoria del soldado…, op. cit., pp. 82- 83.

20 En Graciela Speranza y Fernando Cittadini, Partes de guerra. Malvinas 1982, Buenos Aires, Edhasa, 2005, p. 23.

21 Ibíd., p. 22.

22 Este regimiento tuvo su asiento en la isla Gran Malvina. Prácticamente librado a sus propias fuerzas debido a la superioridad aérea y naval británica, padeció severas restricciones alimentarias.

23 Fondo Luis Moreno Ocampo. Archivo de la Asociación Civil Memoria Abierta.

24 La superposición simbólica llegó a instancias insospechadas. En septiembre de 1976, en pleno embate represivo sobre sus cuadros, los Montoneros difundieron la Carta de un oficial del Ejército Montonero al General Carlos Alberto Salas, Presidente del Instituto Nacional Sanmartiniano:

"Señor General: Mensajes como el suyo del 17 de agosto desentonan gratamente con el coro de consignas tan fáciles como falsas, con que a diario se intenta aturdir y embrutecer a nuestro pueblo, simplificando lo que es complejo y embarullando lo que es claro (...) Este sistema corrompido, los militares indecentes que secuestran, torturan, violan, mutilan y matan prisioneros inermes en defensa de los negocios del General López Aufranc, presidente de Acindar, ya no pueden sostenerse, por más baños de sangre con que pretendan ahogar el clamor de todo un pueblo. Porque además, contra este sistema fundado en la negación de todos los valores que San Martín consagró con su vida ejemplar, insurge hoy una fuerza organizada.

Si ellos son hijos de Canning, de Rivadavia, de Mitre, de Sarmiento, de Roca, de Justo o de Braden, nosotros lo somos de Rosas, de Dorrego, del Chacho, de Felipe Varela, de Scalabrini Ortiz, de Perón. Y hemos aprendido con Evita que sólo la fuerza del pueblo organizado podrá derrotar a la fuerza de la antipatria.

¿A cuál se parece el ejército que San Martín organizó en el Plumerillo para llevar a Chile la Guerra, 'vestidos con bayeta o en pelotas como nuestros paisanos los indios', con armas rudimentarias fabricadas por el cura Beltrán, llevando a lomo de mula hasta el forraje para los caballos a través de la cordillera?

¿Al ejército cipayo que se entrena en Washington y dispone de todos los medios económicos para llevar a cabo una sucia guerra de exterminio? ¿O a este Ejército Montonero que estamos construyendo, improvisando soldados con abogados como Belgrano y con trabajadores explotados como los que guerrearon desde San Lorenzo hasta Ayacucho, sin más plata que la que hemos sabido conseguir jugándonos la vida, sin otras armas que las que podemos recuperar de los cuarteles y comisarías o de las que fabricamos con tecnología argentina y capital argentino expropiado a monopolios extranjeros?

Creemos como Usted, general, que la unidad nacional es un bien precioso a cuyo logro no deben escatimarse esfuerzos ni sacrificios (...) Es seguro que existen, ente usted y nosotros, distintas apreciaciones, sobre éstos y otro asuntos. Pero es un deber de

hidalguía militar reconocer en sus palabras del 17 de agosto una buena fe, una limpieza de propósitos dignos de encomio. Los hombres como Usted siempre tienen un lugar disponible a nuestro lado, en este nuevo Ejército que estamos creando de la nada, como lo tuvo que hacer San Martín, para construir una nueva Patria, grande, potente, generosa, como la que alentó en los sueños el Libertador" (citado en Roberto Baschetti, Documentos 1976-1977. Golpe militar y resistencia popular, La Plata, De La Campana, 2001, p. 226).

Esto no fue privativo de los grupos vinculados al peronismo: El Ejército Revolucionario del Pueblo adoptó para su bandera la misma disposición y colores que la bandera del Ejército de los Andes, sólo que la estrella roja de cinco puntas reemplazaba al escudo nacional. Algunos de los atacantes al cuartel de Monte Chingolo se agruparon en el Batallón Urbano "José de San Martín".

25 Citado en Eduardo Anguita y Martín Caparrós, La voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina 1966-1973, Buenos Aires, Norma, 1997, Tomo I, p. 94.

26 Citado en Rosana Guber, "1966: La otra Operación Cóndor", en Todo es Historia, Nº 417, abril de 2002, p. 22. Mi subrayado.

27 Para la mayoría de sus críticos, ésta fue la clave de su derrota. Véase por ejemplo: Pilar Calveiro, Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años 70, Buenos Aires, Norma, 2005.

28 Todas las citas en Estrella Roja, N° 23, 15 de agosto de 1973, en Daniel De Santis (selección), A vencer o morir. PRT-ERP. Documentos, Buenos Aires, Eudeba, 1998.

29 Lilia Ana Bertoni, Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX, Buenos Aires, FCE, 2001, pp. 216-217.

30 Adrián Bravo, ex combatiente, citado en Jorge Grecco y Gustavo González, Argentina: el Ejército que tenemos, Buenos Aires, Sudamericana, 1990, p. 153.

31 Clarín, 2 de abril de 1997.

32 En junio de 1976, Ana María González, una joven montonera, colocó una bomba bajo la cama del jefe de la Policía Federal y lo mató. El modo en que se había infiltrado –fingiendo amistad con una de las hijas del militar asesinado– dio pie para que la propaganda construyera una imagen de la juventud que se volcaba a la subversión en términos alarmantes (González tenía 19 años). Uno de los nudos de esta caracterización era señalar a los jóvenes como carentes de ideales y espíritu de sacrificio, "arruinados" por unos padres que les daban todo. En particular quien se especializó en esta versión fue el conocido periodista Bernardo Neustadt, que publicó un artículo llamado "¿Se preguntó cuántas Ana María González hay?". Poco después, la prensa controlada por el régimen daba a publicidad versiones alarmantes acerca de la "penetración subversiva en el ámbito educativo". Ana María González murió luego de un enfrentamiento con las fuerzas de seguridad un año después.

33 Teófilo De María, Organización institucional y política Argentina vigente durante el Proceso de Reorganización Nacional. Auxiliar didáctico complementario de "Instrucción Cívica", Buenos Aires, Ediciones Civismo, 1981, p. 4.

34 La tradición de los charter como práctica política en la historia argentina, desde el vuelo de retorno de Perón, a la propuesta de Bayer de cargar un avión con exiliados y aterrizar

en Ezeiza para realizar una denuncia internacional, para llegar al vuelo de notables a Malvinas y el “tren de la anticumbre” de 2005, debería ser motivo de reflexión.

35 Gente N° 701, diciembre de 1976.

36 En Isaac Francisco Rojas, La Argentina en el Beagle y Atlántico Sur, Buenos Aires, Diagraf, 1978, pp. 124-125.

37 Eduardo Blaustein y Martín Zubieta, Decíamos ayer. La prensa argentina bajo el Proceso, Buenos Aires, Colihue, 1998, p. 222.

38 Colegio Nacional de Buenos Aires, Discurso pronunciado por el Doctor Alfredo de Las Carreras al asumir el cargo de rector del Colegio Nacional de Buenos Aires, p. 14.

Capítulo 2

Movilizaciones

Salimos temprano de Neuquén, en un ómnibus todo destartalado, indigno de la acción patriótica que nos había encomendado el general Perón. Íbamos a jugarles un partido de fútbol a los ingleses de las Falklands y ellos se comprometían a que si les ganábamos, las islas pasarían a llamarse Malvinas para siempre y en todos los mapas del mundo. La nuestra era, creíamos, una misión patriótica que quedaría para siempre en los libros de Historia y allí íbamos, jubilosos y cantando entre montañas y bosques de tarjeta postal.

Osvaldo Soriano, Cuentos de los años felices.

Reacciones

La cuestión del apoyo al desembarco en las islas Malvinas tiñe buena parte de las numerosas lecturas e interpretaciones en torno al conflicto. El fracaso en la guerra, el descrédito de la Junta Militar y sus crímenes bastaron para reducir la explicación del amplio respaldo que tuvo el episodio (sobre todo, el acompañamiento solidario –aunque con matices– a sus principales protagonistas, los soldados) a dos cuestiones principales y que permitirían agotar las especificidad de Malvinas como objeto de análisis: un reclamo territorial fuertemente arraigado a lo largo de generaciones de argentinos escolarizados, combinado con la necesidad política de crear consenso por parte de una dictadura militar desprestigiada.

De este modo, la movilización en torno a la guerra se restringe pura y exclusivamente al respaldo al desembarco del 2 de abril, y éste a un gesto automático de una masa nacionalista frente al estímulo de un general borracho y torpe que supo qué cuerdas pulsar para ponerlos a danzar en una plaza que les estaba vedada hasta hacía unos días.[1] Estas lecturas, que tienen una base muy extendida, son juicios ex post que miden el respaldo a la guerra desde sus efectos y consecuencias, y no desde sus orígenes.[2]

Aquí no nos detendremos en la construcción de Malvinas como símbolo nacional, en tanto ha sido objeto de importantes estudios recientes.[3] Nos ocuparemos, más bien, de otros sentidos otorgados al contexto político creado por el desembarco y la efímera recuperación del territorio insular. ¿Qué otras cuestiones puso en juego el operativo militar del 2 de abril? Probablemente arroje algo de luz a esta cuestión analizar los recuerdos y reacciones de actores que, en aquellos años, se opusieron a la guerra, o a los que militaban más o menos abiertamente en contra de la dictadura militar y que frente al episodio debieron tomar una posición.

Ana Chávez, actualmente militante de derechos humanos, en aquellos años era una joven que transitó la guerra de un modo ingrato. No recibió el desembarco con alegría: “Yo me recuerdo como una autista (...) Me recuerdo llorando en una esquina, por las Malvinas, y

una bandera que se la hubiera quemado, a los de al lado (...) Había como valores (...) La vida no era un valor, entonces estaba bien ir a reventarse por un pedazo de tierra (...) Después de esa época no volví a cantar el Himno, canto O juremos con gloria vivir”.[4]

Daniela Pelegrinelli, una adolescente de dieciséis años en 1982, recuerda que se oponía a la guerra, pero al mismo tiempo participó en gran cantidad de actividades de apoyo a los soldados que marchaban al frente de paso por su pueblo, en el Sur de la provincia de Buenos Aires:

Al poco tiempo de declararse la guerra de las Malvinas, comenzaron a pasar por Pringles, el pueblo donde nací, trenes repletos de soldados. Pasaban a cualquier hora, más que nada de noche. Varias asociaciones, gente voluntariosa, jóvenes, iniciaron una campaña de recolección de ropa de abrigo y alimentos y un grupo de gente –los que podían– esperaba esos trenes para darles lo que se había reunido a los soldados. Muchas noches estuve en la estación, donde nos acomodábamos en una gran habitación con cocina, y me acostumbré a pasar varias horas allí, esperando, mientras se hacía chocolate y se cortaban tortas. Cuando llegaba un tren (a veces sabíamos el horario aproximado pero nunca exacto) los soldados se bajaban, tomaban el chocolate, comían y les dábamos gorros, pullóveres y bufandas. Sin embargo, uno de los principales motivos de nuestra presencia era tomar las direcciones de sus familias para escribir en su nombre comentando que habíamos visto a su hijo, que estaba bien, etc. (...)

Yo era contraria a la guerra, me parecía una locura; además, me repugnaba ese nacionalismo oportunista que rozaba el exitismo, que la gente estuviera tan contenta con algo que a mí me parecía espantoso. Seguramente, además, me daba miedo. Pero no tenía muchos argumentos así que apelaba a los religiosos y humanistas. Tampoco tenía muchos adeptos. Con una amiga solíamos decirles a los soldados que desertaran. Hoy veo la escena: era de noche, invierno, hacía mucho frío y unos chicos apenas más grandes que yo iban a una guerra inesperada, y en un pueblo perdido de la provincia de Buenos Aires unas chicas que le daban algo caliente y algo de comer le decían que no fueran. Pobres, ¡qué pensarían! Si ya estaban jugados. ¿O no? ¿O había alguna posibilidad de parar todo eso?

Sin embargo, a pesar de nuestro rechazo hacíamos esa tarea que creíamos humanitaria y escribíamos cartas.[5]

La evocación de Daniela muestra algunas de las profundas contradicciones que generaron los sucesos de Malvinas. En los años de la dictadura los espacios para el disenso nunca habían sido muchos, y al mismo tiempo, el episodio, anclado en una reivindicación territorial y nacional, llamaba a otras sensibilidades y trayectorias. Luis Piaggi, tripulante de un barco mercante, recuerda que durante la navegación escuchaban las noticias de la BBC y entonces estaban preocupados por el giro de los acontecimientos. Sin embargo:

Éramos muchos que lo que queríamos era llegar a Buenos Aires e ir a pelear. Queríamos ir a Malvinas. Había otros que decían que era una locura. Yo creo que todos sabíamos que era una locura, que se había desafiado a una de las potencias más poderosas del mundo y que no estábamos en condiciones de enfrentarlos, pero había algo que vos decías...

querías ir. E ir a pelear, viste, era rebelarte contra toda esa opresión que uno entendía que no era sólo del país, era como intentar devolverles un poco de lo que se estaba haciendo.[6]

Este testimonio inserta la guerra en ciernes en el marco más amplio de las luchas contra el imperialismo. En la controversia más famosa en la comunidad de exiliados, aquella entre un grupo de intelectuales argentinos de México y León Rozitchner, exiliado en Caracas,[7] éste fue un elemento principal para justificar el apoyo: la posibilidad de separar lo que se consideraba una guerra justa de un gobierno dictatorial que los había forzado a salir del país y que ahora generaba un hecho que podía ser leído en tono netamente popular. En todo caso, a la luz de los acontecimientos posteriores, el “apoyo a Malvinas sí pero a la dictadura no” generó en muchos una dificultad para pensar ese problema:

Nosotros, desde México, habíamos sacado una declaración imperdonable que, para peor, era algo más que una declaración, era una especie de estudio que yo quise creer que no iba a ser publicado, que no había sido escrito para que se le diera difusión pública. De todas maneras, yo estaba de acuerdo con lo que ahí se decía; las primeras respuestas críticas que recibimos nos hicieron ver lo errónea que era nuestra posición. Todavía no logro explicarme cómo pudimos escribir esa declaración. Fue quizá más que un grueso error. No era, por supuesto, una alabanza a la Junta Militar; se decía, por el contrario, que era una banda de asesinos, pero lo que se reafirmaba era que las Malvinas eran argentinas y que se habían recuperado... Esta declaración suscitó muchas discusiones y autocríticas. Si me preguntan ahora sobre Malvinas, yo me niego a hablar, porque ya lo hice y mal, así que prefiero que hablen otros.[8]

Para otros militantes, inclusive, la guerra logró lo que no había podido la represión:

Lo de la guerra me enfureció muchísimo. Además la confrontación bélica quebró mi relación con mi organización política, ya que no coincidíamos con el análisis de la guerra y la dictadura en esa coyuntura. Yo no compartía que se pudiera apoyar, de ninguna manera ni bajo ningún concepto, una barbaridad como la guerra.[9]

De todos modos, si algo distingue a las posiciones del exilio es el hecho de que no sólo separaban, efectivamente, la guerra en las islas de la dictadura, sino que podían pensar ambas cosas a la vez, cosa que a juzgar por muchas de las manifestaciones del público en la Argentina, no era posible. Para quienes estaban en el país, la posibilidad de hacerse este tipo de cuestionamientos llegó, más bien, a partir de la derrota (y produjo desgarros semejantes).

En el exilio, hubo aquellos para quienes la guerra significó la posibilidad de llorar a sus muertos. El cineasta David Blaustein, por ejemplo, recuerda que

Malvinas me agarra en parte en Nicaragua haciendo un documental que nunca se terminó sobre los indios Misquitos (...) Me acuerdo perfectamente estar en Nicaragua y enterarme del hundimiento del Belgrano, en pleno rodaje de la película... Y me acuerdo que debe haber sido de las pocas veces en el exilio que lloré, porque de repente se me juntaron las imágenes de los pibes del Belgrano, hundiéndose, con la figura de Augusto Conte [su amigo y compañero de militancia, secuestrado mientras hacía el servicio militar el 7 de julio de 1976]... Y me acuerdo que la imagen que yo tenía mientras lloraba es que... si el Motudo hubiese sobrevivido, probablemente podría haber perdido en Malvinas, que era como absurda la asociación, pero era evidentemente una especie de doble duelo.[10]

El peso simbólico de Malvinas, su presencia en determinadas tradiciones partidarias fue, a la vez, un elemento decisivo a la hora del posicionamiento ante la guerra. Un dirigente sindical exiliado combinaba, en su apoyo a la guerra, tanto la formación escolar como el aprendizaje político posterior:

Miremos hacia adentro del país. No se puede prescindir de quiénes somos, que es, en este caso, la pregunta ¿de dónde venimos? Con las primeras nociones sobre la Nación a la que pertenecíamos, la Patria y su geografía, oímos que las Malvinas son argentinas. Rima que es música viva. El mapa del país, como un espejo en los pizarrones escolares, más tarde felizmente pulimentado nuevamente por el desarrollo de la conciencia socialista, nos dibujaba la Argentina con las Malvinas, Georgias, Orcadas, Sandwich y Antártida Argentina. De ahí el nerviosismo, las emociones encontradas, el vértigo en nuestras cabezas al recibir las primeras noticias de prensa sobre la ocupación. Es que lo retorcido de nuestra suerte, la desgraciada paradoja, reside en que los asesinos de nuestros hermanos –que no hermanos suyos– los más sistemáticos entregadores de la soberanía y la dignidad argentinas, sean los que ejecutaron la ocupación de las Malvinas.[11]

Adrián Bravo, que marchó a Malvinas a combatir, encontró argumentos muy similares para justificar su alegría, a los que pudo agregar otros:

Me acuerdo que cuando estaba haciendo la primaria una maestra me habló de Malvinas y me habló de una forma muy especial. Por eso, cuando me enteré que iba a las Malvinas fue como sacarme el Prode. No lo puedo explicar bien pero fue una alegría muy grande. Aparte, conocer tantas cosas nuevas, yo nunca había viajado en avión, ni en barco, ni en helicóptero, ni en nada. Es como que todo eso, con tener ganas o no tener ganas, si me parecía bien o no me parecía bien, no tenía nada que ver. Era otra cosa.[12]

Ahora bien, el testimonio del sindicalista en el exilio agregaba a la genealogía de su vinculación con las islas el hecho de que se estaba diseñando un mapa político distinto. Para muchos, la dictadura militar había habilitado nuevamente el espacio público, y en consecuencia “es inexorable que sus relaciones de fuerza con el pueblo al que oprimieron ferozmente durante estos últimos seis años, no será la misma. El pueblo ha puesto el

hombro: las banderas de libertades democráticas junto a las de anticolonialismo. Y las ha puesto en la calle”.[13]

El conflicto de Malvinas sintetizó la posibilidad de dos acciones concretas, que fueron leídas de distintos modos en el exilio y en la Argentina, pero que claramente funcionaron como un elemento movilizador: la oportunidad de volver a hacer política públicamente y la de una regeneración (nacional, de clase).

Malvinas y la vuelta de la política

Un hecho muy importante que precedió al desembarco del 2 de abril fue la movilización de la CGT a la Plaza de Mayo, brutalmente reprimida, el día 30 de marzo de 1982. En numerosos análisis el desembarco es leído como una respuesta a esta prueba de fuerza. De este modo, no sólo se refuerza la lectura de la guerra como una mera salida política de la Junta, sino que se aporta a la construcción de una masa que no encontraba inconvenientes en apoyar a quienes los habían reprimido días antes:

De Malvinas yo me acuerdo lo que fue la marcha del 30 de marzo, que fue una gran represión (...) El 2 de abril me toca ir a hacer una vidriera ahí en Capital. Y cuando estamos ahí (...) por ahí empezamos a ver la gente que empezaba a ir a la plaza (...) Y yo le digo al que estaba laburando conmigo: “Éstos son todos locos, ayer nos corrieron a palos y ahora éstos vienen a festejar que éstos tomaron las Malvinas, esto es una locura, cómo es la gente”, le decía yo, porque no me cabía en la cabeza, porque hacía dos días que te habían corrido a palos y después salir a festejar con los milicos (...) No entendía (...) En realidad uno decía bueno, la alegría de decir bueno, las Malvinas son nuestras, estamos en Malvinas, pero después vimos lo que pasó (...) En realidad salieron a matar pibes, porque no hubo otro sentido (...) Se hizo el tema de la desaparición acá, y mandaron los pibes allá a Malvinas, con el fin de eliminar a toda una generación (...) Yo no apoyaba. Incluso la gente se iba allá a festejar, y yo decía esto es una locura. Pero lo relacionaba con esto de que las Malvinas son argentinas.[14]

Pero otros encontraron en la movilización espontánea del 2 de abril y las posteriores convocadas por el gobierno de facto, la señal de una posibilidad de recuperar las calles. Un militante peronista que por entonces era un estudiante de Historia, recuerda:

Yo había participado muy activamente, entre estos grupos sueltos, en la organización de la movilización del 30 de marzo. Habíamos estado muy cerca de Ubaldini en ese episodio, en la organización (...) Habíamos puesto grupos bastante nutridos, no tanto de miembros de agrupaciones, porque no las teníamos, más bien de amigos. Fuimos nosotros, nuestras novias (...) Fuimos reprimidos duramente (...)

Hasta la marcha gigante de Muñoz, yo estaba... ni siquiera en contra de la guerra: No me lo creía, no creía que esto estuviera ocurriendo (...) Los hitos son que no lo creía, que en

algún momento cambió mi modo de mirar las cosas, juraría quizás que por lo masivo de la movilización aquella. Fuimos a esa marcha, y nos pasamos puteando todo el acto a Galtieri (...) Luego sí terminé, después del bombardeo del 1º de Mayo (...) Me anoté de voluntario (...)

Entrevistadora: ¿Cómo es eso?

Supongo que... que se activaron los antiguos fragmentos del nacionalismo popular revolucionario de izquierda, los aires latinoamericanistas... los montoneros exiliados diciendo que venían a combatir... los aviones de Perú ofrecidos a las FAA... Un combate antiimperialista clásico. Yo nunca había sido muy fervoroso partidario de la causa Malvinas, honestamente (...) Nunca fue para mí un tema que me llamara la atención (...) pero bueno, lo del bombardeo sí me parece más fuerte. [15]

Un opositor a la dictadura se termina enrolando como voluntario, en un proceso que a la vez lo lleva a revisar su compromiso ideológico:

Visto desde Malvinas, el mapa tradicional que yo mismo traía, y traía heredado de Montoneros (...) El mapa con el que yo había ordenado mucho tiempo la interna del peronismo no se ajustaba a lo que yo estaba viendo. Había grupos habitualmente ubicados dentro del peronismo tradicional (...) que hacían un análisis muy juicioso y muy preciso de la guerra. Siendo que la izquierda, y lo que suponía la izquierda del movimiento (...) compraba lo de la guerra rápidamente.[16]

Comparemos sus experiencias con esta carta enviada desde Buenos Aires al exilio y reproducida en una de las revistas de la comunidad argentina:

Baires, 11 de abril de 1982

Queridos amigos:

No he querido dejar pasar muchos días para escribirles sobre los acontecimientos, porque creo importante transmitirles las primeras impresiones de los hechos.

Y volvimos a la plaza... ¿Qué siente un peronista cuando vuelve a esa plaza que tanto significa para nosotros, y allí no está Perón? ¿Qué siente cuando sabe que, además, allí se encontrará a un enemigo? Esto pasó el sábado a la mañana. Casi sin comunicarnos, pero con la intuición de que allí nos encontraríamos todos (yo con mi mujer y mis tres chicos, que ya tienen edad para iniciarse en estas cosas) (...) Llegamos cerca de las once, y ya había gente. No era como antes, no había consignas, lugares ni organización. Frente al Cabildo, me encuentro con unos compañeros, abrazos, alegría y la onda: vamos a estar por Rivadavia (...)

Empezaron los bombos, y nosotros latíamos con ellos. Más de uno dejó escapar una lágrima. Uno de mis pibes, después de recorrer toda la plaza, y mirando a los muchachos

que nos rodeaban, dice riéndose: “Aquí está lo peor de la plaza”. El único sector popular neto estaba allí, muchachos sin camisa saltando y tocando el bombo, muchos jóvenes, predominando sobre los militantes de nuestra generación.

Siguieron los cantitos: “Aserrín, aserrán, que se vaya el Alemann”, y poco a poco se fueron envalentonando: “Y ya lo ve, y ya lo ve, vinimos el 30 y hoy también”, “Se siente, se siente, Perón está presente”, y muchas más. Luego vino el Himno, pasado por los parlantes, y enseguida largamos la marcha. ¿Te das cuenta? ¡La marcha peronista! Desde el palco hacían de todo para taparnos con música y consignas.[17]

En ambos casos, los sucesos generados por Malvinas y la guerra misma fueron leídos en un marco ideológico más amplio, el de la experiencia militante y el de la lucha antiimperialista. En coincidencia, para el escritor Osvaldo Bayer, exiliado en Alemania, la cuestión de las Malvinas se trataba de un “problema eterno pero siempre desactualizado, tema eterno de pequeños conciliábulos nacionalistas y de almirantes retirados”. Sin embargo, advertía acerca de cometer la equivocación de interpretar el apoyo popular a la recuperación desde el “típico error de los que creen en las decisiones de balcón”, ya que

Lo más importante fue callado por las crónicas extranjeras: que en la manifestación realizada con motivo de la llegada de Haig a Buenos Aires, el ministro de Reagan fue estruendosamente silbado por la multitud. Y que el propio dictador Galtieri fue abucheado y silbado al autodenominarse “presidente de la Nación” e “intérprete del pueblo argentino”.

Y criticaba con dureza a los políticos de la Multipartidaria, quienes “prefirieron el camino demagógico de apoyar el ‘operativo Malvinas’ en vez de decir toda la verdad al pueblo y denunciarlo como maniobra de la dictadura, reservando el derecho de solucionar el problema del Atlántico Sur a un gobierno democrático elegido por el pueblo. Una clara posición así habría determinado la caída del gobierno de los generales”.[18]

Esta lectura “política” de las movilizaciones era compartida por otros sectores del exilio, que señalaban el hecho de que ambos sucesos mostraban una militancia que tras los años más duros de la represión comenzaba a reorganizarse:

Los acontecimientos que se desatan en Argentina a partir de la manifestación sindical y arrolladora maniobra malvinera, indican el regreso de “la política”. El llamamiento del gobierno para que lleven su gente a la Plaza, constituye un virtual levantamiento del Estado de sitio, una aceleración de las negociaciones en pro de una salida política para el régimen (...) A pesar del desmantelamiento, de las formas de relación política entre los explotados, producido a sangre y fuego por el partido militar y apoyado por los partidos políticos y las corporaciones del sistema, una nueva generación de militantes se abre paso en el país.

Desde unos ocho o diez meses atrás esa militancia comienza a dar muestras de re-organización (...) Su militancia no es de “oposición”, es de resistencia y antagonismo global, es de clase.

Carente de recursos; huérfana de espacio en los diarios y de diarios propios; fuera de las mordidas al presupuesto estatal y de toda protección legal; dividida en numerosos sectores; vigilada por la omnipotente maquinaria represiva y por las bandas fascistas parapoliciales de existencia intacta; frenada por el terror aún impreso en mucha gente y la desconfianza.[19]

No obstante, algunos no estaban dispuestos a pagar el precio del acompañamiento a la dictadura para lograr esa reaparición de la política, esa

Mecánica espiritual que se hace presente masivamente entre nosotros con la aventura de las Malvinas y el culto posterior de sus héroes. Es la vieja fascinación que irradia el héroe del combate y su inmolación redentora, a la que la mayor parte de los grupos del exilio también rindió tributo. No les sirvió la persistente campaña antidictatorial que venían realizando, el conocer mucho mejor que los que estábamos aquí la envergadura de la represión, los datos pormenorizados del genocidio: apoyaron a los genocidas en la gesta nacional-redentorista.

No quisieron privarse, como el conjunto de la sociedad nacional, de recibir el óleo que nos purificaba a todos. Un óleo de pólvora y sangre. Unción expiatoria de irracionalidad, de mística nacional. Los montoneros, desde el exilio, ofrendaban su carne sacrificial: ofrecían sus presos políticos a la dictadura para ir a combatir a las Malvinas. La tortura, la vejación, se purgaban; el combate suturaría las heridas, aliviaría el pudor de la carne. Seguirían con el mismo devocionario.[20]

Carlos Brocato, el autor del párrafo precedente, desarrolló en consecuencia otras formas de oposición, de la que nos ocupamos más adelante.

En abril de 1982 escribimos y discutimos cuatro argentinos anónimos el único trabajo que en la Argentina se opuso frontalmente a la aventura criminal y a la complicidad con la dictadura. Confeccionamos fotocopias que se distribuyeron a mano; éstas, por el interés que promovió ese texto solitario y los mecanismos de identificación que despertó en argentinos críticos, comenzaron a reproducirse espontáneamente y a circular por espacios que nos eran desconocidos.[21]

Otros grupos y actores, por los mismos motivos que Brocato, también encontraron en Malvinas una posibilidad de instalar discusiones y volver a tejer algunos de los vínculos culturales y políticos deshechos por la represión:

El acontecimiento que precipitó el cambio no sólo para nosotros (...) fue, como se sabe, la guerra de las Malvinas. Me acuerdo que redactamos en Punto de Vista un texto colectivo de repudio a la aventura militar, que era a su vez una declaración de apoyo a las gestiones

que hacía Adolfo Pérez Esquivel a favor de una solución pacífica que detuviera la guerra. A partir de estas iniciativas nos pusimos en contacto con otra gente; y esto para nosotros era muy importante porque una de las características nocivas de aquellos años era el tema de la extrema fragmentación y la incomunicación (...) La oposición a la guerra de las Malvinas nos puso en comunicación con otra gente que suscribió esta declaración que circulaba clandestinamente, de mano en mano. Me acuerdo algunos nombres: Jorge Goldenberg, Luis Príamo, Hilda Sabato, Leandro Gutiérrez, todos conectados por el antimalvinismo, es decir, por la denuncia de la guerra.[22]

Pero para otros, las cosas parecían estar mucho más claras. Nuevamente en la sección de prensa de una revista del exilio, leemos que "en la gente, en los primeros momentos había resistencias o dudas. Hoy, el grueso de la militancia peronista ha comprendido que es una causa nacional, y no del gobierno militar".[23] Con esta convicción es que muchos militantes respondieron al igual que muchos de sus compatriotas, de acuerdo al viejo esquema cívico militar: presentándose como voluntarios. Marcelo Schapces era uno de ellos, y estaba en México por ese entonces:

El 30 de marzo, cuando fue la movilización de la CGT, y me contaron (...) hablando por teléfono con amigos y con mi hermano no aguanto más, pensé en volver; dos días después, cuando fue Malvinas, empecé a buscar la manera de comprar pasaje, y el 10 volví, volví horas después de que Galtieri había dado su discurso en la plaza, con toda la gente aplaudiendo. Volví, y me fui a ofrecer de voluntario para Malvinas y no paré de militar hasta supongo que el 85... 86.[24]

Para Marcelo, Malvinas fue un hito en su militancia política. Tomando una categoría central en las discusiones sobre Malvinas después de junio de 1982 (malvinizar),[25] explica en qué consistió su activismo durante la guerra, y se diferencia de otros gestos igualmente comprometidos pero ideológicamente (para él) cuestionables:

Todo nuestro trabajo era para malvinizar (...) Yo sabía que la guerra se iba a perder, pero (...) había que estar con los soldados, no con los pibes, con los soldados... A partir de que Inglaterra plantea el enfrentamiento, la posición mía no era declinar el enfrentamiento (...) De ese enfrentamiento había que salir volteando a la dictadura (...) Era pelear contra Inglaterra, desenmascarar a Estados Unidos, demostrar que la dictadura eran los primeros vendepatria (...) No había posiciones intermedias, las posiciones eran extremas. O extremas de un patrioterismo estúpido, y apolítico, "vamos a vender nuestros anillos", o eran de un pacifismo estúpido, liberal, con el que yo no podía sentirme de acuerdo, o a gusto.[26]

Es que en el marco de agitación de los dos meses y días del conflicto, el paraguas de la reivindicación de la lucha en las islas era un excelente marco para construir redes: "el activismo de Malvinas terminaba permitiendo casi todo".[27]

En el exilio se dieron situaciones paradojales. Los Montoneros no sólo publicaron una solicitada en la que proponían a la dictadura militar una tregua para combatir contra Inglaterra,[28] sino que las comunidades del exilio mexicano y peruano presenciaron campañas de reclutamiento de militantes para regresar en un charter a la Argentina y ofrecerse como voluntarios para combatir en las islas.[29]

Los militantes políticos presos también se vieron conmovidos por el episodio. Ante la noticia del desembarco, Jorge Giles, preso político desde 1975, protagonizó un incidente que hubiera sido insólito hasta el día anterior: el jefe del penal se cuadró ante él:

Malvinas fue un sacudón y una discusión muy grande (...) Yo fui parte de los presos que decíamos que más allá de que nosotros éramos presos de la dictadura y combatíamos a la dictadura, éramos enemigos de la dictadura, éramos victimas de la dictadura, etc., pero teníamos ese sentimiento de Malvinas que nos venía de nuestros viejos, de nuestra formación política ideológica. Teníamos el orgullo del papel de Dardo Cabo, que fue aquel argentino que pisó Malvinas cuando secuestraron el avión en los años 60, que después mata la dictadura estando preso (...) Siempre vimos Malvinas como parte de lo que es nuestra lucha nacional (...) Teníamos que ver de qué manera no permanecíamos ajenos a la gesta de Malvinas.

La respuesta para no permanecer ajenos fue la redacción de una carta, que “mucha gente puede pensar que fue un gesto de soberbia de los presos”, dirigida al jefe del penal. En ella le dijeron que “si nosotros tenemos que donar sangre, tenemos que ir a pelear a Malvinas, si nosotros tenemos que ir a pelear contra los ingleses, nosotros lo vamos a hacer porque ésta es nuestra formación como militantes”, y le pidieron una entrevista, a la que Giles concurriría como representante.

Los presos obtuvieron la audiencia, y Giles, esposado y escoltado por un guardia, se encontró en la oficina del director, que “estaba escribiendo algo en su escritorio” y que le dio esta orden al guardia: “Sáquele las esposas y retírese”:

Cuando me quedo solo sale de atrás del escritorio y viene y se cuadra delante mío (...) como si se cuadrara frente a un par, y me pasa la mano:

–Me emocionó mucho la carta que mandaron, y quiero charlar con usted porque el gesto de ustedes es un gesto invalorable.

Sin embargo, pese al gesto de respeto “el tipo lo que me dice es que muchas gracias (...) pero que ellos no se olvidan que somos enemigos, entonces por lo tanto ni nos van a pedir sangre, ni nos van a pedir absolutamente nada”.[30]

También otros espacios sospechosos a ojos del gobierno dictatorial se vieron atravesados por las contradicciones. El desembarco en Malvinas y el desarrollo del conflicto tuvieron, paradójicamente, el efecto de dar una dimensión pública a uno de los fenómenos culturales juveniles más ricos de la Argentina. El rock, que hasta 1982 había sido una

suerte de contraseña cultural entre un “selecto” grupo de jóvenes, se convirtió en la banda de sonido de una guerra. El debate por lo nacional ya no era simbólico, ahora había territorios, cuerpos, vidas humanas.[31]

El 16 de mayo de 1982 se realizó en el Club Obras Sanitarias el Festival de la Solidaridad Latinoamericana, con tres objetivos centrales: exigir la paz en Malvinas, recaudar víveres y ropas para los combatientes, y agradecer la solidaridad de los países latinoamericanos. No se cobró entrada sino que se optó por pedir ropa y alimentos no perecederos. Concurrieron alrededor de sesenta mil personas, la mayoría jóvenes. El concierto fue transmitido en directo por TV, algo inédito para el rock argentino que no sonaba en los medios masivos de comunicación. El espectáculo fue conducido por Juan Alberto Badía y Graciela Mancuso. Desde el escenario se dijo: “La música progresiva nacional, que es parte de un lenguaje universal de amor y comunicación, se hace presente en este momento histórico para ratificar la voluntad constructiva de un pueblo de paz”. Muchos de los principales referentes del rock nacional participaron de ese evento inédito: Charly García, Luis Alberto Spinetta, León Gieco, Litto Nebbia, Nito Mestre, David Lebón, Rubén Rada, Raúl Porchetto, Pappo, Antonio Tarragó Ros, Miguel Cantilo, Tantor, Edelmiro Molinari, Ricardo Soulé, Javier Martínez, Dulces 16 y Beto Satragni, entre otros. Atendiendo a las tradicionales relaciones entre los jóvenes, sus músicos y el poder, se trataba de una situación inédita:

Ese mediodía, a las puertas de Obras se estacionaron camiones del Ejército, pero esta vez no para llevarse gente sino para cargar todo lo recaudado: 50 camiones de abrigos y alimentos. A las 3 de la tarde del 16 de mayo, cerca de 60 mil jóvenes asistieron al Festival de la Solidaridad Latinoamericana. El título aludía al apoyo que la mayoría de los países de América Latina le habían confiado a la Argentina en relación con el conflicto. Pero también hacía referencia a la mirada continental que el rock había empezado a tener. Por supuesto, la televisión y la radio transmitieron el festival. Con lo recaudado se juntaron 5.000 bolsos de donaciones que debían ir a Malvinas. Dos semanas después de que el submarino inglés Conqueror hundiera al General Belgrano con sus mil tripulantes, Somos tituló: El rock en el frente. Y Pelo le puso a su tapa: La hora del rock nacional.[32]

Continúa el relato:

Entre los que fueron al Festival de la Solidaridad Latinoamericana no hubo expresiones eufóricas ni mucho menos. Desde el césped de Obras pudo notarse la desazón de los músicos y la consternación de los oyentes, aunque algunos vitoreaban al país y a sus músicos favoritos. Era difícil poder pensar en otra cosa que no fuera en esos miles de chicos, de la misma edad del público reunido, que estaban en Malvinas con 15 grados bajo cero, mal calzados y mal alimentados en medio de una guerra que no habían elegido y representando a un gobierno que nadie había votado. Era imposible asociar el encuentro al sentido festivo que solían tener los recitales. Gieco cantó Sólo le pido a Dios y cuando terminó todo se fue corriendo a su casa, como si acabara de hacer algo en contra de su voluntad; no veía la hora de dejar todo eso atrás y empezar la segunda parte de su exploración del país. Spinetta tocó lo suyo, no sin antes aclarar que estaba ahí por la paz, no por la guerra. Lo mismo hizo Miguel Cantilo al entonar Gente del futuro. Edelmiro tocó

rock and roll con Ricardo Soulé, pensando que al menos los que allí estaban recibirían un poco de aliento (...) Para el final, Charly García, David Lebón, Raúl Porchetto, León Gieco, Nito Mestre y Tarragó Ros hicieron Algo de paz.[33]

Sin embargo, en un contexto en el que era difícil expresar el desacuerdo como no fuera a través de esa sensación de ambigüedad, hubo otros grupos que no aceptaron participar del festival y, además, realizaron una lectura crítica de la guerra y su contexto. La familia Vitale estuvo organizada en torno al colectivo MIA (Músicos Independientes Argentinos) desde 1976 hasta 1982. Además de la escuela de formación musical que tenían, editaban discos y organizaban conciertos por toda la Argentina de forma autogestiva. En 1982 se habían convertido en el CECI (Centro de Cultura Independiente). Cuando Donvi y María Esther Soto –el matrimonio Vitale, gestor de los proyectos– se enteraron del desembarco argentino en las Malvinas se pusieron en contacto con un representante de la Cruz Roja con la idea de hacer un concierto en Ushuaia en contra de la guerra. Los Vitale se definían como "neutrales". El proyecto no llegó a concretarse. Por otra parte, Virus y Los Violadores fueron dos de los grupos que decidieron no participar del Festival de la Solidaridad Latinoamericana.

En el caso de Virus, los hermanos Moura habían adquirido una fuerte conciencia política de una forma trágica. Su hermano Jorge, militante del ERP, había desaparecido. Fue secuestrado en la casa familiar que los Moura tenían en La Plata delante de sus padres y de su hermano Marcelo. Para los músicos de Virus era impensable sumarse a un concierto oficial, organizado por la Junta responsable del secuestro de su hermano. Roberto Jacoby, artista conceptual que en los sesenta estuvo cercano al Di Tella y luego investigó desde su obra la relación entre la política y el arte, se sumó en los ochenta a trabajar con Virus en la escritura de las letras. Una de ellas, El Banquete (1982) se refiere con ironía a la relación del rock con el festival y, también, a la guerra:

Nos han invitado

a un gran banquete

habrá postre helado

nos darán sorbete.

Han sacrificado jóvenes terneros

para preparar una cena oficial,

se ha autorizado un montón de dinero

pero prometen un menú magistral.

Es un momento amable

bastante particular,

sobre temas generales

nos llaman a conversar.

Los cocineros son muy conocidos

sus nuevas recetas nos van a ofrecer.

El guiso parece algo recocido,

alguien me comenta que es de antes de ayer.

Pero ¡cuidado!,

ahora los argentinos andamos muy delicados

de los intestinos...

La postura crítica del grupo punk Los Violadores, en cambio, derivaba directamente de la represión policial que caía sobre ellos una y otra vez. En el año 1982, en la revista Perfil, Piltrafa, uno de sus integrantes, decía:

Nosotros vivimos en la ciudad y acá hay ruido de autos, mugre y miseria. Es el medio ambiente el que genera la música. Miguel Cantilo o Pedro y Pablo, por ejemplo. Siempre hablando de la paz y el campo. Que se dejen de joder. Esto es cemento armado, basura, agresión, ciudad. ¿Y de qué hablan? ¿Contra la Señora Violencia, contra la Thatcher? Se ponen a favor del gobierno ¿por qué no hacen un tema que se llame Sr. Galtieri? La marcha de la bronca tiene una buena letra, pero es de 1972.[34]

En este caso, la disidencia entraba en un plano que excedía el de la guerra: se trataba del repudio a la dictadura materializada en una crítica a un movimiento cultural que fue visto como un espacio de resistencia a ésta. Por otro lado, ambos grupos estaban estéticamente influenciados por movidas inglesas –el punk rock y la new wave– de las que no pensaban renegar.

En el caso de los músicos que sí participaron del festival, la derrota generó una serie de (auto) cuestionamientos. León Gieco, por ejemplo, autor de Sólo le pido a Dios (un hit de las movilizaciones durante el conflicto con Chile, que retomó fuerza en el contexto de 1982) recuerda críticamente esa experiencia, pero establece distinciones en cuanto a qué cosas y a quiénes apoyó con su participación:

Lo del Festival de la Solidaridad fue un invento de los managers del rock para hacer algo con el tema. Todo el mundo estaba participando pero el rock no quería formar parte del circo que fue lo de la guerra. Hasta que en un momento se decidió que había que aportar, pero no desde el triunfalismo sino desde la paz. Al menos ésa era mi posición. Me llamaron para cantar Sólo le pido a Dios, un tema que los colimbas cantaban en las Malvinas, y solamente por eso fui. Pero me sentí muy mal, es el único recuerdo que tengo. No me acuerdo de los detalles ni de los otros músicos ni de la gente que fue. Solamente me acuerdo de una sensación horrible y de los pibes de dieciocho años. Por lo demás, siempre me importó un carajo el tema del nacionalismo planteado en estos términos o la preocupación por dos islitas de mierda perdidas en el mar. Lo único en lo que pensaba mientras cantaba Sólo le pido a Dios era en los pibes que estaban pasando hambre y frío sin posibilidades de hacer nada. Cuando terminó la guerra y supe que la comida no les llegaba, que los torturaron por robar un poco de comida o que los chocolates que la gente donaba en Buenos Aires aparecían en kioscos de Rosario confirmé todo lo que sospeché en ese momento. Me di cuenta que los militares argentinos no sirven para nada, ni siquiera para la guerra. Y que la única vez que consiguieron un triunfo, por así decirlo, fue cuando torturaron y mataron a los indefensos, a los que no tenían más armas que la palabra o las ideas: los desaparecidos.[35]

Este festival fue, hasta la tragedia ocurrida en Cromañón en 2004, el concierto que más polémicas ocasionó en el interior del rock.

La regeneración

Si situaciones como éstas fueron posibles se debe tanto a las características del nacionalismo como al hecho de que la guerra de Malvinas excedió esta causalidad, al ser vista por diversos sectores, aun antagónicos, como una posibilidad de regeneración o refundación social. Más allá del resultado del conflicto, ya nada sería igual. Para algunos, la guerra fue la posibilidad de volver a salir a las calles a hacer política. Para otros, se trataba de realizar acciones solidarias en el marco de una tradición patriótica. Los argentinos tenían la oportunidad de volver a encontrarse unidos en un esfuerzo común. Durante los días que duró la guerra, además de las movilizaciones, hubo una gran cantidad de acciones colectivas de apoyo a los soldados.

El festival televisivo de las 24 horas por Malvinas fue uno de esos momentos cumbre de participación, y es un episodio que hoy es recordado tanto para ejemplificar la estafa a la buena fe de los argentinos como la facilidad con la que éstos se predisponen a “ayudar”. Pero aun en ese espacio pudo haber un pequeño lugar para el disenso. Una revista de espectáculos muy popular en esos años, reduciéndolo al lugar de un chimento, decía a una interlocutora imaginaria que

Ese pueblo, esa señora, esos chicos que se desprendieron de los únicos objetos de valor que han tenido en su vida para darlos por su país, para darlos por los chicos que mueren en el Sur. Esa cantidad de parejas jóvenes o matrimonios maduros que se sacaron sus alianzas y las metieron en las urnas. Esa mujer (esposa de un suboficial que está en el

Sur), que se sacó la cadenita para entregarla, esa señora que quería donar la pulsera que le había dejado su mamá pero como había subido de peso no se la podía sacar y un señor se la cortó con unas tenazas; esa cantidad de nenas que se sacaron los aritos, las pulseritas de identidad o las cadenitas del cuello.

Y que por eso

Llamó mucho la atención que mientras todos hablaban de orgullo por nuestros soldados, Analía Gadé pidiera perdón por lo que estaba pasando, en especial a los soldados por lo que les estamos haciendo. Cacho pasó un momento terrible porque no sabía cómo hacerla callar.[36]

Miles de argentinos en distintas edades y situaciones reaccionaron ante los hechos de Malvinas como ante la circunstancia histórica más trascendente de sus vidas, orientándola claramente en una dirección de futuro, en una posibilidad de transformación y protagonismo tras décadas de frustraciones. Si hubo miles de cartas enviadas “A un soldado argentino en las Malvinas”, “A un soldado de la Patria”, muchas sin duda habrán tenido el tono de ésta, de una chica de doce años, aparecida en el correo de lectores de un matutino:

¿Te diste cuenta (...) amigo mío, hermanos míos, que somos nosotros los que habremos de hacer una nueva Argentina de una Argentina desconocida ayer por el mundo? ¿Te diste cuenta (...) que atrás queda la historia con sus tristes y grandotes libracos que tuvimos que “tragar” de apuro para una calificación digna de papá y mamá? ¿Te das cuenta que con tu valentía y tus temores, con tu arrogancia frente al usurpador y tu fusil me estás enseñando la mayor lección de historia de toda mi vida?

Voy a pedirle a Dios, que nos ha dado vida con seis años de diferencia, que al finalizar tu lucha podamos encontrarnos a tu regreso en cualquier lugar, en un abrazo de héroes que hoy vivimos, un mismo anhelo y un mismo triunfo, porque nuestro será el triunfo, el triunfo de una nueva generación.[37]

Para otros, el desembarco abrió la posibilidad de comenzar a ser una república, a partir del reencuentro entre los dictadores y su pueblo:

Por primera vez en muchos años las Fuerzas Armadas han podido sentirse voceras de la voluntad popular. El 10 de abril conocieron, después de largo tiempo, la incomparable experiencia de la solidaridad incondicional de una nación que al verlas actuar se vio a sí misma.

La sensatez política y el futuro republicano aconsejan no desoír esta lección memorable. La recuperación de nuestras islas australes abre la perspectiva de una reorganización nacional porque despeja la atmósfera irrespirable del encono crónico y la desconfianza de ribetes patológicos.

Las FF.AA. argentinas cumplieron con su labor al restituir las Malvinas al cuerpo geográfico y cultural de la Nación. El pueblo argentino, a través de sus representantes partidarios y sus dirigentes gremiales, cumplió y cumple con el suyo, al ponerse al servicio de la defensa de la legitimidad de esa recuperación territorial, sin condiciones previas de ninguna índole: supo llevar la voz de sus hombres y mujeres a la Plaza de Mayo para que las Fuerzas Armadas la escuchasen como expresión de su propia voz.[38]

En un tono más crítico, la recuperación de las islas para la soberanía argentina debía ser el primer paso hacia la recuperación de las instituciones por el pueblo, única forma de una soberanía completa:

El 2 de abril de 1982, cuando todavía se respiraban en las calles los restos de los gases lacrimógenos del comienzo de una nueva etapa de dura represión policial, estalló la unidad nacional.

Las Fuerzas Armadas Argentinas tomaron las Malvinas cumpliendo los sueños infantiles y juveniles de varias generaciones de argentinos y el país advirtió con júbilo que aún tenía patria, orgullo y dignidad.

Todo el pueblo, sin distinción alguna de sector, credo o pensamiento, estuvo aquí y allá para afirmar, sin fisuras, su voluntad de defender lo que legítimamente le pertenece.

No fue el producto de un mero impulso emocional sino la reacción consciente, pensada y responsable del país maduro que asume la trascendencia de los hechos ocurridos y acude dispuesto a respaldarlos con lo que, dentro del mundo de la subsistencia, es lo más caro y preciado: la vida.

Pero cuando este capítulo de nuestra historia se cierre y se disipe la magia de la exaltación patriótica, el gobierno militar deberá comprender que al país que acudió al llamado sin dudas ni condiciones, no se le puede negar por más tiempo el legítimo derecho a la misma vida que estuvo dispuesto a ofrendar en apoyo y defensa de una decisión para la cual no fue consultado.

El 2 de abril –este 2 de abril– el gobierno se vio obligado a romper el cerco del aislamiento que comenzaba a asfixiarlo par compartir con todos los argentinos una dura prueba. Y con todos los argentinos deberá transitar de aquí en más el inexcusable camino hacia la normalidad institucional republicana, la soberanía popular y la vigencia plena del derecho y la Constitución Nacional.

Entonces sí que unidos será más fácil. Muchísimo más fácil.[39]

En los primeros días de junio, estas expectativas iniciales se traducían en propuestas más concretas, probablemente ante la certeza de la derrota. El radical Raúl Alfonsín, futuro presidente, tras afirmar que "un pueblo que ofrece su sangre por la Patria tiene la madurez y el derecho de conocer lo que pasa y lo que puede depararle el futuro", se preguntaba: "¿Cuál será el rostro de la Argentina después de la guerra? ¿Comprenderán todos los sectores que sólo en la democracia encontrará el país la esperanza de su renacimiento?". [40]

Desde el primer momento la guerra por las islas Malvinas trascendió su circunstancia de conflicto bélico y reivindicación territorial: muchos, más allá de los directamente involucrados, vieron en las islas perdidas en junio de 1982 una posibilidad de regeneración, de salida, de futuro.

Movilizados

Para miles de argentinos, sin embargo, el futuro tenía un rostro y un nombre concretos. Los soldados movilizados, sus padres, familiares y amigos, vivieron la guerra de un modo diferente y mucho más directo, acaso sin tantas posibilidades de imaginar un país distinto tras la victoria, probablemente porque ésta podía significar la propia muerte o la del ser amado. La convocatoria llevada por patrulleros a las casas, los telegramas a los cuarteles, fueron situaciones que se reprodujeron en miles de casas, y que generaron reacciones distintas. En todo caso, para los conscriptos bajo bandera o vueltos a convocar, más allá de sus convicciones, había una cuestión legal: no presentarse los transformaría en desertores:

Llamamos desde una cabina móvil de ENTEL y rápidamente nos comunicamos con Alejandro.

Lo primero que le dije a mi hijo fue: "Ale vos no podés ir por el tema de tu pie, ¡por favor! Presentá el certificado que te dio el médico –no apto para usar borceguíes– y te vuelves a casa". Su respuesta fue: "papá, eso no lo hago ni loco", volví a insistir y su contestación fue más terminante.[41]

Distintos factores coadyuvaban a que muchos estuvieran de acuerdo y consideraran su deber ir. No tanto entre quienes habían sido recientemente convocados (en febrero, la clase 1963), sino entre quienes, dados de baja (la clase 1962) debieron volver a presentarse. Muchos soldados, sencillamente respondieron de acuerdo a sus valores y a su educación:

Hace poco, unos pibes que entraron a la secundaria después del 83 me preguntaron por qué fui a Malvinas. La verdad es que no se me ocurrió que podía no ir. No se me ocurrió no obedecer cuando vino la policía a decirme que tenía que presentarme ese mismo

domingo de Pascua en el comando. Nos habían educado para que no se nos ocurriera la posibilidad de negarnos a obedecer.[42]

Un soldado que moriría en las islas, Pedro Voscovic, “no había recibido su citación para ir a Malvinas, [pero] su madre le dijo que fuera igual a presentarse, porque si no lo hacía jamás podría mirar la cara de sus compañeros”.[43]

Para muchos jefes, el inicio de las operaciones en Malvinas significó enfrentarse a cantidad de imprevistos que deberían resolver sobre la marcha. Martín Balza, jefe de artillería, al llegar desde Paso de los Libres a Bahía Blanca con su unidad tuvo que comprar “con dinero personal que tenía ahorrado (...) entre otras cosas, latas de picadillo de carne, paté de foie, duraznos al natural, pilas, baterías y decenas de metros de una tela especial denominada ‘agro plástico’”.[44]

El soldado Guillermo Huircapán se enteró de que desembarcaría en las islas Malvinas a bordo de la flota de desembarco, cuando el almirante Busser leyó un comunicado a las tropas, y recuerda haber pasado la noche sin dormir, conversando con un compañero cordobés que decía que “el tema era complicado, que los ingleses tenían mejores armas, mayor tecnología, que nos arriesgábamos mucho. Para tranquilizarnos calculábamos que en las islas habría unos pocos soldados que no iban a resistir”.[45]

Otro de los soldados embarcados, Carlos Moyano, también se enteró de su destino en ruta a las islas: “Nos preguntaron si estábamos de acuerdo. Pero en el medio del agua, ¿qué íbamos a decir?”.[46]

Con diferentes ideas y convicciones al respecto, por deber, o por obligación, desde el 2 de abril de 1982, miles de hombres, soldados conscriptos y cuadros de las tres fuerzas, comenzaron a actuar el drama que –desde la oposición al apoyo irrestricto– fue vivido como decisivo por sus compatriotas.

Notas

1 Algunos trabajos de investigación permiten establecer que el plan inicial para desembarcar en Malvinas se debe a una iniciativa de la Armada (y en particular de su jefe, Emilio Eduardo Massera) lanzada en 1977. A fines de 1981, Leopoldo Galtieri, el nuevo presidente de facto, arregló con Jorge Anaya, comandante de la Marina, que apoyaría la iniciativa militar de los navales en las islas a cambio del respaldo de éste en su pelea interna con Roberto Viola, su predecesor en la presidencia (Cardoso, Kirschbaum, Van der Kooy, Malvinas. La trama secreta, Buenos Aires, Sudamericana-Planeta, 1983, pp. 34 y ss). Por su parte Horacio Verbitsky, en Malvinas. La última batalla de la tercera guerra mundial (Buenos Aires, Sudamericana, 2002), ofrece la hipótesis de que hubo vinculaciones entre el material político y estratégico producido por algunos secuestrados como parte de su trabajo esclavo y la política naval en relación con las islas.

2 El capítulo 13 analiza estas versiones.

3 Véase Rosana Guber, ¿Por qué Malvinas?… (op. cit.), y Luis Alberto Romero, La Argentina en la escuela, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004.

4 Entrevista a Ana Chávez, Archivo de la Asociación Civil Memoria Abierta. 6 de septiembre de 2002.

5 Daniela Pelegrinelli, comunicación personal.

6 Entrevista a Luis Piaggi, Archivo de la Asociación Civil Memoria Abierta. 14 de julio de 2003.

7 Los aspectos centrales de la polémica aparecen desarrollados en León Rozitchner, Las Malvinas: de la "guerra sucia" a la "guerra limpia", Buenos Aires, CEAL, 1985; Jorge Bernetti y Mempo Giardinelli, México: el exilio que hemos vivido. Memoria del exilio argentino en México durante la dictadura 1976-1983, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2003, pp. 140 y ss. En su tesis de doctorado, Silvina Jensen analiza minuciosamente el impacto de la guerra en la comunidad de exiliados argentinos en Cataluña, pero la ubica en el contexto más amplio del debate que atravesó al exilio en ese momento. Debo a su ayuda la mayor parte de los documentos que utilizo para este aspecto de Malvinas. Véase Silvina Jensen, Suspendidos de la historia/exiliados de la memoria. El caso de los argentinos desterrados en Cataluña (1966-...), Bcn, Departament d´Història Moderna i Contemporània, Universitat Autònoma de Barcelona, 2004; en htttp//www.tdx.cesca.es/TDX-1024105-231137.

8 Emilio de Ípola, entrevista en Javier Trímboli y Roy Hora (comps.), Altamirano y otros, La izquierda en la Argentina, Buenos Aires, Manantial, 1998, p. 153.

9 "Daniel" (reserva su identidad), citado en Susana Falcón, 20 años. Memorias de la impunidad y el olvido…, op. cit., p. 65.

10 Entrevista a David Blaustein, Archivo de la Asociación Civil Memoria Abierta. 1° de noviembre de 2002.

11 Resumen de Actualidad Argentina, Nº 68, 1982, p. 36.

12 Graciela Speranza y Fernando Cittadini, Partes de guerra…, op. cit., p. 20.

13 Resumen de Actualidad Argentina, Nº 68, 1982, p. 37.

14 Entrevista a Carlos Álvarez, Archivo de la Asociación Civil Memoria Abierta. 26 de septiembre de 2003.

15 Entrevista a Alejandro Cattaruzza, Archivo de la Asociación Civil Memoria Abierta. 2004.

16 Ídem.

17 Revista Testimonio Latinoamericano, Año III, Nº 14, p. 24.

18 Resumen de Actualidad Argentina, Nº 65, 1982, p. 37.

19 Comunidad 30, mayo-junio 1982, p. 11.

20 Carlos A. Brocato, El exilio es el nuestro. Los mitos y los héroes argentinos. ¿Una sociedad que no se sincera?, Sudamericana-Planeta, Buenos Aires, 1986, pp. 191-192.

21 Ibíd., p. 198.

22 Carlos Altamirano, entrevista en Javier Trímboli y Roy Hora (comps.), La izquierda en la Argentina, op. cit., pp. 16-17.

23 Resumen de Actualidad Argentina, Nº 68, 1982, p. 37.

24 Entrevista a Marcelo Schapces, Archivo de la Asociación Civil Memoria Abierta. 18 de noviembre de 2002.

25 Véase capítulo 9.

26 Entrevista a Marcelo Schapces, op. cit.

27 Ídem.

28 Marcos Novaro y Vicente Palermo, La dictadura militar 1976-1983: del golpe de Estado a la restauración democrática, Buenos Aires, Paidós, 2003, p. 444.

29 Entrevistas a Pedro Galín (29 de septiembre de 2003) y Mario Kestelboim (12 de junio de 2003), Archivo de la Asociación Civil Memoria Abierta.

30 Las citas anteriores corresponden a la entrevista a Jorge Giles, Archivo de la Asociación Civil Memoria Abierta. 11 de septiembre de 2002.

31 Esta idea, y la información que sigue, se deben a la colaboración de Cecilia Flachsland, que muy generosamente aportó sus conocimientos y archivo para revelarme las "aristas musicales" del conflicto Malvinas. Por este motivo le estoy profundamente agradecido.

32 Sergio Pujol, Rock y dictadura, crónica de una generación (1976-1983), Buenos Aires, Emecé, 2005, p. 216.

33 Ibíd., p. 217.

34 En el disco Y ahora qué pasa, eh, editado en 1985, apareció "Comunicado Nº 166", en alusión al último parte de la Junta Militar en tiempos de guerra: "La gran batalla ha terminado / El pueblo convocado a la plaza ha llegado / Quiere saber cuál es la situación / Pero ese día al balcón nadie asomó. / Miles de prisioneros esperaban la decisión / Que se firmara el pacto para su liberación / Pero los informes del estado mayor / Nos decían que la guerra continuaba aún hoy / Comunicado 166, comunicado 166 / Se ha perdido la batalla por falta de armamento / La CEE junto a la NATO nos hicieron el bloqueo. / Latinoamérica unida!! Gritó el pueblo entero. / El TIAR fue la mentira que todos creyeron / Comunicado 166, comunicado 166... / De qué sirvió esa unión que no logró la fuerza / Y no hay fuerza cuando no hay inteligencia / Porque EEUU ha demostrado / Que Occidente está en sus manos / Recién nos dimos cuenta / Cuando fuimos traicionados / Oh, oh, oh, la batalla se terminó / Oh, oh, oh, la batalla se acabó / Oh, oh, oh, la batalla se perdió / Reina la confusión / En las calles y en el gobierno / Se ha acabado una guerra / O ha empezado el infierno / Los Sea Harriers se han ido / La batalla ha terminado / Nos dejaron varios muertos / Y cientos de mutilados / Nos dejaron varios muertos / Y se las quedaron, se las quedaron ellos / Oh, oh, oh ellos / I'm sorry... Fuck yourself Maggie!"

35 En Oscar Finkelstein, León Gieco. Crónica de un sueño, Buenos Aires, AC Editora, 1994.

36 Radiolandia 2000, N° 2808, 14 de mayo de 1982.

37 Clarín, 25 de mayo de 1982. El subteniente Juan José Gómez Centurión recuerda que las cartas podían tener un efecto contraproducente: “En esos días empezaron a llegar las primeras cartas de familiares y fardos de cartas escritas por chicos de escuela, cartas ‘A un soldado argentino’, como decían los sobres. Los chicos en su inocencia pueden ser muy crueles a veces. Decían cosas como: ‘Querido soldadito argentino, estoy muy orgulloso de vos que estás en las Islas Malvinas, Sé que te vas a morir, pero...’”, en Graciela Speranza y Fernando Cittadini, Partes de guerra…, op. cit., p. 55.

38 Santiago Kovadloff, “Una lección memorable”, Clarín, 16 de abril de 1982.

39 Búsqueda, Año 1, Nº 12, Mayo 1982, p. 25.

40 Raúl Alfonsín, “Una propuesta para la transición a la democracia”, en Clarín, 4 de junio de 1982.

41 Salvador Vargas, Malvinas. Historias breves y sentimientos, Buenos Aires, Dunken, 2004, p. 20.

42 Roberto Herrscher, “Fotos borrosas y una carta perdida”, en Sí. Suplemento joven de Clarín, 12 de junio de 1992.

43 Salvador Antonio Vargas, Malvinas. Historias breves y sentimientos, op. cit., p. 83.

44 Martín Balza, Malvinas. Gesta e incompetencia, Buenos Aires, Atlántida, 2003, p. 60.

45 En Graciela Speranza y Fernando Cittadini, Partes de guerra…, op. cit., p. 28.

46 Ídem.

Capítulo 3

La guerra en casa

Lo ajeno a la naturaleza se llamó a silencio.

Permanece el viento, el único dios de la Patagonia.

Mario Markic, Cuadernos del camino.

El 3 de mayo ya nadie necesitaba la confirmación oficial del hundimiento y el 4 Giménez Berdy llamó a conferencia de prensa. Ese día un avión Super Etendard hundió el Sheffield y en Buenos Aires la venganza se festejaba por las calles. Pero no en Tierra del Fuego, donde el luto de las ventanas pesaba en toda su muerte.

Daniel Ares, Banderas en los balcones.

Abril-junio de 1982: la guerra, la "malvinización"

Aunque parezca redundante, es bueno recordar que la mayoría de los argentinos tuvieron el principal contacto con la guerra a través de la prensa. Siguieron las noticias en las particulares condiciones de unos medios restringidos, "cuando no acostumbrados", a las pautas informativas de la dictadura militar.[1]

En ese marco, la juventud protagonizó simbólica y materialmente la guerra. Los jóvenes combatientes, conocidos popularmente como "los chicos de la guerra" en razón de su edad, concentraron durante la guerra y la posguerra las explicaciones acerca del conflicto y la derrota. Producido el desembarco, el 2 de abril, el gobierno argentino procedió a la movilización de sus efectivos. Con la excepción de la Fuerza Aérea, que por su papel en el combate desplegó fundamentalmente personal de cuadros, el grueso de las tropas destinadas a Malvinas eran soldados conscriptos: mayoritariamente jóvenes de entre dieciocho y veinte años de edad, en general de las clases 1962 y 1963.[2]

La propaganda oficial y los medios (aunque en ocasiones hoy resulta difícil la distinción entre una y otros) asignaron a la recuperación militar una trascendencia inédita: "Acaso ésta sea (realmente y en muchos sentidos) la última oportunidad de ser mejores, de ser más unidos, de tener un objetivo común y de pensar en un país en serio".[3] Una publicidad oficial mostraba un pulgar en alto y llamaba a los

¡Argentinos: a vencer! Por nuestra bandera y por nuestro destino (...) Porque la justicia y el derecho están de nuestro lado. Porque tenemos fe en nosotros mismos. Por nuestros

hijos. Porque el enemigo está peleando por su pasado y nosotros por nuestro futuro.[4]

Y la vanguardia de esos cambios fueron los soldados conscriptos en las islas. En los jóvenes que aguardaban el ataque británico, durante abril de 1982 se concentraron imágenes de Patria e ideales de nación y de futuro. El conflicto fue visto como un momento de prueba para el pueblo argentino, una posibilidad de cambio precisamente porque los protagonistas eran los jóvenes:

A todos, cada uno de los chicos que hoy velan las armas en las islas del Sur: Podrán llamarse Pedro, José, Mario, Alberto, Carlos, quizá Juan, tal vez Claudio. Tendrán 18, 19, 20 años. Vendrán de Catamarca, o Santa Cruz, o Formosa o de la Capital Federal. No importan esos datos (...) Hoy importan esas caras, esos gestos, esa madurez. Importa el símbolo: esas caras, esos gestos, esa madurez nos obligan hoy, sin más palabras, a ser mejores. Deberían obligarnos a ser mejores. Porque uno puede adivinar que detrás de cada una de esas caras no hay un óptimo ejemplo de patria. La patria debe ser para ellos una imagen borrosa y confusa. No hemos acertado a mostrarles caminos ciertos, verdades irrefutables, conductas dignas de emulación.[5]

Al cumplir con su deber militar de ciudadanos, los conscriptos en Malvinas iban a estar habilitados para reclamar participación en la organización de la vida política argentina. En la batalla –y fundamentalmente en quienes participaran en ella– se encontrarían los elementos para recuperar un sentido de proyecto colectivo, según el autor de esta nota, perdido. El fracaso de los argentinos que precedieron, educaron y gobernaron a estos jóvenes realzaba su gesto de entrega:

Ni siquiera jamás han tenido la oportunidad de elegir un estilo de vida, de borrar con su voto tantos fracasos y frustraciones (...) No, no hay imágenes dignas de respeto detrás de esas caras adolescentes. Imágenes que los empujen a defender un valor tan importante como la patria, o a perder un valor tan irremplazable como la vida. Sin embargo y a pesar de todo, están ahí, en el Sur, velando armas. Cuidando de todos nosotros, y de todas las cosas que nosotros no supimos darles, pero que saben que existen. Están ahí, sí, y sin discursos, sin demagogias, sin actitudes heroicas, nos están diciendo a todos los argentinos que las cosas que uno quiere se defienden de una sola manera: con el ejemplo. Esas caras, esas actitudes, esa madurez, deberían hoy avergonzarnos. O deberían obligarnos a ser mejores, lo cual sería el exacto homenaje (...) Gracias por el país mejor que (...) ustedes nos mostraron hoy con su limpieza.[6]

La mención a los votos cobra sentido si tenemos en cuenta que desde tiempo antes se realizaban conversaciones entre la Junta Militar y distintos partidos políticos, con el fin de negociar la “salida electoral”.[7]

Los conscriptos poblaron las noticias de la guerra. Abundan crónicas que reproducen su vida en el frente, sus expectativas, sus historias de jóvenes bajo bandera. Poco después

del desembarco en el rebautizado Puerto Argentino,[8] la Junta Militar llamaba a filas a la clase 1962, recientemente dada de baja, mientras que un mes después –coincidentemente con el inicio de las operaciones militares en las islas– sería convocada la clase 1961. La clase 1963, también participante en el conflicto, estaba constituida por ciudadanos recientemente incorporados, en algunos casos con menos de dos meses de instrucción (la incorporación al servicio militar era en febrero). Pero esta situación (que sería uno de los argumentos centrales a la hora de analizar la derrota) no parece haber sido un elemento de alerta en los primeros días del conflicto. El traslado a las islas, en tanto no habían comenzado las operaciones, fue visto como una simple prolongación del servicio militar, aunque la eventualidad de la batalla estaba presente:

–¿Cómo te llamás?

–Norberto, señor.

–¿Desembarcaste el dos?

–Sí, ayer. Ayer llegamos todos.

–¿De dónde sos?

–De Córdoba, señor. Soy cordobés.

–¿Cuántos años tenés?

–Dieciocho.

–¿Y cuánto hace que estás haciendo la conscripción?

–Dos meses (...) Mire, hace un rato unos periodistas, como usted, pasaron por acá con el general y él les dijo: “Miren, de acá sólo nos sacan en cajones”.

–Pero vos sabés que eso quiere decir que si hay lucha va a ser hasta el último hombre.

–Yo lo sé, señor, yo lo sé. Pero acá vinimos a ganar o a morir y eso lo sabemos todos.[9]

En general, se consignaba sin alarma que los defensores de las islas eran “soldados de 18 años, que tienen como promedio unos tres meses de instrucción militar”.[10] Es que los conscriptos, en ese momento previo a la batalla, tenían en su juventud un elemento que realzaba su compromiso, su condición de vanguardia para un cambio, y no, como sucedería tras la derrota, una causal de su fracaso. Nadie objetaba que su escasa instrucción, su inexperiencia, fueran un obstáculo ante un posible enfrentamiento con los británicos, que enviaron un contingente compuesto por tropas de elite. Más bien, los medios argentinos se dedicaron a descalificar al adversario, explicando que tras varias semanas en alta mar no estarían en condiciones de combatir, o enfatizando la corrupción de sus costumbres porque en el cuartel de los marines se habían capturado revistas y videos pornográficos.[11]

Los medios encontraron en la historia toda una serie de emblemas para caracterizar el conflicto. Argentina era una nación joven cuyos soldados, jóvenes como ella, enfrentaban

a un poder anticuado y decadente.

La revista Gente, por ejemplo, ubicaba el desembarco en Malvinas como la conclusión de dos siglos de enfrentamientos. Las ocho invasiones inglesas, titulaba,[12] apelando a la memoria escolar de cualquier argentino que encontraba resonancias en los enfrentamientos de 1806 y 1807. En este caso, estas ocho invasiones eran: enero de 1765 (enfrentamientos entre la corona española y británica por los puertos que controlaban la desembocadura del Río de la Plata); junio de 1806 y junio de 1807 (las dos invasiones inglesas que intentaron ocupar el puerto de Buenos Aires); enero de 1833 (la ocupación de las islas Malvinas por parte de James Onslow, a bordo de la "Clío"); noviembre de 1845 (el intento de forzamiento de los ríos del litoral argentino por la escuadra anglo-francesa); julio de 1908 ("ocupación" británica de las islas Georgias del Sur); y, finalmente, abril de 1982.

El conflicto, de este modo, se inscribía y asociaba con algunos hitos de fuerte presencia simbólica en el imaginario público argentino, y más específicamente en el relato histórico que era patrimonio de sectores nacionalistas que iban desde la más rancia derecha a la izquierda revolucionaria que, paradójicamente, había sido un blanco preferencial de la represión ilegal.

Esta linealidad histórica alimentó uno de los argumentos más fuertes de la guerra, aquel que consistió en caracterizar a Gran Bretaña como una vieja potencia colonialista, con pretensiones anacrónicas frente a una nación joven que venía a ejercer un derecho reivindicatorio legitimado por la historia:

Por un lado un país que, como el nuestro, es conocido por su larga tradición pacífica pero que, al mismo tiempo, se halla bajo un gobierno militar que no goza de lo que comúnmente se llama "buena prensa" en los principales centros informativos y difusores de información y de comentario del mundo libre; por el otro lado, una potencia de segundo rango que en muchos órdenes –por ejemplo, en lo que atañe a su Marina de Guerra– todavía está muy cerca de haber sido, hasta hace poco, una de las superpotencias mundiales.[13]

Frente a la contradictoria situación de tener que estigmatizar a un país que tradicionalmente había sido visto con ojos favorables, algunos analistas la resolvieron pintando a los británicos desgarrados entre una tradición cultural de gran prestigio y su condicionamiento por una vocación imperialista. Se trataba de una sociedad que debía enfrentar a "esa vieja bestia enardecida del colonialismo que no se resigna a morir":

Los 18.000 kilómetros de involución histórica que ha recorrido Inglaterra desde Londres a las islas Georgias del Sur y Malvinas dejan caer sobre los hombros de los sectores más progresistas del pueblo inglés el peso de una labor ardua e inaplazable: liberarse del yugo colonialista que aún condiciona el curso de su cultura; sólo así podrá, de una vez por todas, deshacerse del moderno primitivismo que enajena la vida británica.[14]

A la decadencia de los británicos, la propaganda oficial argentina agregaba la falta de convicción de sus soldados. Los combatientes argentinos, por el contrario, conocían la

legitimidad de su reclamo y esto alimentaría su convicción en la batalla:

Porque el enemigo no tiene en claro por qué pelea.

Porque nosotros sabemos por qué luchamos.

Porque no estamos caminando en contra de la historia.

Porque somos 28 millones de soldados.

Porque nunca perdimos una guerra.

Porque estamos peleando en nuestro país, por nuestro país.[15]

Guerra

El 1º de mayo de 1982 la guerra se transformó en una realidad: aviones británicos bombardearon la pista de Puerto Argentino, mientras que al día siguiente un submarino de la Royal Navy torpedeaba fuera de la zona de exclusión fijada unilateralmente por el Reino Unido al Crucero General Belgrano, 323 de cuyos tripulantes perecieron. Mientras los diarios informaban de esos acontecimientos, fijaban también una posición. La muerte generaba un nuevo compromiso:

Todo el país apoya a sus soldados (...) Los hechos desatados por la incalificable agresión británica a las islas Malvinas han conmovido a nuestro pueblo, que se acongoja por la suerte de sus hijos (...) En estos días la gente sencilla ha contribuido con alimentos o abrigos, ha escrito a los soldados, ha enseñado a sus hijos el valor de las Malvinas (...) ha hecho todos los gestos a su alcance para protagonizar de alguna manera la historia de la que forman parte.[16]

Con el transcurso de los días, el combate aeronaval relegó a un segundo plano las operaciones terrestres. Los ataques de la aviación argentina a la flota británica constituyeron el nudo central de las informaciones de guerra hasta fines de mayo. Las notas sobre “los halcones”, los pilotos de combate, dieron la sensación de que se estaban devolviendo los golpes del adversario. Se pintó un enfrentamiento desigual entre el coraje y las convicciones por un lado y el desarrollo tecnológico por el otro:

piloteando sus Douglas A4, Mirage, Dagger o Pucará de un modo sorprendente están enfrentando exitosamente a una flota aeronaval dotada de los más avanzados sistemas defensivos y logrando sobre ella resonantes victorias.[17]

Pero el 27 de mayo, con el desembarco británico en el Estrecho de San Carlos, los infantes recobraron el protagonismo. La captura de Puerto Darwin por los paracaidistas ingleses tras una cruenta batalla arrojó el resultado de centenares de prisioneros argentinos y la ominosa certeza del avance sobre Puerto Argentino. La derrota estaba en el aire y veinte años después, uno se pregunta cómo se mantuvo la expectativa en la victoria, aun cuando los titulares de prensa informaban de incesantes avances británicos.[18] Así como en los primeros días de abril se vivía la conciencia de un hecho histórico encarnado en una victoria, se comenzaba a especular con una trascendencia de signo opuesto, como resultado del desenlace inminente: "La suerte de la batalla que se desarrollará en Puerto Argentino definirá el perfil político de la Argentina que comenzó a dibujarse el 2 de abril pasado con la reconquista de las Islas Malvinas".[19]

Los jóvenes soldados, ante la batalla final, aparecen ahora como los que demandarán a sus conciudadanos por la validez de su sacrificio. Serán los rectores de la Argentina que vendrá. Y si antes su juventud era garantía de pureza en sus ideales, ahora comenzaba a transformarse en signo de inocencia y falta de albedrío. Al haber sido conducidos a la guerra, puede suceder que el espíritu de esa entrega sea malversado:

¿Para qué mueren? Es un chico. Apenas tienen dieciocho años. No eligió estar donde está. Sin embargo, hoy está en el frente, jugándose la vida. Hemos hablado con ellos: sabemos cómo piensan, cómo sienten, cómo actúan. Conocen muy bien su responsabilidad. Ven morir, ven matar, ven sufrir, ven llorar. También ellos mueren, matan, sufren y lloran. Y pese al sufrimiento, a la dureza del esfuerzo, a la vecindad de la muerte y a la crueldad de la guerra, no le escapan a su destino. Por el contrario, están orgullosos (...) Hay un ejemplo magnífico en estos soldados argentinos, en nuestros pilotos, en nuestros marinos, jóvenes también. Hay un testimonio aleccionador, que va más allá de la lucha en las islas Malvinas (...) Ojalá no seamos sordos. Ojalá no seamos necios. Ojalá no seamos pequeños. ¡Que aquellos que ya han muerto, que aquellos que van a morir, no mueran en vano![20]

Cuatro días después, las fuerzas argentinas en las islas Malvinas se rindieron. La guerra había terminado, y 649 argentinos habían muerto. Cerca de diez mil emprendían el regreso como prisioneros al continente.

Patagonia: de puerta de entrada a puerta trasera

Frente a las islas Malvinas, la Patagonia fue la porción de la Argentina continental más próxima a las islas, y el único puente entre éstas y el resto del país. Las ciudades del litoral patagónico (Comodoro Rivadavia, San Julián, Río Gallegos, Río Grande, Bahía Blanca) se transformaron en la puerta principal al frente de batalla.[21] No sólo por la proximidad al teatro de operaciones, sino por la misma historia de la región, la vinculación entre ésta y las Fuerzas Armadas era muy estrecha.[22] Ésta es la situación que describe Daniel Ares, un corresponsal enviado por la prensa argentina a la ciudad de Río Grande, en su notable relato Banderas en los balcones, que describe la vida de un periodista en la Patagonia

durante la guerra y, por extensión, la de las comunidades más próximas al teatro de operaciones:

A los periodistas que estábamos ahí –jóvenes antimilitaristas y pro democráticos–, nos llevó demasiado tiempo comprender lo que la Armada significaba para los civiles del lugar. Y eso que la ecuación era sencilla: si Tierra del Fuego existía, si Tierra del Fuego vivía todavía, si Tierra del Fuego no era territorio chileno, en buena medida se debía a la Armada, que ahí sí disponía de sus hombres para reparar caminos, colgar puentes, levantar escuelas y socorrer a los civiles en casos de emergencia.[23]

Los aprestos bélicos no eran una novedad para la región. La inminencia de una guerra con Chile por el conflicto del Canal de Beagle durante los dos primeros años del gobierno militar había generado importantes desplazamientos de tropas, y en consecuencia para muchos la presencia de un número mayor de vehículos militares o soldados no era algo inusual:

Acá la gente ya está acostumbrada. Desde que empezó el asunto de la guerra con Chile, desde el 78 que la gente acá vive distinto. Dos años atrás todavía se hacían simulacros de invasión y tenía que participar todo el mundo. Hasta el Intendente tenía que ir y era uno más entre todos. Porque ahí había que hacer de todo, por ‘ay le podía tocar hacer de enfermero, o de camillero o de herido a lo mejor. A mí una vez me tocó hacer de cadáver y tuve que estar más de media hora tirado en una playa en pleno invierno. Acá la gente hace mucho que sabe de la guerra, no es algo nuevo.[24]

Como resultado, los habitantes de la región debieron refrescar y reincorporar toda una serie de rutinas ya aprendidas entre los años 76 y 78:

Las familias continúan saliendo al cine o mirando televisión en sus hogares. Quizás la única señal de la guerra está dada en las noticias que emiten radios y televisores, tanto como en las prácticas de defensa civil que todos ya conocen. Los chicos ya saben cómo comportarse en las escuelas y las madres han aprendido que deben confiar en las maestras ante alguna eventual emergencia. Los conductores de vehículos también han debido acostumbrarse a prepararlos convenientemente, opacando sus cromados y disminuyendo la marcha cuando oscurece (...) En las calles actúan los denominados Jefes de Manzana, que vigilan el atento cumplimiento de las órdenes de oscurecimiento. “Aquí contamos con un ejército civil de casi tres mil personas, más los voluntarios de la Cruz Roja, y aquellos que se ocupan de otras tareas especiales”, dice una funcionaria municipal (...) Hace pocos minutos el fotógrafo de Clarín intentó tomar algunas fotografías en uno de los barrios suburbanos, e inmediatamente algunos vecinos concurrieron para interrogarlo.[25]

Para muchos, en esos días se trató de aprender a convivir con los planes de Defensa Civil, los distintos colores para identificar los grados de las recurrentes alertas, o acostumbrarse a tomar precauciones como los oscurecimientos, en algunos casos permanentes:

Un grueso hule negro que se vendía por metro lo fue tapando todo. Ventanas y puertas y tragaluces y claraboyas. Al principio los ponían recién por la tarde, cuando Defensa Civil daba la orden por radio. Pero un día los oscurecimientos se decidieron hasta nuevo aviso y los hules negros se quedaron para siempre. Y desde ese día, todos los días, a las seis de la tarde, borrábamos la ciudad de la faz de la Tierra.[26]

Durante abril, las crónicas enviadas desde las ciudades costeras patagónicas dejaron algún espacio para mostrar la preocupación en torno a la guerra, el contraste entre vivir en una posible zona de operaciones y en los grandes centros urbanos del Norte:

Ningún habitante del litoral patagónico pudo evitar que la euforia vivida desde el viernes hasta el domingo se fuera convirtiendo en un sensibilizado producto de la inquietud, especialmente en las ciudades grandes y estratégicas como este extremo del puente aéreo y militar que une el continente con las islas Malvinas. Los observadores asignan especial importancia a esa modificación, por cuanto el despliegue de los efectivos y la espectacularidad de las operaciones que se están desarrollando en el aeropuerto de esta ciudad, son mucho menos visibles que los aprestos cumplidos a fines de 1978.[27]

Pero al mismo tiempo, la amenaza de verse afectados por un posible enfrentamiento era una realidad mucho más concreta que “al Norte del río Colorado”:

Algunos pobladores de las localidades costeras de Santa Cruz se trasladaron con sus familiares hacia el interior de la provincia, por previsión a que el conflicto de las Malvinas tuviera repercusión en el continente.[28]

Con el avance de los días, y el recrudecimiento del control de la prensa, este espacio fue dejando lugar a informaciones más a tono con el mensaje triunfalista de los medios.[29] En este sentido, el contraste entre estas informaciones con fuentes producidas a posteriori de la guerra del 82 resulta revelador de las percepciones acerca de esta guerra que existieron en lugares tan diferentes de la Argentina como su capital y las ciudades que eran base de las operaciones militares. Al igual que sus compatriotas combatientes en las islas, los habitantes de la Patagonia podían sentir que en Buenos Aires se vivía otra guerra, si es que existía la sensación de que había una. Mario Markic, otro periodista destacado en Tierra del Fuego entre abril y junio de 1982, evocó una década después esa sensación:

Nosotros estábamos en Río Grande, atentos a lo que pasaba, mirábamos la TV que trasmitían en directo, no me voy a olvidar nunca esa campaña que se hizo y en la que después se robaron toda la plata, una maratón que condujeron Cacho Fontana y Pinky, donde iban todos los famosos y la gente a donar dinero, joyas, etc. Era una realidad totalmente esquizofrénica, todos lloraban, y vos pensabas: “acá suenan tres veces por noche las sirenas de alarma, pueden caer un bombazo en cualquier momento, y allá a 3000 km, la gente llorando”, era una expresión humana que no se condecía con un momento tan desesperante como el que se vivía en el sur, donde la cercanía con la guerra era real; yo veía a los riograndenses caminando perfilados contra el viento, en una suerte de resignación, pero estoicamente, viviendo la situación con preocupación y concentración pero sin derramar una lágrima, y por otro lado toda esa cosa loca, mediática, la gente agitando las banderitas, y Galtieri hablando pelotudeces todos los días.[30]

Esto no obstaba, por supuesto, para que muchos de los patagónicos apoyaran de distintos modos las acciones que se desarrollaban en las Malvinas. Un conscripto comodorense muerto en el desembarco en las islas Georgias, fue objeto de un homenaje de sus vecinos: “La atención popular en el sepelio del conscripto de Infantería de Marina Mario Almonacid, abatido durante la recuperación de las islas Georgias. Su cuerpo fue velado desde el jueves a la noche en el gimnasio municipal y una multitud no inferior a las 5000 personas acompañó el cortejo fúnebre hasta el cementerio del Oeste, donde fue sepultado”.[31]

Las pequeñas ciudades afectadas por la guerra compartían su cotidianeidad con ésta, y como resultado,

El optimismo en Buenos Aires, en Grande casi causaba bronca: aquí la guerra no era ficción de los noticieros sino un hecho cierto, tangible, que de una manera u otra nos involucraba a todos personalmente. Los últimos festejos se remontaban a los ya lejanísimos días de la semana anterior con los hundimientos del 25. Desde entonces el silencio de radio apestaba el aire como las malas noticias y pronto empezamos a contar con los dedos los cazas que despegaban a la mañana para descubrir a la tarde que no todos volvían.[32]

Es que una ciudad como ésa, cabecera de los ataques a la flota británica, sede de una de las unidades de guarnición en las islas, y base de los puentes aéreos con Malvinas, vio afectada su cotidianeidad de distintas formas:

Los aviones nunca pasaban la noche en la pista. Eran estacionados distribuidos en los lugares más extraños y muchos no detenían sus turbinas en la noche para evitar los efectos de la crudeza del frío reinante. Así los escuchábamos por la noche (...) Defensa Civil había organizado a Río Grande para una alternativa de evacuación rápida por bombardeo aéreo. De tal manera, la organización contemplaba jefes de manzana, jefes de sectores barriales y un lugar definido en la playa, donde deberían confluir en caso necesario, y desde allí ser trasladados a algunas de las estancias cercanas, las que también tenían un número identificatorio sobre el techo. [33]

En las conversaciones con quienes vivían en esos años en la Patagonia, la figura del retorno de los aviones es una constante, una forma de evocar la angustia y la tensión de esos días, la cercanía con ese borde delgadísimo entre la vida y la muerte, a la vez que mantiene esa distancia con la forma en la que la guerra fue vivida en las grandes urbes "del Norte". Los grandes medios gráficos también evocaron esta escena, pero en general en un tono que no mencionaba las pérdidas propias, aunque sí los riesgos:

Un viento glacial y una llovizna helada azotan las pistas de cemento, mientras un cielo gris y encapotado parece amenazar con derrumbarse sobre la tierra.

Sin embargo, un continuo trajinar de hombres y máquinas indican que continúa incesante la actividad de los aviones de la Fuerza Aérea empeñados en una serie de misiones contra la flota de invasión británica. Un amplio comedor con ventanales de vidrio ofrece un refugio no muy tibio, a mecánicos, personal de tierra y tripulaciones de aviones de transporte. Algunos terminan un tardío almuerzo en las primeras horas de la tarde, otros beben despaciosamente sus tazas de café y fuman, pero una tensión evidente se hace sentir en la atmósfera.

De pronto, surgiendo de las nubes bajas y circunvolando las pistas aparecen cuatro Skyhawks, con el tren de aterrizaje bajo ya, en plena maniobra de aproximación y aterrizaje. Camiones de bomberos y de auxilio esperan con sus luces rojas giratorias en un extremo del aeródromo. (...)

En el comedor nadie dice nada, pero las miradas silenciosas van haciendo la cuenta: una, dos, tres máquinas van a posarse. Entrecejos fruncidos y miradas graves siguen sus maniobras.

De pronto, incontenible, espontáneo, como un resorte librado espontáneamente, estallan los aplausos: un cuarto avión se aproxima y el vuelo está completo.[34]

Ese tipo de información era el que se recibía en Buenos Aires, sin la angustia cotidiana de esa observación ni el riesgo –aparente o real– de sufrir algún tipo de ataque.[35] De allí que por ejemplo durante la guerra se diera una actitud de compromiso distante con la guerra, otro de los elementos centrales a la hora de que aparezcan las dificultades para revisar las propias responsabilidades en relación con aquellos días. Nuevamente Daniel Ares, relata que pudo salir por unos días de Patagonia, para encontrarse con un Buenos Aires desconocido:

Un vecino con el que apenas me saludaba ese día me tocó el timbre y ni bien abrí la puerta me abrazó entre lágrimas como si yo fuera un héroe que volvía de andá a saber qué hazaña. Amigos y parientes me cagaron a preguntas sobre quién ganaría la guerra, cuándo y cómo y pronto empezaron los reclamos para que les contara historias del frente y yo que todo lo que tenía eran anécdotas de la censura naval y crónicas prostibularias. En cambio ellos, el resto del mundo, lo sabían todo de todo sobre estrategias y conflictos y tratados internacionales y alianzas diplomáticas, hablaban de satélites y miras infrarrojas,

de misiles Super Etendard y del Mundial de España, donde debutábamos como campeones. No podíamos perder. Jugaba Maradona. La vittoria è nostra (...) Estábamos en guerra pero la guerra no estaba. Estaba en otra parte, lejos, en otro país, no en éste. Éste era un país rico gobernado por un borracho que mirá el desastre que hizo. Y encima en vísperas de un Mundial. Bah, hay que ver si vamos al Mundial. A ver si a Galtieri se le ocurre que no participamos... y así las charlas del resto se deshilachaban a mi alrededor sin que yo pudiera hacer otra cosa que asentir como un idiota o darle la razón a cualquiera mientras cantaba con todos que "No bombardeen Buenos Aires".[36]

Si recordamos la anterior descripción del regreso de una escuadrilla, y la contraponemos con la evocación que hace Ares de un episodio semejante, veremos las diferencias entre las lecturas que se hicieron en la época de los mismos hechos. La descripción que sigue corresponde aproximadamente a la misma fecha en la que el corresponsal de Clarín informaba del regreso de una escuadrilla completa. Esto es lo que evoca Ares:

Río Gallegos era entonces un feudo de la Fuerza Aérea y desde allí despegaban el grueso de las misiones contra la Task Force. Algunos pilotos se alojaban en nuestro hotel y comían todos los días en la misma mesa. Parte de nuestra rutina, cada mediodía, consistía en contarlos para ver si estaban todos. Si faltaba alguno, se notaba en las caras del resto y todo quedaba claro. Ellos comían en silencio sin saber cuál iba a ser el próximo, y nosotros apuntábamos otra baja del lado de los buenos.

Cuando llegué a Gallegos, la mesa de los pilotos la formaban nueve hombres cuyas edades oscilaban entre los veinticinco y los cuarenta años. Me fascinaba observarlos. No eran pilotos de la Fuerza Aérea que hacían su trabajo, no para mí, para mí eran tipos normales, comunes, como yo, más valientes y mejor entrenados, es posible, pero con amigos y familia y expectativas y sueños y con la suerte sellada como un tipo cualquiera. La única diferencia era que ayer o mañana se subían a un caza y alzaban el vuelo sin otro destino que el Exacto Destino. Pequeña diferencia (...)

Entonces no lo sabía, no estaba tan claro ni tan ordenado como iban a ponerlo los historiadores; pero aquellos días fueron de una gran intensidad para esos pilotos que mirábamos comer. Cuando llegué a Gallegos hundían el Ardent y al día siguiente el Antelope. Pero también ese día, el 21, sin que nosotros lo supiéramos, se perdieron en el cielo de las islas dieciséis aparatos argentinos y siete más el 23 de mayo (...) El 24 de mayo, cuando al cabo de tres días logré salir de Gallegos, en la mesa de los pilotos, de los nueve que comían juntos, sólo quedaban cinco. Los otro cuatro ya eran héroes. Héroes de paso por la gloria camino del olvido.[37]

Así como el inicio del conflicto dio a la Patagonia una visibilidad pública como pocas veces tuvo, el final de la guerra y la derrota la convirtieron en la puerta de atrás del gobierno militar, aquello que de ser posible debería no ser visto. Tras la rendición, el 14 de junio de 1982, a los puertos atlánticos del Sur comenzaron a llegar los heridos y, finalmente, los prisioneros.[38] Era el final, y a la vez el comienzo de una gran cantidad de nuevas situaciones: la desmovilización, la búsqueda del paradero de muchos soldados (lo que en algunos casos llevaría meses) y también la circulación, aun bajo una severa censura de

prensa, de las primeras noticias de las condiciones en las que habían vivido y combatido los miles de soldados en las islas[39]:

La agencia de noticias DYN que recogió testimonios de los soldados argentinos llegados a Comodoro Rivadavia, consignó que las tropas sufrieron escasez de alimentos calientes desde su misma llegada a las Malvinas, y que las cocinas de campaña en muchos casos estaban en malas condiciones. Según DYN la organización logística no fue tampoco eficiente y las raciones frías llegaban diariamente pero no a todas las posiciones (...)

Antes del desembarco, varias decenas de vehículos esperaban en Puerto Madryn el inicio de la operación para trasladar al centro de la ciudad a los soldados, donde fue habilitada una barraca y varios gimnasios y escuelas como alojamientos transitorios.

(...) Las principales calles de Madryn se encontraban desde el mediodía de ayer cortadas y ocupadas por piquetes de soldados que vigilan la ruta que realizan los transportes de efectivos.

La población de la ciudad se ubicó desde la mañana en lugares próximos al mar, desde donde vio el acceso del Canberra, pintado íntegramente de blanco, al muelle de ALUAR (...) También llegaron a Madryn muchos de los familiares de los soldados prisioneros para intentar reencontrarse con ellos a poco de su llegada, pero sólo pudieron apostarse en las calles por donde pasaron el convoy de camiones militares, ómnibus y otros transportes, ya que el acceso a la zona del muelle fue vedado a los civiles desde temprano, incluyendo a los periodistas.[40]

El final de la guerra de Malvinas, concentrado simbólicamente en el regreso de los prisioneros a Puerto Madryn que describe la nota, comenzó a mostrar las tensiones que agitarían los días por venir: la circulación de informaciones que mostraban las condiciones en muchos casos patéticas en las que los soldados habían tenido que vivir y combatir durante la defensa del archipiélago, los esfuerzos por parte del gobierno militar por mantener controlada la situación y restringida la información. Una voluntad de silenciamiento que no fue acompañada, en muchos casos, por la población civil. Los soldados que consiguieron hablar con la prensa, explicaron que estaban sorprendidos por el recibimiento popular ya que

Nos dijeron que no íbamos a tener contacto con los habitantes de Madryn porque nos iban a apedrear (...) En el buque nos informaron nuestros jefes que el pueblo estaba enojado por la rendición en las Malvinas; que habían sacado a Galtieri y que temían que la población de esta ciudad nos fuera a apedrear, por eso no íbamos a tener contacto con la gente.[41]

Sin embargo, la población rompió los cordones de seguridad para acercarse a los soldados:

Los alrededores de la barraca Lahusen concentraron la mayor cantidad de gente que ante la llegada de los primeros vehículos y con un entusiasmo desbordante de júbilo y emoción, vivaban, aplaudían y alentaban a sus héroes.

El control de los efectivos destacados en el lugar se vio vencido por la muchedumbre que fue tomando contacto directo con los jóvenes, a quienes obsequiaban con cigarrillos y golosinas, mientras eran retribuidos con prendas del equipo de combate que eran lanzadas al aire y recogía el más rápido (...) Las escenas de honda emoción se sucedieron ininterrumpidamente y comenzaron a verse los termos con café o té, galletitas, sándwiches y todo cuanto pudo portar la familia madrynense a los soldaditos.

Un vecino se sacó las medias y se las entregó a un joven que no tenía (...) Un señor que portaba varias cajas conteniendo pizzas, ignoró la advertencia del efectivo de seguridad y siguió su camino para repartir su apreciado obsequio (...) Las muestras de solidaridad y cariño se evidenciaron una vez más y esta vez con más razón al poder tenerlos en persona, abrazarlos y besarlos entre lágrimas incontenibles. Estas escenas se extendieron hasta pasadas las 21 hs. cuando las tropas fueron convocadas para partir hacia Trelew.[42]

En la prensa local patagónica –a diferencia de los grandes medios nacionales– se encuentra gran cantidad de testimonios y críticas acerca de las restricciones no sólo a los periodistas, sino al público en general. No obstante, la ciudad, de acuerdo al cronista, había podido brindar un “caluroso recibimiento a 4.144 valientes”:

El hecho nos lastimaba a todos los circunstanciales espectadores del operativo amarre; mucho más nos lastimaba aún la presencia de camarógrafos y fotógrafos británicos registrando la escena desde la cubierta del buque. Durante casi veinte largos minutos, mientras la nave efectuaba la operación de amarre, tratábamos de descubrir a los chicos que con coraje, más que con armamentos acordes, hicieron cuanto pudieron para defender lo que nos pertenece. Y los vimos, o mejor dicho, vimos una bandera argentina que se asomaba tímidamente por una pequeña ventana; después, rostros impacientes por ver quiénes los esperaban y la primera pregunta a los que tomaron contacto furtivo con ellos: “¿Hay mucha gente esperándonos?” Era imposible explicarles en ese momento que un rígido e inexplicable operativo les impediría tomar contacto con la población que ansiosamente los aguardaba para brindarles un calor argentino que ellos seguramente ansiaban.[43]

A nivel local, estas medidas eran vividas como un aspecto más de la política centralista “del Norte”. Los mismos argentinos que habían vivido la guerra de un modo festivo, lejos del peligro, ahora impedían que la verdad llegara a todos:

Más de cuatro mil eran los que descendieron el sábado por la plancha. Sólo ese intenso júbilo de saberse vivos a pesar de todo.

En Buenos Aires, entretanto, alguien limpiaba ya de vestigios el ara para colocarle las viejas anteojeras al país. Pero ellos todavía no lo sabían...[44]

Para las regiones directamente afectadas por la guerra, o para los pueblos y ciudades cuyos jóvenes habían combatido, para los familiares, y para los jóvenes combatientes, esa búsqueda del silencio, en muchos casos, no sería posible. Apenas dos días después del final de los combates, por ejemplo, se anunciaba que

La provincia de Chubut dispondrá en breve el pago de una pensión vitalicia, al margen del retiro que otorga la Nación a los inválidos de guerra, para quienes se encuentren en esa situación y sean naturales de la provincia (...) Dispondrá la creación de un monumento a los caídos en Malvinas, con un mausoleo que se hará en cada uno de los pueblos de los que sean oriundos.[45]

En Sarmiento, otra localidad patagónica, la información da cuenta de que la actitud oficial local y militar fue otra que en el plano nacional:

Escenas de honda emoción tuvieron lugar el sábado pasado cuando la población de Colonia Sarmiento se volcó a las calles para recibir a ochenta efectivos del Regimiento 25 que combatió heroicamente en las Islas Malvinas.

El contingente que fue engrosado ayer con el arribo de tropas que condujo al continente el buque inglés Canberra, estaba al mando del teniente primero Daniel Esteban, convertido en leyenda de la guerra y el subteniente Gómez Centurión, quien dio muerte en combate al comandante de los boinas verdes,[46] coronel Herbert Jones (...) Una verdadera multitud esperó a los soldados en el acceso a la guarnición militar cuando microómnibus de transporte de pasajeros llegaron con ochenta efectivos que lucharon en la zona de San Carlos. La población había sido convocada por la Cámara de Comercio y el intendente.[47]

Pero esas acciones, restringidas a lo local, faltaron o no fueron conocidas a escala nacional. Del mismo modo en que había procedido en la represión de su propio pueblo –en la clandestinidad, semioculto, negando la información– el gobierno militar comenzaba a disponer de los despojos de la guerra de Malvinas: de los muertos y de los vivos.

La Patagonia vivió la guerra como los padres de los combatientes, conviviendo con el entusiasmo y la preocupación:

Nuestra casa era el escenario en el que se desarrollaba una representación, y todos nos prestábamos a ella. Los chicos, Norma y yo nos ateníamos a los papeles que nos habíamos autoasignado. Confianza, optimismo, alegría por la recuperación de Malvinas, comentarios acerca de lo contento y orgulloso que estaría Miguel Ángel.

A la noche, en el dormitorio, nos sacábamos la careta a medias. Con Norma escuchábamos radio Colonia, no sujeta a la censura, que propalaba las noticias de fuentes

británicas.[48]

Es que entre abril y junio de 1982 se vivieron diferentes guerras. Un escenario semejante se abriría en la posguerra.

Oposiciones

¿Significan reacciones como las que hemos descripto un apoyo monolítico a la decisión militar? ¿Las hubo en su momento? Seguramente; pero es difícil rastrearlas. Vimos en el testimonio de Ana Chávez que la presencia de la euforia en muchos hombres y mujeres tornaba difícil el disenso; por otra parte, algunas encuestas encargadas regularmente por el gobierno militar desde el 8 de abril en adelante (y publicadas recientemente) dan idea de que el apoyo a la recuperación era muy alto.[49]

No obstante, había matices. En la localidad de Quilmes, donde muchos vecinos fueron movilizados en el Regimiento de Infantería Nº 7 (que tiene asiento en La Plata), el clima a principios de mayo, según los servicios de inteligencia de la policía provincial bonaerense, era distinto: "se advierte que la euforia incontenida de los primeros momentos dio lugar a un más mesurado gozo de nuestra inclaudicable soberanía, no exento del temor lógico de algunos timoratos que anteponen a la Patria la suerte que puedan llegar a correr las vidas de los soldados destacados en la región austral", informa de manera grandilocuente un agente. La crítica a los "timoratos", deslizada con grandilocuencia, permite llamar la atención sobre algo que las generalizaciones muchas veces olvidan: que la guerra afectó no solamente a los combatientes, sino también a sus núcleos familiares y barriales, que vivieron la guerra con mucha angustia, aunque estuvieran a miles de kilómetros de los combates.

Los mismos informes también analizan la eficacia de las campañas de propaganda del gobierno militar: "Como apreciación, cabe destacar que la campaña (...) que lleva a cabo la conducción nacional por los medios masivos de comunicación social tiene un resultado positivo en todos los públicos, ya que su motivación hace que exista una buena receptividad, al centrarse totalmente la atención en el conflicto entre Argentina e Inglaterra".[50] Pero cuando la guerra se transformó en una realidad, a finales de abril y en los primeros días de mayo, los informantes detectaron cambios en el humor social. El día 30, en Mar del Plata, "las interesadas versiones en los cables de las agencias extranjeras que son reproducidas por la prensa argentina, dando pábulo a la agresión inglesa sobre las islas Georgias del Sur, con la práctica derrota y toma de prisioneros, han repercutido en forma desfavorable en la población en general que, tomándolas como ciertas, se tradujeron en desaliento, lástima y rabia, con pensamientos negativos para con las FF.AA., que en la oportunidad, y según su opinión, no brindaron el apoyo que los efectivos necesitaban". Para el espía, el hombre de la calle es afectado por "la difusión profusa y sin control que recibe por parte de los medios orales y escritos [que] lo desconcierta, confunde y suma conjeturas negativas, que lo desgastan desfavorablemente, considerándolo de este modo debido a su situación profana y de total inexperiencia en estas lides".

Existen otras evidencias de resistencias, como por ejemplo aquellos soldados que al ser convocados simplemente demoraron en responder el llamado, o lograron "zafar" en

destinos más favorables utilizando contactos o influencias, una práctica muy aceitada debido a décadas de funcionamiento del servicio militar obligatorio. Hay testimonios de que las ausencias al llamado de convocatoria no excedieron de aquellos porcentajes que se producían al comenzar el servicio militar obligatorio, pero lo concreto es que hubo quienes evitaron el traslado a las islas con el simple expediente de demorar unos días sus presentación a filas: “De una preselección de 30 soldados nuevos quedamos sólo 19, entre elegidos y unos pocos voluntarios, para cubrir a los más “viejos” que no habían atendido el requerimiento del Ejército”.[51] O apelar a algunos conocidos: “Empezaron a incorporar la gente que sí se había ido de baja... y a partir de ahí, se empezaron a formar listas de... yo recuerdo que venían un día y decían: “Bueno, esta es la lista de la gente que...” ¡porque no sabíamos, no nos decían directamente que íbamos a viajar a Malvinas! Es decir, leían listas y decían: “Bueno, esta gente a partir de hoy, bla, bla, va a empezar a recibir equipo...”. Y bueno, un día leían una lista, en la que estaban Juan, Pedro, Andrés. Venían al otro día, y Juan y Pedro no estaban, estaban Andrés y Mario, y eran listas que iban cambiando constantemente. Pero hasta ese momento eran para entrega del equipo, pero nunca directamente ¡de ir a Malvinas! (...) No me consta fehacientemente, pero entiendo que habría gente que... estaba, es decir, me imagino que habría padres que —ya te digo— había gente de la ciudad de La Plata, gente... había... hijos de profesionales, hijos de gente a lo mejor con cierta vinculación... ¡Y que bueno! ¡Como todo!... Hablarían, moverían algún contacto”.[52] Quienes optaban por este tipo de caminos se encontraban todavía dentro de la ley. Tema dificilísimo de tratar aún hoy es el de los casos comentados de deserciones, es decir, de ciudadanos que eludieron el llamado de diferentes maneras. Difícil tanto por tratarse de un delito como por ir en contra de un sentido común patriótico acentuado por el peso de una guerra perdida y de los muertos.

Si bien es cierto que en el exilio hubo importantes manifestaciones públicas a favor de la recuperación, se alzaron voces disonantes como la de León Rozitchner (sobre la que nos concentraremos más adelante), quien desde Venezuela fustigó a sus compatriotas “argenmex”. Pero oponerse en territorio argentino a la guerra requirió de un gran coraje, y eso es lo que hizo Carlos Brocato. A través de ¿La verdad o la mística nacional?, un texto distribuido anónimamente durante abril de 1982, interpeló a sus compatriotas:

Durante los años últimos nuestras fuerzas armadas mataron a argentinos sin juicio previo ni siquiera sumario, asesinaron a argentinos que se encontraban en situación de prisioneros, sometieron a argentinos a la condición de rehenes que después fueron en algunos casos asesinados y en otros corrieron distinta suerte. De todo esto se trata, en rigor, cuando se habla eufemísticamente de “desaparecidos” (…) Invitamos a otros argentinos a que también razonen; a que, independientemente de que tengan o no posiciones de partido, no acepten sustituir el razonamiento por los slogans doctrinarios, las fórmulas ideológicas, los caballitos de batalla. Que defiendan la verdad por encima de toda adhesión programática.

Las fuerzas armadas emplearon los métodos citados, según dijeron, para ganar la guerra. Al principio recibieron el apoyo explícito de un sector reducido de nuestra sociedad, la conformidad implícita y ambigua de un sector importante de ella y el repudio silencioso y contenido de la mayor parte de la población. En los últimos tiempos, y hasta minutos previos a la recuperación armada de las islas Malvinas, la repulsa emocional y la condena moral de los métodos que emplearon —en violación a toda norma civil e incluso militar— se había extendido mayoritariamente y se las escuchaba; es difícil ya hacer bajar los dedos que los señalan. Sin embargo, hoy, minutos después de lo que decimos, estas

mismas fuerzas armadas envían a la muerte, sin ninguna necesidad ni justificación, a otros argentinos, y reciben, por el contrario, la convalidación, entre otras instituciones y sectores, de todos los partidos políticos. Todos.[53]

Señalaba Brocato en su análisis el carácter de maniobra política de la recuperación, acompañada por el silencio de la mayoría de los partidos políticos[54]:

La recuperación armada de las Malvinas sólo era un problema para abordar con ganancia por el gobierno militar argentino. Esto lo sabe todo el mundo; algunos comentaristas lo dejan entrever; los dirigentes políticos lo callan. El pueblo argentino, convidado de piedra en esta orgía de discursos, lo sabe desde el primer día. Fue un zarpazo aventurero para restañar el "frente interno", peligrosamente resquebrajado por la situación económica, la política asfixiante y los últimos acontecimientos de protesta. No importa. Si el motivo era condenable, callemos, pues ahora ha logrado dinámica propia y parece que la Unidad Nacional es un hecho. Por lo menos, en la "opinión pública". Sobre esta miseria y la consiguiente especulación de sus resultados, están muriendo argentinos en el Sur.[55]

Los archivos de inteligencia revelan que hubo otros intentos de llamar la atención sobre el triunfalismo y la necesidad de espíritu crítico. Un "Movimiento no violento argentino", también en abril, convocaba "desde Plaza de Mayo" a "impedir que los arrebatos lleven a confundir esta contienda con un mundial de fútbol".[56]

Conviene destacar, como advierte Alejandro Kaufman al presentar el texto de Brocato para una reedición reciente, que quienes emprendían este tipo de iniciativas no solamente enfrentaban a la dictadura: "¿De quién se protegían mediante el anonimato los autores del texto crítico sobre el tema Malvinas? ¿Acaso de los represores? Eso sería difícil de negar, por lo que convendría matizar la pregunta. ¿Acaso solamente de los represores? Si enfocamos la atención sobre el hecho de que el manifiesto describe todas las posiciones sobre la Guerra de las Malvinas (…) y señala que ninguna se opone a la guerra, y se postula contra todas ellas, hallaremos una clave del anonimato. Quien se oponía al conjunto de la sociedad alrededor del tema de las Malvinas ingresaba a una situación de soledad muy difícilmente imaginable en nuestros actuales días".[57]

Notas

1 Un excelente análisis de la información durante la guerra en Lucrecia Escudero: Malvinas: el gran relato. Fuentes y rumores en la información de guerra, Barcelona, Gedisa, 1996. La autora plantea una "malvinización" de la información, la conformación de un "lector prisionero" "que no podía escaparse ni sustraerse a un universo gráfico y temáticamente coherente (...) En el caso argentino la fuerza y el poder de este relato había llegado a contaminar la casi totalidad del universo temático –en el caso de los diarios– y la totalidad (...) en el caso de las revistas" (pp. 70 y ss.). Esta situación, en una sociedad en

la cual en 1982 había un 77% de lectores de diarios y un 59,7% de lectores de revistas (Ibíd., p. 59).

2 Si consideramos que en 1982 la población masculina de la Argentina era de 692.185 individuos, resulta que los jóvenes participantes en el conflicto fueron el 1,81% de ese total, una fracción muy pequeña comparada con el peso simbólico que tuvieron. Para analizar mecanismos posteriores de exclusión estos datos deben ser tenidos muy en cuenta. Cepal/Celade, División de Población (2000), “Argentina: estimaciones y proyecciones de la población de ambos sexos por año calendario y edades simples, 1950-2050”, en Boletín demográfico Nº 66, julio.

Afectados a las operaciones militares hubo alrededor de 12.400 hombres. Compulsando las cifras que manejan diferentes autores, la proporción de conscriptos por cada una de las fuerzas es la siguiente: de ellos, 10.000 eran de Ejército (entre el 60 y el 70% conscriptos); Armada, 2000 (el Batallón de Infantería de Marina 5 tenía un 70% de conscriptos, pero el crucero ARA General Belgrano, el 37%); y Fuerza Aérea, 400 (con una proporción de conscriptos menor al 30%). Fuentes: Enrique M. Cevallos y José R. Buroni (1992); Ejército Argentino (1983); Guber (2004). Alrededor del 20% de los conscriptos eran de la clase 1963, la recientemente incorporada, mientras que el porcentaje restante pertenecía a clases anteriores (fundamentalmente la 62) y había sido reincorporado (Ceballos y Buroni, p. 178). Datos completos de las obras en la Bibliografía.

3 Somos, 9 de abril de 1982.

4 Siete Días, 12 de mayo de 1982.

5 Gente, 22 de abril de 1982.

6 Ídem.

7 Una publicidad de época también aludía a la especulación financiera de aquellos años. Mostraba sugestivamente una mano exánime sobre un lecho de arena, y sostenía que “Dio su vida para que no compremos dólares”, porque “más acá de las Malvinas nace un nuevo país”.

8 El nombre de la capital de las islas revela la paradoja que planteaba la iniciativa militar. El diario Crónica le dio de inmediato el nombre de Puerto Rivero, el legendario gaucho que peleó contra los ocupantes británicos en el siglo XIX, y así aparece esporádicamente en la prensa y en comunicaciones oficiales hasta fines de abril. Sin embargo, las connotaciones políticas del nombre derivaron en que se buscara el más neutral –y unificador– de “Puerto Argentino”.

9 Gente, 8 de abril de 1982. Mi subrayado.

10 Clarín, 19 de abril de 1982.

11 Estos soldados eran vistos como portadores de altos ideales y conscientes de su misión. En un montaje fotográfico, un semanario mostraba a un soldado inglés en rumbo a las islas y disfrazado frente a un conscripto argentino en uniforme de combate y sosteniendo un proyectil de artillería. Al pie del británico se lee “a bordo del Hermes. Mucha cerveza, payasadas y poca disciplina. A los marinos ingleses no les importa la guerra que buscaron sus gobernantes”. El argentino, por su parte, está “dispuesto a

defender su tierra. Aquí sí todo es disciplina y saben que un país está detrás de ellos" (Siete Días, 5 de mayo de 1982).

12 Gente N° 875, 29 de abril de 1982.

13 Manfred Schönfeld, "La recuperación de las Malvinas, por nuestro país, fue un asunto de prioridad internacional en todo el mundo", en La Prensa, 4 de abril de 1982. Manfred Schönfeld expresó, durante los años de la dictadura y hasta mediados de los ochenta, el pensamiento de aquellos sectores de la derecha que apoyaron el golpe militar pero repudiaban los métodos ilegales de exterminio.

14 Santiago Kovadloff, "Las Malvinas, Macbeth y los bárbaros modernos", en Clarín, 19 de abril de 1982.

15 "Argentinos, a vencer", en Crónica, 11 de mayo de 1982.

16 Clarín, 2 de mayo de 1982.

17 Clarín, 1° de junio de 1982.

18 Contra lo que vulgarmente se cree, las informaciones oficiales argentinas durante la guerra fueron más exactas y completas que las británicas. Así se deduce de un pormenorizado análisis comparativo realizado por Rodolfo Terragno. Esto subraya, en todo caso, la fuerza de aquello que la sociedad argentina quería ver en la guerra más allá de lo que sucedía en el frente, y un aspecto más del argumento que posteriormente permitiría autoconstruirse como "engañados" por la Junta Militar. Según Terragno la Argentina "no exageró el número de barcos británicos hundidos o averiados" y "las circunstancias desfavorables para la Argentina fueron informadas sin demoras, en algunos casos antes que en Londres". Por otra parte "el número de unidades averiadas que reconoció Gran Bretaña es superior al que surge de los partes argentinos". Para el autor, la principal fuente de distorsiones fueron las "fuentes oficiosas" y algunos sectores de la prensa, contra los que a la vez el Estado Mayor Conjunto advirtió en uno de sus comunicados, el N° 54: "El Estado mayor Conjunto, ante versiones circulantes en los distintos medios de comunicación social, que deforman la realidad de los hechos y crean falsas expectativas, llevando por momentos confusión a la opinión pública, reitera que la única información oficial es la que produce este organismo por ajustarse a elementos de juicio valederos y disponer de la totalidad de los antecedentes utilizables" (16 de mayo de 1982). Véase Rodolfo Terragno, Falklands, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 2002, pp. 287 y ss. Martín Balza, en su libro Gesta e incompetencia (op. cit.), ofrece una visión distinta a la de este autor, pero a partir de un análisis menos exhaustivo. El mérito del libro de Terragno es precisamente la comparación entre los comunicados de los dos países beligerantes.

19 Clarín, 6 de junio de 1982.

20 Gente, 10 de junio de 1982. Mi subrayado.

21 Las operaciones militares se desarrollaron en el llamado Teatro de Operaciones Malvinas (TOM) y el Teatro de Operaciones Atlántico Sur (TOAS). El TOM estuvo en vigencia entre el 2 y el 7 de abril de 1982 y comprendía las islas Malvinas, Georgias y Sandwich del Sur. El TOAS, vigente entre 7 de abril y el 14 de junio de 1982, incluía la Plataforma Continental, islas Malvinas, Georgias y Sandwich del Sur y el espacio aéreo y submarino correspondiente.

22 No cabe duda de esto si partimos de la base de que la incorporación de los territorios patagónicos por parte del Estado argentino fue a través de una serie de campañas militares. Un excelente panorama de este proceso en Susana Bandieri, Historia de la Patagonia, Buenos Aires, Sudamericana, 2005.

23 Daniel Ares, Banderas en los balcones, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1994, p. 84.

24 Ibíd., p. 48.

25 Clarín, 23 de mayo de 1982.

26 Daniel Ares, Banderas en los balcones, op. cit., p. 120.

27 Clarín, 6 de abril de 1982.

28 Clarín, 27 de abril de 1982.

29 En su libro Malvinas: La última batalla de la tercera guerra mundial (op. cit.), Horacio Verbitsky aporta un ejemplo similar: una encuesta de la revista Gente, publicada en los días inmediatamente posteriores al 2 de abril, mostraba una proporción muy importante de opiniones de ciudadanos contrarias a la guerra. En una segunda encuesta, esa proporción desapareció (pp. 141 y ss.).

30 En Lote, Año 2, N° 12, mayo 1998.

31 Clarín, 10 de abril de 1982. Los diferentes medios se ocuparon además de destacar que Almonacid era hijo de chilenos.

32 Daniel Ares, Banderas en los balcones, op. cit., p. 194.

33 Testimonio de Carlos Ratier, docente e historiador de Río Grande. En El Sureño, suplemento especial, 2 de abril de 2002.

34 Clarín, 24 de mayo de 1982.

35 Acaso como una compensación, durante la guerra corrieron rumores acerca de ataques atómicos a la ciudad de Córdoba y de submarinos frente al litoral atlántico bonaerense.

36 Daniel Ares, Banderas en los balcones, op. cit., pp. 158-162.

37 Ibíd., pp. 184-185.

38 El grueso de los prisioneros regresaron en la semana inmediatamente posterior a la guerra. Numerosos oficiales retenidos como prisioneros lo hicieron el 14 de julio.

39 Los diarios locales chubutenses de la última quincena de junio, por ejemplo, incluyen gran cantidad de testimonios de ex combatientes, e inclusive oficiales y suboficiales, que describen las condiciones vividas en las islas, hablan de la superioridad tecnológica británica ("fueron muy superiores") e incluyen críticas a los altos mandos: "Yo pienso seguir en el Ejército (...) pero los jefes van a tener que cambiar muchas cosas porque así no se puede" (Impacto, 26 de junio al 2 de julio de 1982).

40 Clarín, 20 de junio de 1982.

41 Impacto, 21 al 26 de junio de 1982.

42 “Madryn fue la primera en darles la bienvenida”, en Impacto (Chubut), del 26 de junio al 2 de julio de 1982.

43 Jornada, 21 de junio de 1982.

44 Ídem.

45 Clarín, 16 de junio de 1982.

46 En realidad los paracaidistas británicos usan una boina roja, y son conocidos internacionalmente por su efectividad en el combate, lo que los emparenta con los boinas verdes estadounidenses. La muerte del coronel Jones se produjo durante una tregua pedida por los británicos, que aprovecharon para desplazar sus unidades, detenidas hasta ese momento por la defensa argentina, a una posición más favorable. Jones fue condecorado post mortem con la Cruz Victoria, pero aún hoy se debate en Gran Bretaña si su acción se trató de un gesto heroico o imprudente. Vincent Bramley, quien relató crímenes de guerra en Malvinas (véase más adelante) pertenecía a los paracaidistas.

47 El Chubut, 21 de junio de 1982

48 Isaías Jiménez, El halcón perdido, San Isidro, Neyce, 1987, p. 73.

49 Juan Bautista Yofre, 1982. Los documentos secretos de la guerra de Malvinas/Falklands y el derrumbe del Proceso, Buenos Aires, Sudamericana, 2011.

50 Todas las notas anteriores en Archivo DIPBA, Legajo 18.017, “Malvinas”, Tomo I.

51 Lapajufker, Hay dos cartas sin abrir, p. 82.

52 Clarke y otros, Palabras de honor, p. 256-257

53 Publicado en Pensamiento de los confines, número 21, diciembre 2007, pág. 129

54 Sorprende, en otras crónicas periodísticas escritas inmediatamente después o recientemente, la constatación de la convivencia con la certeza del desatino y a la vez el silencio tanto de dirigentes políticos, empresarios y sindicales como de funcionarios de la cancillería.

55 Idem, pág. 130.

56 Archivo DIPBA, Legajo 18.017, “Malvinas”, Tomo I

57 Alejandro Kaufman, “Violencia y memoria: alrededor de dos textos de la historia reciente”, en Pensamiento de los confines, número 21, diciembre 2007, pág. 123.

Capítulo 4

La guerra en las islas

Tengo tantos silencios por decirte

y, sin embargo, lo primero que viene a mi cabeza

es esto de no saber

cómo debo matar

a las ovejas que me miran:

apunto

me cargo de acero

y bajo el fusil

mientras espero impaciente

el momento de apuntar al Norte.

Pero los barcos nunca se ven.

Martín Raninqueo, Última carta.

El escenario

En términos de experiencia, sería posible esperar dar con una por cada uno de quienes estuvieron en las islas durante el lapso que duró la guerra, matizada por tiempos de permanencia, lugar de asentamiento, o la intensidad de los bombardeos y combates. Éste, de todos modos, es un ejercicio de reflexión imposible de ser materializado; entre otras cosas, porque nos faltan las experiencias de los idos, pero también la de aquellos que casi veinticinco años después aún no han podido o querido hablar.

Este capítulo se concentrará en las características que tuvo la experiencia de guerra de los infantes en Malvinas. Por un lado, porque se trata de la que afectó a la mayor cantidad de soldados conscriptos y, por el otro, porque fue a partir de ésta que se construyó la mayoría de las imágenes públicas sobre los jóvenes desmovilizados después la guerra.[1] De este modo, algunas generalizaciones son posibles, porque existen elementos comunes a todos los que pasaron por la situación de guerra en un escenario determinado. Uno de ellos son

las características mismas de las islas, que sometieron a pruebas muy duras a la guarnición. Otra fueron las posibilidades operativas del Ejército Argentino, acerca de las que podría afirmarse que salvo algunas excepciones se transformaron en una adversidad más para los combatientes.

En efecto, los soldados en las Malvinas debieron enfrentar no sólo unas durísimas condiciones ambientales, sino que chocaron con las estructuras poco eficaces y preparadas del Estado que los envió a combatir.[2] Sobre la base de cuestionarios respondidos por los cuadros que habían combatido en las islas, el Ejército Argentino redactó y publicó en 1983 un Informe Oficial. Allí encontramos que

Las condiciones metereológicas imperantes, caracterizadas por frecuentes lluvias, bajas temperaturas, heladas, vientos casi permanentes, un elevado porcentaje de humedad y nevadas en el período que se desarrollaron las principales operaciones, influyeron negativamente sobre el estado físico y psíquico del personal. Este aspecto fue agravado por las siguientes causas:

Nuestras fuerzas se vieron obligadas a ocupar una posición defensiva por un período prolongado, sin posibilidad de relevos periódicos desde el continente. Aun entre dichas posiciones y lugares de recuperación y descanso en las islas, tales relevos eran difíciles de realizar.

La densidad y frecuencia de nubosidad y lluvias y las pocas horas de luz solar hicieron muy difícil el secado de la ropa.

Las posiciones estuvieron muchas veces inundadas, por acción de las lluvias o por filtración de las capas de agua freáticas.[3]

Por otra parte, la época del año en la que se desarrollaron las acciones bélicas hizo que los defensores cada vez dispusieran de menos luz natural para realizar sus actividades:

La prolongada duración de la noche (15 horas y 30 minutos) facilitó las operaciones de las fuerzas enemigas, que dispusieron de medios técnicos y electrónicos para combate nocturno y constituyó un importante factor limitativo para quienes carecían de este equipamiento (...) Las operaciones defensivas se vieron (...) dificultadas, ya que el lapso nocturno a disposición del enemigo, dificultó su detección temprana durante el avance, así como la ejecución de fuegos con armas cuyos elementos de puntería carecían de efectividad durante la noche.[4]

Pese a los esfuerzos de las tripulaciones de aviones y buques que forzaron en reiteradas ocasiones el bloqueo británico, la guarnición sufrió la falta de un control de las rutas entre el continente y las islas:

Las distancias que mediaron entre las islas y los distintos puntos del continente, le confirieron una posición de aislamiento que sólo podía ser superada por un efectivo apoyo de los medios aéreos y navales. La falta de un efectivo dominio de este espacio aéreo y marítimo produjo un efectivo aislamiento de las fuerzas terrestres, difícil de superar, ya que creó importantes limitaciones, especialmente en el apoyo logístico y en la movilidad táctica, incidiendo sensiblemente en la resolución de sus comandos.[5]

La población de las islas también estaba distribuida insularmente, en pequeños poblados y establecimientos. A diferencia de lo que sucede hoy, en 1982 en las islas Malvinas prácticamente no existía otra vía de comunicación que la aérea o marítima. De este modo, los regimientos y compañías destacados en los cerros que rodeaban la ciudad, o en otros puntos del archipiélago (Puerto Howard, Puerto Darwin) se encontraron completamente privados de cualquier posibilidad de suministro, relevo y, más tarde, apoyo.[6]

En ese terreno tan poco propicio para un ejército que no contara con la movilidad, el equipo y el entrenamiento adecuados, fueron desplegadas fuerzas que según el Informe Oficial reunían las siguientes características:

Los cuadros y tropas del EJÉRCITO ARGENTINO (...) no fueron nunca organizados, equipados e instruidos para enfrentar adversarios capacitados para emprender operaciones a nivel mundial. Los costos y esfuerzos que ello implicaba estaban totalmente fuera de las posibilidades de nuestro país.

El secreto impuesto a la operación inicial que mantuvo al EMGE apartado de todo planeamiento operacional o logístico (...) Ello llevó, en la fase subsiguiente, al empleo de tropas y abastecimientos sin una planificación mínima adecuada, lo que no pudo ser superado posteriormente.

La urgencia, y en algunos casos improvisación, con que se debieron alistar y desplegar efectivos.

La asignación al TO, por razones de urgencia, de las tropas que tenían menor capacidad combativa para operar en el ambiente geográfico de MALVINAS.[7]

Por último,

Los soldados argentinos carecían de la capacitación y el equipo necesarios para combatir en el ambiente geográfico de las ISLAS MALVINAS. Su instrucción y equipamiento correspondía a operaciones en llanura (Br III) o acciones con elementos mecanizados o motorizados (Br I Mec X). Ni la Fuerza, ni el país contaron con los medios necesarios para modificar su equipamiento en lapsos cortos, y la oportunidad en que se los empleó coincidió con el período del año en que las unidades poseen comparativamente el menor pie de instrucción.[8]

En estas condiciones, las tropas argentinas fueron dispuestas en una línea de defensa estática que cubría el anillo de cerros que rodean el puerto, localidades estratégicas como Puerto Darwin, o consideradas tales como Puerto Howard, en la isla Gran Malvina. En promedio, hasta el 11 de junio (fecha del inicio de los combates finales) los soldados argentinos permanecieron 55 días en posiciones[9] que, salvo excepciones, "fueron penetradas por el agua durante los días de lluvia, o inundadas por la filtración de napas a través del terreno. Este problema se agravaba cuando la temperatura bajaba sensiblemente durante las noches. No existieron materiales aislantes, medios para calefacción, o el combustible suficiente y adecuado para neutralizar este grave inconveniente", proporcionalmente peor abastecidos a medida que se alejaban del puerto, ya que no sólo debido al dominio del espacio aéreo británico, "la distribución de comida se vio condicionada, además, por la falta de elementos adaptados al medio, tales como cocinas portátiles, estufas a base de turba, envases de transporte térmico, recipientes para depósitos de agua potable".[10]

Código Postal 9409: Malvinas

Ha sido importante consignar esta mirada general por dos motivos: por un lado, porque se trata de la versión oficial de una de las fuerzas responsables de la conducción de la guerra de 1982; por el otro, porque la cuestión de la perspectiva, en el enfoque que estamos desarrollando, es central. Los relatos en primera persona, aunque fundamentales para el estudio y la escritura de la historia reciente, pueden hacer perder la visión de los procesos históricos a cambio de aportar gran colorido y sensibilidad a los relatos. La intención de este texto es justamente la posibilidad de ir y venir entre uno y otro espacio: la reivindicación de la experiencia individual como una forma de devolver complejidad a las explicaciones históricas, pero sin que esto nos lleve a perder de vista sus circunstancias.

Desde que terminó la guerra se sucedieron decenas de relatos públicos de las experiencias de guerra, en la forma de reportajes, publicaciones testimoniales y películas.[11] La correspondencia de guerra, aun asumiendo que como todo relato se trata de una mediación entre la experiencia y su descripción, presenta la ventaja de la inmediatez y el relativamente escaso procesamiento de lo que se cuenta.[12] Para aproximarnos a la experiencia de la guerra en las islas, seguiremos las cartas enviadas por José[13] desde el frente, como integrante de un regimiento ubicado en las inmediaciones de Puerto Argentino, entre mediados de abril y el final de los combates, el 14 de junio de 1982. Siguiendo el hilo de sus descripciones y emociones, iremos entramando con otros testimonios para intentar conformar un panorama de lo que significó la guerra para quienes estuvieron de guarnición en las islas.[14]

Los soldados argentinos llegaron a Malvinas a "liberar compatriotas de la ocupación británica". Pero los isleños (peyorativamente llamados kelpers) fueron una presencia que generó perplejidad, rechazo u hostilidad en muchos de los combatientes en Malvinas. Formalmente, eran ciudadanos argentinos, y el día del desembarco esto fue explícitamente recordado por el comandante del operativo. Pero lo cierto es que no se fomentaron los contactos, y además la barrera cultural era muy grande:

Bueno, te voy a contar un poco de aquí. Hace bastante frío, estamos muy cerca de Puerto Rivero, las casas son todas de chapa y hay muy poca gente y con la gente que hay no se puede hablar, ni andar por el pueblo, porque está la PM [Policía Militar] y si te agarran te meten preso.[15]

Guillermo Huircapán, en la zona de Darwin, encontró “una sensación bastante extraña: uno sabía que esa tierra era nuestra, pero veía gente que ni siquiera hablaba nuestro idioma. El primer día vino una señora que nos ofreció con señas una taza de café y como por orden de nuestro jefe estaba prohibido recibir nada de los kelpers, le hicimos entender que queríamos pero no podíamos aceptar”.[16]

El Informe Oficial consigna:

h. La población

Su nacionalidad (origen), idiosincrasia, distribución y posición netamente antiargentina posibilitó:

Disponibilidad, por parte del enemigo, de gran cantidad de fuentes de información, guías, baqueanos, apoyos, etc.

Factibilidad, para el enemigo, de infiltrar en la población fuerzas especiales.

Necesidad de emplear una parte de las fuerzas propias para el control de los pobladores.

La disponibilidad de medios radioeléctricos en los distintos establecimientos rurales permitió, en algunos casos, la transmisión de información a distintos puntos de la isla (...)

Apoyo al enemigo con lanchas y pequeñas embarcaciones.[17]

Desde la perspectiva de los isleños, los días que duró la guerra fueron vividos como una ocupación. En septiembre de 1982, una señora apellidada Mc Kay, que tenía una casa en Douglas Station, le envió una carta a un amigo británico en la que describió el panorama que se había encontrado al volverla a ocupar:

Fueron tantos los invasores que usaron nuestra casa cerca del puente que está completamente en ruinas. Perdimos más o menos 7.000 libras en ropa de buena calidad y efectos personales incluido mi anillo de casada, que es lo que más me duele (...) A lo mejor no lo tomaron los invasores, pero alguien lo hizo. En ningún momento tocaron dinero de las islas, pero nuestra colección de monedas completa fue robada. Nuestra vieja colección de la Reina Victoria (...) A Bill no le quedó ni un par de medias, pullover o calzoncillos largos. Se llevaron todos mis pantalones, y mi ropa interior térmica (...) Se los deben haber puesto debajo de sus uniformes, porque dejaron todos sus calzoncillos mugrientos (...) Al volver a casa, ésta tenía 31 agujeros de bala, y un charco de sangre en la entrada. Encontré dos gallinas muertas en el baño, colgando de las patas, y dos más en la cocina (...) Se habían comido todos nuestros dulces caseros (3 docenas de frascos) y

los dejaron con las cucharas metidas en ellos y llenos de orina (...) Se comieron todas nuestras gallinas y ovejas, y había cabezas y huesos por toda la casa (...) Estoy segura de que los pobres muchachitos muertos de frío y hambre no van a querer volver nunca, pero los que nunca lo hayan hecho van a tener todas las ganas.[18]

Otro isleño, habitante de la isla Gran Malvina, llevó un diario durante toda la guerra en el que anotó prolijamente sus impresiones junto con todos los desplazamientos y actividades de argentinos que pudo observar. Fue herido por un ataque aéreo británico y casi pierde un ojo:

11 de Mayo

Una interesante transmisión en la BBC sobre la Convención de Ginebra. Imagino que los Argies nunca oyeron hablar de Ginebra.

REHENES: los civiles no deben ser retenidos como rehenes.

REALIDAD: tienen a la gente de rehén, a menudo encerrados, en establecimientos ocupados y negando el permiso para ir a zonas más seguras.

LIBERTAD DE COMUNICACIÓN CON LOS PARIENTES: Se ha suspendido toda comunicación por un mes, excepto en casos de enfermedad.

LLEVAR UNA VIDA TAN NORMAL COMO SEA POSIBLE: al retener rehenes en las granjas han interrumpido el trabajo estacional (...) causando escasez de animales en dichas granjas. Se llevaron a algunos doctores civiles de sus trabajos e interfieren en los asuntos de salud y las comunicaciones. Se comportan como especies subhumanas, en muchos lugares llenan el terreno con excrementos y contaminan las fuentes de agua. Algunos campos minados no están marcados y removieron los detectores de metal de las minas plásticas –ambas cosas contra la Convención y un riesgo para los civiles, y para ellos mismos–. ¡VAYA CON NUESTROS “LIBERTADORES” QUE VINIERON COMO AMIGOS![19]

El hombre que llevó este diario, un reservista, participó con otros isleños en una red de observación y comunicación que colaboró con la Task Force británica, al mejor estilo de los míticos tiempos de la resistencia francesa:

Junio 13

Aparentemente los argies tienen dos helicópteros escondidos en las dunas de Pebble Island, lo que se reportó a la Task Force.[20]

Durante todo el mes de abril, las unidades argentinas en Malvinas se dedicaron a cavar sus posiciones, reconocer el terreno a su cargo y organizar las líneas de defensa. El

regimiento de José tenía a su cargo un área cercana a la capital isleña, lo que lo diferenciaba de otras unidades que ocuparon los cerros bajos de sus afueras, o caseríos aislados como Darwin, por ejemplo en la posibilidad de obtener alimentos por vías informales o, inclusive, de mantener una correspondencia regular y eventualmente bañarse más de una vez durante toda su permanencia en las islas.

Las diferencias entre quienes ocuparon las posiciones más alejadas del puerto y su guarnición se fueron incrementando a medida que las condiciones empeoraron:

La discusión por el empleo de los pocos vehículos (que se retenían en Puerto Argentino) sería la diferencia inicial de otras muchas que tendría a lo largo del tiempo con algunos de nuestros superiores de la Infantería de Marina, pues no siempre coincidían nuestros criterios. Habría, a partir de estos instantes, claras diferencias entre lo que pensábamos los que nos hallábamos en las posiciones y los que permanecían en la localidad. Para nosotros, siempre habría necesidades, pero para los que moraban en el pueblo durante todo el conflicto no habría renunciamiento a ciertas “comodidades y privilegios” (aunque también allí había muchas excepciones). Pensamos además que nunca llegó verdaderamente allí la guerra.[21]

Puerto Argentino, además, era una usina de rumores, una de las formas principales en las que circuló la información entre los combatientes:

Acá esto es todo césped por todos lados, dormimos casi todo el día y no hacemos nada. Comemos como en la instrucción. Todo lo que dicen que mandan para acá todavía no se vio nada, los primeros días fui al aeropuerto y me aprovisioné por lo menos por un mes de Coca Cola, chocolate, caramelos, pastillas, etc., pero lo que me faltan son cigarrillos, pero esto también lo voy a solucionar.

Si podés mandame noticias de lo que pasa porque acá se dice muy poco por la radio, además que por ella se habla mucho en inglés, que de paso estoy aprendiendo y mucho no se entiende, me enteré de que se está por firmar un tratado por cinco años, así que por favor informame.[22]

José se encontró rápidamente con dos de las dificultades centrales que evocan los testimonios sobre la guerra de las Malvinas. La escasez de alimentos (que pudo resolver sobre todo por su cercanía con Puerto Argentino) y la mala relación (en su caso ninguna) con su oficial a cargo:

Creo que vas a estar orgullosa de mí ya que estuve hablando con el presidente (me preguntó un par de cosas nada más (si estaba bien, si extrañaba, etc.) (...) Yo justo estaba en el aeropuerto consiguiendo víveres y demás yerbas (...) Eso de ir a buscar víveres al aeropuerto es porque mi subteniente me abandonó así que ni te molestes en enviarle saludos, pero no te preocupes que tu hijo sabe cuidarse y rebuscárselas muy bien.[23]

La presencia de soldados cada vez más jóvenes en los frentes de batalla de todo el mundo es un fenómeno constante desde principios del siglo XX. Esta circunstancia ha marcado las formas de pensar y relatar la guerra a partir del hecho de que el pasaje de hombres a guerreros se superpone con aquel de adolescentes o jóvenes a hombres a través de la guerra. Para muchos integrantes de la guarnición de Malvinas, la permanencia en las islas fue un período de prueba en su pasaje a la adultez: "Creo que cuando vuelva voy a ser todo un hombre como vos querés, ya que esto no es la instrucción".[24]

Hubo soldados que tuvieron más suerte que José, y se encontraron comandados por buenos oficiales, que en muchos casos compartieron sus riesgos y privaciones. Un teniente 1º, a cargo de una batería de artillería en el combate de Ganso Verde, muy respetado por sus subordinados y de destacada actuación en esa batalla, escribió poco después de la derrota que

En nuestro ejército existió un desconcepto sobre cómo debe vivir el soldado, generalmente se piensa que el que más sufre la fatiga y la incomodidad es el más apto o más preparado para combatir y en conclusión no es así. El hombre es una joya que ponen en nuestras manos y que debemos mantener en las mejores condiciones hasta que llegue el momento de combatir.[25]

Este párrafo permite entrever lo que fue motivo de queja para muchos soldados: el hecho de que en una situación de guerra siguieran manteniéndose los mismos criterios que durante la instrucción, el servicio militar obligatorio, y el castigo por faltas que, si en tiempos de paz resultaban comprensibles, perdían completamente su sentido en situación de guerra. Omar Olsiewich, de servicio en el mismo regimiento que José, presenció estaqueamientos y recuerda suboficiales que "en pleno combate te venían y te querían pasar revista de si tenías un calzoncillo más, un calzoncillo menos".[26] Como contrapartida, rescata que "tuvimos suerte. El capitán que teníamos era bastante piola (...) Si bien tenía todas las características del militar... en los momentos jodidos se portó como un tipo de bien... no [estaba] en la boludez".[27]

El general Martín Balza escribió que "las Fuerzas Armadas de la Nación" tuvieron un "concepto de autoridad que fue equivocado y arbitrario".[28] Y puso como ejemplo a uno de sus jefes:

El general Parada visitó el Regimiento de Infantería 5 en la Gran Malvina en una sola oportunidad y por breves minutos; sólo contribuyó a afectar negativamente la moral de todo el Regimiento, pues llegó hasta el extremo de relevar y enviar al continente a un jefe de compañía por haber dispuesto matar y comer un cordero (...) Este proceder puso en evidencia una vez más la personalidad de Parada. El cordero en cuestión había sido solicitado, y pagado con un vale firmado, a un isleño del lugar. El jefe de compañía –capitán Miguel A. Megías– sólo había cumplido con su deber de atenuar el hambre de sus soldados.[29]

Los testimonios acerca de este tipo de medidas abundan. En las unidades en las que se dieron estos casos, este maltrato contribuyó a reforzar un espíritu de grupo entre los hombres, a partir de trazar claramente la línea entre oficiales y suboficiales por un lado, y soldados por el otro:

Si te agarraban un poquito barbudo (...) calabozo de campaña (...) Si en dos meses y medio no conocés un lugar para bañarte, ¿cómo te van a obligar a que te afeites? Parecería que no era una guerra. Le tocó a un compañero (...) Nos tuvimos que poner todos en contra [del oficial] y le dijimos que si no lo sacaban nos agarrábamos a tiros ahí nomás.[30]

Y estos lazos se vieron fortalecidos, también, por las características de las defensas: pozos relativamente aislados en los que un número variable de soldados compartía horas y días interminables. Las relaciones de jerarquía de tiempos de paz fueron reformuladas, abandonadas o reforzadas a partir de su puesta a prueba por la situación real de guerra. José, con una mala experiencia, escribió que “mi subteniente me abandonó pero acá se conoce, debido a las necesidades, con quién podés contar”.[31] Como contrapartida, las condiciones de la batalla hicieron que los soldados rasos muchas veces respetaran el rigor y la dureza cuando tendían a un fin profesional, a “hacer bien la guerra”, es decir, a arbitrar los medios, entre otras cosas, para preservar las vidas de sus hombres lo más posible.[32]

Tras los combates en el Estrecho de San Carlos (27 de mayo), el subteniente Reyes condujo a sus hombres a través de la isla Soledad hasta que no pudieron seguir caminando debido al estado en el que se encontraban. Debieron separarse, y el jefe y un grupo siguieron solos para encontrar ayuda. Fueron tomados prisioneros, pero éste regresó con sus captores a buscar a quienes no habían podido continuar:

Me acuerdo de Reyes, en el helicóptero, preocupado pero entero. Él se sentía un poco el padre de todos y volvía con la sección completa. Era un logro importante para él, no haber perdido a nadie. Buen tipo Reyes, un poco loco, un poco milico, pero buen tipo. Se jugó siempre por nosotros.[33]

La guarnición en las islas vivió bajo la constante amenaza de incursiones por parte de las fuerzas británicas, lo que se transformó en otro elemento de desgaste. José relata aquí uno de los frecuentes episodios de “alerta roja”:

Con respecto a lo que sale en los diarios no creas todo, porque no es verdad. Yo estoy informado por la radio por eso te digo en estos días es crítico el asunto. Te cuento que el 28 a la noche entré en combate pero aparte de ese día no pasó absolutamente nada y con respecto al combate yo sólo tiraba porque la verdad es que no se veía nada. Además ponete orgullosa los hicimos retroceder ya que habían desembarcado (180 hombres aproximadamente). No te lo quise decir antes pero estoy en tercera línea a unos 500 metros de la playa.[34]

Sin embargo, salvo estas amenazas, la vida cotidiana en las posiciones, hasta los ataques finales, era monótona y rutinaria. La "posición", el "pozo" que se compartía con dos o tres muchachos se transformó en el espacio central de la vida de los infantes, y el grupo que se conformaba a partir de éste, en su micro mundo.[35]

Las posiciones de la infantería eran batidas regularmente por la artillería y la aviación británicas (durante el día) y por la artillería naval durante la noche, en algunos casos con mucha intensidad, sobre todo en zonas como el aeropuerto o los cerros.[36] Pero aun hasta a esas circunstancias se terminaron acostumbrando los soldados:

Esa primera noche sí fue fea. Después como todo... como nos pasó con el frío, nos pasó con el bombardeo (...) Si el primero ni contábamos las bombas que tiraron, después contábamos a ver cuántos bombazos tiraban (...) Entonces jugábamos a quién se acercaba más.[37]

Al mismo tiempo, esa situación de permanente agresión por parte de un enemigo invisible iba minando los nervios:

La desesperación de nosotros era de verlos a ellos, tenerlos así, cara a cara (...) Te ponía loco (...) porque te daban todos los días y nunca los veías (...) Ya no veíamos la hora [de que] termine de una vez. ¡Que se terminen ellos, o nosotros! (...) ¡Y esperando ahí que llegue (...) tu hora! (...) No sabías cómo, si te ibas a salvar, si te ibas a librar de eso.[38]

Los grupos funcionaron como espacios de apoyo mutuo en los momentos de flaqueza y depresión, y también para la solución de problemas básicos como la comida:

Entre los conscriptos [la relación] era bárbara. Ya ahí no había ni clase 62 ni 63 (...) Se armaron como grupos (...) Eran pequeños mundos dentro de cada compañía. Eran pequeñas familias (...) Uno que se bajoneaba y ya estábamos todos ahí (...) levantándole el ánimo, para que no piense ninguna boludez.[39]

Con el paso de los días, la situación debida al bloqueo británico se fue agravando. Y aunque José podía contar que "en este ranchito guardo de todo y hasta me cocino junto con mi compañero que es chaqueño de los buenos así que te imaginás qué dúo", en la misma carta hizo un pedido que da una idea de las privaciones que pasaron los soldados en las islas:

También te voy a pedir otra cosa que no pensaba pedirte pero las circunstancias obligan (hambre), si es que está dentro de tus posibilidades y es una encomienda con lo siguiente (CAFÉ, AZÚCAR, LECHE EN POLVO, GALLETITAS SOBRE TODO, PATÉ, SARDINAS, PUCHOS, CHOCOLATE, CARAMELOS, PAN O GALLETAS, NO IMPORTA QUE LLEGUEN DURAS, Y FÓSFOROS O UN ENCENDEDOR QUE HAY EN MI MESITA DE LUZ MEJOR Y UN POCO DE SAL). Bueno espero no pedirte mucho ni ser un presupuesto, lo que pasa es que 1 ½ semana que estamos sin PAN y la comida es un asco, agua con un par de fideos, aunque vos sabés que no soy delicado y como cualquier cosa pero esto ya no va más.[40]

En los relatos de los soldados, la búsqueda de comida (la "caza" de corderos y avutardas) es una experiencia recurrente:

Nos turnábamos para ir a buscar ovejas. Cuando me tocaba a mí, traía el cordero en la espalda, lo tumbaba, lo abría y lo empezaba a faenar. Aprovechábamos todo. El subteniente nos hacía enrollar los cueros y enterrarlos en pozos. Golpeábamos los huesos en las piedras, los quebrábamos y hasta nos comíamos el caracú.[41]

Quienes pudieron, arriesgándose al castigo subsecuente, inclusive entraron a robar a las casas de algunos isleños o en los galpones del puerto. Las deficiencias logísticas generaron un gigantesco mercado negro, que funcionó en la zona de Puerto Argentino pero que llegó aun a las posiciones avanzadas. Desde el punto de vista de la estructura militar, este tipo de redes afectaron notablemente la disciplina:

Ciertos soldados de mi subunidad, como de otras, [comenzaron] a retirarse hacia la localidad sin autorización para obtener ese tipo de elementos a través de aquellos quienes por su ubicación en la localidad así los obtenían.

Aspecto que al correr de los días se va agravando, pues con la acción de bloqueo no van llegando más encomiendas, que en un principio compensaban ese "aparente", "injusto" racionamiento para las fracciones de primera línea.

Aquellos que tenemos algo de experiencia conocemos cuál es el origen que da lugar a la falta (...) y esto en guerra duele mucho más que en la paz.[42]

Desde el punto de vista de los soldados argentinos, la guerra en las islas guarda numerosas similitudes con la guerra de trincheras característica del Frente Occidental en la Primera Guerra Mundial. Agredidos por un enemigo invisible, sometidos a constantes bombardeos y a la amenaza de raids nocturnos, restringida su porción de la realidad al pequeño espacio consistente en un pozo o unos metros de frente, con el agravante de las escasas o nulas posibilidades de atenuar esta situación y en muchos casos el aislamiento completo tanto de la cadena de mandos como del sistema logístico necesario para su supervivencia.[43]

En algunos casos, la tensión y las condiciones llevaron a que algunos soldados se hirieran a sí mismos, para producir de ese modo su retorno al continente. En ocasiones, esto fue tomado como una circunstancia más de la guerra:

Yo vi compañeros míos pegarse un tiro en el dedo de la mano para que los mandaran al continente porque no aguantaban más. No lo juzgo al tipo, no puedo decir si era más o menos valiente que yo, porque yo por ahí tenía menos huevos para pegarme un tiro en las manos que para quedarme ahí. Por eso no lo hacía, no porque fuera más o menos valiente.[44]

Un estudio médico revela que la proporción de este tipo de heridas, sobre el total de bajas en Malvinas, fue muy alta. Por un lado, "la masa de los heridos, más del 70%, lo fueron por esquirlas de munición de artillería". Pero "hubo 22% de heridos de bala, y el resto", de los cuales "más del 90% tenía lesiones en los miembros (...) De los heridos de bala, más de la mitad lo fueron en momentos en que no ocurrían combates cercanos", lo que lleva a pensar que "la gran cantidad de los heridos de bala lo fueron por accidentes o autoinfligidos".[45]

El sostén de los compañeros fue central para sobrellevar esas condiciones tan duras del aislamiento. En los primeros días de junio, la luz diurna era de apenas ocho horas. Las deficiencias alimentarias, el agotamiento y las malas condiciones de vida generaron un serio déficit en la capacidad combativa de los soldados argentinos.[46] Luego del desembarco británico en San Carlos, el 27 de mayo, el frente se fue aproximando día a día. Las novedades de los primeros combates serios en las islas llegaron a Puerto Argentino, e impactaron en José como probablemente en muchos otros:

Ayer sábado empezó a nevar y también nos enteramos que se rindió Puerto Darwin que está a 80 km de aquí. Te juro que tuve una tristeza tremenda y que nos bajó mucho la moral, pero es así y hay que aceptarlo, lo que va a pasar no sé pero lo espero tranquilo, sólo me entristece que en estos momentos estés sufriendo por mí a causa de no saber cómo estoy (...)

A veces aflojo un poco, porque quizás no sea del todo el hombre que vos pensás, tengo muchas debilidades y quizás a esta altura del partido esté a punto de quebrarme, pero trato de pensar que vos estás orgullosa de tener un hijo en las Malvinas que si es necesario va a dar su vida, y me doy fuerza y voy hacia delante, como que llevo tu sangre que nunca se dio por vencida (...) Hace casi 5 hs que estoy con esta carta. Desde el domingo y no sé qué decirte. Perdoname pero ya no sé qué contarte.[47]

La inminencia del asalto británico llevó a este tipo de dudas y planteos. Si llevar armas es siempre un anuncio de la posibilidad de matar o morir, los preliminares de la batalla exacerbaron estos pensamientos. Un oficial que combatió en Darwin, reflexionaba sobre las tensiones a las que fueron sometidos sus hombres:

Setenta y cinco días a la intemperie, con el clima de Malvinas, desgastan a cualquiera por más que coma todos los días tres veces al día. La tensión permanente, la inmovilidad de los pozos desgastan y la angustia hace que se consuman muchas más calorías. El frío consume calorías, la lluvia, estar mojado todo el día, consume calorías. Y se llega al punto que, a no ser que uno comulgue con el idealismo platónico y crea que la materia y el espíritu son independientes, es indudable que cuando se desgasta el físico, se desgasta el espíritu. No es que se pierda la convicción de la causa por la cual se luchaba, pero al soldado se lo entrena físicamente para que sea un hombre confiado en sus capacidades. Se le da musculación, resistencia física, confianza en su cuerpo, porque eso, a su vez, le va a dar confianza psicológica en la lucha. Cuando ese hombre empieza a perder kilos, empieza a perder su resistencia, y ese desgaste conduce fatalmente al deterioro espiritual.[48]

En esas condiciones, los soldados argentinos afrontaron la batalla contra los británicos. Hubo sobre todo dos situaciones de combates muy duros: los de Puerto Darwin y Goose Green (27 al 29 de mayo), y aquellos en los que se disputaron las posiciones en torno a Puerto Argentino, sobre todo en los montes Longdon y Tumbledown (entre el 10 y el 14 de junio). En general se trató de enfrentamientos nocturnos, porque los británicos buscaron sacar la máxima ventaja de su superioridad tecnológica y el elemento sorpresa, y contaron con una abrumadora superioridad numérica y de concentración de fuego (en el caso de Darwin, de 6 a 1).[49] En el combate en dichas condiciones la visibilidad, la fluidez de las comunicaciones y la movilidad son centrales, en tanto que de no funcionar adecuadamente estos elementos de cohesión los defensores quedan aislados en sus posiciones enfrentando a un enemigo que se infiltra entre ellos y dificulta el fuego de defensa, ya que se corren serios riesgos de herir a soldados propios. La densidad del fuego británico fue muy elevada, y la tasa de mortalidad argentina por cada 1.000 efectivos por año es la más alta de los conflictos modernos. Según Ceballos y Buroni, triplica la de los estadounidenses en la Segunda Guerra Mundial, y es casi diez veces superior a la de las tropas de esa nacionalidad en Vietnam.[50]

El componente de aventura y descubrimiento también jugó su papel. El traslado a las islas ofreció a los jóvenes soldados la posibilidad de conocer una cantidad de situaciones nuevas, que obviamente influyeron también en esos días: "A mediados de mayo empieza a nevar, por fin voy a poder ver nevar"[51], o premonitoriamente, el rumor de que "también se dice que a la vuelta viajamos en barco, ¡te imaginás! Sólo me falta viajar en un cohete".[52]

Pero sin duda la situación límite que encontraron fue aquella que los colocaba en la disyuntiva de matar, es decir, romper una de las prohibiciones más antiguas de la cultura:

En el momento yo te diría que me costó tirar el primer tiro (...) me sentí mal porque yo nunca había matado a nadie ni nada (...) Y después, bueno, me puse que si no tiraba me iban a hacer boleta y... no iba a volver más (...) En ese momento, así como pensaba yo, pensaba el del otro lado (...) Parece una boludez sacarle la vida a otro tipo (pero) vos sos una pieza de ajedrez, te ponen acá y, bueno... jugaste bien, seguí el camino. Ahora, si te hicieron jugar mal, sos boleta.[53]

Y la guerra no era solamente la posibilidad de matar a otro, sino la de morir, o que murieran los compañeros y los amigos, o la de quedar mutilados por las heridas, o el frío congelante: “Ayer sin ir más lejos me mandé 7 hs de guardia. Casi se me congelan los pies, cosa a la que le tengo mucho miedo. Pero ya vamos a ir a casa, cada vez estamos más cerca”.[54]

El miedo al frío en los pies estaba fundamentado, en tanto una de las lesiones más comunes que padecieron los soldados argentinos en las Malvinas fue una producida por el frío y la humedad, conocida como “pie de trinchera”. Estos dos agentes, unidos a las malas condiciones higiénicas, producen necrosis de tejidos, sobre todo en las extremidades, que pueden ir desde los sabañones hasta lesiones más serias que llevan a la amputación. Más de la mitad de los casos producidos en las islas (245 hasta el 27 de mayo) fueron registrados con posterioridad al comienzo de los bombardeos (el 1° de mayo), es decir cuando las posibilidades de movilizarse comenzaron a hacerse escasas.[55]

Algunos se comprometían a matarse en el caso de quedar “arruinados” por una herida que los mutilara o dejara lisiados:

A veces la forma en que te cuento (...) no es tan duro como vivirlo (...) Terrible... Vos podés aguantar el hambre, podés aguantar la sed, podés aguantar lo que sea... pero lo que no podés aguantar es ver a tus compañeros… tirados (...) alguno malherido... otro en pedazos... Es terrible... A mí me tocó (...) éramos íntimos amigos, éramos muy amigos... muy amigos éramos.[56]

Pero sin duda el acostumbramiento a las circunstancias de la guerra, no dejaba de generar algunas perplejidades, sobre todo a medida que las fuerzas británicas se aproximaban a la línea de defensa en torno a la capital de las islas:

Y pensar que cuando era chico me pasaba jugando a la guerra, ¿te acordás? Y bueno, ahora no es juego, pero la esperanza no se pierde nunca, acá se corren muchas bolillas, como que a los 61 días de permanencia nos llega el relevo. Ya llevamos 42, 46 fuera de casa, y también que va a ir el Papa a la Argentina y que en 48 horas se reúne por última vez la ONU.[57]

Y las circunstancias extremas podían mostrar a los jóvenes que contaban con la capacidad para enfrentarlas (buscando comida, enfrentando un bombardeo) y aun con un grupo de pares para la batalla, pero también la inminencia de la muerte en combate ponía en evidencia la cortedad de sus vidas, la escasa cantidad de recuerdos y experiencias que podían tener en un momento que podía ser el último:

Querida madre (...)

En este pedazo de papel quiero expresarte todo mi cariño, gratitud y deseos de que juntos leamos esta carta y que al leerla comprendamos el amor que nos une y que ni la guerra ni otras dificultades de la vida podrán separarnos. En caso de que yo no esté con vos al abrirla quisiera que no llores, que yo de donde esté te voy a estar mirando.

Pero es todo muy difícil.

No sé si voy a poder afrontar la muerte con dignidad, como un hombre o como vos quisieras. Tengo miedo como todos, pero sé que estoy defendiendo mi patria y me siento orgulloso de ello.

Se me hace tan difícil explicarte lo que siento en este momento. Quisiera volver 20 años atrás y acurrucarme en tus brazos, pedirte calor y protección pero sé que no puede ser, que tengo que estar aquí, que es mi destino.[58]

Los que sobrevivieron, tras la derrota, debieron comenzar a dar un sentido a la cantidad de experiencias inéditas y decisivas en sus vidas que habían comenzado a portar desde el primer día de su llegada a las islas Malvinas, a las características particularísimas que tenía lo que para muchos de ellos había sido su paso a la adultez, a su ingreso a la posibilidad de discutir un espacio de intervención en la sociedad por la que habían combatido.

Notas

1 Véase capítulo 3, nota 2.

2 Dado que la proporción más alta de combatientes pertenecía a Ejército, la mayor parte de las críticas de la posguerra se concentraron en esta fuerza. No obstante, ya durante la guerra afloraban las acerbas divergencias entre Ejército, Marina y Aviación, que apuntaban a señalar la competencia entre las mismas, y las dificultades para combinar operaciones en un plano estratégico.

3 Informe Oficial del Ejército Argentino, Conflicto Malvinas, 1983, Tomo I, Desarrollo de los acontecimientos, p. 11.

4 Ídem.

5 Ídem.

6 Informe Oficial…, op. cit., p. 12.

7 Ibíd., p. 15.

8 Ibíd., pp. 17-18.

9 Ibíd., p. 20.

10 Ibíd., p. 19.

11 Algunos ejemplos: Daniel Kon, Los chicos de la guerra, Buenos Aires, Galerna, 1982; Martín Balza, Malvinas. Gesta e incompetencia, op. cit.; Edgardo Esteban, Iluminados por el fuego. Confesiones de un soldado que combatió en Malvinas, Buenos Aires, Sudamericana, 1993; Ítalo Piaggi, El combate de Goose Green. Diario de guerra del comandante de las tropas argentinas en la más encarnizada batalla de Malvinas, Buenos Aires, Planeta, 1994; Carlos Túrolo, Así lucharon, Buenos Aires, Sudamericana, 1985; Daniel Terzano, 5000 adioses a Puerto Argentino, Buenos Aires, Galerna, 1985.

12 Según Samuel Hynes, las memorias de guerra pueden clasificarse teniendo en cuenta dos criterios: su inmediatez y su reflexión. En ese sentido, las cartas son las narrativas personales más inmediatas, directas y menos reflexivas (a diferencia, por ejemplo, de una autobiografía o libro de memorias).

13 El nombre, por pedido de la fuente que me proporcionó las cartas, es supuesto. La correspondencia se extiende del 13 de abril al 6 de junio de 1982.

14 Para este análisis utilizaré entrevistas que realicé en 1994, y el excelente libro de Graciela Speranza y Fernando Cittadini (op. cit.), sin dudas uno de los mejores textos acerca de la experiencia de la guerra en las islas.

15 Carta del 22 de abril de 1982.

16 En Graciela Speranza y Fernando Cittadini, Partes de guerra…, op. cit., p. 36.

17 Informe Oficial del Ejército Argentino, Conflicto Malvinas 1983, Tomo I, p. 14.

18 Carta de Mrs. W. R. Mc Kay, Archivo del Imperial War Museum, Londres.

19 Diary of Events April – June 1982, T. J. D. Miller, Archivo del Imperial War Museum, Londres.

20 Ídem.

21 Carlos Robacio y Jorge Hernández, Desde el frente. Batallón de Infantería de Marina Nº 5, Buenos Aires, Solaris, 1996, p. 64.

22 Carta del 22 de abril de 1982.

23 Ídem.

24 Ídem.

25 Fondo Luis Moreno Ocampo. Archivo de la Asociación Civil Memoria Abierta.

26 Entrevista a Omar Olsiewich, clase 1963, Regimiento de Infantería 3. 1994.

27 Ídem.

28 Martín Balza, Malvinas. Gesta e incompetencia, op. cit., p. 77.

29 Ibíd., pp. 74-75.

30 Entrevista a José Omar Ojeda, clase 1963, Compañía Comando Servicios, III Brigada. 1994.

31 Carta del 25 de mayo de 1982.

32 Unidades como el Batallón de Infantería de Marina N° 5 y el Regimiento de Infantería N° 25 lograron una alta cohesión y espíritu de cuerpo, entre otras cosas por las formas del trato hacia los subordinados y el lugar dejado a la iniciativa de éstos en el cumplimiento de las órdenes.

33 Daniel Cepeda, en Graciela Speranza y Fernando Cittadini, Partes de guerra…, op. cit., p. 121.

34 Carta del 30 de abril de 1982. En este caso, se trató de una falsa alarma.

35 El historiador militar John Keegan asigna a este tipo de relaciones un lugar central en la construcción de la experiencia de guerra, puesto que son constitutivas de la mirada del soldado: "La batalla, para el soldado común, es una situación de muy pequeña escala que producirá sus propios líderes y será peleada según sus propias reglas –y en consecuencia, de acuerdo a su propia ética–". Los soldados "no se piensan, en las situaciones de vida y muerte, como miembros subordinados a alguna organización militar a los que la autoridad los ha asignado, sino como iguales dentro de un minúsculo grupo –quizás no más de seis o siete hombres–". Es en este espacio donde para Keegan se produce la construcción de una experiencia de guerra: "¿Por qué tantos historiadores militares siguen escribiendo como si el generalato y los grandes batallones fueran los únicos objetos de estudio válidos?" (John Keegan, The Face of Battle, Londres, Pimlico, 2000, pp. 48 y ss.).

36 A modo de ejemplo, las posiciones argentinas recibieron, en el marco de bombardeos de ablande (que son mucho menos intensos que el bombardeo previo a un asalto): "El 1° de mayo, 2 hs. 50 minutos de bombardeo naval y 11 hs. 20 minutos de bombardeo aéreo (...) El 10 de mayo, 9 hs. 15 minutos de naval (7, nocturnas)". En Informe Oficial del Ejército Argentino. Conflicto Malvinas, 1983, Tomo II, Abreviaturas, anexos y fuentes bibliográficas.

37 Entrevista a Omar Olsiewich, clase 1963, Regimiento de Infantería 3. 1994.

38 Entrevista a Ramón Ayala, clase 1962, Batallón de Infantería de Marina 5. 1994.

39 Entrevista a Omar Olsiewich, op. cit. 1994.

40 Carta del 15 de mayo de 1982.

41 César Clot, en Graciela Speranza y Fernando Cittadini, Partes de guerra…, op. cit., p. 63.

42 Testimonio de un subteniente de la misma unidad que José, Fondo Luis Moreno Ocampo. Archivo de la Asociación Civil Memoria Abierta.

43 En su libro sobre la dictadura militar, Marcos Novaro y Vicente Palermo relativizan mi visión: "Para la mayoría, la vida cotidiana entre abril y mediados de junio estuvo marcada por la forma específica que tomó el enfrentamiento para los efectivos argentinos: una guerra de trincheras, que es absurdo equiparar, como habitualmente se hace, con la Primera Guerra Mundial, dado que del otro lado había un enemigo móvil en cielo, mar y tierra, y cuyo contacto con tierra fue limitado en el tiempo y de rápidos desplazamientos. Trincheras en las que las horas transcurrían con la lentitud de la inacción, el frío, el

hambre y la exasperante espera del comienzo del ataque inglés". Pero yo considero que desde el punto de vista de la experiencia de los soldados argentinos, la comparación es válida. Ellos experimentaron condiciones semejantes a las de la Primera Guerra Mundial, o, dicho de otro modo, sufrieron el hecho de enfrentar a un ejército de primer orden formando parte de otro condenado a combatir como hacía sesenta años. En los testimonios acerca de la guerra en las islas, las sensaciones de "exasperante espera" junto con las del aburrimiento predominan. Los pozos, la rutinaria espera matizada con los cañoneos, las alertas y las tareas del servicio, como vimos, constituyeron la cotidianeidad de los infantes. Considero que si bien el conflicto fue entre una potencia de primer orden y un país tecnológica y –desde el punto de vista militar– doctrinariamente atrasado, las situaciones de vida enfrentadas por los soldados argentinos pueden ser comparadas y asociadas a las de las trincheras del Frente Occidental. Véase Marcos Novaro y Vicente Palermo, La dictadura militar 1976-1983…, op. cit., p. 452.

44 Walter Donado, en Graciela Speranza y Fernando Cittadini, Partes de guerra…, op. cit., p. 63.

45 Enrique Ceballos y José Buroni, La medicina en la guerra de Malvinas, Buenos Aires, Círculo Militar, 1992, pp. 199-200.

46 En la isla Gran Malvina, donde el general Parada sancionó a un oficial por autorizar a sus soldados a carnear un cordero, se dieron tres casos de muertes por desnutrición (ibíd., p. 183).

47 Carta del 29 de mayo de 1982.

48 Juan José Gómez Centurión, en Graciela Speranza y Fernando Cittadini, Partes de guerra…, op. cit., pp. 84-85.

49 La proporción en Martín Balza, Malvinas. Gesta e incompetencia, op. cit., p. 124.

50 Enrique Ceballos y José Buroni, La medicina en la guerra de Malvinas, op. cit., pp. 92-93.

51 Carta del 22 de abril de 1982.

52 Carta del 15 de mayo de 1982.

53 Entrevista a Omar Olsiewich, clase 1963, Regimiento de Infantería 3. 1994.

54 Carta del 29 de mayo de 1982.

55 Enrique Ceballos y José Buroni, La medicina en la guerra de Malvinas, op. cit., pp. 130 y ss.

56 Entrevista a José Omar Ojeda, clase 1963, Compañía Comando Servicios, III Brigada. 1994.

57 Carta del 25 de mayo de 1982.

58 Carta del 6 de junio de 1982.

Segunda parte

Brechas e imágenes

Capítulo 5

Mutilaciones

El personal racionarce com guardia de biendo retras la comida de la cocina y retornar al comedor (restaurante) fendizada la comida corrispondiente 1 (uno) suldato tomara 4 (cuatro) carrito para retiras la vajilla y limpiosa del comedor. Cuando finaliza el racidnamiento debe retornar a su lugar despera (cabina) [sic].

Fragmento de las instrucciones entregadas a los prisioneros de guerra argentinos al abordar el Canberra.

¿Qué había pasado con mi hijo? Había desaparecido, eso era todo.

Isaías Jiménez, El halcón perdido.

El capitán de Infantería de Marina Carlos Robacio permaneció en Malvinas como prisionero cerca de un mes más que el resto de los soldados. Debido a esta circunstancia, participó en la recolección de los cuerpos argentinos aún dispersos en el campo de batalla:

Ya en Tumbledown, se me permitió efectuar una recorrida y efectuar una inspección ocular minuciosa de esa porción del campo de combate (...) Todo denotaba una quieta violencia, realmente era la gráfica representación de la entereza y singular denuedo con que ambos bandos habían luchado en ese lugar.

El profuso material, equipos, cascos, radios, etc. del enemigo frente a las posiciones donde estaban nuestros muertos, rodeados de cargadores ya vacíos, cajones de munición sin nada, y la actitud combativa de quienes esperaban su sepultura, dentro o fuera de la posición, no dejaban dudas de la virulencia del combate (...)

Todos los lugares en que estuvimos y en especial la cima Este de Tumbledown, aparecía como arrasada por innumerables cráteres de explosiones, muy próximos unos de otros.[1]

Mientras Robacio y otros prisioneros de guerra participaban en la recolección de los muertos argentinos, los sobrevivientes llegaban de regreso al continente tras pasar unos días en manos británicas, acampados en las proximidades del aeropuerto de Puerto Argentino.

La Junta Militar careció de respuestas para gran cantidad de las consecuencias de la guerra de Malvinas, y los muertos no fueron una excepción. En noviembre de 1982, el gobierno británico presentó una nota a su par argentino, explicando que en los recientes

campos de batalla aún quedaban cuerpos insepultos que el verano austral estaba dejando al descubierto. La nota preguntaba qué quería hacer el Estado argentino con ellos.[2] El gobierno militar respondió en enero del año siguiente autorizando el entierro de sus soldados caídos, pero “reservándose el derecho de decidir, cuando sea adecuado, acerca del traslado de los restos de los soldados argentinos desde esa parte de su territorio al continente”.[3] Finalmente, el gobierno británico designó una comisión para trasladar los despojos argentinos a Puerto Darwin (donde se encuentra actualmente el cementerio argentino). Uno de los miembros de esa comisión dio una entrevista para un medio argentino:

–¿Es cierto que algunos cuerpos de soldados argentinos han sido enterrados en fosas comunes, otros han sido cubiertos por el barro y hay algunos que permanecen a la intemperie? ¿Usted se ocupó de estos cuerpos?

–Cuando estuve allí yo también pude comprobar lo que usted dice. Hay que pensar que esos cuerpos fueron enterrados por un ejército en retirada. Algunos, es cierto, fueron abandonados sin ser enterrados. En las montañas del oeste de Puerto Stanley el terreno es muy duro. No se puede excavar, son rocas. Entonces tanto los argentinos como los británicos hicieron lo mejor que podían hacer, pero en algunos casos fue imposible enterrarlos y por lo tanto los cubrieron con mantas. En las zonas duras cubiertas de barro hicieron pequeñas excavaciones y los enterraron bajo el lodo, colocando una cruz para que luego pudiesen ser ubicados y trasladados a un lugar mejor. Cuando hablé con el general David Thorne en octubre en Puerto Stanley me di cuenta de que estaba muy preocupado por este hecho. Él estaba presionando para que se estableciese un contacto con el gobierno argentino sobre este tema porque decía que si el gobierno argentino no quería comprometerse en el entierro de estos hombres, sus soldados debían encargarse del entierro. Él pensaba que ése era su deber como soldado. Esto ahora se ha llevado a la práctica porque el Ministerio de Defensa en Londres se ha encargado de organizar el entierro de los argentinos. Pienso que el entierro tendrá lugar en algunas semanas. Cada hombre tendrá una tumba, con una cruz igual a la que tienen los británicos. Si el cuerpo ha sido identificado en la cruz estará inscripto su nombre. Si no ha sido identificado dirá un soldado, un marino o un piloto argentino.[4]

El gobierno argentino declaró oficialmente muertos a los desaparecidos de la guerra en los últimos dos meses de 1982.[5] El apresuramiento con que fueron movilizados algunos de los regimientos,[6] las exigencias del combate, hicieron que la mayoría de los argentinos enterrados en Malvinas fueran sepultados sin identificar, bajo cruces que simplemente indican Known Unto God. El grueso de los cuerpos de los tripulantes fallecidos en el hundimiento del crucero ARA General Belgrano, por otra parte, jamás fueron recuperados.

Como un síntoma, el Estado argentino respondió sobre estos muertos del mismo modo en que lo venía haciendo desde hacía seis años sobre las víctimas de la represión ilegal. Resultaría muy fácil extrapolar esta información, relativa a los familiares de desaparecidos y muertos en Malvinas, a los de las víctimas del terrorismo de Estado:

La redacción de Clarín recibió durante los últimos días, y en particular ayer, innumerables llamadas de familiares de conscriptos que permanecen como prisioneros de guerra en las islas Malvinas. Invariablemente buscaron datos sobre la situación actual y el futuro de sus seres queridos que los medios de comunicación no pueden ofrecer porque carecen de ellos. También coincidieron en señalar que ningún organismo oficial –militar o civil– satisface sus reclamos.[7]

Padres

Mientras los soldados retornaban a sus hogares en medio de la incertidumbre, comenzaban a producirse escenas como esta:

La rendición ocurrió el 14 de junio de 1982, se había acabado la guerra, tuvimos un respiro en nuestro terrible suplicio. Esperábamos las noticias de la vuelta de los barcos con nuestros soldados. Pero antes que los barcos vinieron tres militares a mi casa para informarnos que nuestro hijo había fallecido. Era el día miércoles 16 de junio de 1982 (...) El 29-6-82 vino a verme un ex compañero de escuela de mi hijo, él también había estado en las islas pero en puerto Argentino, en cambio Alejandro había estado en Monte Longdon. Se habían visto varias veces allá.

Este chico, quizá el amigo más tímido de mi hijo, tuvo el valor de venir a contarme lo que pasó a mi hijo.

Los hechos habrían sucedido así: cuatro soldados habían ido a hacer una excursión a la casa de un kelper que lo habían trasladado a Puerto Argentino, o sea que la casa estaba desocupada. En esa casa habría habido algún alimento, calefacción y alguna otra cosa que le podría ser útil a 4 soldados famélicos.

Para llegar a esa casa parece que había que hacer un tramo en bote y el resto a pie, el caso es que en la cercanía del lugar donde estaba estacionada la tropa estaba minado.

Ya de vuelta de esa excursión, autorizada por sus superiores, uno de los chicos pisó una mina "propia" y los cuatro volaron, la mina era para tanques y no se explicaban cómo un soldado famélico pudo haberla detonado.[8]

Salvador Vargas, el papá de Alejandro, canalizó su dolor en una carta de lectores cuya difusión motivó que comenzaran a organizarse con otros padres, que atravesaron una situación común a muchos en esos años: el descubrimiento de que su tragedia la estaban padeciendo otros:

El sábado 19-6-82 era frío y más aún a la madrugada, desperté y daba vueltas en la cama, tenía en mi mente una idea completa que debería ser una carta, pero seguía sin decidirme

a levantar, hasta que escuché la voz de mi hijo que me pedía que me levantara, su voz era tan grave como nunca antes la había escuchado, luego de esto me levanté.[9]

La carta "alborotó a la gente de la fábrica, a los vecinos de Monte Grande, donde los comerciantes las pegaban en las vidrieras" y fue publicada por numerosos medios nacionales y extranjeros.

¿Por qué? Pareciera que fue el grito que muchos querían gritar contra un autoritarismo atroz, que todo lo decidía aun la vida o muerte de nuestros hijos. Era un grito pidiendo la democracia en donde todos pudiéramos participar (...) Sin duda había sentido en carne propia lo que les había pasado a tantos padres de chicos de Malvinas y a tantos padres de desaparecidos o muertos por causa de la guerrilla. Había perdido a mi hijo varón en Malvinas. Se cumplía así lo que me decía mi médico: las sociedades enfermas matan a sus hijos. Mi Argentina como sociedad estaba en esa encrucijada.[10]

La carta, publicada en el correo de lectores de Clarín el jueves 24 de junio de 1982, ponía en negro sobre blanco la necesidad de revisar la utilidad del servicio militar obligatorio, cuestionaba la ingerencia de las Fuerzas Armadas en la política, y realizaba un reclamo a los medios de prensa y por extensión a sus compatriotas, que se habían embarcado acríticamente en el apoyo a la guerra. En unos pocos párrafos, Vargas resumía numerosos temas de lo que sería la transición a la democracia en la Argentina:

1°) Que nunca más un gobierno no constitucional movilice tropas de reclutas, ya sea en casos como los ocurridos o para derrocar a un gobierno.

2°) Que nunca más el periodismo de cualquier tipo azuce a nuestros hijos a guerras inspiradas en el oportunismo, la soberbia o la embriaguez.

Ya no tengo más hijos para mi Patria Argentina, pero quedan millones de jóvenes argentinos sanos y valientes y no permitiré que los estafen con mentiras.

Argentinos, no dejemos que esto vuelva a ocurrir.

Salvador Antonio Vargas,

Monte Grande, Provincia de Buenos Aires.[11]

La repercusión de la carta lo puso en contacto con otros padres de soldados muertos o desaparecidos en las islas. Rápidamente, al mismo tiempo que los ex combatientes[12] compañeros de sus hijos, los "padres de Malvinas" comenzaron a agruparse para dar más fuerza a sus reclamos.

Una de las primeras agrupaciones fue la que conformaron Vargas y un grupo de padres: PAS (Padres y Amigos del Soldado):

Decidimos sacar una solicitada con la firma de aproximadamente mil matrimonios. Pidiendo ¿qué? Sólo cosas obvias en cualquier sociedad democrática:

"Dada la experiencia que hemos vivido y que estamos viviendo, vemos la necesidad de:

Consolidar el respeto y la integridad de la familia.

Fortalecer y preservar el derecho de los padres, sobre la protección de la vida de sus hijos.

Reformar la ley de Servicio Militar Obligatorio".[13]

En los meses inmediatamente posteriores a la guerra de Malvinas, los padres de los muertos y desaparecidos tuvieron un protagonismo importante. Miguel Ángel Jiménez, el hijo de Isaías, era un piloto de combate argentino que desapareció tras una misión. Su padre comenzó a movilizarse para pedir mayores precisiones:

La guerra ya había terminado y con ella empezaban a caerse muchas mentiras. Nuestro triunfalismo se había venido a pique. Y mientras otros lloraban yo comenzaba a establecer vínculos, a comunicarme, a escribir a embajadas y a organismos internacionales, a mover cielo y tierra. A falta de respuestas en mi país (las tres Armas se habían encerrado en un mutismo tan inquebrantable como estúpido), las busqué en el extranjero.[14]

Muchos familiares no tuvieron noticias de sus hijos hasta varios meses después del final de la guerra. Esto generaba una situación de duelo en suspenso que es la que también atravesaban –atraviesan– los familiares de los desaparecidos por la represión:

¿Qué es eso? Los muertos no necesitan explicación, tampoco los heridos. Pero los desaparecidos son una categoría terrible. Lo dijo un padre en una reunión: "Vivo en un velorio continuo, sin fin". Se define como desaparecido aquel soldado cuyo paradero se desconoce. No se ha recuperado su cuerpo, no hay testigos directos que hayan presenciado su muerte. Lo grave es que los testimonios de padres de soldados hacían recaer la responsabilidad por el problema en las autoridades militares. Varios padres trajeron al grupo las medallas de identificación de sus hijos, sin el grabado del número. ¿No hubo tiempo? ¿Qué pasó? Y si un soldado moría sin su identificación grabada, ¿cómo sería reconocido? ¿De quién era ese cuerpo?[15]

En el caso de Isaías Jiménez,

Una de las ideas que rondaban en mi cabeza era la posibilidad de que mi hijo se hubiera eyectado sobre el mar y que hubiese sido recogido por alguno de los innumerables pesqueros rusos, polacos o norteamericanos que navegaban en esas aguas, o bien, por algún buque inglés.[16]

En el segundo semestre de 1982, decenas de familias estaban en una situación que consignaron en una carta redactada y difundida por los padres de algunos soldados muertos en la guerra. Ésta apelaba a la paciencia de los afectados y a la solidaridad de los demás argentinos. Al mismo tiempo, advertía al gobierno sobre los inconvenientes políticos que acarrearía demorar una respuesta: en sus reclamos, padres e hijos podían ser utilizados políticamente, y esta advertencia no era una cuestión menor en un contexto en el que durante años los jóvenes habían sido vistos a la vez como víctimas de la captación por parte de la guerrilla, o de la represión:

El "Grupo de Padres de Soldados", con hondísimo pesar y enorme tristeza, hace saber que ha tomado conocimiento del deceso de los siguientes jóvenes soldados, ocurrido en los enfrentamientos en Islas Malvinas:

- Pedro Vojkovic

- Carlos Alberto Hornos

- Manuel Zelarrayán

- Alberto Juárez

- Alejandro Vargas

- Mario Rodríguez

Como padres, queremos hacer llegar a sus respectivos hogares nuestro calor fraternal y nuestra solidaridad más profunda, ante el inmenso dolor de estas pérdidas irreparables.

Apelamos a la población para que se solidarice con el momento doloroso que estamos viviendo. Son días de luto para todos nosotros.

Para algunos hogares, porque tienen la desgracia de haber perdido a su hijo.

Para otros, porque están siendo notificados de que sus hijos están heridos.

Los más afortunados sabemos que nuestros hijos se encuentran prisioneros de las fuerzas inglesas.

Ante todo, queremos que sepan que cada familia ha sido notificada por las autoridades competentes sobre la existencia de estas contingencias (...)

Por otro lado, no existen noticias concretas sobre el esperado retorno de nuestros queridos hijos. Desde aquí, solicitamos a las autoridades competentes, aceleren y agoten todas las posibilidades, para que a la brevedad podamos abrazarlos nuevamente. Es un

deber humanitario ineludible la pronta solución de este gravísimo problema, ya que tememos por las precarias condiciones sanitarias en que se encuentran.

Nuestros hijos, y nosotros, hemos dado pruebas suficientes de templanza y valentía. Es hora de que acabe nuestro sufrimiento. Mientras tanto, sepamos esperarlos como merecen, con respecto y orgullo, sin estridencias, pero con aliento y esperanzas.

Que nadie utilice esto para fines ajenos al momento.[17]

Isaías Jiménez fue uno de los impulsores de la formación de la Comisión Nacional de Padres y Familiares de Combatientes Desaparecidos en Malvinas, que el 30 de octubre de 1982 dio a conocer la Declaración de Paraná. El documento reivindicaba los motivos por los que sus hijos habían marchado a las islas, y desde ese lugar reclamaban una respuesta por parte del Estado:

Avalamos con orgullo la actitud generosa de nuestros seres queridos al responder presurosos al llamado de la patria, porque así lo quisieron desde el instante mismo en que abrazaron la carrera de las armas, y en el caso de los conscriptos, a partir de su solemne juramento de fidelidad hacia su Bandera (...)

Desde los niveles responsables no siempre se ha tenido la receptividad deseada, ignorándose que la aparición con vida de un combatiente no solamente tiene un significado afectivo para su familia sino que supone recuperar para la patria a uno de sus hijos gloriosos y para el arma a un auténtico soldado que no demoraría en encolumnarse de inmediato para proseguir ofrendando su sangre a las grandes causas nacionales.[18]

La demanda de “aparición con vida”, en los primeros años ochenta, era una clara asociación con las demandas de los organismos de derechos humanos. Sin embargo, Jiménez establecía distinciones tajantes entre los reclamos de unos y otros, y precisamente a partir de esa diferencia establecía una diferenciación que explica buena parte del silencio que rodeó las actividades de los familiares de los caídos, desaparecidos o heridos en Malvinas. Ya en democracia, interpeló de este modo a Horacio Jaunarena, ministro de Defensa del gobierno de Raúl Alfonsín :

¡¿Hasta cuándo, por Dios, en este país los gobiernos van a seguir actuando de esta manera?! ¡¿Qué pretenden?! ¡¿Que los padres de los héroes de Malvinas vayamos también con un turbante blanco a dar vueltas alrededor de la Pirámide de Mayo?! ¡¿Es que vamos a tener que llegar a eso para que nos escuchen, para que dejen de tomarnos el pelo?![19]

Para Jiménez, en un furibundo diálogo con el diputado Federico Storani, resultaba “inadmisible” que “los desaparecidos de la guerrilla tengan más importancia para ustedes,

los políticos, que los desaparecidos de Malvinas. No confundamos las cosas: sepamos diferenciar los héroes de los subversivos".[20]

Aunque extremo, el reclamo de este padre (que pudo sepultar los restos de su hijo, encontrados en la cabina de su avión, en 1986, transformándose en el primer padre en visitar Malvinas tras la guerra) revela el contexto en el que las discusiones por la guerra, y los reclamos de sus afectados, comenzaron a circular. Según Novaro y Palermo:

El hecho de que no se repitieran protestas ni movilizaciones tras la rendición, y de que no surgiera en torno a los muertos de Malvinas un movimiento como el suscitado por las desapariciones no puede ser atribuido exclusivamente a la evidencia inapelable de la derrota y la muerte. No surgió después del 14 de junio, principalmente, porque no había surgido antes; porque las familias, aunque con dolor y angustias, dejaron ir a sus hijos a la guerra sustraídas esta vez no por la fuerza brutal del terror estatal sino por la autoridad política y la misión nacional que le reconocían al Estado que los convocaba.[21]

Sin embargo, sí hubo gran cantidad de movilizaciones y organizaciones, y al mismo tiempo los testimonios que hemos visto revelan que hubo grupos importantes de padres durante la guerra (como es el caso del grupo de padres organizado en La Plata, del que el psicólogo Dalmiro Bustos era parte) e inmediatamente después, construidos a partir del mismo origen, y sobre la base de la misma legitimidad, que los del movimiento de los derechos humanos en la Argentina: el ser afectados por la violencia descargada sobre los hijos. Si bien es cierto que son padres que "dejaron ir a sus hijos a la guerra", éste es un argumento perverso en tanto deberíamos preguntarnos cuáles eran las posibilidades reales de oponerse a que los hijos marcharan a combatir (además de que muchos estuvieran de acuerdo en hacerlo). Muchos padres se manifestaron en contra del servicio militar después de la guerra, al igual que la participación de muchos ciudadanos y ciudadanas argentinos en la defensa de los derechos humanos se debió a una pérdida personal y comenzó después de que ésta se produjera. La idea de los autores parece nutrirse de un sentido común que campeó en los años de la transición a la democracia, que relegó cualquier discusión relativa a la guerra de Malvinas al rubro de "argumentos a favor de los militares", y en un sentido se parece a las voces que les reclamaban a los familiares de los desaparecidos "no haberse ocupado antes de sus hijos". La escasa visibilidad de los padres de Malvinas debe buscarse, más bien, en una mancha de origen que tenía su legitimidad para reclamar: se trataba de muertos en una guerra conducida por una dictadura militar que, gracias a la derrota en Malvinas, comenzaba a ser repudiada socialmente por la violencia ejercida sobre sus propios ciudadanos.

Acaso la sociedad argentina, en 1982, tuviera tan pocos elementos para dar lugar a estos matices como en ocasiones manifiesta tenerlos hoy.

Regresos

Miles de ex combatientes regresaron a la Argentina entre mediados de junio y los primeros días de julio de 1982. Tenían, sin duda, la satisfacción de haber sobrevivido. Pero también

traían una gran cantidad de dudas y cuestionamientos, que iban desde los motivos por los que habían combatido hasta el lugar que, imaginaban, tendrían en la sociedad.

El regreso de Omar Olsiewich, soldado en el Regimiento de Infantería Nº 3, puede ser un modelo de otros cientos. Volvió de las islas a bordo del buque británico Canberra, desembarcó en Puerto Madryn, y desde allí fue llevado en camión a Trelew, para abordar los aviones rumbo a Buenos Aires. Pero allí

Ya no era más “Sargento” ni... viste... milico... “Hijo de puta”, todavía que estuvimos... “son unos turros”... qué sé yo. Aparte había un montón que para subir al Canberra se habían sacado las tiras porque los primeros que subieron fueron los soldados. Entonces había un montón que... vos se lo decías: “y venís ahora a mandar, también, cuando te sacaste las tiras no gritaste tanto como ahora”.[22]

Los jóvenes soldados cuestionaban la autoridad militar desde su experiencia bélica: el Ejército que los había incorporado bajo el régimen del servicio militar obligatorio había perdido. Y si el criterio de autoridad era arbitrario, como citamos, los recién llegados iban a construir una nueva escala de valores, en la que la “vieja” autoridad era secundaria frente a lo que les había tocado vivir.

Llegamos a Palomar. Unos milicos estaban esperando, nos subieron a los micros. Nos sacaron por un portón por atrás (...) y nos llevaron a campo de Mayo (...) Nos recibió el director de... Campo de Mayo... y el chabón empezó a hablar, viste, como que “tienen que estar contentos” (...) o sea, todo el discurso militar. ¡Y lo empezamos a putear todos! A chiflar, qué se yo, “Eh, hijo de puta”, qué sé yo, pum pum pum, y habló dos palabras más y dice “Bueno, buenas noches”, y se fue.[23]

Se daban situaciones que no se habían previsto. Por ejemplo, muchos de los soldados no podían ser desmovilizados. Los que habían sido incorporados ese año (la clase 1963) seguían siendo conscriptos. Los soldados concentrados en Campo de Mayo querían comunicarse con sus familias (cosa que en algunos casos pudieron hacer), entre otras cosas porque aspiraban a estar en sus hogares el próximo día del padre. Ése fue el argumento que usaron los soldados de la compañía de Olsiewich.

El gobierno militar dispuso limitar al máximo el contacto entre los soldados y la prensa. Según Martín Balza, que también regresó como prisionero de las islas,

En Buenos Aires se “internó” a los combatientes en las escuelas de suboficiales de Campo de Mayo, convertidas en un verdadero campo de concentración (...) que dependían del general Edgardo Calvi, el mismo que en noviembre del año siguiente firmó, como segunda autoridad del Ejército y por orden de Nicolaides, la orden de destrucción de toda la documentación relacionada con la lucha contra la subversión.[24]

Un documento estableció las siguientes pautas para el manejo de los retornados:

Traslado de personal hasta la escuela de suboficiales Sargento Cabral, sin contacto con familiares o prensa.

Formación de recepción en la escuela, a cargo del Comandante de Institutos Militares, quien será el único autorizado para dirigir la palabra al personal. Dichas palabras deberán ser muy prudentes y no mencionar los términos valor, heroísmo o similares (...)

Preparar personal de diferente grado, bueno, vivo, a instruir bien, para que respondan en reunión de prensa a los corresponsales de guerra exclusivamente, a preguntas ya preparadas de antemano.[25]

Sin embargo, en varios casos la disciplina fue difícil de mantener, sencillamente porque muchos de los soldados habían perdido el respeto a las formas de autoridad previas a la guerra. Nuevamente Omar, junto con otros, encontró en la guerra el lugar desde el cual legitimar su actitud:

Al otro día nos levantan y nos traen todos los uniformes nuevos... borceguí nuevo... uniforme nuevo... ¡todo! Y ¡claro, viste! Dijimos: “¡Pero éstos son unos hijos de puta!” Mi borceguí estaba abierto de acá hasta acá, un mes estuve así, y te entraba agua, te entraba todo, ¿y ahora te dan este nuevo? Nos pusimos de acuerdo de no ponernos la ropa nueva. Y nos fuimos todos... hicimos (...) la revisación con la ropa vieja, viste, la que tuvimos allá (...) Ellos ya, enseguida, cuando estuvimos en Campo de Mayo empezaron a hacerse otra vez los milicos. Tuvimos dos agarradas, y no jodieron más (...) Dentro de todas las compañías la que menos jodían era a nosotros, por haber entrado en combate. Éramos como un referente (...)

Al otro día vinieron los micros, y nos llevaron al regimiento, a La Tablada, Intentaron hacer como una especie de asado de bienvenida, qué sé yo... ¡y los mandamos a la mierda! ¡Nos fuimos todos al carajo! De la pared del regimiento para acá estaba toda tu familia y querían que vos... hacerte un... ¡Pero andá, tomátelas![26]

Reacciones de este tipo no eran privativas de los conscriptos. Entre la oficialidad también se dieron roces y diferencias. En este episodio, el segundo jefe del Regimiento 7 reconviene delante de todos los soldados a un teniente que intentaba aplicar con los retornados los procedimientos del servicio militar como si la guerra no hubiera sucedido:

—¡Izquierda, derecha, izquierda… Vamos, milicos, no saben marchar, les voy a cobrar todo lo que perdieron en Malvinas! ¡Hasta el hilo de coser les voy a cobrar… Por no haber sabido cuidar el material a cargo! ¡Carrera march!... ¡Cuerpo a tierra!

—A ver, Calvo ¡déjese de joder con los soldados! ¿No se dio cuenta de que volvimos de una guerra?[27]

Este tipo de incidentes fueron frecuentes, tanto durante el regreso como en los meses posteriores. Salvador Vargas, que había perdido a su hijo Alejandro, participó a fines de 1982 en un acto en la ciudad de La Plata:

El acto comenzó con una revista de tropas por parte del Gral. Trimarco y el gobernador de la Provincia de Buenos Aires, el Sr. Aguado. Dieron la vuelta alrededor del campo de juego y de todos los rincones del estadio los silbaban e insultaban. Ese día se hizo entrega a los Veteranos de un diploma y a los padres de los fallecidos, ese mismo diploma y una medalla.

Luego de ese acto de entrega de los diplomas y medallas, un grupo de ex combatientes promovieron un desorden, gritando y cantando estrofas contra los militares, los estudiantes vecinos de ese grupo de ex soldados le hacían coro desde las tribunas. Los jóvenes expresaban a viva voz un sentimiento que todos teníamos.[28]

En esa ocasión, Vargas pudo hablar con el oficial que había sido jefe de su hijo. Aprovechó para cuestionar las circunstancias de la muerte de su hijo y la lectura que el Ejército hacía de ellas:

Le pedí que me aclarara, cómo era que también a los que habían ido a robar condecoraban, mi hijo había muerto luego de una excursión a la casa desocupada de un kelper. Me explicó que los consideraban muertos en combate porque toda la incursión la habían hecho bajo el cañoneo inglés. Le pregunté a ese oficial dónde estaba él cuando ocurrió eso, me respondió que había estado en Puerto Argentino. Que eso ocurrió por una picardía, eso sí, todo lo habían hecho disciplinadamente... los soldados fueron a la incursión con el permiso de sus superiores. Al parecer muchos oficiales se sentían mal porque lo mandaron a algo que era un poco más que desfile y luego vino la guerra que no esperaban.[29]

A veces, el grado de improvisación con el que se licenció a los reclutas que regresaron de las islas fue muy grande. Oscar Poltronieri recuerda que luego del reencuentro, “vino lo peor. Porque en vez de hablar ellos con los padres de los que quedaron en Malvinas, nos mandaron a nosotros”.[30]

Por otra parte, es importante destacar que el regreso no fue para todos igual. Hubo gran cantidad de soldados oriundos de pueblos pequeños que tuvieron otro tipo de bienvenida, que la que recuerda Omar. No tuvieron nada, en ese momento, contra lo que reaccionar:

Mis hermanos, somos trece, estaban orgullosos porque yo era un soldado que había ido a pelear por nuestra patria. En ese momento parecía que hubieran recuperado algo de las Malvinas. De mi pueblo éramos tres los que fuimos, entonces hicieron un acto en el colegio, con todo el destacamento de policía y el gobernador del Chaco. Me decían que era el héroe del pueblo, me seguían los chicos del colegio y las maestras para todos lados.[31]

Pero en todo caso, los vecinos de las guarniciones claramente podían hacer distinciones, como sucedió en el área del Regimiento de Infantería 12:

A la vuelta, en Mercedes, fue difícil. En la ciudad había cierto malestar. Es un pueblo chico y muchos de los soldados muertos eran de allí. Volvíamos derrotados, los soldados la habían pasado muy mal, y hablaban mal de nosotros.[32]

No debemos perder de vista que estos cuestionamientos eran aún bajo el régimen militar. Dalmiro Bustos, cuyo hijo había vuelto, proponía capitalizar este enojo. Advertía acerca de estas reacciones, y proponía que fueran leídas sin caer en la simplicidad de considerarlas atentatorias contra el orden y las instituciones:

Cuando volvieron los muchachos nos miraron con extrañeza, entristecidos. Ellos saben que toda guerra, aun la más justa, es el reino del terror y de la muerte, nos piden por favor que los escuchemos. Tienen mucho para enseñarnos. Esto no tiene nada que ver con sentimientos antipatrióticos. Escuchémoslos, permitiéndoles que digan lo que vieron. Si no lo hacemos clara y abiertamente va a ocurrir lo que ya comenzó: la divulgación de los mitos deformados.[33]

Estos “mitos deformados”, que analizaremos más adelante, eran los que motivaban las precauciones tomadas por las Fuerzas en relación con la divulgación de las experiencias en Malvinas. Un joven oficial combatiente sufrió intensamente las pérdidas personales y la forma en la que las circunstancias de la guerra comenzaron a ser divulgadas y discutidas:

Cuando volví al regimiento en Sarmiento, a la vida cotidiana, me encontré frente a la desesperación de una guarnición chica y aislada donde los ausentes se notaban demasiado.

Los medios nos trataron muy mal, nos recibieron con la carga de un mensaje político que no era para nosotros y mucho menos para los soldados. Nos encontrábamos todos los días con la imagen de que les habías robado la comida a tus soldados, que les habías pegado a tus soldados, que habías sido un cobarde. Y era muy duro. Nosotros al menos estábamos contenidos por la institución, porque si bien al principio éramos los oficiales que habíamos perdido la guerra (...) después eso se revirtió.[34]

Para los miembros del Ejército que habían combatido en las islas Malvinas, la derrota era un serio ataque a todas sus convicciones, sobre todo porque el fracaso militar cuestionaba no sólo las ideas por las cuales se habían dedicado a la carrera de las armas,

Entraban en juego cosas de carácter personal, la autoestima, el amor propio. ¿Cómo se lo decía a mi padre? ¿Cómo se lo decía a mi mujer? Para los soldados también fue muy doloroso, pero quizá lo aceptaron mejor porque ellos eran más conscientes del límite al cual habían llegado.[35]

Sobre todo, el fracaso profesional fue el camino para que comenzaran a recibir el reproche de sus pares que no habían ido a las islas, que los acusaban del descrédito general de la fuerza, en un contexto en el que Malvinas abrió el camino para cuestionar no sólo la aptitud militar para la guerra contra un enemigo convencional, sino la represión ilegal: “Nosotros éramos los oficiales que habíamos perdido la guerra, la primera derrota del Ejército Argentino”.[36]

Y esta situación, de cuestionamiento permanente desde afuera y desde adentro de la institución, se sumaba a la carga de llevar encima responsabilidades inéditas:

Yo tenía veintitrés años y me empeñé creyendo que le podía dar una solución rápida al problema. Terminé enterrando diez hombres y con cinco más mutilados por el resto de su vida. Ésas son cosas que se cargan para siempre (...) Convivo con eso todas las noches de mi vida y convivo bien porque entiendo que en ese momento, el único que podía decidir era yo.[37]

La derrota en Malvinas afectó profundamente a la institución militar. Ítalo Piaggi, el jefe del Regimiento de Infantería Nº 12, que defendió Puerto Darwin, tuvo sensaciones parecidas a las de Gómez Centurión:

La cohesión y el espíritu de cuerpo, sus pilares esenciales, se encontraban ya debilitados por un prolongado ejercicio del poder usurpado a la democracia en un proyecto político de facto de utópicos objetivos. Es casi completa su descomposición por el peso de aquel estigma y la condenable deserción de aquellos de sus miembros que pretendieron evitar indeseables máculas.

En este contexto emergió la cuestión esencial: deslindar responsabilidades (...) El problema político interno planteado a los mandos por la derrota militar fue resuelto sencillamente: el Ejército “veterano” debía responder por la responsabilidad integral de aquella derrota, sin mácula alguna para el “no combatiente” (...) No pude aceptar jamás, y debí soportar por años, las heridas de esta injusticia: las tachas que por extensión de

aquel inaudito trato a los vencidos mancharon hasta hoy a los hombres que combatieron y murieron a mis órdenes.[38]

Si a partir de la posguerra algunos sectores de la sociedad (por ejemplo la prensa) comenzaron a criticar a las Fuerzas Armadas, la respuesta castrense consistió en restringir los efectos de esas críticas a sus blancos más visibles:

Aquel sombrío mes de julio de 1982, el personal de las unidades que habían participado en el conflicto sintieron la crueldad y dureza de la realidad de posguerra que, en el continente, las tenía como protagonistas. Se encontraron en el centro de un inmisericorde círculo de dedos acusadores (...) Las Fuerzas Armadas, sus combatientes en particular, fueron estigmatizados con la señal y todo el peso de la responsabilidad de esa derrota.[39]

El criterio para responder de esta forma, como le explicó un colega a Piaggi, era fundamentalmente pragmático:

Ustedes, los que tuvieron el honor de estar en las islas, son los que perdieron la guerra. No pueden pensar siquiera en la continuación de una carrera militar; serán, sin remedio, las cabezas de turco, los chivos expiatorios arrojados a los leones para reconstruir la imagen de la fuerza luego de esa derrota.[40]

Locos y mutilados

¿Cuánto de tales críticas caerían también sobre los soldados conscriptos? ¿Cuánto de los relatos que comenzaron a circular acerca de la guerra los colocaron en el mismo lugar que a sus jefes, o como marionetas en sus manos? En todo caso, los jóvenes soldados también traían sus propias frustraciones, demandas y dudas:

14 de junio de 1982

Me duele tener que decirlo, pero si hay alguien responsable de que yo y Franco estemos vivos ese no es otro que el mismo Dios. Si no fuera por Él en estos momentos no estarían las cosas de este modo. Es muy triste la forma en que prácticamente nos mandaron al muere y el modo en que nos tenían engañados con que la situación estaba controlada (...) Es una vergüenza las cosas que hizo el ejército argentino en Malvinas (...)

P.D.: Lamento muchísimo no poder poner Su hijo Néstor que regresa victorioso pero ya saben más o menos cómo se definió la situación. Es doloroso y triste decirlo pero en un momento determinado del combate pensé en ustedes y supuse que estarían más contentos teniendo un hijo vivo que un héroe muerto. No piensen que fui cobarde, no

podría hacer nada contra tantos invasores que se venían desesperadamente al asalto, sólo Dios sabe por qué no caí en el combate al igual que cayeron casi todos los soldados argentinos que estuvieron en la trágica “Mountain London” la noche de la gran matanza. Sólo Él sabe por qué; agradezcan en todo momento.

Volveré muy pronto, Gracias a Dios.

Néstor.[41]

Allá quedó mi compañero de colimba y de la vida civil. Un flaco bueno, buenísimo. ¿Cuándo te perdí Ricardo? Todavía no ordeno bien mis ideas, pues prefiero recordarte vivo con toda tu franqueza, tu sencillez y honestidad. ¿No hay un homenaje para vos? Te tendríamos que hacer un monumento.[42]

Para mí hubo tres guerras, una contra los ingleses que nos ganaron en buena ley porque eran superiores. Otra contra los kelpers, me dio bronca porque ayudaron a los ingleses. La tercer guerra fue contra nuestro propio ejército que en vez de defendernos nos tiraron a matar. Ésa fue la peor guerra que tuvimos. No todos fueron malos, hubo personal de cuadro, oficiales excelentes como el mayor Pérez Cometo, si hubiera muchos como él hubiéramos ganado la guerra.[43]

La posguerra comenzaba como una sombría amenaza frente a la que no muchos tenían respuestas, pero cualquier demora en responder significaba vidas. Salvador Vargas visitó durante un tiempo a Walter, un compañero de su hijo en las islas. El joven estaba afectado por un cáncer:

Me contaba que soñaba con Ale con pelo largo y que había ido a ver la placa que habían puesto en la plaza del ferrocarril en homenaje a él.

Me decía: a veces pienso, ¿por qué no me quedé con él en las Islas? Fue la última vez que lo vi con vida.

Luego de esta visita avisé a un Tte. Coronel que se ocupaba de atender a ex combatientes, sus padres no sabían que podían recurrir a este medio para que Walter fuera atendido. Lo internaron en una clínica y al poco tiempo falleció.

A ese Tte. Coronel le dije: “¿Por qué no los indemnizaron a los padres de Walter como lo hicieron con nosotros?”. Porque no murió en combate, y además ¿cómo podemos comprobar que la causa fue la guerra? –me respondió–. Le repliqué: “¿Qué otra causa le puede producir cáncer a la suprarrenales a un joven que a los 18 años era apto para todo servicio? Por eso lo mandaron a Malvinas. Allí se estresó tanto que se le produjo el cáncer” (...)

Don Alfredo [el padre de Walter] me contaba lo bien que habían tratado a su hijo en el hospital militar. Pero, al cabo de un tiempo precisamente cuando el Presidente Alfonsín

decía: “Felices Pascuas, la casa está en orden” –luego del jaqueo militar–, esa misma noche Don Alfredo vino a mi casa a decirme: “Mi hijo ha muerto”, tampoco a él lo indemnizaron, había que probar que Oscar había muerto por causa de la guerra.[44]

El soldado abandonado, librado a sus propias fuerzas, muerto en soledad surgió como una imagen fuerte en esos años iniciales de la transición. Una publicación de los ex combatientes, en 1984, recordaba a Luis Sánchez, un veterano chaqueño que “murió olvidado por la Patria, como mueren miles a largo y a lo ancho de esta nación saqueada. Los culpables de su muerte y de todas las otras muertes han sido nuevamente los intereses imperialistas y la oligarquía nativa”.[45] Y concluían con un reclamo que aún hoy aparece en las calcomanías o almanaques que algunos veteranos distribuyen en colectivos y trenes , tomada del general Augusto Sandino:

Un soldado que luchó por su Patria y no le pide a ella un palmo de tierra para ser enterrado, merece por lo menos ser escuchado, respetado y atendido.[46]

Otra de las imágenes que aparecieron con fuerza en esos años fue la de los “locos de la guerra”. Para los retornados, haber combatido en las islas podía ser un problema, un obstáculo real a la hora de conseguir un trabajo. La figura de jóvenes desquiciados por la experiencia en Malvinas, por otra parte, funcionaba como una metáfora de las dificultades en la reinserción de los ex soldados. Sin duda, un episodio emblemático al respecto fue el caso de Luis Alberto Vera, un ex combatiente en Malvinas y militante de la agrupación nacionalista Alerta Nacional, de orientación neonazi. Vera fue abatido por la policía el 9 de abril de 1988, en el marco de una serie de atentados y amenazas de bombas, y se le encontraron explosivos y granadas, así como volantes de una supuesta organización terrorista. Las crónicas periodísticas se ocuparon de destacar su condición de ex combatiente en Malvinas y establecieron un vínculo entre esa experiencia de guerra y sus simpatías neonazis. Alerta Nacional, a través de su líder, Alejandro Biondini, reivindicó al muerto como integrante de su organización y dirigente de la Organización Combatientes de Malvinas. Una agrupación de ex combatientes, la 2 de abril, tuvo que salir a aclarar en un comunicado de prensa que Vera era el único ex combatiente que tenían registrado como militante en AN, a pesar de las afirmaciones de esa fuerza política, que decía agrupar a muchos de ellos.[47] El estereotipo del muerto era el que muchos asignaban a los veteranos:

“Rambo” era un veterano de Malvinas a quien la experiencia de la guerra había dejado marcado. César González Trejo, presidente de la federación de Ex Combatientes (sic), lo recuerda como “un tipo absolutamente manipulable”, a quien “Biondini usó como carne de cañón”. También recuerda que hacía alarde de su ideología nazi, lo que provocó que en las agrupaciones de ex combatientes no le permitieran hacer propaganda de sus posiciones para evitar que ensuciara la imagen del resto.

Vera siempre vestía borceguíes, chaqueta y pantalón militares. El centro de su vida eran sus recuerdos de la guerra, su pasión por volver a ella y su esperanza de protagonizar la revolución nacionalsocialista.[48]

La figura de los ex combatientes como “locos de la guerra” y las sensaciones que generaban en algunos aparecen claramente descriptas en esta crónica, escrita por una alumna del Colegio Nacional de Buenos Aires en 1986:

En la tercera hora del viernes (...) abrió la puerta con los ojos fijos en el profesor. No se los sacó de encima ni aun a causa del portazo que pegó (...) Morocho, con la piel curtida y ojos negros. Se notaba que era provinciano, y tenía una expresión lejana, obtusa, rayana en la demencia. Se produjo un vacío de estupor, o de miedo disimulado, de parte nuestra y del profe (...) Habló un rato en voz baja con el profesor, de cosas que no entendí pero (de eso estoy segura) no eran producidas por una mente del todo sana. Al final, mostró dificultosamente una libreta y trató de explicar: necesitaba colaboración, plata; tenía que volver a su casa, recién salía del hospital (...) Rótulo: Ex combatiente (...)

Tardamos en reaccionar. Demasiado. Se escuchó un “¡qué verso!”, un “Pobre, che”... un “no tiene ganas de laburar y pide” y hasta alguien siguió hablando de las tablas de lógica, borrándose impunemente (...) Luego, en el recreo de cinco, algunos comentaban el miedo que habían tenido cuando ese semi-lunático (¿semi?) entró en la 3° 8°. ¿Sacaría un arma y nos facturaría a balazos? (...) Para nada. Ese loquito obligado solamente quería volver a Formosa, de donde hace cuatro años lo sacaron, lo congelaron, lo obligaron a bajar su bandera y lo enfermaron.[49]

El párrafo precedente sintetiza la imagen de los “locos”, que además complementaba la de los jóvenes librados a sus propias fuerzas, que merecían la compasión y acaso también la ayuda de sus compatriotas.

Pero hay un emblema de la guerra cuya vigencia es muy fuerte aún hoy. La historia aparecía recurrentemente en mis entrevistas con veteranos de la guerra de Malvinas, a mediados de los noventa. Emerge hoy, al volver a escucharlas, y también en numerosas conversaciones sobre la guerra en Buenos Aires, en Río Gallegos, en Catamarca.

Al finalizar la guerra, un soldado que había quedado mutilado llamó desde el cuartel a su casa. Sin dar a conocer su estado, le pidió permiso a la mamá para llevar a un supuesto compañero en ese mismo estado a su casa, pero la madre le dijo que no. Las versiones aquí cambian; algunos cuentan que el soldado sólo cortó. Otras, que dijo “Es que en realidad soy yo, mamá. Chau”. Los relatos vuelven a coincidir en el desenlace: el joven veterano se suicidó. Esta imagen desgarradora es, como señalé, recurrente. La cuentan veteranos de Chubut, de Chaco, de Buenos Aires. Aún no he podido ubicar a sus protagonistas, no he dado con quien relató por primera vez la historia.[50] Sin embargo, sabemos que fue publicada, en el primer aniversario de la guerra, por el diario Clarín, como un cable de ANSA consignando crónicas de Gabriel García Márquez.[51] Aquí hay una clave interpretativa, que dispara estas preguntas: ¿por qué para tantos participantes en el conflicto esta historia lacerante y terrible funcionó como metáfora de su regreso?; ¿por qué

tantos veteranos dieron crédito a esa historia?; ¿por qué para tantos esto es lo mejor que podían decir sobre sus sensaciones al volver de las islas?

Y surge una respuesta provisoria: porque para los jóvenes ex soldados, hoy rondando el medio siglo de vida, concentra, como pocas, la forma en que vivieron el contexto en el que algunos de ellos decidieron salir a hablar.

Notas

1 Carlos Robacio y Jorge Hernández, Desde el frente, op. cit., pp. 431-433.

2 Clarín, 1º de diciembre de 1982.

3 Clarín, 18 de enero de 1983. Esta reserva tenía que ver con que el documento británico que incluía la palabra "repatriación". Los ingleses enterraron a los argentinos muertos en cumplimiento del artículo 17 de la Primera Convención de Ginebra.

4 Gente N° 914, enero 1983, p. 24.

5 En el caso de los trescientos desaparecidos del Crucero General Belgrano, el 9 de noviembre. Pero aún el 29 de diciembre de 1982, un juez federal de Río Gallegos declaraba fallecida a la tripulación de un helicóptero desaparecida durante una misión de rescate (Clarín, 29 de diciembre de 1982).

6 En varios casos los soldados no portaban las placas identificatorias necesarias en caso de muerte en combate: "Tengo delante de mis ojos decenas de medallas de identificación que deberían haber tenido todos los soldados, con su número correspondiente, a fin de ser reconocidos en caso de caer en batalla. No estaban marcadas. No hubo tiempo para hacerlo", Dalmiro Bustos, en Clarín Revista, 27 de marzo de 1983.

7 Clarín, 17 de mayo de 1982.

8 Salvador Antonio Vargas, Malvinas. Historias breves y sentimientos, op. cit., pp. 25-26.

9 Ibíd., p. 33.

10 Ibíd., p. 35.

11 Ibíd., p. 37.

12 Véase capítulo 7.

13 Salvador Antonio Vargas, Malvinas. Historias breves y sentimientos, op. cit., p. 54.

14 Isaías Jiménez, El halcón perdido, op. cit., p. 15.

15 Dalmiro M. Bustos, El otro frente de la guerra. Los padres de las Malvinas, op. cit., p. 92.

16 Isaías Jiménez, El halcón perdido, op. cit., p. 99.

17 Ibíd.

18 Ibíd., pp.104-105. Mi subrayado.

19 Ibíd., p. 148.

20 Ibíd., p. 152.

21 Marcos Novaro y Vicente Palermo, La dictadura militar 1976-1983…, op. cit., p. 464.

22 Entrevista a Omar Olsiewich, clase 1963, Regimiento de Infantería 3. 1994.

23 Ídem.

24 Martín Balza, Malvinas. Gesta e incompetencia, op. cit., p. 234.

25 Ibíd., p. 235.

26 Entrevista a Omar Olsiewich, op. cit., 1994.

27 Gustavo Pirich, Hoja de ruta, Buenos Aires, Dunken, 2010, pág. 23.

28 Salvador Antonio Vargas, Malvinas. Historias breves y sentimientos, op. cit., p. 59.

29 Ibíd., p. 60.

30 Oscar Poltronieri, en Graciela Speranza y Fernando Cittadini, Partes de guerra…, op. cit., p. 183.

31 Esteban Bustamante, en ibíd., p. 193.

32 Juan Carlos Adjigogovich, en Graciela Speranza y Fernando Cittadini, Partes de guerra…, op. cit., p. 211.

33 Dalmiro M. Bustos, El otro frente de la guerra, op. cit., pp. 195-196.

34 Juan José Gómez Centurión, en Graciela Speranza y Fernando Cittadini, Partes de guerra…, op. cit., p. 220.

35 Ibíd., p. 157.

36 Ibíd., p. 187

37 Ibíd., p. 221.

38 Ítalo Piaggi, El combate de Goose Green…, op. cit., p. 19.

39 Ibíd., p. 183.

40 Ibíd., p. 184.

41 Dalmiro M. Bustos, El otro frente de la guerra, op. cit., pp. 158-159.

42 Ibíd., p. 172.

43 Ibíd., p. 175.

44 Salvador Antonio Vargas, Malvinas. Historias breves y sentimientos, pp. 63-65.

45 Comunicado del Centro de Ex Combatientes de Chaco, en Combatiendo: de Malvinas hacia una nueva Argentina, Año I, N° 1, septiembre de 1984, p.6.

46 Ídem.

47 Clarín, 8 de abril de 1988.

48 Raúl Kollmann, Sombras de Hitler. La vida secreta de las bandas neonazis argentinas. Sudamericana, Buenos Aires, 2001, p. 101.

49 "Malvinas, c'est fini?", en ADS. Aristócratas del Saber, revista de los alumnos del Colegio Nacional de Buenos Aires, Año 9, N° 24, 1986, pp. 26-27.

50 Rosana Guber, en De chicos a veteranos. Memorias argentinas de la guerra de Malvinas (Buenos Aires, Antropofagia, 2004), tampoco, pero rescata también la vigencia de esa imagen. Se retroalimenta con otra: una muchedumbre juvenil en un recital Barock, y de entre ellos sobresale un joven con una boina de paracaidista, sentado en una silla de ruedas. La excelente fotografía de Ernesto López revela como pocas el difícil lugar de los jóvenes ex combatientes en esos años.

51 Clarín, 4 de abril de 1983.

Capítulo 6

Derrota y estupor

El relato de una derrota es, siempre, una suma de divagaciones atroces y estupor, a la que el relator acosa con las morbosidades del suplicio.

Andrés Rivera, En esta dulce tierra.

Cuando callaron los cañones, el 14 de junio de 1982, una nueva batalla comenzó para los sobrevivientes, para sus familias y para la sociedad argentina. La derrota produjo la crisis del gobierno militar. El presidente Galtieri renunció y fue reemplazado por Reinaldo Bignone, otro militar, mientras que la Armada y la Fuerza Aérea abandonaban la Junta Militar y dejaban al Ejército a cargo de la conducción del Proceso.

Stéphane Tison ha señalado que el primer momento de la posguerra es de estupor: se difunden informaciones acerca de los costos de la batalla y sus consecuencias, lo que "dará a todos conocimiento de la amplitud del traumatismo".[1] Ese "estupor" cobró para la sociedad argentina las características de una fuerte sensación de estafa. Terminados los combates, miles de prisioneros fueron repatriados y las autoridades militares ocultaron a los retornados, aislándolos de sus conciudadanos, en algunos casos para mejorar su estado físico, pero sobre todo para evitar la difusión de sus relatos. Inclusive se prohibieron las entrevistas periodísticas.

La derrota produjo una importante conmoción. El 21 de junio de 1982 el Servicio de Inteligencia de la Policía de la provincia de Buenos Aires informaba acerca del clima social tras la derrota en cada una de las unidades regionales. Así, en Mercedes, ciudad asiento del RI 6, "las noticias referidas a la pérdida de Puerto Argentin, y el cese de las hostilidades causaron incertidumbre en la población, que no esperaba que ocurriese eso, un poco por la información que se proporcionaba por los comunicados oficiales. La avidez noticiosa de la gente, y lo escueto de dichos comunicados, hizo que vastos sectores se interiorizaran de lo que iba sucediendo a través de las radios uruguayas, las que con su contenido que irradiaban, iban creando ese cuadro de incertidumbre en el marco social". En La Plata, sede del RI 7, "el estado anímico de la población evidencia un cierto desconcierto. Existe alegría en aquellos que tenían soldados en las Malvinas y volvieron a sus hogares. Tristeza en otros, que han perdido a sus hijos, y luego se abandonan las islas; desaprueban la medida". El panorama, para el resto del territorio bonaerense incluía palabras como "desazón", "indignación"; en Mar del Plata "se nota abatimiento e impotencia".[2] Una combinación de frustración, sensación de estafa, indignación, alivio y tristeza.

Una revista publicitaba el envío de un corresponsal a las islas y traducía las dudas de numerosos argentinos:

Por qué perdimos. Cómo perdimos. Por qué no se pudo destruir la cabeza de playa inglesa en San Carlos. Qué piensan los soldados profesionales ingleses de los jóvenes soldados argentinos. Por qué murieron 10 soldados argentinos por cada soldado inglés. Cuántos soldados argentinos murieron.[3]

Una encuesta publicada en agosto de 1982 que tuvo amplia difusión muestra que la demanda social iba en tres direcciones: saber lo que había sucedido en las islas, exigir responsables y reconocer el sacrificio de los que habían peleado en las islas.[4]

En el correo de lectores de la revista Humor de julio de 1982, uno de los espacios más críticos al gobierno militar, podemos encontrar algunas de las ideas que circulaban entre numerosos argentinos:

Convengamos que la única forma que tenemos de salir a flote es apoyando a la juventud. A esa juventud que la gerontocracia militar envió al frente de combate. Pero no es la primera vez que la juventud va a la primera línea de combate, ya lo hacían los griegos. No quiero plantear una lucha contra la gerontocracia, sino que simplemente pido que se apoye a la juventud, se compartan sus ideas y se los guíe correctamente.

El pueblo creyó que la guerra que le mataba a sus hijos era algo serio, que el sacrificio que le imponían al gobierno era por una razón justa y la muerte de sus hijos era un sacrificio honorable, para conseguir un país digno y sin colonialismos. Tarde comprendió que la guerra para el gobierno no era más que un juego y que poco le importaba (como fue siempre) el dolor de él.

El pueblo argentino cambió. Sabemos quiénes son nuestros amigos y quiénes nuestros enemigos, fuera y dentro del país.

Cuando todos esperábamos que la guerra –su esencia nacional, su incomprensible desarrollo, su trágico final– inaugurara un nuevo país, destrozara estructuras que sólo conducen a la derrota y les develara a nuestros militares su destino específico en un marco de mutua comprensión y respeto con los otros habitantes de la Argentina, ya se puede decir, a esta altura, que nada de eso parece en vías de concretarse (...)

Ese gran, único, exclusivo privilegio, se llama (viene de la palabrita) IMPUNIDAD (...)

Impunidad para los que adulteraron la nafta y se fueron del país.

Impunidad para los que cometieron “excesos” durante la guerra sucia.

Impunidad para hacer y deshacer con los canales de televisión.

Impunidad para poner y sacar jueces.

Impunidad para manejar los fondos públicos.

Impunidad para orientar la política exterior.

Impunidad para declarar una guerra y reprimir una manifestación popular en la Plaza de Mayo.

Impunidad para licitar bajo cuerda la adjudicación de un centro de recreación municipal y para inflar los costos de Yacyretá.

Para decir "nos quedamos hasta 1990 o para decir nos vamos mañana".

Para decir Fulano es presidente porque me gusta y Mengano es libre porque se me antoja.

Para no rendirle cuentas a nadie. Para decir "éste es subversivo, este otro no".

Impunidad.[5]

En esta selección vemos una voluntad de reconocimiento hacia los jóvenes soldados, caracterizados como víctimas del cálculo militar, y a la sociedad argentina como estafada en su buena fe por un poder que había gozado de impunidad hasta Malvinas. Estas sensaciones fueron exacerbadas por la difusión de relatos acerca de la guerra. Las mismas publicaciones que habían alentado el desarrollo del conflicto hicieron propios estos reclamos. La derrota en Malvinas abrió una puerta para cuestionar al régimen militar y acelerar las exigencias de convocatoria a elecciones y la "normalización institucional":

¿Los soldados argentinos que murieron en las Malvinas lo hicieron para recuperar las islas o para que hubiera elecciones? Ésta es una de las preguntas más urgentes que se hace la gente para saber a dónde está parada en estos momentos en que el desconcierto también es general. Parece que no hubiera pasado nada y por momentos es tan incómodo hablar de la guerra y sus consecuencias como mentar la soga en casa del ahorcado. Salimos del triunfalismo de la guerra, que según muchos iba a cambiarlo todo y entramos en el triunfalismo de la democracia como si fuera otra fórmula mágica arréglalo-todo.[6]

¿Qué sucede cuando una sociedad debe confrontar con un pasado vergonzante y éste es el pasado vivido, el propio? Las revelaciones y cuestionamientos alrededor de Malvinas se dieron en el contexto más amplio de la difusión de las atrocidades cometidas durante la represión ilegal, por aquel entonces llamada "guerra sucia". Hacerse esta pregunta significaba revisar la propia responsabilidad frente a un pasado que la derrota en las islas hizo salir a la luz. No sólo en la actitud hacia la guerra, sino en analizar el contexto social que había generado las condiciones para el desarrollo de la violencia insurgente, producido los mecanismos de la barbarie, educado a los represores y acompañado con una pasividad consciente o inconsciente –cuando no aprobado abiertamente– la toma del poder en 1976.

En la prensa, que hasta ese momento había mantenido un silencio casi monolítico sobre las violaciones a los derechos humanos, aparecieron, en forma creciente, las denuncias y actividades de los organismos de derechos humanos. También, relatos acerca del horror. En octubre de 1982 se descubrieron tumbas colectivas de "NN" en el cementerio de Grand

Bourg, en la provincia de Buenos Aires. Entierros semejantes aparecieron en otros lugares del país.[7] La prensa exhibió macabras fotografías de pilas de huesos y cráneos exhumados por los empleados de los cementerios y, al mismo tiempo, buscó y difundió por primera vez los testimonios del horror: las voces de las víctimas y de sus victimarios. Amplios sectores de la sociedad reaccionaron con una mezcla de estupor e indignación, probablemente no sólo por la magnitud de los crímenes, sino por la dimensión del ocultamiento. Las mismas características excepcionales de lo ocurrido, llevaban también a hacerse incómodas preguntas en términos de responsabilidad: ¿cómo no lo supe?, ¿cómo no me di cuenta? O acaso: ¿qué es lo que hice para no saber? Comenzó lo que posteriormente se bautizó como "el show del horror": la presencia permanente, en el espacio público, de las víctimas relatando el daño que les habían infligido sus victimarios.

De este modo, comenzó a jugar una dualidad clave en las visiones acerca del conflicto en Malvinas: el terrorismo de Estado y la guerra habían sido conducidos por el mismo actor, las Fuerzas Armadas que ocupaban el poder desde marzo de 1976:

Los argentinos miran atónitos lo que pasa en el gobierno. Parecería que de golpe se ha perdido el rumbo, se ha perdido toda sensatez. ¿Es que no se advierte desde el poder lo que está en juego? Ahora, más que nunca, es la hora del compromiso patriótico, es la hora de la grandeza, de la templanza. Y el ejemplo debe venir desde arriba (...) ¿Perciben esta realidad las Fuerzas Armadas? Quiera Dios que así sea. Si no es así, deben tomar conciencia de que el país puede llegar al borde del abismo, el mismo del cual nos rescataron en marzo de 1976.[8]

Para el alarmado editorialista, las Fuerzas Armadas corrían el riesgo de perder, como consecuencia de la guerra, aun su logro más preciado: la victoria en la lucha contra la subversión. En Malvinas, los militares habían fracasado en su función específica, en un enfrentamiento claramente identificable, a diferencia de las dificultades que generaba definirse acerca de la represión ilegal. Ambos conflictos comenzaron a ser asociados. Un dirigente de la "izquierda peronista legal", habló, en un acto realizado al levantarse la veda política, de dos genocidios: "El primero empezó el 24 de marzo de 1976, y el segundo el 2 de abril de 1982".[9] La identificación simbólica de los caídos en la guerra y los sobrevivientes con las jóvenes víctimas de la dictadura militar pasaría a ser una de las vías de apropiación social de la derrota.

La dualidad de Malvinas fue resuelta subrayando la falta de idoneidad profesional y el maltrato a los conscriptos que las denuncias iniciales e investigaciones oficiales posteriores demostraron. Al señalar a los ex combatientes como víctimas a manos de sus superiores, tales cuestionamientos se sumaron a aquellos relacionados con las violaciones a los derechos humanos. De este modo se lograba un espacio para cuestionar al régimen militar, a la vez que se reforzaba la imagen de sus funcionarios como verdugos de sus conciudadanos, aun en una situación de "guerra justa" como la de las islas.

Rápidamente se difundieron informes acerca de las penosas condiciones atravesadas por los soldados en el frente, agravadas por la impericia de la conducción militar y por la superior profesionalidad de las fuerzas que enfrentaban. La juventud de los conscriptos pasó de ser garantía de futuro a explicación de la derrota. Se sumaron a esto las denuncias realizadas por los ex soldados acerca de cómo las condiciones penosas en las

islas habían empeorado a causa del trato inhumano que algunos oficiales argentinos propinaron a sus conscriptos, sobre todo aquellas relativas a prácticas de servidumbre y estaqueamiento. Al conocerse los resultados del Informe Rattenbach,[10] adelantados por una revista antes de su difusión oficial, los dirigentes del Centro de Ex Soldados Combatientes en Malvinas fijaron su posición en una entrevista:

Acá tenemos, entonces, un ejemplo concreto de cómo fueron enviados al frente de batalla soldados rasos que ni siquiera habían completado los requisitos básicos de capacitación militar, como pueden ser los que se obtienen en ejercicios de tiro o simulacros de guerra. Pero esto no es lo más grave, ya que nosotros hemos hecho también denuncias mucho más serias, como son las que se refieren a los casos de estaqueamientos ocurridos en las islas y de los cuales no hemos visto una sola palabra en este informe, a pesar de que estos casos reflejan no solamente una actitud inhumana de parte de quien ordena estaquear a un hombre a 20 grados bajo cero, sino que también revelan un alto grado de ineptitud militar. Porque si un oficial tiene a su cargo un grupo de soldados y es consciente de que el enemigo ya ha desembarcado y se apresta a atacarlo, tiene que tratar de tener en el mejor estado físico, síquico y anímico a sus hombres para entrar en combate, lo cual no se logra precisamente aplicando este tipo de castigos (...) Nosotros –dice Jorge Vázquez– consideramos que este documento es insuficiente, aunque sea un primer paso en el camino de determinar responsabilidades, ya que si bien se está juzgando en este momento a la cabeza ideológica responsable de las operaciones en sí, también hay que hacer un análisis en escala descendente. Porque si bien Galtieri y toda la Junta son culpables de haber declarado la guerra cuando no nos encontrábamos en las mejores condiciones para ello, también es culpa de muchos militares haber acentuado los problemas que derivaron en este revés militar, por la negligencia propia de cada uno de ellos. Por eso es que nosotros consideramos que, además de los procedimientos que se lleven a cabo dentro de las Fuerzas Armadas para juzgar el comportamiento de sus miembros, acá se deben formar comisiones de investigación a nivel parlamentario para ir dilucidando cada una de las fallas que redundaron en este resultado adverso para nuestras armas. Esto es algo que no compete solamente a los militares, sino que también compete a los civiles, porque ésta es una guerra en la que hemos estado todos y la hemos perdido todos. Por eso es que reitero: ahora que se inicia una etapa institucional, el Congreso debe iniciar una investigación exhaustiva a fondo de lo que ocurrió en Malvinas, en la que nosotros como ex combatientes seguramente tendremos mucho que decir, ya que fuimos testigos directos de todo lo que allí pasó y podemos dar testimonio sobre omisiones como las que hemos señalado, con respecto a estaqueamiento y comportamientos poco decorosos. [11]

Estas declaraciones muestran los carriles por los que circularon muchas de las manifestaciones de los ex soldados en los años iniciales post Malvinas: la denuncia de la impericia de sus superiores, y también el reclamo de una responsabilidad colectiva ante un emprendimiento que no había sido de la exclusiva competencia castrense, o de los ex soldados. En un segundo plano, pero claramente distinguible, se encuentra el hecho de que no se cuestiona la guerra, sino la forma en la que se llegó a ella y cómo fue conducida. Nos extenderemos al respecto más adelante.

Sin embargo, los límites para posiciones beligerantes por parte de los jóvenes en los años de la transición tenían una barrera concreta: su construcción simbólica como víctimas

pasivas de la dictadura militar. Los ex soldados también lo eran.

La victimización

La juventud, entre los años setenta y ochenta, fue vista tanto como depositaria de los valores sagrados de la Patria como campo propicio para la propaganda subversiva. Un elemento central en los reclamos por parte de los familiares de los desaparecidos consistió en minar la base del argumento militar para su culpabilización: aquel que los involucraba en actividades “subversivas”. Si para el Estado represor toda actividad partidaria, política y cultural era sinónimo de la subversión, las jóvenes víctimas debían estar libres de ese pecado. Al mismo tiempo, para resaltar los crímenes dictatoriales, y destacar su inocencia, la imagen de los jóvenes se apoyó en dos elementos: su carencia de toda participación política, y su escasa edad.

El Informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (CONADEP), es un buen ejemplo de este proceso. En su Prólogo, al definir a las víctimas de la represión, ubica entre numerosas formas de activismo social a los “muchachos que habían sido miembros de un centro estudiantil” y afirmaba que las víctimas eran “en su mayoría inocentes de terrorismo o siquiera pertenecer a los cuadros de la guerrilla, porque éstos presentaban batalla y morían en el enfrentamiento o se suicidaban antes de entregarse, y pocos llegaban vivos a manos de los represores”.[12]

El capítulo II del Informe, “Víctimas”, dedica un apartado a los adolescentes. En la introducción a sus casos, son descriptos del siguiente modo:

Todavía no son maduros, pero ya no son niños. Aún no tomaron las decisiones fundamentales de la vida, pero están comenzando a trazar sus caminos. No saben mucho de los complejos vericuetos de la política ni han completado su formación cultural. Los guía su sensibilidad. No se resignan ante las imperfecciones de un mundo que han heredado de sus mayores. En algunos, aletea el ideal, incipiente rechazo de la injusticia y la hipocresía que a veces anatematizaron en forma tan enfática como ingenua (...) Casi 250 chicas y chicos que tenían entre 13 y 18 años desaparecieron, siendo secuestrados en sus hogares, en la vía pública o a la salida de los colegios. Basta mirar la foto mural que la CONADEP preparó con las fotos de los adolescentes desaparecidos en el programa NUNCA MÁS, para que ese porqué no tenga respuesta.[13]

Esta descripción muestra personas incompletas en su desarrollo, alimentadas por fuertes ideales pero carentes de elementos “políticos y culturales” como para resolverlos, y son estas características las que refuerzan la imposibilidad de explicar los crímenes que padecieron. Nada podía hacerlo, porque en tanto “inocentes”, nada los justificaba. En términos simbólicos, las víctimas más jóvenes de la dictadura, en la década del ochenta, fueron despojadas de su capacidad de agencia.

Estas imágenes sobre los jóvenes y adolescentes circularon públicamente en el mismo momento en el que los jóvenes ex soldados comenzaron a organizarse políticamente.

¿Qué sucedió a partir de esa confluencia?

Las narrativas personales, las obras testimoniales, son claves para la "construcción de los mitos de guerra".[14] Entre junio y septiembre de 1982 aparecieron dos libros que alcanzaron una notable difusión y que inauguraron un grupo de publicaciones que surgieron como una respuesta al "estupor". Uno de ellos es la obra de Dalmiro Bustos El otro frente de la guerra. Los padres de las Malvinas. El libro, que se agotó rápidamente, confirmó la impresión de que los jóvenes soldados habían enfrentado durísimas condiciones de vida empeoradas por la ineficacia de sus jefes y por su escasa preparación:

Nuestros hijos fueron enviados a una lucha que no eligieron, decidida por un gobierno que no eligieron, para la cual no estaban preparados. Había en la Argentina 40.000 profesionales preparados por vocación y estudio para una guerra. No es fácil entender por qué se envió a 10.000 muchachos de 18 a 20 años que carecían de la preparación necesaria (...) pero allá fueron y se comportaron con gran valor y dignidad.[15]

Bustos señalaba que los "chicos de la guerra" habían madurado a través de su experiencia:

A medida que las cartas de ustedes fueron llegando, un sentimiento de orgullo fue creciendo. Todos los argentinos sumamos los sentimientos de padres que despedimos a nuestros chicos. Y que ahora nos aprestamos a recibir a hombres que han comprendido en este tiempo mucho más sobre la vida que lo que normalmente se puede aprender en este tiempo.[16]

Pero esa madurez había sido adquirida al precio de tremendas penurias físicas y mentales, y las terribles secuelas visibles en los que retornaban llevaron a demandar al Estado que revisara la utilidad o no del servicio militar obligatorio y sobre todo, que explicara lo sucedido.[17]

Apelando a la propaganda acerca de la subversión, y en particular al papel asignado a la juventud en ellas, los padres señalaban la importancia de encauzar las demandas de los ex soldados:

Son diez mil soldados que vieron muchas cosas; son diez mil futuros líderes del país (...) Nuestro país enfrenta en forma decisiva el futuro, un mañana donde nuestros jóvenes tendrán un rol protagónico importante, y no deseamos que esta coyuntura sea aprovechada por quienes, embanderados en causas ajenas a nuestra acción, traten de llevar a nuestros hijos por caminos equivocados.[18]

El libro de Bustos mostraba los estragos que la guerra había hecho en los jóvenes, y puntualizaba los problemas que su reinserción en la vida civil le planteaba al Estado. Pero la indignación de amplios sectores sociales se nutrió fundamentalmente de otra publicación, la primera en reunir testimonios de soldados, y que en los primeros años de la democracia, además, fue llevada a la pantalla por el director Bebe Kamin. Los chicos de la guerra[19] recopila una serie de entrevistas con jóvenes que pelearon en las islas a poco de retornados al territorio continental argentino. El autor explica el origen de su libro en que "son muchos los que desconocen a esta generación nueva, ignorada, que no tiene, siquiera, la menor experiencia política; una generación sin pasado, que ha transcurrido toda su adolescencia en un país conmovido por una de las crisis más serias de su historia".[20]

La idea de una "generación" afectada por la guerra es interesante porque desde bien temprano en la posguerra estuvo presente, no tanto en respuesta a la cantidad de jóvenes que habían participado en el conflicto, como en el peso simbólico que habían adquirido para la época. De algún modo, esa visión como grupo (que el autor calificaba como "generación") respondía a la percepción de los tiempos de la guerra, en los que los jóvenes representaban a un colectivo que era la nación.[21]

Los relatos, además de exponer con crudeza las vivencias del combate, mostraron toda una serie de calamidades debidas a fallas en la conducción y a la actitud de la oficialidad hacia los soldados. Los soldados entrevistados recordaban haber tenido que robar comida, o "cazar ovejas para comer", y penosas condiciones de vida: "Éramos linyeras, creo que dábamos lástima, teníamos un aspecto espantoso. Yo pasé dos meses sin bañarme. Y lo más increíble es que llega un momento en que te resignás a vivir así, te acostumbrás".[22] Los jóvenes soldados llegaron sin preparación al frente: "Lo que más me duele es que esos chicos se hayan muerto por una guerra a la que llegaron sin la instrucción debida. Fuimos a ser blanco de la artillería inglesa; en muchos momentos yo me sentía como un pato en el agua, un pato al que le disparan desde todas partes".[23]

No obstante, en numerosos párrafos del libro existe un contraste fundamental entre la visión del entrevistador, Kon, y la de sus entrevistados, por ejemplo Ariel, "enfrentado a su destino, un subalterno pero dueño de sí mismo".[24]

Si retomamos la idea acerca de la construcción de los jóvenes como víctimas como un proceso característico de la década del ochenta, resulta relevante el hecho de que en el pasaje del libro a la película, el director Bebe Kamin haya sintetizado la cantidad de matices que aparecen en los testimonios recogidos por Kon, en cuatro destinos posibles (que son las historias de la película). Como resume Guber en forma bien convincente:

¿Qué sucedería después? ¿Tratar de crecer o de sentar cabeza? Munido de sus esquemáticos personajes, Kamin visualiza cuatro destinos posibles en la postguerra de los cuales sólo uno puede efectuar el pasaje, salir de semilla y convertirse en árbol: es Fabián, quien con otros adolescentes asiste a un concierto de música rock con sus ex camaradas (...) Las tomas documentales de la primera marcha de ex en el centro de Buenos Aires cierra el film mostrando a Fabián y a otros "chicos" (ex soldados) con banderas argentinas (...) El segundo destino posible es el de Santiago, quien se rebela contra la apatía y la hipocresía de la sociedad argentina: ebrio, pendenciero y finalmente preso, su reacción sólo lo lleva a la frustración. El tercer destino es la muerte autoinfligida, el sugerido suicidio de Pablo.

Resta aún la cuarta alternativa, que tampoco pasará: es la de quienes yacen en las Islas y en el Océano Atlántico. Pablo se ha suicidado en su casa materna y Santiago está preso, es decir, fuera de la sociedad (...) Los cuatro protagonistas del film –los tres protagonistas y los muertos– ostentan un rasgo en común (...) nunca llegarán a la plena adultez.[25]

Los combatientes en Malvinas, vivos o muertos, compartían con los desaparecidos víctimas de la dictadura militar una característica esencial: su eterna juventud, símbolo de pureza. Su fijación simbólica como adolescentes y, en consecuencia, ajenos, como no fuera en el rol de víctimas de los adultos, al proceso político de la sociedad argentina.[26]

Sin embargo, en muchas de las entrevistas a ex combatientes inmediatamente posteriores al conflicto aparece una voluntad de participación y una afirmación de la adquisición de una madurez a costa de la guerra:

Creo que es un recuerdo poco grato y lo único que espero es olvidarme pronto de todo, borrarlo, si es que puedo. Por eso mis padres no me preguntan nada, ni quiero acordarme de detalles que me hacen mal. Por supuesto hay algo que me queda como resultado positivo, que es un poco la borra de todo lo que pasó. Yo cuando me fui, incluso cuando el 18 de marzo de 1981 entré por primera vez en el Regimiento, era un nene de mamá, un pibe malcriado y despreocupado. Así y todo traté de cumplir mi tarea lo mejor posible y en ese proceso crecí, maduré y pude salir orgulloso de mi comportamiento. Ahora espero que me den la oportunidad de participar en el destino de mi país, que me escuchen y me respeten, que traten de entenderme y de darme la posibilidad de hacer algo. Quiero estudiar, trabajar, ganar algo de dinero para ayudar a mi familia y quiero que mi país me dé la oportunidad de hacerlo. Sin restricciones, sin censuras ni impedimentos.[27]

No obstante, el lugar que se les daba a estos reclamos de participación se matizaba con recordatorios de las características especiales de estos jóvenes, que seguían siendo eso, jóvenes que habían pasado por la situación de guerra:

Fui a Córdoba para ver qué sentían, qué pretendían, qué exigían los chicos del interior del país. Soldados que también estuvieron combatiendo en Malvinas. Y, como dije, estas respuestas volvieron a sorprenderme. Pero, esta vez, la causa fue otra: los chicos no querían hablar de democracia, ni de gobiernos civiles o del derecho a votar. Preferían hablar de la guerra a pesar de haber estado en las islas (exactamente en Darwin y Pradera de Ganso) desde el 13 de abril hasta el 13 de junio, de haber sido tomados prisioneros por los ingleses, de no tener ninguno más de 19 años. Y sus respuestas también me preocuparon. Me hicieron sentir, de pronto, culpable. ¿De qué? De que me hayan dicho: “No tenemos la menor idea de lo que es vivir en democracia, ¿cómo querés que hablemos de votar y esas cosas? Nunca nos enseñaron. Siempre se habla de la República y de la Constitución, pero sólo cuando las cosas van mal. Pareciera que cuando todo camina nadie se acuerda de eso. No queremos votar, no queremos que después digan que “no estamos maduros” para elegir a nuestros gobernantes. Es fácil decir: “ellos no supieron elegir y por eso todo anda mal”. Y no, nosotros no queremos que digan eso. Ni ser culpables de una mala elección. Jamás nos dijeron qué derechos tenemos, por qué

actualmente no existen, y por qué si es buena la Constitución no la usan también los gobiernos militares. Cuando nos hablan de democracia nos da miedo. Jamás vivimos en ella. Cuando nos hablan de votar, también nos da miedo. ¿Sabremos hacerlo? Mirá, ya perdimos una vez. Perdimos las islas. No queremos perder nada más.[28]

En los primeros meses de la posguerra la imagen que se instaló con más fuerza fue aquella que victimizaba a los soldados no a manos de los británicos, sino de sus superiores e instituciones, como consecuencia de la imprevisión castrense y el maltrato al que los conscriptos habían sido sometidos. En paralelo, los jóvenes civiles que no habían combatido en las islas también habían padecido tormentos sin nombre a manos de las mismas fuerzas. En el caso de los soldados de Malvinas, en tanto que conscriptos (es decir, ciudadanos cumpliendo con el deber de estar bajo bandera, y no como una vocación), esta imagen permitió separarlos de las Fuerzas Armadas:

El militar, marino o aviador que se comportó como un héroe merece el reconocimiento público (...) pero esa cualidad es todavía más plausible en un civil. El militar ha elegido su carrera y sabe que la muerte en combate es su riesgo profesional. Pero el conscripto es un ciudadano que interrumpe sus estudios, sus trabajos, para cumplir con su servicio militar obligatorio. Él no eligió la guerra.[29]

De este modo, los soldados de Malvinas compartían con sus compatriotas el lugar protagónico que el discurso de la transición comenzaba a asignar, acríticamente, a los civiles: víctimas del poder dictatorial, con el agregado de ser jóvenes, como las decenas que protagonizaban los relatos más atroces sobre la represión.

En una publicación especial a meses de iniciado el gobierno constitucional, identificamos la persistencia de estos emblemas sobre la guerra. En primer lugar, la distinción entre los combatientes y sus familiares y conciudadanos, por un lado, y la conducción militar por el otro:

Estaba la angustia por los chicos de veinte años que a esa hora morían en Malvinas, los que esperaban el ataque final, los que lloraban por los que ya habían muerto. Y estaban también los responsables de haber desatado esa guerra, los tres comandantes en jefe que fueron a la misa acompañados por sus custodios personales. Esa imagen es la que muestra cuál fue la relación de ese gobierno con la población: la distancia y el aislamiento por la prepotencia y la violencia.

Una cruz en Malvinas refuerza este texto:

Allí están. Todavía. No están en tierra extraña. Es su Patria más que la nuestra; le han dado su sangre, sus sueños, su valor, sus miedos, su adolescencia, porque allí quebraron

ese instante fugaz que convierte a un niño en un hombre. Y le han dado más porque muertos alimentan su tierra mezquina. Allí están. Son los que pelearon una guerra propia, solos. Sin conocer los intereses políticos que los hicieron convertirse en héroes antes de vivir como hombres. No descansarán en paz hasta que con Malvinas o sin Malvinas la Argentina sea el país por el que ofrendaron sus veinte años.[30]

Si unimos estos elementos, resulta un relato, construido en los primeros años de la posguerra, según el cual el pueblo argentino fue conducido a la guerra por la irresponsabilidad de los jefes militares en ejercicio del poder. En las Malvinas, jóvenes inexpertos enfrentaron bajo malísimas condiciones ambientales (agravadas por la inoperancia de sus jefes) a un adversario superior, y "ofrendaron" sus vidas. Es el régimen el que estafó en su buena fe a los argentinos y mató a los hijos de los ciudadanos, no los británicos. La guerra fue explicada como una muestra más de la arbitrariedad de los militares, anulando responsabilidades colectivas respecto al acuerdo y satisfacción populares por la recuperación.

En este esquema resulta comprensible por qué el film de Kamin "suaviza" los relatos "bélicos" de los entrevistados de Kon. Individuos sometidos por las circunstancias pero que reinvidicaran parcialmente aspectos de su experiencia, o la describieran en forma activa, no encajaban en un contexto en el que el tono era el de ser víctimas (en los centros clandestinos de detención, en Malvinas, en suma: de los militares).

Los jóvenes, que habían sido uno de los blancos preferenciales de la represión,[31] fueron resignificados en el contexto de reclamos y denuncias por violaciones a los derechos humanos:

El juicio de reprobación moral de la represión ilegal se asentó en un discurso que, aunque tenía antecedentes prebélicos, fue en gran medida una novedad de la transición, y operó a través del reemplazo o la torsión de las definiciones parametrales con que se había manejado entonces la cuestión: lo que se había llamado la "guerra interna" era ahora la "represión" o el "terrorismo de Estado" y los que habían sido "subversivos" ahora eran "militantes", "jóvenes idealistas", "víctimas" y más precisamente, "víctimas inocentes". La usina más potente de esta nueva doctrina la conformaron los intelectuales plegados al movimiento de derechos humanos entre 1981 y 1982 (...) [hubo] un desplazamiento de amplios sectores sociales, la cultura y la política, en el que la volubilidad no sería un componente más escaso que la auténtica toma de conciencia y la reflexiva autocrítica.[32]

La sociedad argentina recibió a los ex combatientes en Malvinas en este marco de referencia. ¿Qué debían dejar en el camino los "chicos de la guerra" para ser incorporados a la polifonía que relataba los años de la dictadura? Un artículo del filósofo Santiago Kovadloff publicado en una de las revistas que encabezaban las críticas al gobierno militar muestra la forma en que su experiencia fue socialmente procesada en aquellos años fundacionales.

En primer lugar, debían incluir sus experiencias personales en el discurso público acerca de la derrota, y éste, como hemos visto, los victimizaba: "Malvinas permite ensanchar hasta el escándalo el caudal de testimonios que prueban la hondura de la crueldad

cometida en el frente con nuestros conscriptos. Como un prolegómeno infernal a la metralla británica, ellos debieron soportar primero las vejaciones impuestas por sus propios jefes". Ese sacrificio en la guerra contra los ingleses, además, fue inscripto en lo que podría verse como una constante histórica de la sociedad argentina, que para el autor tendió a condenar a sus jóvenes a la violencia. Tanto en la guerra como en el período de la violencia política que se comenzaba a dejar atrás los jóvenes habían estado a merced de voluntades e intenciones políticas que habían dispuesto de sus vidas para lograr sus fines:

La juventud argentina soportó, en los últimos tres lustros, las presiones de quienes intentaron hacerla ocupar dos posiciones trágicas predominantes; de una fue responsable la guerrilla; de la otra, la represión militar. La guerrilla se empeñó en persuadir a los jóvenes de la viabilidad de su axioma capital: la violencia armada equivale a la revolución social (...) La represión militar, a su turno, pretendió justificar su política de aniquilación indiscriminada, identificando a la juventud como tal, con los pocos hechizados que logró aquel axioma.[33]

Los jóvenes, por cumplir con su deber de ciudadanos, habían ocupado un lugar que no les correspondía. La "responsabilidad" no era de ellos, sino de la dirigencia:

Ubicados, entre abril y junio de 1982, en el sitio que debió colmar la eficacia de guerreros profesionales, los jóvenes conscriptos que en suelo isleño combatieron contra Inglaterra fueron rápidamente reducidos después de verse quebrantados por el sadismo de quienes tuvieron la ignorada responsabilidad de conducirlos. Este terrible papel, el de inmolado, lo comparte la juventud de nuestro país, primordialmente, con el obrero argentino (...) En lo que atañe a la juventud, la efímera pero conmovedora reconquista de las Malvinas prolongó el hábito autoritario de exigir el sacrificio de quienes debieran ser preservados.[34]

La incorporación de los muertos y sobrevivientes de la guerra de Malvinas encarnados en la figura del conscripto se produjo mediante su caracterización como "víctimas" de la dictadura, que había enviado a combatir a quienes "no estaban preparados para ello", "derrotándolos" antes de que llegaran los británicos. La forma de ingreso de la experiencia bélica de Malvinas en los años de la transición fue a través de la inclusión de los padecimientos de los soldados en el catálogo más amplio de crímenes cometidos por los militares. En tanto víctimas, su "inocencia" era referida a su "inmadurez".

Su "impericia" y "falta de entrenamiento" eran pues causales de la derrota, pero, sobre todo, el elemento que permitía victimizarlos a manos de sus superiores. Estos superiores eran los mismos que habían cometido violaciones a los derechos humanos ejercidas sobre jóvenes "inocentes". En ambos casos, los jóvenes fueron los actores pasivos de un relato trágico que los tuvo por protagonistas. De más está decir que, paralelamente a la eficacia con la que condenaba a las Fuerzas Armadas, este relato social colocaba a los jóvenes en un lugar que, por sus connotaciones morales (hablar de inocencia, inmolación, y sacrificio orillaba ese terreno) era muy difícil abandonar. En el caso de Malvinas, al responsabilizar con sobrados motivos a la conducción militar por la derrota, sin embargo, se cerraba la

posibilidad a los sobrevivientes de la batalla de contar sus experiencias desde un punto de vista activo, que es en muchos casos como las habían vivido.[35]

Chocolates amargos

Esta forma de explicar la derrota, con una clara identificación de víctimas y victimarios (sobre todo de estos últimos), por otra parte, dejaba abierta la puerta para desentenderse de responsabilidades más amplias de los propios actos durante la guerra en particular, y durante la dictadura militar en general. En el segundo aniversario del desembarco, ya en democracia, el editorial de Clarín afirmaba que "La prensa responsable luchaba hasta el límite de sus posibilidades por inducir –entre tanto triunfalismo– una negociación que evitara el sacrificio de sangre que veía cernirse sobre nuestros muchachos destacados en el Sur".[36] Un año antes, aún en dictadura, los medios ya habían comenzado a autoasignarse un rol de serena reflexión y ajenidad en relación con el Proceso de Reorganización Nacional. El mismo diario, durante el primer aniversario de la guerra, separaba el accionar "por una salida negociada del conflicto" del "fragor de la guerra psicológica y de la propaganda, [en el que] el gobierno de entonces engañó a su propio frente interno dándole una versión triunfalista",[37] como si hubiera sido posible separar a los medios en dictadura de dicha guerra psicológica. Esta forma de eludir responsabilidades, que en el caso de los medios sigue siendo una vacancia en la generalizada serie de "autocríticas" desde mediados de los noventa, en el caso de Malvinas fue de un palmario descaro, ya que fueron los mismos medios que difundieron la propaganda oficial los que luego se transformaron en la vanguardia de los cuestionamientos.[38]

En la inmediata posguerra se construyó la imagen de una sociedad estafada en su buena fe, que había sido engañada durante la guerra por la propaganda y cuyas "buenas intenciones" y "sincero patriotismo" habían sido malversados por los jerarcas militares. Si un diagnóstico semejante es esencialmente cierto, no lo es menos que una explicación de este tipo, en el contexto de refundación institucional, era funcional a la intención de numerosos actores políticos de remover lo menos posible el avispero de las pasadas connivencias con la dictadura por parte de distintos sectores políticos, empresariales, eclesiásticos, de los mismos medios (es paradigmático el caso de Alfonsín, denunciando un pacto sindical-militar y no extendiendo sus preguntas al resto de la dirigencia política).

En julio de 1982, la revista Gente,[39] paradigma (pero para nada excepción) de esta actitud, publicaba en su portada a un niño con un paquete de chocolates abierto y esta pregunta:

¿Qué pasó con el chocolate que le mandé a un soldado?

Durante la guerra, al igual que miles de argentinos, Gustavo, el niño en cuestión, envió un chocolate con una carta en su interior, destinada a los soldados en Malvinas. Tras la derrota, el doctor Pedro Peralta había comprado un chocolate en un comercio de Comodoro Rivadavia para encontrarse la carta de Gustavo en su interior:

Buenos Aires 24-4-82

Que este chocolate te endulce un poquito en esos días fríos de las Malvinas.

Te saluda,

Un futuro soldado de 7 años

Gracias por defender mi Patria

Gustavo Gabriel Vidal.[40]

Dice la revista:

Gustavo Gabriel Vidal con sus ruidosos siete años saltó de la cama el sábado 24 de abril sabiendo que ese día no iría a la escuela pero sí que tenía tarea. Una linda tarea porque consistía en comprar un chocolate para un soldado que iba a pelear en Malvinas por todas esas cosas que la señorita Cristina –su maestra (...) de la escuela privada Holter, de Villa Ballester– les venía repitiendo seriamente con esa seriedad que para un chico puede tener una guerra. Fue con sus padres (...) hasta el almacén y eligió un chocolate para taza con un envoltorio blanco que mostraba a un chico como él bebiendo una taza humeante. Pero la tarea requería de Gustavo Gabriel algo más que le sugirió su mamá: escribirle a ese soldado que estaba en el Sur y entonces, con su letra grande y redonda, reprimiéndose solemnemente de abrir el rectángulo de papel cuyo contenido marrón lo tentaba, sintió y así lo escribió, que era un futuro soldadito de la patria.[41]

La familia recibió una carta del doctor Pedro Peralta, de Comodoro Rivadavia, devolviéndoles la misiva del niño y explicándoles cómo ésta había llegado a sus manos. Peralta, entrevistado por Gente, cuenta que

Antes de enterarme yo de la existencia de esa cartita, ya había comentario ¿no es cierto? Y había comentarios inclusive de colegas que les tocaba atender a soldados que venían de las Malvinas. No en el mejor estado. En un primer momento no creíamos que pasaran hambre. Luego nos confirmaron que sí. Se iba creando entonces en mí y en todos una cierta impotencia y una cierta indignación porque tanto nosotros acá como ustedes en Buenos Aires sabían todo lo que se enviaba a Malvinas. Quizás un poco por falta de información porque creo que durante todo el conflicto no fuimos bien informados. No se sabía qué topes existían y qué trabas había para que todo lo que nosotros enviábamos llegara a Malvinas. Supimos después que con grandes hazañas un Hércules diario, rozando el mar, podía llegar con algunas provisiones, aunque en algunos casos ni las llevaban porque había que enviar armamentos. Pero todo eso y las declaraciones de los muchachos que conocíamos por los médicos que los atendían en el hospital Regional, nos iban creando un clima de indignación. Ellos contaban que realmente de chocolates ellos no vieron nada o que un día les habían dado una barrita para repartir entre dos, por ejemplo. Y bueno. Yo tengo dos hijas. Mariel de 4 años y Nadia de 2 que también habían enviado chocolates. Todo el país colaboró. Desde el momento en que aparece la carta del

chico Vidal ya se trata de un hecho concreto que realmente indigna, que me indignó mucho como nos indignó a todos.[42]

En ningún momento los autores de la nota se preguntan sobre el lugar que les cupo a los medios en la situación de mala información que denuncia el indignado Peralta. Sí, en cambio, se colocan como parte de la sociedad estafada por quienes dirigieron la guerra:

Gustavo Gabriel Vidal, en la casa de Villa Ballester, no entiende lo que ha pasado. Juega con su hermana Mónica Alejandra de 11 años y aún pregunta a sus padres por qué su cartita vino de vuelta. Éste es el chico de 7 años que escribió como un futuro soldado a otro soldado de verdad. ¿Dónde está su chocolate? ¿Dónde los chocolates de Mariel y Nadia Peralta? ¿Qué respuestas darán en Villa Ballester y en Comodoro Rivadavia? ¿Qué respuesta se dará en todas las casas del país de donde salieron chocolates, joyas, dinero, bufandas, guitarras, cartitas como las de Gustavo Gabriel Vidal? El doctor Pedro Peralta pidió que la familia Vidal le escriba al sanatorio "Cruz Azul" de Comodoro Rivadavia. Pero Silvana Daniela Pérez también necesita respuestas. Que alguien le diga por qué en un chocolate comprado por su abuela apareció ese papelito escrito por un chico para un soldado. Pedro Peralta y el padre de Gustavo Vidal también necesitan respuestas. Todos necesitamos respuestas.[43]

Gustavo, "un futuro soldado", ya ha sufrido su primer desengaño de parte del Estado. Una de las primeras respuestas para lo que había pasado, en consecuencia, pasó por sentirse todos un poco Gustavo Vidal. Niños –inocentes, crédulos, ingenuos– estafados en su buena fe. Los mismos que por los mismos años descubrían, junto con Alicia, lo que había al otro lado del espejo en el que se habían estado mirando durante muchos años.

Notas

1 Stéphane Tison, "Le traumatisme de la Grande Guerre", en Thomas Ferenczi (dir.), Devoir de mémoire, droit à l'oubli?, París, Éditions Complexe, 2001, pp. 47 y ss.

2 Achivo DIPBA, Legajo 18.017 "Malvinas", tomo I.

3 La Semana, 15/7/1982.

4 El Porteño, agosto de 1982. Algunos ejemplos:

"Uno no sabe qué fue lo que realmente pasó. Lo único que nos queda ahora son interrogantes: ¿Por qué pasó todo esto justo ahora? ¿Qué pasó realmente?";

"Como argentino, además, me llama poderosamente la atención la falta de homenaje a toda la muchachada que ha vuelto del Sur, casi no se les ha rendido el menor de los respetos a ellos y a quienes no han podido regresar";

“Yo creo que sobre todo nos han estafado. Nos hacían ver una realidad ficticia y las consecuencias se detectan ahora en un pueblo desanimado”.

5 Humor, Nº 85, julio de 1982, pp. 24-33.

6 Gente, 1º de julio de 1982, p. 67.

7 Este proceso está detalladamente descrito en Mauricio Cohen Salama, Tumbas anónimas. Informe sobre la identificación de restos de víctimas de la represión ilegal, Buenos Aires, Catálogos, 1992.

8 Gente, 24 de junio de 1982.

9 Búsqueda, agosto de 1982, p. 12.

10 Véase el capítulo siguiente.

11 Siete Días, N° 859, del 30/11 al 6/12 de 1983, pp. 24-25.

12 CONADEP, Nunca Más, 1997, pp. 10-11.

13 Ibíd., pp. 123-124.

14 Samuel Hynes, “Personal narratives and commemoration”, en Jay Winter y Emmanuel Sivan (comps.), War and Remembrance in the Twentieth Century, Cambridge, Cambridge University Press, 1999, p. 207.

15 Dalmiro Bustos, El otro frente de la guerra, op. cit., p. 13. Mi subrayado.

16 Ibíd., p. 113.

17 Ibíd., p. 87.

18 Ibíd., pp. 216-218.

19 Daniel Kon. Los chicos de la guerra. Hablan los soldados que estuvieron en Malvinas, Buenos Aires, Galerna, 1984.

20 Ibíd., p. 10. Mi subrayado.

21 Rosana Guber ha realizado un extenso y muy interesante análisis de la película y el libro en De chicos a veteranos…, op. cit. Véase capítulo 2: “Los chicos de la guerra y el nacimiento de una generación”.

22 Daniel Kon, Los chicos de la guerra, op. cit., p. 28.

23 Ibíd., p. 42.

24 Rosana Guber, De chicos a veteranos…, op. cit., p. 68.

25 Ibíd., p. 90.

26 Aquí tomo de la idea de liminalidad planteada por Guber sus implicancias histórico-políticas, en cuanto a un lugar de no reconocimiento e “inclasificabilidad” social. La autora concentra su análisis de la construcción de la identidad de los jóvenes ex soldados

fundamentalmente en torno a la idea del parentesco. Sin abandonar su perspectiva, me interesa destacar qué formas de la política estuvieron vedadas a los jóvenes a partir de la masacre política del terrorismo de Estado y de la guerra de 1982.

27 Revista 10, N° 38, 29 de junio de 1982.

28 Gente N° 886, julio de 1982, p. 76.

29 Gente, 24 de junio de 1982, p. 37.

30 La Semana, enero 1984. Mi subrayado.

31 Según la CONADEP, el 70% de los desaparecidos tenía entre 15 y 30 años. Asimismo, el grueso de los muertos en Malvinas son conscriptos, es decir jóvenes de entre 18 y 20 años de edad.

32 Marcos Novaro y Vicente Palermo, La dictadura militar…, op. cit., p. 487.

33 Humor, 29 de abril de 1983, p. 40.

34 Ibíd., p. 41.

35 Federico Lorenz, "The Unending War. Social Myth, Individual Memory, and the Malvinas", en K. Rogers, S. Leydesdorff y G. Dawson, Trauma and Life Stories. International Perspectives, Londres y Nueva York, Routledge, 1999.

36 Clarín, 2 de abril de 1984.

37 Clarín, 2 de abril de 1983, p. 10.

38 Obviamente no se trata de cuestionar la búsqueda de la verdad que algunos sectores de la prensa anteriormente complacientes iniciaron a mediados de 1982, sino de aportar elementos para revisar explicaciones acerca de los procesos históricos que precisamente permiten eludir responsabilidades políticas y sociales.

39 Gente N° 886, 15 de julio de 1982.

40 Ibíd., p. 5.

41 Ibíd., p. 6.

42 Ibíd., p. 10.

43 Ibíd., p. 11.

Capítulo 7

Guerreros de dos guerras.

Los militares y Malvinas

Yo estuve en cuatro guerras. Y en más de treinta combates. Estuve en la guerra contra la subversión, estuve infiltrado en la línea enemiga con los chilenos, cuando decían que no había guerra, estuve en las Malvinas y estuve de observador en Argelia. Ésta es mi quinta guerra. Quedarme callado, haber aguantado todo este tiempo sin decir nada, es mi última guerra.

Alfredo Astiz.[1]

Imagínese la gloria que los habría aguardado de haber regresado vencedores; es la contrapartida.

Un colega a Ítalo Piaggi, a su regreso de las islas.

Soldados

Las guerras cumplen para las naciones, para los movimientos políticos, un papel central en la construcción de sus identidades colectivas. Los líderes y combatientes en las luchas por la independencia se transformaron en los héroes y próceres que marcaron la escolaridad de decenas de miles de argentinos, al punto que vuelven a ser objeto de debate hoy, con la (re) emergencia de fenómenos de historia de divulgación. En el caso del panteón nacional decimonónico, éste fue construido por un grupo –político, cultural– que fue capaz de arbitrar elementos para difundir una versión de la historia (y, en parte, también de las formas “legítimas” o “profesionales” para escribirla).

En los relatos históricos nacionales las instituciones militares cumplen un papel central. Los oficiales victoriosos, los caídos en combate, pasan a engrosar las filas de los venerables alojados en el panteón. Son punto de partida y modelo para los que continuarán y garantizarán el sentido de su sacrificio.

La guerra de Malvinas, en este sentido, presentó varios costados espinosos. A partir de la derrota comenzaron a circular los cuestionamientos hacia las Fuerzas Armadas, no sólo por el fracaso frente a los británicos, sino por la represión interna: desde un primer momento, la rendición en Puerto Argentino puso en un pie de igualdad lo que para los oficiales de Ejército, Marina y Fuerza Aérea eran dos conflictos en los que las instituciones a las que pertenecían habían combatido, con características y finales distintos pero equiparables en una carrera militar:

Sin pérdida alguna de tiempo, la reciente victoria por aniquilamiento de las Fuerzas Armadas y de seguridad sobre la subversión apátrida devino, políticamente, entre gallos y medianoche, en la formulación de cargos y culpas por violación de derechos humanos que, obviamente y según el país tuvo ocasión de comprobar, sólo resultaron reivindicables para las organizaciones subversivas, sus miembros y sus familias.[2]

Los cuestionamientos y críticas que comenzaron sobre todo en la segunda mitad de 1982 generaron un sentimiento de frustración, precisamente en quienes, como cuadros medios, habían tenido participación en ambos procesos: la represión ilegal y la batalla de Malvinas. Esta sensación fue, sin duda, un componente central en las sublevaciones carapintadas de los años subsiguientes. Pero en la posguerra inmediata, en una primera reacción se trató para muchos del palpable fracaso de lo que habían significado los años centrales de su formación militar:

Desgraciadamente, los conductores militares demostraron en la acción política una ingenuidad y hasta una negligencia –yo la quisiera calificar así– tan grande, que llevaron al país a una situación de fracaso total. Quienes habíamos peleado en la guerra contra la subversión y en la de Malvinas, nos vimos entregando luego un país con su soberanía confiscada a partir de la tremenda deuda externa que nadie puede determinar por qué, cómo y para qué se fabricó. Todo esto provocó en el pueblo argentino, y en los mismos militares, una gran frustración que se capitalizó en contra de las Fuerzas Armadas.[3]

El 1º de julio de 1982 Reinaldo Bignone, el último presidente de facto, pronunció un discurso –su primera alocución pública a los argentinos– en el que se refirió a la etapa que le tocaba conducir y, obviamente, a la guerra de Malvinas. Proponía

Un emocionado homenaje a nuestros compatriotas civiles y militares, que con tanto valor, lealtad y abnegación defendieron nuestra soberanía en la gesta de las Malvinas.

El sentido recuerdo para aquellos que ofrendaron sus vidas, el ferviente anhelo de una plena y pronta recuperación para los heridos y el orgulloso reconocimiento de todos.[4]

Y afirmaba, a futuro, que “nunca renunciaremos a esos pedazos de nuestras tierras tan caros al sentimiento de las generaciones argentinas y por las cuales, ahora, tantos ofrendaron heroicamente sus vidas (...) Frente al conflicto de nuestras Malvinas, apoyamos una causa justa, una reivindicación que todos ansiamos. El sincero patriotismo que hemos expresado y sentido, será siempre motivo de orgullo y prenda de unidad, jamás punto de partida para el desengaño”.[5]

Este discurso patriótico, en el que la Patria, encarnada en Malvinas, iba a ser “prenda de unidad”, ya no era posible. No tanto, por supuesto, porque se trataba de una derrota sino

más bien porque evocar Malvinas significaba evocar la dictadura y la represión ilegal.

Ésta sería, precisamente, la estrategia de los sectores castrenses desde 1982: contraponer a las denuncias por violaciones a los derechos humanos la guerra de Malvinas como una forma de ofrecer un costado presentable a las críticas pero, también, para recordar a los críticos que en esa acción –y en la otra, no está de más decirlo– no habían estado solos.

Los puntos de contacto entre "ambas guerras" eran varios, pero los más obvios y notorios eran que las habían protagonizado las mismas instituciones y, en muchos casos, los mismos oficiales. El caso del gobernador militar de las islas Malvinas, Mario Benjamín Menéndez, es paradigmático. Había participado en 1975 en el Operativo Independencia, destinado a aniquilar el foco guerrillero iniciado por el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP). Esa experiencia iba a ser la "garantía de la victoria":[6]

Mario Benjamín Menéndez daba la sensación de un oficial seguro de sus convicciones y claro en sus explicaciones. Era 1975 y aquel coronel estaba viviendo una guerra cruel, dura, sin leyes. Una guerra contra un enemigo capaz de cualquier recurso, de cualquier trampa. Y en ese frente, aquel coronel se movía con absoluta solvencia. Conocía a su oponente y sabía que podía ganarle. Finalmente, el triunfo en Tucumán fue total (...) Hoy, Mario Benjamín Menéndez es general y está en otro frente, en otra batalla.[7]

Los medios de prensa y la opinión pública encontraron en un marino represor un emblema de esta dualidad: Alfredo Astiz. Hoy sabemos que fue integrante del GT 3.3.2. de la Escuela de Mecánica de la Armada, que se infiltró entre las Madres de Plaza de Mayo y que es responsable de numerosos secuestros. Pero fue su rendición como Infante de Marina en las islas Georgias la que hizo que estos hechos comenzaran a ser conocidos y difundidos:

La débil resistencia de Astiz en la Georgias tuvo el doble efecto de desacreditarlo como militar ante la opinión pública y de desenmascarar a Gustavo Niño ante las personas entre las que se había infiltrado en 1977. La foto del oficial barbado, con la cabeza inclinada ante el enemigo mientras firmaba la rendición de sus tropas, causó estupor entre decenas de madres de desaparecidos cuando fue publicada en todos los medios del país.

"¡Es Gustavo Niño!", confirmaron con horror.[8]

Figuras como ésta, desde la perspectiva de las víctimas de Astiz, hacían, por su parte, volver a aflorar las contradicciones que presentaba el apoyo a Malvinas. Si una de las dificultades para defender el pasado respaldo a la guerra era que muchos de los participantes en el conflicto habían participado en la represión ilegal, el rubio oficial de Marina iba a ser el epítome de los contactos entre lo "justo" y lo "execrable". Una semana antes de la rendición, la agrupación Familiares de Desaparecidos y Detenidos por Razones Políticas publicaba un documento en el que señalaba:

Condenamos el hecho de que ante el legítimo reclamo de nuestras islas del Atlántico Sur –reclamo de todo un pueblo– Gran Bretaña use el "caso Astiz" para probar que el mismo gobierno que ayer era su amigo, es hoy una dictadura militar, justificando así su agresión que no es contra la dictadura, sino contra todo el pueblo argentino.[9]

La figura de Astiz pasó a ser el caballito de batalla de las "denuncias" y "revelaciones" acerca de la dictadura.[10] Pero no era el único. El primer muerto en la guerra, caído bajo el fuego británico en la jornada del 2 de abril en el asalto a la casa del gobernador Rex Hunt, fue Pedro Edgardo Giachino, capitán de Infantería de Marina:

Promovido a teniente de navío el 31 de diciembre de 1975, había sido destinado a combatir el terrorismo. Ese año había participado en los combates tucumanos del "Operativo Independencia". Y allí también supo imponer la pasión que fue nervio motor de su vida (...) Fue activo participante en las operaciones antisubversivas de las Fuerzas Armadas tras el 24 de marzo de 1976, hasta que un par de años después recaló en Mar del Plata para entrenar a los hombres de los grupos anfibios y los buzos tácticos. Todavía era un chico y ya tenía una enorme carga de experiencia sobre sus hombros.[11]

Una revista de la época proponía que la primera estampilla de las islas recuperadas llevara su imagen. La guerra había sido inserta en el plano más amplio de la historia nacional. Algunos medios comenzaron a informar sobre las acciones bélicas en las islas australes en una sección titulada "los nuevos héroes de mayo", planteando una continuidad histórica con el hecho considerado inicial de la historia argentina independiente. Si en ese momento los argentinos habían pasado por una prueba decisiva para su futuro, la guerra en las islas constituiría un nuevo hito: "Hoy el país es un libro de historia que está escribiéndose. También en este 25 de Mayo, el del año de 1982, 'aquel año en que otra vez nos invadieron y otra vez los echamos', como se dirá en el futuro".[12]

Pero ¿era posible continuar la escritura del "libro de la historia nacional" con protagonistas tan controversiales, con instituciones que habían cumplido al mismo tiempo el papel de represoras y realizadoras de anhelos nacionales históricos? En abril de 1984, la radio en la que dos periodistas, Jorge Dorio y Martín Caparrós, pretendían hablar sobre las vinculaciones entre Giachino héroe de guerra y represor, fue copada por un grupo de hombres armados "por tratamiento negativo sobre Malvinas".[13]

La concentración de la culpabilidad en figuras emblemáticas como las de Astiz o Leopoldo Galtieri (el general borracho que mató a los muchachos, como voceaban las consignas de la época) catalizaba energías e intereses de un público que encontraba en ellas vías de escape para eludir una discusión más profunda. Estos villanos de las islas se complementaban bastante bien, también, con los relatos victimizadores acerca de los soldados, y tenían numerosos puntos en común con las denuncias por las violaciones a los derechos humanos:

La prensa en general se ocupó sobradamente de Galtieri y de algunos de sus adláteres, pero demasiado poco de cómo lucharon y murieron nuestros soldados, mientras que los primeros se guiaban por unas ansias de gloria mal habida y llegaron a traicionar a la República disfrazados de honor y patriotismo, los segundos actuaron guiados por un sano sentimiento de Patria.[14]

Pero el hecho central es que para los integrantes de las Fuerzas Armadas la lucha contra la subversión y la guerra en el Atlántico Sur resultaban inescindibles. De hecho, no erraban en este punto, ya que buena parte del fracaso se debía al abandono del rol profesional en beneficio de concentrar la formación de los cuadros en la represión interna:

Durante la década de los 70 las Fuerzas Armadas estuvieron afectadas a la lucha contra la subversión y alejadas de su adiestramiento para un conflicto convencional. En el Ejército no se habían capitalizado los errores del casi enfrentamiento con Chile, en 1978, y la incursión en gobiernos "de facto" las había alejado, desde 1955, del profesionalismo que todos deseábamos.[15]

La foja de servicios de numerosos oficiales combatientes en Malvinas incluía una participación más o menos comprometida en la represión ilegal. En 1994 se discutieron en el senado los pliegos de ascenso de dos notorios represores, con responsabilidad en el centro clandestino que la Marina tuvo en la ESMA: Juan Carlos Rolón y Antonio Pernías. Las respuestas dadas a los legisladores son un ejemplo de esta dualidad.

Yo quisiera hacer un simple racconto de quién soy. Yo soy un capitán de fragata de Infantería Marina, desempeñándome como segundo comandante de la Fuerza de Infantería de Marina de la Flota del Mar. Mi trayectoria de lo que podría llegar a ser de interés es la siguiente: sí, yo estuve en la Escuela de Mecánica en el año 75 como teniente de fragata, como jefe de un curso de Escuela de Mecánica; en el año 76 y 77 participé como miembro de la Escuela de Mecánica en lo que se dio por llamar a nivel de las Fuerzas Armadas la guerra contra la subversión, tanto en el área de Operaciones como en el área de Inteligencia, sin ser oficial de inteligencia. A partir de ese momento me restituí a los destinos normales de la Armada ascendiendo a Teniente de navío y ascendí a Capitán de corbeta. En los años 78, 79, 80, 81 y demás, estuve prestando servicios específicos en la Guarnición Baterías.

En el año 82 fui jefe de operaciones en el Batallón 5 de Infantería en Malvinas y a partir de ese momento cursé la Escuela de Guerra y se produjo mi ascenso a Capitán de Fragata, si mal no recuerdo a fines del 87.[16]

Los cuestionamientos al ascenso, fundamentados en las denuncias por violaciones a los derechos humanos, fueron respondidos por Pernías desde el lugar de legitimidad que le otorga la participación destacada que tuvo en la guerra de Malvinas:

Pues bien, durante la guerra contra la subversión he sido un participante más de la Armada. Obviamente, tengo presente una serie de acusaciones a las que después me voy a referir. Por esto fui tildado como delincuente. En realidad, los siguientes veinte años que permanecí en la Armada demostraron después, a mi juicio, que fui un combatiente, como lo demostraron los hechos ocurridos en Malvinas. Ustedes saben que el Batallón 5 de Infantería de Marina fue la última unidad que se replegó y creo que las cosas ahí anduvieron bien. Si la Armada me propone para el ascenso al grado de capitán de navío es en virtud de un análisis muy pormenorizado de mis antecedentes.[17]

Éste es el mismo criterio que siguió para reivindicar a Pernías su jefe en Malvinas, Carlos Robacio, resaltando además la institucionalidad de las acciones de su subalterno, en tanto cumplía órdenes:

Antonio Pernías [es] un héroe de la guerra antisubversiva y en Malvinas, el mismo siempre fue lealmente de frente y cumpliendo igual que nuestros oponentes británicos, las órdenes que su país le requería, cualesquiera fueran el lugar y las circunstancias que lo rodean. Lamentablemente, hace poco tiempo fue sentado en el banquillo de los acusados, aunque no le correspondía ya que, como en Malvinas, Pernías solamente se limitó a cumplir acabadamente bien lo que la Patria le impuso. Hoy, después de 20 años de su derrota, los que siguen viviendo y explotando el odio, han logrado interrumpir la carrera de un valiente y honesto profesional. Hombres como Pernías, Soldados con mayúscula, son de gran valor, como ejemplo de dignidad y honestidad para las generaciones del futuro.[18]

Las “acciones que su país le requería” a soldados como Pernías podían incluir tanto la participación en la represión ilegal desde el centro clandestino de la ESMA, como el combate franco contra los británicos en el Monte Tumbledown. Para el marino, las reglas de la guerra habían sido cumplidas en ambas ocasiones:

En los sucesos de Malvinas, ya con el grado de capitán de corbeta, era jefe, lo que se le decía a la tropa combatiente era que al inglés había que considerarlo como un enemigo profesional, que no debía haber odios ni rencores por todo ello. Como dice además el Código del Oficial de la Armada: valeroso en la guerra, generoso en la victoria.

Yo no tengo ningún odio ni ningún rencor contra quienes fueron mis enemigos en ese momento en cuanto a la guerra contra la subversión. En este momento tengo un caudal mucho más grande de conocimientos y, obviamente, en este momento el puesto que estoy ocupando, si bien no lo soy, es el de capitán de navío, es decir, segundo comandante de la infantería de Marina en el área de Puerto Belgrano, y la gente recibe instrucciones de ese tipo; no hay malas intenciones.[19]

Para el otro marino, Juan Carlos Rolón, las acciones en las que participaron debían ser entendidas en el contexto particularmente violento en el que les tocó servir en la Armada:

Salí de un destructor un día siendo oficial artillero y al otro día me encontré en algo que creo fue una situación muy traumática para la República. Yo se la explicaba al señor senador Bittel: la Argentina vivió un hecho muy traumático y tuvo una solución traumática no querida por nadie y mucho menos por los que tuvimos que actuar. Eran circunstancias de la historia. Discúlpeme un poco la analogía, pero es como analizar las carreras del domingo los días lunes. Creo que se han cometido muchos errores y muchos aciertos.

En lo que a mí compete en todo momento he tratado de hacerlo siguiendo el estilo de vida y el espíritu que siempre tuvo la Armada, que es el respeto tanto de los hombres propios como los del otro lado.

Así lo viví en Malvinas, en donde estuve a bordo del destructor que estuvo al lado del crucero Belgrano al momento del hundimiento.[20]

Rolón recibió una condecoración en 1978, por valor en combate por su “participación durante tres meses” en las “actividades antisubversivas” contra la guerrilla urbana. Y la equiparaba con otra, recibida por su actuación en Malvinas:

Tengo una condecoración del Congreso. Yo era jefe de armamentos del destructor Piedrabuena que fue torpedeado junto con el crucero Belgrano. Estaba al lado de éste y tuvimos la tarea de rescate de las víctimas del Belgrano. En mi cama murió quemado un cabo principal, por el torpedo, que estaba en la parte de máquinas del Belgrano. Estaba totalmente quemado y lo llevé a mi cama. Es decir que tuve la desagradable tarea del rescate de los náufragos del Belgrano.[21]

En el caso de los integrantes del Ejército, la analogía funcionaba del mismo modo. Los comandos, por ejemplo, al analizar críticamente su experiencia de combate en las islas, consideraban que su derrota en las Malvinas se debía a que los británicos habían contado contra ellos con las mismas ventajas de las que ellos se habían beneficiado en la lucha “contra el terrorismo subversivo, combatiendo en los montes de Tucumán o en zonas suburbanas”.[22] Uno de los integrantes de la compañía de Comandos 602, condecorado por su desempeño en Malvinas, fue recientemente detenido acusado de participar en los fusilamientos de presos conocidos como la masacre de Margarita Belén, en el Chaco, el 13 de diciembre de 1976.[23]

Salidas individuales

La forma en la que el gobierno militar y el primero de la transición a la democracia manejaron la guerra de Malvinas estuvo marcada por la coyuntura política, pero en ambos casos siguiendo la lógica de un Estado que no daba cuentas de sus actos a sus habitantes, en este caso personificados en quienes habían ido a combatir, sus familiares y sus deudos. Si las distintas investigaciones oficiales demostraron la falta de coordinación entre las fuerzas durante la guerra de Malvinas, ésta se continuó en las salidas que encontraron para responder tanto a los cuestionamientos sociales como internos que comenzaron a sucederse. Cada una de las armas integrantes de la Junta Militar buscó salvar su propio prestigio, en ocasiones cargando negativamente las tintas sobre el desempeño de las restantes.

El ayudante de Menéndez en las islas escribió indignado en un informe, tras una serie de consideraciones críticas sobre su propia fuerza, que la actuación de la Fuerza Aérea se caracterizó por "un manejo burdamente falaz, mentiroso, triunfalista y en busca de rédito político (...) para crear en la población la imagen de la 'Fuerza Aérea que está ganando la guerra' lo que llevó a la mentira del teniente Jukic".[24] Para este oficial la Armada, por su parte, al decidir la preservación de su flota en los puertos del litoral patagónico tras el hundimiento del Belgrano, adoptó "una apreciación fríamente realista, pero muy costosa en términos de prestigio inclusive ante los mismos públicos internos, respecto a las posibilidades de éxito de sus medios de superficie".[25]

El Ejército encontró dificultades para controlar a los jóvenes soldados tras su regreso al continente. En el homenaje que la "X Brigada de Infantería ofreció a ex combatientes y caídos en la guerra de las Malvinas" (es el acto que describe Salvador Vargas en el capítulo 5), los homenajeados repudiaron "de viva voz a los oficiales que los comandaron durante el conflicto. Muchos de los jóvenes se arrojaron al suelo, golpeando sus puños en señal de protesta (...) Casi 300 de los que estaban presentes expresaron airadamente su descontento, coreando consignas de fuerte contenido antimilitar (...) acompañadas de fuertes rechiflas y palabras irreproducibles cada vez que se mencionaba por los altavoces a alguna autoridad militar".[26]

La entrega de medallas y homenajes fue una de las primeras medidas adoptadas por todas las fuerzas entre noviembre de 1982 y abril del año siguiente, en ocasión del primer aniversario del conflicto, que por disposición oficial pasó a ser un feriado nacional para recordar "el primer aniversario del intento de recuperación de las islas Malvinas".[27] El nombre de ese nuevo feriado nacional sería el de "Día de las islas Malvinas, Georgias del Sur y Sandwich del Sur" y su finalidad, la de convertirse en "una forma permanente de recordar y reafirmar los legítimos derechos de la nación sobre esos territorios y de honrar la memoria de quienes cayeron en su recuperación y defensa".[28]

Los padres de los soldados muertos también protagonizaron algunos incidentes. En el primer aniversario de la guerra, un acto de entrega de condecoraciones por parte de la Armada realizado en la Escuela de Mecánica fue el escenario para que algunos de ellos expresaran su disgusto:

El comandante en jefe de la Armada (...) saludó uno a uno a los familiares, apretando las manos de los hombres y besando las mejillas de las mujeres. Fue entonces cuando una de ellas, madre de un conscripto clase 62, alejó su rostro cuando el jefe naval se disponía a besar su mejilla y, apretando entre sus manos el diploma y la medalla recientemente otorgados, le espetó al almirante Franco: "Muy arreglados estamos con esto".[29]

Las recordaciones oficiales buscaron suavizar las rispideces creadas por la derrota entre la sociedad civil y sus fuerzas armadas y al interior de las mismas. En una misa se afirmaba que "en las Malvinas se ha derramado sangre de jefes, oficiales, suboficiales y conscriptos",[30] mientras que en el acto central en conmemoración del 2 de abril, el vicario castrense señalaba en su homilía que esperaba que "a la derrota bélica no suceda la política (...) Rechazamos una Argentina superficial, contestataria y desmalvinizadora (...) Que la pérdida de vidas y la sangre vertidas no hayan sido vanas".[31] De este modo, la apelación a las muertes en batalla trasladaba la guerra de 1982 al terreno intangible –por sagrado– de aquellos hechos que habían conformado la historia nacional.

Parte de la prensa acompañó esta intención. El recato oficial, el duelo por los muertos, fue contrapuesto a los turbulentos actos protagonizados por los ex combatientes y las juventudes políticas.[32]

El dolor... Lunes 4. Homenaje de la ciudad de Buenos Aires a los soldados porteños caídos en Malvinas. Hubo lágrimas. Nadie las ocultó. Ni el intendente Jorge Del Cioppo, ni los oficiales, ni los familiares de los soldados muertos. Allí, en la Plaza islas Malvinas, estuvo el dolor.

Y la ira...

Sábado 2. Acto organizado por el centro de Ex Combatientes. Fuerte dispositivo policial. Más de mil personas. Llegan las columnas de las juventudes partidarias. El acto se politiza. Cantos adversos al gobierno, quema de banderas británicas y norteamericanas. Allí, en la ex Plaza Britannia, estuvo el recuerdo con ira. [33]

Desde un punto de vista institucional, la Junta Militar designó una comisión para investigar el desempeño de sus cuadros: en diciembre de 1982 se creó la CAERCAS (Comisión de Análisis y Evaluación de Responsabilidades en el Conflicto del Atlántico Sur), que debería elaborar un informe acerca del desempeño de los distintos mandos durante la guerra. Como resultado, el Informe Rattenbach (por el nombre del más conocido de sus integrantes) demostró en forma palmaria la desproporción entre las fuerzas enfrentadas, la falta de planificación e inoperancia de los mandos argentinos y las terribles condiciones a las que las tropas fueron sometidas debido a falencias e improvisaciones en la conducción militar, y aun competencia entre las fuerzas.[34] La difusión de ese informe, entregado a un medio periodístico en noviembre de 1983, no facilitó las cosas, sobre todo porque desde el Ejército dicha difusión se atribuyó a la Fuerza Aérea.[35]

De las tres armas, ésta era la que en mejor situación relativa estaba para responder a las críticas acerca de su desempeño durante la guerra. Ya durante la guerra se había destacado el valor y pericia de los pilotos en la lucha, y esta línea fue reforzada por los aviadores:

La Fuerza Aérea Argentina ha tenido su bautismo de fuego y su desempeño la ha llevado al nivel de ponderación más alto que han merecido nuestras fuerzas armadas (...) Hoy la

guerra de Malvinas es el acontecimiento determinante que reubica a la FAA en un nuevo sitial dentro de la Nación. Organizada, equipada, instruida y educada para lanzar y sostener la ofensiva contra el enemigo que tuviere que confrontar, en las jornadas de combate no cesó de ratificar que conocía su responsabilidad y que la cumplía sin desmayo (...) Para nuestra institución aeroespacial la vida no tiene sentido ético sin honra, y la honra militar descansa en el pleno cumplimiento del deber profesional aunque haya que perder la vida a cambio, y nuestro pueblo, que ha perdido a varios de sus hijos, sabe que ésta no es una mera frase vacía de contenido.[36]

Esta aseveración era acompañada con testimonios del adversario: "El propio enemigo debió, con posterioridad, sumarse al reconocimiento y a la admiración que públicamente se expresó en diversas partes del mundo", señaló el comandante de la Fuerza Aérea en el primer aniversario del bautismo de fuego.[37] Aunque no se ponía en cuestión el valor de otros combatientes, el rescate de la "formación profesional" de los aviadores no hacía más que resaltar, por oposición, las falencias en la instrucción –y por ende, del desempeño– de los conscriptos.

Al refugiarse en la apelación al profesionalismo y a las virtudes de los "caballeros del aire", la Fuerza Aérea Argentina se colocaba por fuera del generalizado clima de denuncias por violaciones a los derechos humanos. Los aviadores emergieron del período dictatorial relativamente poco asociados a las brutalidades perpetradas durante la represión. En el imaginario de la época, su participación en la masacre es poco conocida, y en ese sentido debe comprenderse, por ejemplo, el énfasis dado durante el Juicio a las Juntas de 1985 al caso del centro clandestino conocido como la Mansión Seré, a cargo de la Fuerza Aérea. Malvinas, además, fue presentada como el bautismo de fuego de la fuerza –que no podía exhibir, como sus hermanas, una trayectoria bélica enraizada en el siglo XIX y en el nacimiento de la Patria. Pero, en rigor, esto no es exacto. Como lo muestran investigaciones recientes, los primeros combates protagonizados por pilotos de la aviación de guerra fueron en el contexto de un intento de golpe de Estado. Se enfrentaron con colegas de la Aviación Naval (un Gloster Meteor de la Fuerza Aérea derribó a un North American naval) alzados contra el gobierno de Perón, durante los sucesos de junio de 1955. En el mismo día, además, la Fuerza Aérea pasó de su lealtad al gobierno a sumarse al bombardeo y ametrallamiento de civiles en la CGT y la Plaza de Mayo.[38]

Uno de los emblemas del desempeño de los aviadores durante la guerra –reconocido por sus pares del mundo entero– fue una carta enviada por el as francés de la Segunda Guerra Mundial, Pierre Clostermann. Gran cantidad de las publicaciones oficiales de la aviación acerca de la guerra incluye la misiva del piloto francés enviada durante el conflicto:

A vosotros, jóvenes argentinos, compañeros pilotos de combate, quisiera deciros toda mi admiración.

A la electrónica más perfeccionada, a los misiles antiaéreos, a los objetivos más peligrosos que existen, es decir a los buques, hicisteis frente con éxito.

A pesar de las condiciones atmosféricas más terribles que pueden encontrarse en el planeta, con una reserva de apenas pocos minutos de combustible en los tanques, al

límite extremo del radio de acción de vuestros aparatos, habéis partido en medio de la tempestad de vuestros Mirage, vuestros Etendard, vuestros A-4, vuestros Pucará, con escarapelas azules y blancas. A pesar de los dispositivos de defensa antiaérea y de los misiles de buques de guerra poderosos, alertados con mucha anticipación por sus radares y los satélites norteamericanos, habéis arremetido sin vacilar. Nunca en la historia de las guerras de 1944, tuvieron aviadores que afrontar una conjunción tan terrorífica de obstáculos mortales, ni aun los de la RAF sobre Londres en 1940 o los de la Lufwaffe en 1945.

Vuestro valor nos ha deslumbrado y no sólo el pueblo argentino no debe olvidaros nunca, sino somos muchos los que en el mundo estamos orgullosos de que seáis nuestros hermanos pilotos.

A los padres y a las madres, a los hermanos y a las hermanas, a las esposas y a los hijos de los pilotos argentinos que fueron a la muerte con el coraje más fantástico y más asombroso, les digo que ellos honraron a la Argentina y al mundo latino.

¡Ay! La verdad vale únicamente por la sangre derramada y el mundo cree solamente en las causas cuyos testigos se hacen matar por ella.[39]

Las evocaciones del francés acerca del conflicto en el que había participado son también las del piloto Pablo Carballo, veterano de la guerra de Malvinas, a la hora de presentar su libro Dios y los halcones. Carballo traza una línea histórica que une a los aviadores de las distintas guerras:

En 1944, un solitario Spitfire despega de su base en Inglaterra perforando la niebla en busca de los Messerschmit o los Focke Wulf alemanes. En la estrecha cabina un francés, Pierre Clostermann, piloto de las Fuerzas Francesas Libres, crispa sus manos sobre los mandos del avión. Van ya cinco años de lucha, y en el legajo de Clostermann se acumulan las victorias que lo convierten en el indiscutido as francés de la Segunda Guerra Mundial (...) Casi cuarenta años después, desde la pista húmeda de alguna base en el extremo sur argentino, un avión Douglas A4-B Skyhawk tiñe con el resplandor rojo de su reactor el gris atardecer patagónico al emprender una misión de combate. Tan solo como el francés en su Spitfire, el capitán Pablo Marcos Carballo se lanza al combate, en el que todo está programado, menos la certeza del regreso indemne. Los tiempos son otros, pero no ha cambiado el heroísmo de los pilotos de guerra.

En homenaje a la bravura de nuestros aviadores, Clostermann no dudó en admitir que jamás, en la historia de la guerra aérea, se llevaron a cabo acciones como las cumplidas por los pilotos de la Fuerza Aérea Argentina.[40]

El puente no viene dado por afinidades políticas o convicciones ideológicas, sino por un conjunto de tradiciones que tiene por matriz el pasaje por la batalla. Se trata de virtudes atemporales, como aquellas de los héroes del panteón nacional.

La Armada, convertida a través de figuras como Emilio Eduardo Massera y Alfredo Astiz, o de lugares como la ESMA, en el emblema de las atrocidades cometidas durante la

represión ilegal, era vista como una fuerza que había "rehuido el combate". De allí que sus jefes aparecieran formulando declaraciones tan elementales como que "la flota hizo lo que pudo".[41] Como respuesta los marinos encontraron dos emblemas. En primer lugar, la actuación del Batallón de Infantería de Marina Nº 5, que compuesto por conscriptos con un elevado grado de instrucción y aclimatación había protagonizado algunos de los combates más encarnizados en las islas. En el prólogo a la historia del batallón, su comandante durante la guerra, a pesar de "comprender el inmenso valor de aquellos que aun careciendo de un adecuado adiestramiento, adaptación al ambiente y con escasos elementos enfrentaron la acción con un sacrificio, esfuerzo y determinación encomiables", se ocupa en destacar que relata los hechos de la guerra para no traicionar "a los integrantes de una Unidad que se preparó y combatió con total profesionalismo, incluidos los conscriptos que constituían el 75% de los efectivos asignados".[42]

En segundo lugar, con el hundimiento del Crucero General Belgrano la Armada sufrió el mayor desastre en vidas humanas de la guerra. La nave hundida se transformó en símbolo del precio de sangre pagado por la Marina,[43] pero también en el eje de una disputa que se arrastra hasta nuestros días, en torno a las características del torpedeamiento. La fuerza lo presenta como un "hecho de guerra", en tanto le permite reivindicar un papel activo en el conflicto de 1982:

Tanto es impropio aceptar que el Crucero ARA General Belgrano estaba paseando por los mares del Sur, como decir que el ataque del HMS Conqueror fue a traición (...) De manera que hablar de inmolación, holocausto, traición, víctimas, engaño, mártires para referirnos al crucero (...) y a sus tripulantes puede haber sido un recurso psicológico de oportunidad pero de ninguna manera puede ser el léxico apropiado para expresar conceptos sobre este episodio de la guerra (...) ya no debe mantenerse el papel de víctimas (...) para discutir la soberanía en las Malvinas no debe recurrirse al mal que pudieran haber hecho otros, sino a lo bueno que hicimos y haremos nosotros.[44]

Esta posición contradice la propaganda argentina durante la guerra y, en fechas más recientes, confronta con las acciones legales internacionales que presentaron asociaciones de veteranos y familiares de caídos contra Margaret Thatcher.[45]

Casi veinte años después de la guerra, una historia de la actuación de la fuerza titulada sintomáticamente No vencidos, diferencia la conducción política de las virtudes de los cuadros, y atribuye las críticas al clima político de la transición a la democracia:

La Armada no pudo combatir en la forma clásica que conocemos a través de otros conflictos mundiales. No peleó así porque no se presentó la oportunidad, que estuvo tan próxima aquel 1° de mayo de 1982 (...) pero sus hombres, casi todos sus hombres, dieron muestra cabal de su valor, dentro de los planes que rigieron su accionar.

Cuidado entonces de no caer en críticas que no son otra cosa que el producto de no haber asimilado el impacto de la derrota, el "síndrome Malvinas".

Las carencias en el accionar conjunto de las Fuerzas Armadas fue una dolorosa realidad. Pero en lo relativo a los hombres que combatieron hubo profesionalismo, camaradería y

eficiencia.

En cambio, el uso político que se hizo de esas fallas, en los meses siguientes al conflicto, ha causado un daño profundo en el concepto que la sociedad argentina debe tener de sus Fuerzas Armadas, mintiendo sobre su profesionalismo y su entereza en el combate.[46]

El Ejército enfrentó el grueso de las críticas y reclamos por parte de distintos sectores sociales en mucha mayor medida que las otras fuerzas, por una cuestión meramente cuantitativa, pero fundamentalmente por las características de los combates finales, que se desarrollaron en tierra, en las posiciones defensivas en torno a Puerto Argentino. Al interior de la fuerza se planteó una aguda división en la oficialidad entre "el Ejército veterano de Malvinas" y el "Ejército no combatiente".[47] La situación de ruptura interna se verificó sobre todo en relación con los cuadros medios, con mando de tropa y participación efectiva en el conflicto, que reclamaban a la conducción de la fuerza que dieran las explicaciones que la sociedad reclamaba y que a la vez terminara con los cuestionamientos por la represión ilegal. En las respuestas encontradas, el camino seguido consistió en diferenciarse de los conscriptos, y en la reivindicación de la lucha antisubversiva en el mismo plano que la guerra de Malvinas:

En cada oportunidad en que los ingleses debieron enfrentar oficiales y suboficiales (soldados profesionales) argentinos tuvieron serias dificultades para superarlos y aun hubo muchos soldados que combatieron duramente (...) Por eso no concibe que se pretenda poner en duda el coraje de los militares argentinos, ni tampoco su forma de liderazgo, comprobada en múltiples acciones de la lucha contra el terrorismo, en montes y ciudades, y reafirmada ahora en las islas.[48]

Si las críticas al Ejército habían encontrado como vehículo el maltrato a los conscriptos y su padecimiento en los campos de batalla, la respuesta consistió en señalar los logros de la fuerza recuperando algunas experiencias del personal de cuadros. Así lucharon, de Carlos Túrolo, es un libro que apareció poco después de Los chicos de la guerra, de Daniel Kon, y que recopila los testimonios de varios oficiales –subtenientes y capitanes, es decir, cuadros jóvenes–, con el fin de "esclarecer, mediante el simple testimonio de algunos de ellos, la actuación de nuestros combatientes" pues "durante la guerra nuestros combatientes eran héroes absolutos, casi "superhombres". Después del 14 de junio, esos mismos personajes pasaron a ser "ineficientes", "cobardes" e "incapaces".[49]

En la misma línea, Comandos en Acción. El Ejército en Malvinas, de Isidoro Ruiz Moreno, reconstruye la historia de las Compañías de Comandos 601 y 602, y también separa el comportamiento individual de algunos cuadros del desempeño institucional (más concretamente, opone a los mandos intermedios a una conducción ineficaz). Para el autor, profesor de la Escuela Superior de Guerra,

La irresponsabilidad en iniciar un conflicto sin preparación adecuada, y la incompetencia para afrontar sus consecuencias, no cabe a los soldados profesionales de rango subalterno. El seguir los episodios de las Compañías de Comandos 601 y 602 en

Malvinas, integradas por elementos provenientes de diversas unidades, demuestra la conducta general de los cuadros del Ejército Argentino a través de uno de sus componentes, que por componerse de hombres de distinta procedencia, origen y clase, es reveladora de un desempeño que merece nuestro respeto y admiración.[50]

¿Era posible, entonces, conformar un relato nacional, una historia como la aprendida en la escuela hasta las vísperas de la derrota y la masacre política? Los párrafos finales del Informe Oficial del Ejército apelaban a esas tradiciones para recuperar el rumbo nacional y político:

El resultado de esta acción militar no puede engrosar la larga nómina de sus triunfos históricos. En cambio, ella debe ser considerada como un revés ocasional, consecuencia inevitable, ya se ha dicho, de la relación del poder de combate de las fuerzas en presencia. Sin embargo, quede claro en la conciencia de cualquier argentino: la derrota no significa, en modo alguno, fracaso total. La gesta emprendida no ha acabado (...)

En este acervo, que es también acervo de historia patria, estarán presentes todos y cada uno de los gestos bélicos: el aporte de nuestros soldados en la campaña; el sacrificio de los héroes caídos; el sacrificio de los cuadros y las tropas en las operaciones y en el cautiverio; el estoicismo y altivez de los combatientes quienes, sin reproches, y al grito de "¡Viva la Patria!" sobrellevaron con estoicismo el dolor de no haber podido arribar a la victoria (...) Recuperados los efectivos empeñados y restañadas las heridas más urgentes, se han establecido ahora los méritos en campaña, como también, por otra parte, las responsabilidades que pudieron caberles a comandos tácticos y combatientes.[51]

Pero más allá de las posturas de cada arma, es posible señalar dos elementos comunes a las tres. Por un lado, a los cuestionamientos se respondió desde una posición que reforzaba el esquema social de victimización de los conscriptos, como contrapartida al buen desempeño "profesional" de las fuerzas. Esa profesionalidad, por otra parte, formaba parte de una tradición heroica y de servicio a la Patria que estaba más allá de la coyuntura de la transición. En segundo lugar, la guerra de Malvinas se revelaba como símbolo de primera magnitud para ser opuesto a las denuncias por la represión ilegal. Enraizado en elementos nacionalistas de fuerte presencia en la cultura argentina, tocaba una fibra sensible a miles de argentinos, enrostrándoles a los actuales críticos su pasado compromiso con la guerra (y por extensión, con las Fuerzas Armadas). Esta ambigüedad, que había permitido abrir las críticas al régimen en 1982, ofrecía ahora a los militares, también, una eficaz barrera a los cuestionamientos en el contexto de la transición. La transversalidad de Malvinas queda patente en esta situación, como un terreno de confluencia de las adhesiones y reivindicaciones más dispares.

Notas

1 Trespuntos, Año I, N° 24, enero de 1998, p. 9.

2 Ítalo Piaggi, El combate de Goose Green…, op. cit., p. 18.

3 Coronel Francisco Cervo, citado en Jorge Grecco y Gustavo González, Argentina: el Ejército que tenemos, op. cit., p. 135.

4 Reinaldo Bignone, El último de facto. La liquidación del Proceso. Memoria y testimonio, Buenos Aires, Planeta, 1992, p. 251.

5 Ibíd., pp. 254 - 255.

6 Menéndez dependía orgánicamente del general Antonio Domingo Bussi, bajo cuyo comando se instalaron los primeros catorce centros clandestinos de detención en la provincia de Tucumán. Testimonios de sobrevivientes y soldados a las órdenes de Bussi recuerdan que éste hacía participar a los oficiales a su mando al menos en una ejecución de prisioneros.

7 "La otra guerra del general Menéndez", Gente N° 875, 29 de abril de 1982.

8 Uki Goñi, Judas. La verdadera historia de Alfredo Astiz, el infiltrado, Buenos Aires, Sudamericana, 1996, pp. 206-207.

9 Familiares de Desaparecidos y Detenidos por Razones Políticas, El caso Astiz, Folleto (7 de junio de 1982).

10 Por ejemplo: "Las vacaciones del capitán Astiz. Así pasa sus vacaciones el ex integrante de un grupo de tareas de la Escuela de Mecánica de la Armada y el ex jefe de 'los Lagartos' que se rindieron en las Georgias" (N° 964, 12 de enero de 1984). O, un año antes (Gente N° 922, 24 de marzo de 1983), una fotografía de un obrero abrazando a Astiz en uniforme de combate, y el título "Testimonio exclusivo. Cómo empezó la guerra en las Georgias".

11 Revista 10, N° 26, 6 de abril de 1982.

12 Manfred Schönfeld, La guerra austral, Buenos Aires, Desafíos, 1982, p. 245.

13 Clarín, 4 de abril de 1984.

14 Martín Balza, Malvinas. Gesta e incompetencia, op. cit., pp. 8- 9.

15 Ibíd., p. 30.

16 Horacio Verbitsky, El vuelo, Planeta, Buenos Aires, 1995, p. 156.

17 Ibíd., p. 157.

18 Carlos Robacio y Jorge Hernández, Desde el frente, op. cit., pp. 420- 421.

19 Horacio Verbitsky, El vuelo, op. cit., p. 166.

20 Ibíd., p. 171.

21 Ibíd., p. 175.

22 “Yo creo que en Tucumán nosotros nos sentíamos como se pueden haber sentido los ingleses en malvinas: disponían de los satélites de información de Estados Unidos, de su base de Ascensión, de cantidad de barcos y helicópteros”. Testimonio de un comando citado en Isidoro Ruiz Moreno, Comandos en acción. El Ejército Argentino en Malvinas, Buenos Aires, Emecé, 1986, p. 24.

23 La Nación, 7 de octubre de 2004, p. 10. El acusado evoca, en un libro de testimonios (Carlos Túrolo, Así lucharon, “Teniente 1° H. L.”), que al caer herido en el combate de Top Malo House temió que los británicos que los habían vencido a él y a su grupo los remataran. Pero sus captores lo curaron, a pesar de que como él mismo dice, mató a uno de ellos aun cuando ya había recibido la orden de rendirse por parte de su superior. En Margarita Belén, un grupo de presos políticos fue fusilado simulando un intento de fuga. Algunos de ellos estaban heridos en el momento de ser colocados en los vehículos donde los acribillaron. Otros estaban maniatados.

24 El piloto de Pucará Daniel Jukic murió intentando despegar su avión durante un bombardeo aéreo a la base aérea de Puerto Darwin. La prensa lo presentó como muerto en un ataque exitoso al portaaviones británico Hermes. El hecho de que tripulara un Pucará en el supuesto ataque –avión de diseño argentino, originalmente concebido para acciones antiguerrilleras, era un elemento más de la propaganda, un símbolo criollo frente a la agresión imperialista–. Lo cierto es que el Pucará –un avión turbohélice– era particularmente apto para ataques al suelo o contra helicópteros, pero por su velocidad y características era un nulo rival para los Sea Harrier británicos o la defensa electrónica de la flota.

25 Fondo Luis Moreno Ocampo. Archivo de la Asociación Civil Memoria Abierta.

26 Clarín, 5 de diciembre de 1982.

27 Clarín, 16 de marzo de 1983.

28 Clarín, 30 de marzo de 1983.

29 Clarín, 7 de abril de 1983.

30 Clarín, 3 de agosto de 1983.

31 Clarín, 5 de abril de 1983.

32 Véase el capítulo 8.

33 Gente N° 924, abril de 1983.

34 A modo de ejemplo, dos de las conclusiones de dicha Comisión en relación con el Ejército Argentino. Su Comandante en Jefe lo empeñó en las islas “sin la necesaria preparación, en particular para la acción conjunta, y sin la adecuada instrucción ni el equipamiento correspondiente para la lucha, en condiciones rigurosas, contra un enemigo altamente adiestrado”. Como resultado, “durante las operaciones todo esto se tradujo en graves improvisaciones y reducido rendimiento de cuadros y tropa”. En cuanto al Comandante en jefe de la Armada, fue hallado responsable ni más ni menos que de “sustraer un medio esencial del poder militar (la flota de guerra) de un posible enfrentamiento con el enemigo” y en consecuencia “otorgar al enemigo, sin disputárselo, el dominio del mar”. Las citas podrían extenderse hasta el cansancio.

35 En base a este informe los mandos responsables de la conducción del conflicto serían juzgados durante el gobierno democrático, y condenados a penas que los indultos de 1990 dejaron sin efecto.

36 Aeroespacio, septiembre-octubre 1982, p. 40.

37 Clarín, 1º de mayo de 1983.

38 Daniel Cichero, Bombas sobre Buenos Aires. Gestación y desarrollo del bombardeo aéreo sobre la Plaza de Mayo del 16 de junio de 1955, Buenos Aires, Vergara, 2005, pp. 95 y ss.

39 Capitán Pablo Marcos Carballo, Dios y los halcones, Buenos Aires, Editorial Abril, 1983, Prólogo.

40 Ibíd., Contratapa.

41 Clarín, 3 de abril de 1983.

42 Carlos Robacio y Jorge Hernández, Desde el frente, op. cit., Prólogo.

43 El crucero tiene un peso simbólico importante para la Marina de guerra argentina porque fue el buque insignia del almirante Isaac Francisco Rojas durante el golpe de Estado de 1955.

44 Héctor Bonzo, 1093 tripulantes del Crucero ARA General Belgrano. Testimonio y homenaje de su comandante, Buenos Aires, Sudamericana, 1992, pp. 402-403.

45 Federación de Veteranos de Guerra de la República Argentina (FVGRA), Razones por las cuales el hundimiento del Crucero A.R.A. “Gral. Belgrano” es un crimen de guerra (mayo de 1997).

46 Contraalmirante (RE) Horacio Mayorga, No vencidos. Relato de las operaciones navales en el conflicto del Atlántico Sur, Buenos Aires, Planeta, 1998, p. 16.

47 Ítalo Piaggi, El combate de Goose Green…, op. cit., p. 18.

48 Clarín, 27 de enero de 1983.

49 Carlos M. Túrolo, Así lucharon, Buenos Aires, Sudamericana, 1985, p. 7.

50 Isidoro Ruiz Moreno, Comandos en acción…, op. cit., p. 10.

51 Informe Oficial del Ejército Argentino. Conflicto Malvinas, 1983, Tomo I, Desarrollo de los acontecimientos, p. 177.

Capítulo 8

La democracia y Malvinas (1983-1987)

La historia de la Argentina en estos veinte años se ha sostenido sobre dos intenciones de olvido, sobre dos silencios: los desaparecidos durante la dictadura de la década de 1970 y la derrota en la guerra de las Malvinas. Desaparecidos y derrota: dos exclusiones, dos olvidos.

Héctor Schmucler, "Formas del olvido".

El 10 de diciembre de 1983 asumió como presidente el radical Raúl Alfonsín, un candidato que había tomado como eje de su campaña el tema de las violaciones a los derechos humanos. Su política hacia el pasado inmediato transitó un equilibrio delicado entre la voluntad de juzgar a las cúpulas responsables de graves violaciones a los derechos humanos y, al mismo tiempo, su real capacidad política para conducir la transición democrática, tensionada por diversos actores sociales con objetivos políticos muy diferentes.

Entre sus herencias –y por ende, futuros frentes de tormenta– se encontraba también la cuestión de las Malvinas, y las iniciativas oficiales en relación con la guerra y su conmemoración. Una de las primeras medidas presidenciales fue anular por decreto el feriado que el gobierno militar había establecido el 2 de abril, trasladándolo al 10 de junio, fecha en la que en 1829 había asumido Luis Vernet como comandante militar de las Islas Malvinas. Quitaba de este modo un emblema caro a los sectores castrenses.[1] Sin embargo, el 2 de abril de 1984 Alfonsín encabezó el acto central de conmemoración de la "recuperación de las islas Malvinas",[2] realizado en la ciudad de Luján, sede de la basílica cuya virgen es patrona de la Argentina. Allí pronunció un discurso emblemático, aunque poco conocido dentro de los que se suelen citar para ponerlos como paradigmas de sus líneas de gobierno. En él intentó, simbólicamente, restituirles a los muertos en Malvinas su civilidad, como una forma de continuar con la construcción de un panteón republicano.[3]

¿Qué tenía para decir sobre Malvinas un presidente democrático? ¿Cómo restañar la herida al orgullo nacional? ¿Cómo se conmemora una derrota, si ésta además era considerada como una de las causas de la nueva institucionalidad? La conmemoración del desembarco en un proceso de ruptura con un pasado violento planteaba el problema de incorporar un enfrentamiento armado protagonizado por unas instituciones militares muy cuestionadas. Era una contradicción entre los intentos por construir una cultura "pacifista" basada en los valores democráticos y de los derechos humanos, y la demanda de conmemoración de un hecho "guerrero" en un país cuya identidad cultural estaba fuertemente marcada por la presencia militar en el panteón nacional.

Los estados republicanos deben reemplazar la noción de "gloria" militar por la de "sacrificio",[4] como una forma de ejercer la función pedagógica que el culto republicano a los muertos cumple en la conformación de las naciones. La muerte en batalla es la máxima entrega en la defensa de los valores patrios, pero al mismo tiempo constituye un

ejercicio de los derechos cívicos. De este modo se le da un sentido colectivo a las muertes, y al mismo tiempo se ofrecen vías para la elaboración del duelo individual. En este esquema, los soldados-ciudadanos mueren en defensa de una comunidad que a la vez los toma como modelos.[5]

En su discurso, Alfonsín estableció este tipo de contrato:

Hoy 2 de abril vengo aquí a evocar con ustedes, delante de este monumento, a nuestros caídos en batalla, a esos valientes argentinos que ofrendaron su vida o que generosamente la expusieron en esa porción austral de la patria. Si bien es cierto que el gobierno que usó la fuerza no reflexionó sobre las tremendas y trágicas consecuencias de su acción, no es menos cierto que el ideal que alentó a nuestros soldados fue, es y será el ideal de todas las generaciones de argentinos: la recuperación definitiva de las islas Malvinas, Georgias del Sur y Sandwich del Sur (...) Cuántos ciudadanos de uniforme habrán deseado dejar sus cuerpos sin vida entre las piedras, la turba y la nieve, después de haber peleado con esfuerzo y osadía. Pero Dios vio a los virtuosos y de entre ellos los valientes y los animados, de entre los dolidos y los apesadumbrados eligió a sus héroes. Eligió a estos que hoy memoramos. Ungidos por el infortunio, sin los laureles de la victoria, estos muertos que hoy honramos son una lección viva de sacrificio en la senda del cumplimiento del deber (...) Esas trágicas muertes refuerzan aún más la convicción que tenemos sobre la justicia de nuestros derechos.[6]

En sus palabras, el presidente no deslegitimó el reclamo de soberanía, como así tampoco el sacrificio, la entrega y las motivaciones de quienes habían combatido en las islas para morir, o sobrevivir, heridos o no. Pero los combatientes no son soldados, son “ciudadanos de uniforme”: el ideario patriótico que los ha llevado a combatir, además del componente guerrero propio del discurso castrense, es el de la Argentina republicana que tanto está intentando retomar como refundar. Estos ciudadanos, además, son “virtuosos” y “héroes”; su muerte, un compromiso con los reclamos de soberanía. Son héroes en la derrota: son la advertencia de que la satisfacción del reclamo de justicia debe ser buscada por otras vías que la de la violencia. Esto queda claro porque en el discurso también los separa, con claridad, del gobierno de la dictadura que había “usado la fuerza”. Los caídos, y los sobrevivientes, sometidos a unas circunstancias superiores a sus fuerzas, habían cumplido con su deber alimentados por los ideales de “generaciones de argentinos”.[7]

¿Por qué, si había anulado el feriado del 2 de abril, semejante declaración de principios en ocasión de la fecha? Se trató de un intento de quitar a las Fuerzas Armadas el predominio en la memoria de la guerra y, al mismo tiempo, una forma de proponer claves distintas para la apropiación por vías democráticas de emblemas vinculados al nacionalismo, de los que el gobierno militar había abusado. Desde el punto de vista identitario, mantener o volver a poner en circulación símbolos nacionales bajo la invocación de los cuales se habían perpetrado atrocidades no era un problema menor, sobre todo si éstos (por ejemplo, la bandera, el Himno) tenían un peso tan grande como el que tienen en la cultura de un país.[8]

¿Era posible mantener un discurso nacionalista sin quedar asociado a la memoria de la dictadura militar más sangrienta de la historia? ¿Cómo disputar a las Fuerzas Armadas o a la derecha reaccionaria elementos como los de “soberanía” o “patria”? El camino elegido

fue el de intentar quitarle el monopolio de símbolos como ésos a la institución militar, reinstalándolos en el altar republicano, lo que a la vez significaba subordinar simbólicamente a las Fuerzas Armadas al poder político civil (el presidente diferenció las motivaciones de los ex soldados y de los argentinos de aquellas del "gobierno que usó la fuerza" irreflexivamente). Los soldados concurrieron a las islas en cumplimiento de un deber superior y una lealtad a valores que trascendían al gobierno de turno: aquel que los ciudadanos tienen con sus conciudadanos y su patria, en un intento por reemplazar el "orgullo nacional" con el "patriotismo constitucional".[9]

Pero Malvinas y la guerra podían aparecer como un elemento desde el cual reconstruir una visión favorable a los militares desprestigiados por la represión ilegal y por la derrota. Un reconocido analista político consignaba la pobre convocatoria de algunos grupos de derecha en ocasión del aniversario de 1984, y alertaba acerca de "la vana tentativa de abstraer al 2 de abril de su contexto histórico [que] sirve al propósito de sacralizar nuevamente a las Fuerzas Armadas, trocando en glorioso el más irresponsable de sus actos y abriéndoles el camino para un regreso al poder".[10]

Esta posibilidad se daba en un contexto difícil: el mismo gobierno que impulsaba la investigación de las violaciones a los derechos humanos (se había creado la CONADEP por decreto en diciembre del año anterior) para posteriormente llevar a sus responsables a juicio era el encargado, también, de lidiar con la tierra de nadie que significaba el símbolo Malvinas. Debía, de acuerdo a la expresión común en muchos analistas y políticos de la época, "desmalvinizar".[11] El concepto se había originado y extendido a la discusión política de la transición a partir de un reportaje del escritor Osvaldo Soriano al sociólogo Alain Rouquié, aparecido en marzo de 1983 en Humor. Allí, el francés señalaba que la derrota de Malvinas y el descrédito por las violaciones a los derechos humanos tenían que tener un efecto decisivo: "desacralizar a las Fuerzas Armadas":

Porque pese al antimilitarismo táctico de los últimos tiempos, en abril de 1982 otra vez hubo quienes sacralizaron el ejército. Otra vez con "San Martín, el santo de la espada" y todo eso. Ahora, con este error, esta debacle, esta utilización incalificable de la tropa y el material, puede que se desacralicen las Fuerzas Armadas. Con una condición –que los militares no aceptarán fácilmente–, y que es ésta: quienes no quieren que las Fuerzas Armadas vuelvan al poder, tienen que dedicarse a "desmalvinizar" la vida argentina. Eso es muy importante: desmalvinizar. Porque para los militares las Malvinas serán siempre la oportunidad de recordar su existencia, su función y, un día, de rehabilitarse. Intentarán hacer olvidar la "guerra sucia" contra la subversión y harán saber que ellos tuvieron una función evidente y manifiesta que es la defensa de la soberanía nacional (...) Malvinizar la política argentina agregará otra bomba de tiempo en la casa Rosada.[12]

Para Rouquié este proceso de desmalvinización[13] era necesario debido a que encontraba una

militarización muy profunda de la vida política y a la vez una politización de los militares que no es fácil de eliminar. Por eso cuando se dice que hay que cambiar las Fuerzas Armadas o que hay que modificar los programas de las escuelas, instaurar cursos de

educación democrática para que los militares sean mejores, se incurre en el idealismo. Lo que hay que cambiar en profundidad no son sólo los militares, sino también los civiles. Lo que hay que cambiar son las expectativas, el sistema de valores, de normas que conducen a la militarización del sistema político y a la politización del sistema militar.[14]

No es casual, como veremos en el capítulo siguiente, que las manifestaciones públicas de los ex combatientes avanzaran contra lo que consideraban la política desmalvinizadora tanto del gobierno militar en retirada como del primero democrático. Sólo que para ellos "desmalvinizar" significaba, lisa y llanamente, el abandono de la mención y el reconocimiento a su actuación en Malvinas, sin que esto implicara una reivindicación de las Fuerzas Armadas. En muchas ocasiones, en realidad, era exactamente lo contrario. Sin embargo, como la guerra en el archipiélago estaba asociada a la dictadura, sus reclamos estaban peligrosamente asociados a la reivindicación de la "guerra sucia".

En ese sentido, frente a los problemas de la transición, el politólogo francés acertaba al afirmar que "llevar al centro de la vida política la recuperación de un archipiélago desértico, aun si ustedes lo llevan en el corazón por razones históricas, es algo voluntariamente destinado a desviar la evolución de la vida política de los canales que debería adoptar".[15] Pero lo que para un analista era un dato de la agenda política, para los cerca de diez mil combatientes era la clave identitaria de su reingreso a la civilidad: la guerra. Y para las Fuerzas Armadas, la posibilidad de lavarse en parte la sangre de sus compatriotas, y de aludir, implícitamente, al respaldo que amplios sectores de la ciudadanía les habían dado tanto en 1982 como, por extensión, en 1976.

La guerra de Malvinas, en consecuencia, fue considerada como un síntoma de una sociedad que había militarizado sus formas de relacionarse, y que debía ser reeducada. Pablo Giussani, un periodista vinculado al alfonsinismo, criticó de este modo el juicio que por la conducción de la guerra estaba llevando a cabo el Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas. Ésta era una medida superficial, en tanto no cuestionaba el origen ilegítimo del poder militar:

Las torpezas y negligencias de Galtieri y sus acompañantes en la conducción de la guerra malvinense son en todo agravantes de una culpa primordial, que es la de haber violado aquel principio. Este pecado original de la aventura malvinense, sin embargo, no tiene cabida en el objeto procesal del juicio que lleva adelante el Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas. Cuestionar la conducción de una guerra por el mero detalle de las ineptitudes militares que la llevaron al fracaso significa implícitamente justificar la guerra como tal y dejar intacta una cultura exaltadora de la espada que ha figurado entre los factores más degradantes de la vida política y social de la Argentina en el último medio siglo.[16]

Jaqueado por las presiones militares, el presidente Alfonsín, pese a sus esfuerzos, realizó uno de los actos más "malvinizadores" de ese quinquenio, en Semana Santa de 1987.

La remilitarización de Malvinas: Semana Santa de 1987

Las contradicciones que generaba Malvinas fueron puestas en evidencia al producirse la primera crisis militar de proporciones desde el final de la dictadura. El levantamiento carapintada conducido por Aldo Rico, durante la Semana Santa de 1987, mostró el peso simbólico de las islas y la falta de un consenso acerca del significado que se le asignaba a la guerra. En el verano de ese año, en respuesta a la sanción de la Ley de Punto Final (1986), los cuadros medios de las Fuerzas Armadas habían manifestado su inquietud ante la catarata de presentaciones judiciales en su contra que se presentarían. Finalmente, en abril, el coronel Aldo Rico –jefe de comandos en la guerra de Malvinas– ocupó la Escuela de Suboficiales en Campo de Mayo en demanda de una "solución política" a la cuestión del enjuiciamiento de quienes habían participado en la lucha contra la subversión.

En respuesta a este acto, y siguiendo una convocatoria del gobierno, hubo grandes movilizaciones en todo el país, y una multitudinaria concentración en la Plaza de Mayo. Hubo serios temores de que la movilización popular se dirigiera a Campo de Mayo y se produjera una masacre. Las asociaciones con la guerra en las islas fueron una constante durante los días que duró la sublevación:

Un grupo numeroso de oficiales se negaba a cualquier forma de rendición: "Deponer las armas es una cosa. Yo no me rindo. Ya lo tuve que hacer una vez con los ingleses. No voy a capitular ahora frente a un enemigo que no existe".[17]

El presidente Raúl Alfonsín, desde los balcones de la casa de Gobierno, anunció que iba a Campo de Mayo a demandar la rendición de los rebeldes. Mientras tanto, columnas de tropas "leales" demoraban un tiempo increíble para rodear a los rebeldes, y protagonizaban para los fotógrafos y las cámaras de la televisión escenas de confraternidad con los civiles en su ruta rumbo a Campo de Mayo. Una plaza expectante escuchó que a su regreso el presidente comunicaba que

Los hombres amotinados han depuesto su actitud. Como corresponde serán detenidos y sometidos a la justicia. Se trata de un conjunto de hombres, algunos de ellos héroes de la guerra de las Malvinas, que tomaron esa posición equivocada.[18]

La apelación por parte del presidente Alfonsín a la guerra de Malvinas fue una desgraciada remilitarización de la memoria de la guerra, pues ése fue el elemento elegido para atenuar la imagen de los amotinados. ¿Debían ser "comprendidos" por sufrir las consecuencias de la derrota? ¿O el presidente apelaba a elementos más profundos dentro de la cultura política argentina, aquellos relativos al nacionalismo que alimentó el apoyo a la recuperación? ¿No se señalaba de este modo el fuerte compromiso social con una guerra infausta y –por extensión– con los militares comprometidos en ella, con el gobierno que ejercía ilegítimamente el poder y había decidido el desembarco en las islas?

Saltaba a la vista que si la crisis carapintada había sido caracterizada como un atentado contra la democracia, ahora el "atenuante" para los alzados venía a ser su condición de

veteranos. Con la invocación a Malvinas se llamaba a silencio a una sociedad movilizada en defensa de sus instituciones y con dificultades para asumir su pasada adhesión a la guerra. En buena medida, el mecanismo elegido por el presidente democrático (utilizar la participación en la guerra como atenuante y recordar a la sociedad su pasado compromiso con la aventura militar) era semejante a la retórica de los sectores afines a las Fuerzas Armadas, consistente en recordar de todos los modos posibles que no habían estado solos en sus acciones.

La más rancia derecha encontró en los hechos de Semana Santa un emblema. Un volante de la Guardia Nacional San Ignacio convocaba de este modo:

Te pregunto qué esperas hermano

para ir a pintarte la cara.

Si no tienes betún de combate

corre pronto a las turbas heladas

y recoge ese barro amasado

con la sangre allí derramada.

(...) Eres los Estados Unidos

eres el futuro invasor

de la América ingenua que tiene sangre indígena,

que aún reza a Jesucristo y aún habla el español.[19]

Algunas agrupaciones de ex soldados tomaron distancia de la caracterización presidencial de los sublevados como héroes. Al referirse a la situación militar sostenían que “no podemos, por una cuestión de justicia, decir [a los carapintadas] ‘héroes de Malvinas’ como los llamó el presidente de la Nación en Semana Santa. Para nosotros los únicos héroes son los que cayeron combatiendo al imperialismo en Malvinas”.[20]

Héctor Beiroa, secretario de Prensa de la mesa de conducción de Ex Combatientes, se ocupó de recalcar que la sociedad no debía confundir a quienes habían combatido en las islas con la generalidad de los militares. Apelaba, inclusive, a algunos de los elementos que habían emblematizado la estafa a sus compatriotas. Pero, sobre todo, apelaba a un lugar de legitimidad para hablar, que venía dado por el haber combatido en las islas como parte de una lucha ancestral. Su denuncia, por otra parte, muestra la maniobra consistente en apelar a una guerra considerada justa para incluir bajo su paraguas de legitimidad hechos aberrantes:

En lo que nos atañe, lo que más nos amargó –siempre desde este lado de la plaza– fue la caracterización de “héroes de Malvinas” con que se designó a los comandos rebeldes.

Primero, porque sólo algunos de los rebeldes participó (sic) de la batalla de Malvinas. Rico, verdad es decirlo, fue un buen comandante en las islas. Pero eso no exculpa a un arma que en pleno conflicto se dedicó a estafar al pueblo con el Fondo Patriótico y a vender en los kioscos los chocolatines que se donaban. En segundo lugar, porque desde las esferas oficiales, jamás se recuerda a los miles de civiles que, como soldados rasos, murieron como reales héroes y mártires en la lucha contra la dominación inglesa. Para Rico, los ingleses siguen siendo adversarios; pero para nosotros –que no somos liberales como aparentemente es él– fueron, son y serán enemigos de nuestra patria y de nuestro pueblo.[21]

También hubo quienes relativizaron desde posturas menos extremas la calidad de combatientes de Rico y sus compañeros. Osvaldo Soriano, por ejemplo, escribía que

Aldo Rico es un oficial duro, valiente si uno les cree a los que fueron sus subordinados durante la guerra de las Malvinas. Últimamente está apareciendo una enorme cantidad de valientes que pelearon en las islas, por lo que ya no se explica muy bien por qué sufrimos una derrota tan fulminante a manos de los piratas ingleses.[22]

Hasta cierto punto, esta ironía respondía tanto a la crisis como a un clima más generalizado, consistente en contraponer la actuación en la guerra con las denuncias por crímenes contra la humanidad. Sin embargo, estas posturas fueron minoritarias. La línea argumental del presidente aparece en varias publicaciones de la época, en las que las fotografías de los rebeldes aparecían con sugestivos epígrafes en los que se evocaba precisamente su vínculo con Malvinas, y su actuación destacada en un contexto de desbandada o improvisación generales. Los análisis de la crisis militar destacaban la condición de comandos (soldados profesionales y especialmente entrenados) de los sublevados, y su correcto comportamiento durante la guerra: "¿Y cómo se comportó la unidad de comandos de Rico en las Malvinas? Sobresalientemente. Muchos de sus hombres terminaron heridos o muertos".[23] A su condición de haber pasado por las islas, se agregaba el buen desempeño como un valor agregado que permitiera hacer aceptable –o por lo menos comprensible– su actitud.

Esta reinstalación de los combatientes profesionales a partir del discurso presidencial no implica una hegemonía de las memorias promovidas por las Fuerzas Armadas, sino la apelación a una forma muy específica de ellas, bien distinta de la de los jóvenes conscriptos, los antiguos "chicos de la guerra", que aunque se manifestaron como agrupaciones políticas en respaldo de la democracia en esos agitados días, no ocuparon espacios de resonancia. Las ambigüedades acerca de la guerra habían permitido a Alfonsín echar mano a la imagen militar para definir, apelando a Malvinas, una crisis política originada en las violaciones a los derechos humanos.

Ahora bien, ¿quiénes eran esos jóvenes que descalificaban la autoridad presidencial para definir quiénes eran héroes de guerra y quiénes no? ¿Desde dónde hablaban?

Notas

1 Clarín, 2 de abril de 1984.

2 Clarín, 3 de abril de 1984.

3 Meses después de la victoria de las fuerzas federales sobre las confederadas en Gettysburg (1863), durante la guerra de Secesión de los Estados Unidos, el presidente Abraham Lincoln pronunció un discurso en el que intentaba dar sentido a esa lucha fratricida y que se ha transformado en un modelo de las lecturas republicanas de la muerte por la Patria. Es interesante leerlo antes de avanzar en nuestra argumentación: "Estamos empeñados en una gran guerra civil, por la cual se verá si esta nación o cualquier nación concebida y basada como ella, puede sobrevivir. Estamos reunidos en un gran campo de batalla en esta guerra. Hemos venido aquí para consagrar una parte de este campo al eterno reposo de los que dieron sus vidas para que pueda vivir la nación. Es digno y justo que lo hagamos. Pero, en un sentido más amplio, no podemos dedicar ni consagrar este campo. Los valientes, tanto los que aún viven como los que murieron, que combatieron aquí, lo han consagrado ya, y nuestras pobres fuerzas no pueden añadir ni quitar anda. Apenas escuchará el mundo lo que aquí digamos, y no lo recordará por mucho tiempo; pero jamás podrá olvidar lo que ellos hicieron aquí. Somos más bien nosotros, los que estamos con vida, quienes debemos consagrarnos al trabajo que está aún por terminar, pero que tan avanzado dejaron, y tan noblemente, los que combatieron en este lugar. Somos más bien nosotros quienes debemos consagrarnos a la gran tarea que tenemos por delante; y estos muertos a quienes honramos deben ser un ejemplo que sirva para aumentar nuestra devoción a la causa por la cual dieron ellos la prueba suprema de la abnegación". Citado en Jacques Néré, La guerra de Secesión, Buenos Aires, EUDEBA, 1965, p. 67.

4 Kristin Ann Hass, Carried to the Wall. American Memory and the Vietnam Veterans Memorial, Berkeley, University of California Press, 1998, p. 40.

5 Véase especialmente Kristin Ann Hass, Carried to the Wall, p. 40. Antoine Prost, "Monuments to the Dead", en Pierre Nora (dir.), Realms of Memory. The Construction of the French Past, Nueva York, Columbia University Press, 1996-1997, volumen II, "Traditions", p. 324. Jay Winter. Sites of memory, Sites of Mourning. The Great War in European Cultural History, Cambridge, Cambridge University Press, 1995, pp. 23 y ss.

6 Clarín, 3 de abril de 1984. Mi subrayado.

7 Este esfuerzo por separar a los actores de sus dirigencias aparece claramente en otras iniciativas de memoria de la época: las explicaciones acerca de la violencia del Estado terrorista y guerrillera siguieron también este derrotero. La llamada "teoría de los dos demonios" identificaba dos responsables de la tragedia argentina: las Fuerzas Armadas y las organizaciones subversivas. En el caso de éstas, el discurso acerca de los jóvenes era el de casi adolescentes influidos por sus dirigencias, que se habían comprometido en una lucha idealizada mientras "sus jefes" se había salvado.

8 Aguilar Fernández y Humblebaek señalan que el "uso abusivo" de la simbología nacionalista y patriótica por los gobiernos totalitarios (ellos analizan el caso de Franco) dificulta su apropiación y resignificación por parte de la izquierda. Véase Paloma Aguilar Fernández y Carsten Humblebaek, "Collective Memory and National Identity in the Spanish Democracy", en History & Memory, números 1/2, otoño de 2002.

9 Ibíd., p. 141.

10 Horacio Verbitsky, La posguerra sucia. Un análisis de la transición, Buenos Aires, Legasa, 1985, p. 171.

11 Nos ocuparemos del sentido que los ex combatientes le dieron a esta palabra en el capítulo siguiente.

12 Humor, Nº 101, marzo de 1983.

13 Había una tradición de purificaciones semejantes. En Europa, tras el final de la Segunda Guerra Mundial se dio la llamada desnazificación, mientras en la Argentina, los golpistas de 1955 intentaron la desperonización.

14 Humor, Nº 101, marzo de 1983, p. 45.

15 Ibíd., p. 50.

16 Pablo Giussani, Los días de Alfonsín, Buenos Aires, Legasa, 1986, p. 373.

17 Gente, Año 19, N° 1135, 29 de abril de 1987.

18 Clarín, 20 de abril de 1987. Mi subrayado.

19 En Stella Maris O'Connell, Los cantos populares en las manifestaciones políticas, Buenos Aires, Ceal, 1992, p. 75.

20 Malvinizar, marzo de 1988, p. 9.

21 Jotapé, N° 7, mayo de 1987.

22 "Crónica de una Pascua inolvidable", El Porteño, mayo de 1987, pp. 36-37.

23 La Semana, 28 de abril de 1987.

Capítulo 9

Volveremos. Los ex combatientes

La patria existe a nivel simbólico. Básicamente, es una metáfora. Si uno trata de hacerla real toda de golpe, se le evaporará de las manos. Usted es uno de los diez mil que deberían saberlo mejor que nadie.

Carlos Gamerro, Las islas.

Un acto

La Plaza de Mayo, en la ciudad de Buenos Aires, es el símbolo político e histórico nacional por excelencia. La rodean la Catedral, la Casa de Gobierno, el Banco de la Nación, el Ministerio de Economía. Fue el escenario de las masivas concentraciones peronistas a partir del 17 de octubre de 1945, fue bombardeada en 1955, y fue sede del dramático enfrentamiento del 1º de mayo de 1974. Vedada a los ciudadanos luego del golpe del 24 de marzo de 1976, comenzó a ser transitada, en marcha alrededor de la pirámide de Mayo, ubicada en su centro, por las madres de pañuelo blanco. Multitudes la colmaron cuando la Argentina obtuvo la victoria en el Campeonato Mundial de Fútbol en 1978, miles de personas intentaron alcanzarla durante la movilización de la Confederación General del Trabajo, el 30 de marzo de 1982, y otros miles acudieron a ella en apoyo a la recuperación de las islas Malvinas pocos días después, el 2 de abril.

Frente a la Casa de Gobierno, cruzando la Plaza, se encuentra el Cabildo, un edificio colonial fuertemente asociado a los comienzos de la historia de la independencia argentina, sobre todo como una consecuencia de las efemérides instaladas en el sistema escolar. El 2 de abril de 1986 se reunieron ante este edificio de amplias arcadas y tejas rojas miles de manifestantes, la gran mayoría de ellos de menos de veinticinco años. Muchos vestían prendas militares: gorros, boinas y chaquetillas, y llevaban numerosas banderas argentinas. Asistían al acto convocado la Coordinadora Nacional de Centros Ex Combatientes.

Esa tarde, Miguel Ángel Trinidad, uno de sus dirigentes, habló de este modo:

La idea de realizar una movilización al Cabildo surgió de la necesidad de acercar la causa de Malvinas a las causas que, por la Liberación Nacional, embanderan cotidianamente a nuestro pueblo. Cuando la reacción y la oligarquía quieren hablar, golpean las puertas de los cuarteles; cuando es el pueblo el que quiere expresarse, golpea las puertas de la historia. En muchas oportunidades nos critican por levantar consignas que algunos ‘demócratas’ tildan de políticas. Bien saben que nuestra organización lucha por los problemas que, desde la culminación de la guerra de las Malvinas, padecemos los ex

combatientes. Pero se olvidan —y lo anunciamos sin soberbia— que nuestra generación ha derramado sangre por la recuperación de nuestras islas y que eso nos otorga un derecho moral (...) Durante la guerra de Malvinas se expresó una nueva generación de argentinos que, después de la guerra, conoció las atrocidades que había cometido la dictadura. Nosotros no usamos el uniforme para reivindicar ese flagelo que sólo es posible realizar cuando no se tiene dignidad. Nosotros usamos el uniforme porque somos testimonio vivo de una generación que se lo puso para defender a la patria, y no para torturar, reprimir y asesinar.[1]

En las palabras del ex combatiente, enunciadas desde ese lugar específico, se concentran los elementos claves puestos en discusión durante la posdictadura argentina: las violaciones a los derechos humanos, la revalorización —y construcción— de la democracia, y las consecuencias de la guerra de Malvinas. Trinidad reclama para él y sus compañeros un lugar en la sociedad ganado a partir del derramamiento de sangre en la guerra del Atlántico Sur: es la experiencia bélica la que otorga a los ex combatientes ese “derecho moral”. Quienes lo escuchan no deben confundirse: ellos son el verdadero ejército, porque son los que pelearon por la Patria.

Para los ex combatientes, la experiencia de la guerra era la oportunidad para refundar un país, con el protagonismo central de quienes habían llegado más alto en su sacrificio por él: los jóvenes soldados. Para eso proponían una serie de políticas concretas:

Es necesario que el Congreso forme una comisión bicameral para investigar y juzgar como corresponde a todos los que entregaron la patria en las manos del imperialismo. Y no sólo a los militares, a quienes quieren lavar en un juicio que resulta una farsa de la justicia que es parte de la dictadura —como es el Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas—, sino también a los políticos y a los economistas que formaron parte del gabinete de entonces.

Este debate popular se lo proponemos también a las Fuerzas Armadas, para que se integren con dignidad a nuestro pueblo. Porque es necesario que lo imiten, si no quieren ser vueltos a utilizar por la clase que detenta el poder en nuestro país: la oligarquía.

Nunca más la doctrina de Seguridad Nacional. De aquí en más la Doctrina de la Malvinización, donde podamos decir y gritar que vamos a volver a las Malvinas el día en que en la calle existan uniformes de Fuerzas Armadas dignas, el día en que nuestros trabajadores tengan salarios y vida digna, y no tengan que hacer paros ante un gobierno que desoye la voz del pueblo. Vamos a volver el día en que nuestro gobierno no se avergüence de tener ex combatientes. Vamos a volver cuando hayamos consolidado esta democracia para que se exprese directamente la voz de nuestros reclamos. Vamos a volver el día en que el presidente Alfonsín decida no ser el virrey de la colonia y sí el mandatario de los argentinos. Vamos a volver cuando no tengamos traidores detrás nuestro. Vamos a volver con mandato popular. Vamos a volver el día que la patria sea enteramente libre. Vamos a volver por la dignidad nacional.[2]

Para los ex soldados, el “volveremos” coreado durante sus actos significaba mucho más que el regreso a las islas. Era, lisa y llanamente, la posibilidad de dejar de ser colonia, de ejercer el “mandato popular” y recuperar la “dignidad nacional” perdida por un país

devastado económicamente por “la oligarquía”. Volver a Malvinas era, sencillamente, recuperar la Argentina.

Ahora bien, ¿cuál era el espacio para un discurso con estas características, en el contexto de la década del ochenta?

Recuerdos de guerra

Frente a las imágenes sociales circulantes en la prensa acerca de los que regresaron de las islas y frente a los discursos de los gobiernos militares y democráticos en torno a la guerra de Malvinas, ¿cómo se ubicaron los ex soldados?

Algunos de los miles de jóvenes que regresaron de las islas se agruparon políticamente a partir de su experiencia de guerra. En las convulsionadas aguas políticas de los años ochenta, ellos decidieron hablar como una generación con derecho a hacerlo por haber puesto en riesgo su vida en nombre de la Patria. Pero este posicionamiento político estuvo condicionado, sin duda, por el hecho histórico que marcó a fuego sus vidas: la guerra.

¿Qué características tienen los recuerdos de una experiencia bélica? ¿Cómo son las evocaciones de los hombres y mujeres que participan en una guerra? Estas cuestiones son centrales porque estos recuerdos y expectativas (es decir, las imágenes que orientaron sus acciones) y la forma en que se moldearon deben ser tenidos en cuenta a la hora de analizar los mitos sociales sobre Malvinas.

Los hombres en guerra han sido instruidos a partir de una serie de valores entre los que el sacrificio por la patria —y por ende la posibilidad de matar y morir— ocupa un lugar preponderante. Como ciudadanos, cumplir con su deber puede derivar en la pérdida de la vida, lo que a la vez es el máximo sacrificio que un habitante de un país puede hacer por su nación. Esa muerte, a la vez, es inscripta en una genealogía de hechos semejantes, que legitiman tanto el sacrificio como el derecho a combatir. Esto último se relaciona, por lo tanto, con que eventualmente los ciudadanos en guerra se verán “obligados” a matar. En consecuencia, los hombres bajo bandera reciben un entrenamiento específico al respecto, en mayor o menor grado, que abarca los aspectos técnicos tanto como para insertarse disciplinadamente en una fuerza como para, llegado el caso, eliminar al adversario. De resultas, es bueno tener en cuenta que así como el sacrificio de la propia vida es una parte de la situación de guerra, la posibilidad de matar, aunque sublimada en prácticas y entrenamientos, también existe.[3]

Se trata de una cuestión clave en la construcción de las memorias de guerra pero generalmente postergada por las construcciones ex post que se hacen acerca de los conflictos. A la hora de hablar de ellos, surgen diversos discursos que comparten, reconociendo los más variados orígenes, una característica y una necesidad común: la de justificar la muerte de los muertos propios, pues la de los “adversarios” o “enemigos” no estaba en discusión desde el inicio del conflicto (era el paso necesario para la obtención de la victoria: revolucionaria, defensiva, etc.). El resultado es un proceso de victimización, en el que se termina asumiendo que “los combatientes presentes en las zonas de batalla estaban allí para ser muertos, antes que para matar”.[4] Por otra parte, esta percepción de los propios soldados es inseparable del imaginario martirológico cristiano, en donde el

creyente acepta con felicidad la muerte para dar testimonio de su Fe y se salva en ese acto.[5]

Los hombres en guerra son individuos que participan de la posibilidad de "matar legalmente". Son respaldados por todo un aparato ideológico, jurídico y cultural que crea las condiciones para que esas muertes sean posibles sin las habituales sanciones de tiempos de paz (lo que no quita los planteos morales individuales ante esa realidad). Como consecuencia, los soldados en general insisten en su "integridad moral personal", atribuyendo a las circunstancias de la guerra las muertes que eventualmente produjeron.[6]

Una vez restaurada la paz (es decir, desaparecidas las justificaciones para matar), existe en la sociedad civil un deseo de exonerarlos, con diversas explicaciones, de esa "culpa". Pero esto, que es una preocupación en numerosos relatos "civiles", no necesariamente lo es en las evocaciones de los actores de la guerra, los soldados: la situación de batalla hará, en una sorprendentemente numerosa cantidad de ocasiones, que esta cuestión en particular no aparezca como la más urgente en los testimonios: "mientras los civiles, antes y ahora, han estado ansiosos por exonerar a los soldados de su responsabilidad por sus acciones en batalla, los mismos combatientes a menudo estaban ansiosos por aceptar su propia agencia y por juzgar y ser juzgados por sus acciones".[7]

Otra característica de los testimonios de guerra es que muchas veces las narraciones acerca de las difíciles circunstancias vividas toman la forma de un relato de "coraje y resistencia", de supervivencia exitosa. Aun en las condiciones más extremas es posible encontrar evocaciones de hechos como la camaradería, la solidaridad y el respeto por el adversario ,y una valoración positiva de esas experiencias límites. Más aún, y en contraste con los relatos "exonerantes", las memorias de guerra en muchos casos no son antibélicas.[8] Es muy importante tener este elemento en cuenta a la hora de analizar las memorias de la guerra de Malvinas, puesto que hasta ahora hemos encontrado que el lugar en el que los discursos públicos colocaron a los jóvenes ex soldados haría difícil pensar una evocación heroica o una valoración positiva de semejantes experiencias.

En resumen, la experiencia de guerra es excepcional: pone a los hombres en la situación de estar resolviendo permanentemente situaciones límite, decisorias de vida y muerte. Y en consecuencia, muchos veteranos de guerra tienen una muy alta conciencia de ser agentes sociales. La permanente apelación al "yo estuve ahí, yo puedo contarlo" es una marca discursiva de una situación mucho más profunda: los ex soldados, incluso cuando reproducen discursos que tienden a pasivizarlos, no se ven a sí mismo como víctimas, sino como protagonistas activos de su experiencia. Las evocaciones nunca son totalmente "historias de víctimas [porque] ningún hombre con un arma en la mano puede ser enteramente una víctima [...] Cada narrador se cree a sí mismo, hasta algún punto, un agente en su guerra personal, y los agentes no son víctimas. La visión de la víctima es una reacción posterior a la guerra por parte de personas que no estuvieron allí, comprensible y humana, pero equivocada [...] El hombre en la escena probablemente responda a la violencia inimaginable y la muerte que contempla no con horror, sino con asombro".[9]

Ramón Ayala, combatiente en las islas Malvinas, ejemplifica en su testimonio varias de estas nociones. Sirvió en el Batallón de Infantería de Marina Nº 5 (BIM 5) desde el momento mismo del desembarco. Formoseño, conscripto clase 62, peleó en los montes Kent y Tumbledown. Ramón participó en el desembarco del 2 de abril. Producido el desembarco "nos dijeron si queríamos venir y nosotros no queríamos volver (...) ¿Cómo van a quedar los demás y nosotros vamos a venir al continente? (...) Tomamos la decisión nosotros mismos, y nos quedamos". Luego este veterano explica el acostumbramiento a

las condiciones extremas que enfrentó: “A mí no me causó miedo. Ya a lo último agarré como una costumbre. Los bombardeos, todo eso (...) Día y noche nos bombardeaban. No nos dejaban dormir... comer tranquilos”; y pone la situación de matar al adversario en el contexto de la experiencia singular que le tocó vivir. Ante mi consulta por las denuncias de fusilamientos de prisioneros por parte de los ingleses, contestó que: “¡Nosotros también hicimos eso! Cuando bajaban [de los helicópteros] antes de pisar tierra ya los estábamos bajando. Eso... es un crimen de guerra ¡Pero primero estás vos, viste! ¡Lo lamento mucho! Eso paso en todos lados”.[10]

La experiencia de guerra “es inseparable de cuestiones sociales y culturales más amplias. El combate no termina las relaciones sociales, sino que las reestructura”.[11] Así, las sociedades de posguerra enfrentan un problema político que consiste en incorporar esas “sociedades reestructuradas” al marco más amplio de la sociedad que no participó directamente de la batalla. En el proceso resultante, se estructuran narrativas públicas acerca de la guerra. Estas narrativas harán que ni los veteranos ni sus conciudadanos sean los mismos, y en consecuencia, todo proceso de este tipo implica una decisión histórica acerca de qué y cómo recordar, para que una comunidad establezca relaciones y se apropie de una experiencia límite como una guerra.

Si en el plano colectivo la muerte en batalla y el pasaje por la guerra cumplen este papel aglutinante, en el plano individual la experiencia bélica genera otros tipos de lazos, ya que nuevas identidades se construyen sobre la “nostalgia por la camaradería, por un sentido y propósito para la vida, y por la regeneración nacional y personal”.[12] Unidos por la guerra, identificados en la imagen del soldado que reciben como entrenamiento y ven en la propaganda, los veteranos construyen las “nostalgias” que describíamos antes, pensándose a sí mismos como una generación cuya marca identitaria es la guerra.

Reunión y primeros actos

Cuando los jóvenes soldados comenzaron a ser desmovilizados, las autoridades militares intentaron forzarlos a que callaran lo que habían vivido. En muchas unidades los conscriptos fueron obligados a firmar un documento en el que se comprometían a no hablar públicamente sobre sus experiencias:

ARGENTINO

USTED ha sido convocado por la patria para defender su soberanía y oponerse a intenciones colonialistas y de opresión.

Ello le obligó a una entrega total y desinteresada.

USTED luchó y retribuyó todo lo que la PATRIA le ofreció: el orgullo de ser ARGENTINO

Ahora la PATRIA le requiere otro esfuerzo: de ahora en más USTED DEBERÁ (…):

No proporcionar información sobre movilización, organización del elemento al cual perteneció y apoyo con los cuales contó.

Destacar el profundo conocimiento y convencimiento de la causa que se estaba defendiendo.

Exaltar los valores de compañerismo puestos de manifiesto en situaciones tan adversas.

Remarcar que la juventud es capaz de hechos heroicos.

No comentar rumores ni anécdotas fantasiosas, hacer referencia a hechos concretos de experiencias vividas personalmente.

RECORDAR QUE TODOS debemos perpetuar la forma heroica como nuestros soldados que dieron sus vidas por la Soberanía Nacional.[13]

Los jóvenes ex soldados se confrontaron en diversas formas con las visiones sociales acerca de la guerra. En muchos casos, la respuesta fue individual e inorgánica, y en situaciones extremas se manifestó en trastornos psicológicos y suicidios. En otros, probablemente nutriéndose del clima político de los últimos meses de la dictadura y los primeros de la democracia, y también por experiencias políticas previas de algunos de ellos, comenzaron a agruparse.[14] El 26 de agosto de 1982 un grupo muy pequeño de ex soldados, organizado por Jorge Vázquez, anunció en el Club Italiano de la ciudad de Buenos Aires la formación del Centro de Ex Soldados Combatientes de Malvinas (CESCEM). Contaban con el apoyo de algunas fuerzas políticas de izquierda y el SERPAJ (Servicio Paz y Justicia). En su declaración de principios establecían:

Si bien el 14 de junio pasado concluyeron las acciones bélicas en el Atlántico Sur, la guerra aún no ha terminado. Las armas serán otras. No al igual que las que empuñamos en el campo de batalla. Por ello, es que los ex soldados combatientes en Malvinas, consustanciados con los más puros sentimientos nacionales y conscientes de la responsabilidad histórica de la hora actual que pesa sobre esta generación a la cual pertenecemos en forma ineludible e inseparable, hemos decidido nuclearnos para continuar esa batalla.

Nuestras armas, esta vez, serán las más nobles: el trabajo, el estudio, la soberanía, la paz, la participación de la juventud en el quehacer de la comunidad y la solidaridad social.

Por lo tanto, los componentes del CENTRO DE EX SOLDADOS COMBATIENTES EN MALVINAS se comprometen a cumplir fielmente los principios que a continuación se enumeran:

Honrar pública y permanentemente a los soldados caídos, en defensa de nuestra Soberanía.

Solidarizarnos con los ex combatientes y familiares de aquellos que regresaron imposibilitados tanto física como psíquicamente.

Mantener encendida la llama de la nacionalidad que ha iluminado al Pueblo Argentino en la recuperación de nuestras islas Malvinas.

Incentivar a todos los sectores de la población a realizar actos solidarios con los ex combatientes y crear una conciencia solidaria dentro de la comunidad.

Realizar ayuda material y psicológica a los ex combatientes imposibilitados, y en un futuro trasladar esa ayuda a toda la población.

Todas nuestras actividades estarán encuadradas dentro de estas premisas básicas, establecidas en la Constitución:

PAZ, para construir los pilares de la Nación;

SOBERANIA NACIONAL, para sostenerlos;

SOLIDARIDAD, para cohesionarlos;

PARTICIPACIÓN DE LA JUVENTUD EN LA COMUNIDAD, para fortalecerlos;

UNIDAD LATINOAMERICANA, como ideario supremo de esta generación argentina, plasmado por los principios orientadores del apostolado Sanmartiniano y de los Héroes que gestaron la independencia de las Provincias Unidas de Sud América.

POR TODO ELLO, y para alcanzar el estricto cumplimiento de este sublime cometido histórico, sostenemos que todo aquel integrante de este Centro de ex soldados Combatientes que no cumpliere con estos principios no sólo será juzgado por la Patria, sino también por nuestros muertos en la BATALLA DE LAS MALVINAS.[15]

Los miembros de este centro estaban unidos por la idea de ser una generación constituida por la ocurrencia de la guerra y rechazaban específicamente la participación en la agrupación de suboficiales y oficiales. El corte era claro: diferenciarse de las Fuerzas Armadas y recuperar el protagonismo de los civiles bajo bandera. Sus principales objetivos eran homenajear y recordar a los caídos en las islas, luchar para mantener “encendida la llama de la nacionalidad que ha iluminado al Pueblo Argentino” y promover la solidaridad y el intercambio con otros sectores de la sociedad civil. Por último, una cuestión urgente era aquella vinculada al apoyo material y psicológico a los ex combatientes “imposibilitados” y “en un futuro trasladarlo a toda la población”.[16] En este último párrafo se evidencia que la experiencia bélica es la que funda la voluntad de intervenir políticamente. Pero esta intervención no queda restringida, al menos en los principios organizativos de la agrupación, al grupo afectado por la guerra, sino que se trata de apoyar a “toda la población”.

El 2 de abril de 1983 el Centro organizó un acto paralelo a la conmemoración oficial, pero no fue autorizado.[17] Hubo una convocatoria a la “Torre de los Ingleses” ubicada en la ex “Plaza Britannia”, en Retiro, donde también se encontraba una estatua de George Canning. En su convocatoria, el Centro establecía que concurrirían “con parte del uniforme utilizado en Malvinas y [que] marcharán encolumnados, pero sin llevar el paso del desfile militar” y “llevando la bandera de guerra”.[18] Manifestaban su indignación, pues “en todos los países del mundo, menos en la Argentina, se homenajea a los que combatieron por la patria”.[19] La marcha fue numerosa, engrosada por gran cantidad de agrupaciones de las juventudes políticas, y hubo consignas antidictatoriales. Uno de los cantos emblemáticos del final de la dictadura apareció entonces. En él se resumían los temas candentes de la

transición, y los muertos en Malvinas eran un compromiso de lucha en un pie de igualdad con el destino de los desaparecidos:

Milicos, muy mal paridos

Digan qué han hecho con los desaparecidos

La deuda externa, la corrupción

Son la peor mierda que ha tenido la Nación

¿Qué pasó con las Malvinas?

Esos chicos ya no están

No debemos olvidarlos

Y por eso hay que luchar

Meses después se formó, con la suma de otros grupos provinciales como los de Chaco y Corrientes, la Coordinadora Nacional de Ex Combatientes, que agrupaba a distintas entidades de todo el país. En diciembre de 1983 realizaron el primer encuentro nacional, en la localidad de Morón, provincia de Buenos Aires, al que acudieron alrededor de cuatrocientos ex combatientes. Según un documento del CECIM (Centro de Ex Combatientes Islas Malvinas) de La Plata, presentado en el XII Festival de la Juventud y los Estudiantes en Moscú, a finales de julio de 1985, el movimiento de ex soldados conscriptos tenía alcance nacional: reunía "22 centros que nuclean a más de 4000 ex combatientes".

Los jóvenes de uniforme pasaron a ser una de las presencias fuertes de la década del ochenta. En 1984 —ya durante el gobierno constitucional— el acto del Centro reunió unas quince mil personas, entre ellas tres mil ex combatientes, "jóvenes de 20 años con chaquetas militares, borceguíes, birretes y hasta cascos de guerra. Algunos tenían boinas rojas, como las que utilizan los paracaidistas de Córdoba, y otros, negras".[20] En esa ocasión la estatua de George Canning [figura particularmente detestada por el nacionalismo argentino, ya que impulsó,en 1825,la firma del Tratado de Amistad, Comercio y Navegación entre las Provincias Unidas del Río de la Plata y Gran Bretaña] fue arrojada al Río de la Plata y la proclama preparada no pudo ser leída debido a incidentes entre las juventudes partidarias. Este documento afirmaba que "hoy nos sentimos traicionados. Fuimos convocados, se nos pidió todo y a dos años de aquella fecha no se nos explican todavía las causas de la derrota. Sentimos que se quiere echar un manto de olvido sobre el pasado reciente y fuimos tratados de subversivos por negarnos a enterrar las banderas de la Soberanía Nacional y Territorial y por enlazarlas con la bandera de Liberación Nacional y Soberanía Popular".[21]

La cantidad de asistentes muestra el importante poder de convocatoria de los ex combatientes. El contenido anti imperialista de su convocatoria se materializó en el descarte de un símbolo de la potencia colonialista al río, la estatua del funcionario inglés. El discurso del Centro de Ex Soldados Combatientes de Malvinas recordaba elementos de

algunas posturas sostenidas por distintas agrupaciones de la izquierda revolucionaria en los años sesenta y setenta, que se caracterizaron por una importante militancia juvenil y que sufrieron duramente la represión estatal. Si es comprensible la negativa del gobierno militar a dar circulación y espacio a estos discursos, es importante tener en cuenta que el espacio de la transición, con su vocación de cierre del pasado reciente a partir de su condena, no dejaba tampoco mucho lugar para posturas que se podían asociar a agrupaciones guerrilleras o políticas vinculadas a ellas, es decir, a manifestaciones políticas que tuvieran incorporada la violencia como parte de sus prácticas.

Lazos

A través de algunos actores clave se habían establecido puentes entre la anterior militancia revolucionaria previa al golpe y la de los jóvenes ex soldados. Como destaca Rosana Guber, "la asociación de los ex soldados con las reivindicaciones de las juventudes políticas podía provenir de las primeras dirigencias de ex combatientes, algo más viejas. Precisamente en la ciudad de La Plata era frecuente encontrar conscriptos de mayor edad, porque habían solicitado la prórroga hasta culminar sus estudios universitarios (...) Además, estaban aquellos que habían sido socializados políticamente al interior de sus familias (...) Muchos de los primeros dirigentes del Centro de Ex Combatientes de Buenos Aires eran hijos y hermanos menores de presos políticos, dirigentes gremiales, políticos e intelectuales".[22]

Los vínculos eran más concretos. Algunos de los fundadores del CECIM de La Plata eran militantes de la Federación Juvenil Comunista (uno de sus mitos fundacionales indica que la decisión de agruparse fue tomada por un grupo de ellos bajo el bombardeo en Monte Longdon), mientras que miembros del CESCEM Capital, que dirigieron de hecho las actividades del grueso de los ex combatientes, estaban vinculados al Peronismo Revolucionario. Miguel Trinidad, cofundador del CESCEM, militaba en ese espacio. Formó parte de un grupo que viajó a Brasil a entrevistarse con la conducción montonera que estaba clandestina. Como resultado, hubo un acuerdo a partir del cual los ex combatientes recibirían de los Montoneros apoyo logístico y organizativo.[23]

Más allá estas pertenencias, para los ex combatientes se trataba de mantener una independencia de acción, aunque apoyándose en el movimiento peronista, y en ese procesola estructura montonera legal y clandestina ganó la pelea frente a otras estructuras partidarias:

Se disputaban la influencia sobre nosotros. Los primeros, sin duda, fueron del peronismo revolucionario (…) Nuestro primer afiche, con los tipicos monocromáticos blanco y negro convocando al primer acto del 2 de Abril de 1983, firmado sólo por nosotros, fueron impresos en las maquinas del diario La Voz en la calle Tabare. Un sector de la ortodoxia peronista que se expresaba a través de la Revista "Línea" nos apoyaba muy activamente también. El CdO intentó varios acercamientos pero sin muchos frutos. Guardia de Hierro también, pero no tuvo mucho avance tampoco (...) El sector de Cafiero, el MUSO, el SMATA de Jose Rodriguez, el PJ mismo, en fin, todos siempre estuvieron cerca nuestro, pero la partida la ganó el Peronismo Revolucionario, el espacio antiguo de la Tendencia.

Con Vázquez habíamos arreglado una táctica algo peculiar: él operaba con el peronismo ortodoxo y yo con el arco de la vieja tendencia (...) Los contactos eran simples: reuniones para conversar. Claro, con el aparato de lo que fue montoneros era distinto: había una suerte de hechizo sobre algunos de nosotros, por el tema de la clandestinidad. Nuestros contactos eran gente de la estructura aún clandestina de lo que fueron Montoneros, los disque “pesados”, pero había un acuerdo político estratégico: y lo constituía el “frente militar” que junto con el ex guardiamarina Julio César Urien coordinábamos en el marco de una política hacia las Fuerzas Armadas, teniendo a los retirados oficiales y suboficiales como sujetos de una política. Esto nos resultaba más que atractivo y nos diferenciaba de la estrategias antimilitaristas de la izquierda tradicional. Se había avanzado mucho, conformamos con el UALA y el CEMIDA el capítulo argentino de la Organización de Militares por la Democracia en América Latina y el Caribe (OMIDELAC).

Lamentablemente esta política hacia 1987 no tuvo ya continuidad y luego el fenómeno carapintada terminó por impedir cualquier proyecto en materia de las Fuerzas Armadas.[24]

Otra evidencia del desarrollo alcanzado por las distintas agrupaciones la constituye la atención que pusieron sobre ellos los servicios de inteligencia, tanto durante los meses finales de la dictadura como hasta bien entrada la década del ochenta. Cuando luego de la derrota comenzaron a actuar políticamente, tanto en un plano estrictamente reivindicativo gremial como en clave política partidaria, los ex soldados pasaron a ser clasificados por los servicios de inteligencia en forma similar a la de otros jóvenes de la historia reciente argentina involucrados en actividades políticas: fueron “subversivos”. Bajo el rubro “delincuencia subversiva”,aparecen seguimientos a las primeras agrupaciones de ex soldados combatientes, consideradas una amenaza al mismo nivel que otras agrupaciones políticas revolucionarias de la década del setenta, o las juventudes políticas. En primer lugar, se leían sus vínculos con distintas fuerzas políticas desde la lógica de la infiltración: “Las organizaciones de izquierda trataron de capitalizar el conflicto bélico con Gran Bretaña, realizando actividades de acción psicológica y presentando a ex soldados en actos públicos y/ o internos”. Para los servicios de inteligencia, a finales de 1982 las fuerzas de izquierda le habían ganado de mano a las instituciones: “La Federación Juvenil Comunista ha logrado hacerse cargo del tema ex combatientes, adelantándose a todo intento oficial de regular y/o impulsar esta actividad (...) Conformados e influidos de esta manera, los centros de ex combatientes se han convertido en entidades opositoras al PRN [Proceso de Reorganización Nacional] y las FF.AA.”. Así, la idea de infiltración se complementa con el concepto de que en tanto jóvenes los ex soldados estaban “influidos”, una retórica que también había servido para explicar el desarrollo de las organizaciones guerrilleras.[25]

En aquellos años iniciales de la posdictadura, los ex combatientes confluyeron también con sectores del movimiento de derechos humanos. Una convocatoria de finales de 1982 reunía reclamos que desde el sentido común del presente pensamos como separados: aquellos vinculados al terrorismo de Estado y los relativos a la guerra de Malvinas:

Por el desmantelamiento del aparato represivo.

Contra la escalada de atentados, intimidaciones y secuestros.

Por la aparición con vida de los detenidos-desaparecidos.

Libertad a los presos políticos.

Restitución de los niños secuestrados y nacidos en cautiverio a sus legítimas familias.

Justicia civil sin jueces del Proceso.

Comisión bicameral investigadora.

Pleno empleo, salario digno, salud, vivienda y educación para todos.

Por las garantías de los activistas sindicales y políticos. Contra toda discriminación.

Comisión bicameral investigadora de las actuaciones de los militares traidores de Malvinas. Por la reafirmación de la soberanía en el Atlántico Sur. Por la reivindicación de los compañeros caídos en Malvinas.

Por el juicio y castigo a los responsables del genocidio, la entrega económica y la traición de Malvinas.

Solidaridad con los pueblos latinoamericanos que luchan por su liberación. Contra el imperialismo y toda forma de dependencia.[26]

Sin embargo, las relaciones con el movimiento de derechos humanos siempre fueron difíciles, por los complejos elementos políticos y simbólicos que se cruzaban con significaciones muy diferentes, agravadas por el proceso abierto por el Juicio de 1985 y la reacción militar que culminaría en la Semana Santa de 1987:

Los organismos siempre abrevaron en las aguas alfonsinistas y de la izquierda tradicional que era anti malvinera. Tenían una visión que nos victimizaba permanentemente y no daban espacio a la reivindicación nacional y popular que nosotros le poníamos al tema. Pero a pesar de este escollo político establecimos ciertos contactos, especialmente recuerdo con la APDH, pero con las Madres no. Ellos nos veían con desconfianza, según recuerdo.[27]

El movimiento de ex combatientes no era homogéneo. Si bien alcanzaban la unidad para la organización de algunos actos y encuentros, tenían diferentes posiciones políticas que expresaban la adscripción de algunos de sus dirigentes a diferentes fuerzas partidarias. De todos modos, en los años iniciales del movimiento de ex combatientes había un núcleo de coincidencias básicas: las demandas de reconocimiento, apoyo económico, médico y psicológico, y de trabajo y educación, así como el esclarecimiento de lo que había sucedido en la guerra. Los ejes de este último punto quedaban expresados en el Documento producido como resultado del Primer Encuentro Nacional:

d) Explicación del por qué del falseamiento de la información a la población y a los mismos combatientes durante y después del conflicto.

e) Investigación de los hechos ocurridos en Puerto Darwin y Goose Green, supuestas violaciones de soldados ingleses a la tropa argentina.

f) Investigación sobre abusos de autoridad por parte de oficiales y suboficiales a la propia tropa. Casos de estaqueamiento y otros tipos de castigos físicos.

g) Explicación del por qué de las prohibiciones a organizaciones de ex combatientes que sólo querían realizar misas o actos conmemorativos a sus compañeros. Explicar causas y probar acusaciones públicas de subversivos e izquierdistas.

h) Participación de los ex combatientes en las comisiones investigadoras.[28]

No obstante, es importante tener en cuenta que aquí nos estamos ocupando de la cara política visible de los combatientes en Malvinas. No todos los ex soldados tuvieron ganas de expresarse públicamente. Atravesaban diferentes momentos personales, vinculados directamente con su experiencia en las islas. Ernesto Vallejo, por ejemplo, ni bien volvió "no quería saber nada con nadie":

Unos cuantos compañeros que habían estado todo el año conmigo habían muerto. Hasta hace unos años algunos familiares todavía me venían a preguntar si estaba seguro. Se corrían muchos rumores, circulaban historias raras. Y eso me afectó mucho, hasta el punto de que durante un buen tiempo le dí al alcohol. Yo no hablaba del tema, no estaba de acuerdo con nada. Una vez, en el 84 u 85 fui a una marcha para encontrarme con algunos compañeros, y cuando estaba llegando vi que había banderas de todos los partidos políticos. Entonces me bajé del colectivo, pregunté dónde era el acto de los veteranos y me dijeron: "Este es el acto". Entonces dije: "Esto no es para mí. Hay cosas con las que no se puede jugar".[29]

Omar Olsiewich, por su parte, fue a la primera movilización "porque ya se veía que... como que Malvinas ya fue (...) A nosotros nos molestaba porque nosotros habíamos estado, pero acá la sociedad es (...) Hoy se vende, y mañana se terminó (...) Se desencadenó que estaba la estatua de Canning, creo, que la tiraron a la mierda, se armó un quilombo... Terminamos, nosotros no, pero... un montón cobraron, cuando cayó la Infantería. Y algo que era para ver que estábamos... nos hizo quedar para la mierda, desde mi punto de vista (...) Decíme vos qué ganás con tirar una estatua".[30]

Omar estuvo también en la inauguración de la Casa del Veterano de Guerra, pero allí "Cuando entramos estaban (...) un montón de milicos (...) Yo, viste, me quedé (...) ¿Y esto qué es? Y ahí la tendencia era medio... oficialista. Pero acá si ellos te dan los medios y te ayudan, ¿qué vas a poder reivindicar?"[31] La Casa era fundamentalmente una iniciativa de las Fuerzas Armadas, en un local donado por la Liga de Amas de Casa y patrocinado entre otros por la empresaria Amalia Lacroze de Fortabat. Concebida inicialmente como un hogar de tránsito para los ex soldados del interior que aún no habían retornado a sus hogares, era más incluyente que el Centro —en tanto no estaba cerrada a cuadros de las

Fuerzas Armadas—, y fue notoria la presencia de oficiales de alta graduación que habían estado en las islas, quienes eran sus principales autoridades. Era uno de los primeros pasos para cumplir con una de las recomendaciones del Informe del Ejército: "Se determina la necesidad de apoyar a las organizaciones de ex combatientes integrándolas a los núcleos de reservistas vinculados con cada unidad".[32] En resumen, una forma de controlar a los jóvenes desmovilizados encuadrándolos dentro del sistema tradicional por el cual los soldados de diferentes clases se reúnen en sus regimientos. Sólo que en este caso se daba el hecho inédito de que no se reunirían a evocar su paso por la colimba, sino por una guerra.[33]

Contra la "desmalvinización"

Los tópicos nacionalistas permitían a los ex combatientes dar sentido a su experiencia en Malvinas y al mismo tiempo, y en tanto aquellas habían traicionado a la Nación que les había dado las armas, desvincularse de la dirigencia militar que había tomado la decisión del 2 de abril de 1982. Pero también retomaban elementos de las explicaciones sociales acerca de la guerra. Los ex combatientes se reconocían como un grupo social que a pesar de la represión sufrida había participado en la batalla. Hijos de la educación de un Estado represivo, este hecho, a sus ojos, no hacía más que realzar la forma en la que habían cumplido con el deber superior hacia su Patria:

Pertenecemos a una generación marcada por las frustraciones, las injusticias y el caos que imperó por mucho tiempo en nuestro país, lo que nos otorga la suficiente autoridad para expresar nuestros pensamientos. Apoyamos la lucha en la que participamos. En primer lugar, por su carácter de causa justa, y en segundo lugar porque nos enfrentábamos a un enemigo histórico de la nación Argentina: Inglaterra. Por eso, a pesar de ser una generación castigada, estuvimos hace dos años en los puestos de combate.[34]

La construcción de los ex soldados como víctimas fue resignificada: más que una continuidad en una tradición de exterminio de los jóvenes, estos ex combatientes plantearon su excepcionalidad dentro de esa línea. Es a pesar de ser educados en la represión que ellos han sido actores políticos, y pretenden seguir siéndolo; no pueden ser víctimas porque pese a las malísimas condiciones vividas (que para sus compatriotas los colocaban en ese lugar) habían cumplido con su deber. Y es a partir de esa excepcionalidad —que tiene su origen en su participación en la guerra— donde se producirán las mayores contradicciones entre los relatos públicos de otros actores sociales acerca de la guerra y los de las agrupaciones de ex combatientes.

Los ex combatientes reivindicaban una tradición militar vinculada con posturas que se nutrían en el revisionismo histórico y que les permitía construirse como continuadores de una genealogía iniciada por "San Martín y su glorioso Ejército Libertador, el general Güemes, el almirante Brown, los héroes que defendieron la vuelta de Obligado y (...) todos aquellos que honraron su uniforme contribuyendo al engrandecimiento de la Patria".[35] De este modo, a la par de colocarse en una línea histórica particular se distanciaban de las asociaciones con la dictadura militar. Esta autodefinición los llevaba a denunciar lo que

veían como operaciones políticas tendientes a deslegitimar su experiencia, a partir de señalar lo que entendían como simplificaciones en la discusión política de la transición. Fundamentalmente, aquellas para las que “reivindicar la causa de Malvinas es reivindicar a Galtieri; 2 de abril igual a la Junta Militar; nacionalismo popular igual a fascismo”.[36] En esta línea es que frente al Cabildo podían enorgullecerse de un uso honroso del uniforme, como contrapartida al Ejército represor.

Este sincretismo entre Malvinas y la dictadura es lo que en el imaginario de los ex combatientes aparece como “desmalvinización”: la homologación entre cualquier reivindicación de la justicia de las causas para la guerra y de los motivos y convicciones de quienes participaron en ella con la dictadura militar. Los ex combatientes resignificaron la idea de la “desmalvinización”. Una de sus publicaciones, llamada precisamente Malvinizar,[37] aparecida en 1989, explica el porqué de su título:

¿Por qué Malvinizar? Porque hace siete años volvimos a izar la bandera argentina en nuestras Malvinas y enfrentamos al colonialismo anglo-yanki. Porque cientos de compañeros quedaron en la turba y en las aguas del Atlántico Sur. Porque fuimos derrotados debido a la traición de las cúpulas militares y a la complicidad de los políticos cipayos (...) Porque tuvimos que soportar siete años de desmalvinización alfonsinista y de marginación para los ex combatientes (...) Porque la sangre de Malvinas debe servir para construir una nueva Argentina, sin Malvinas geográficas ni económicas ni políticas y sin “kelpers” argentinos.[38]

En este fragmento aparece sintetizada la batalla argumental que dieron las primeras agrupaciones de ex combatientes: la reivindicación de su experiencia de guerra y de las causas por las que habían combatido, en un tono nacionalista y antiimperialista, el reclamo de un reconocimiento social sobre todo a partir de la entrega de la vida de numerosos jóvenes, y denuncia de la indiferencia estatal, tanto con gobiernos militares como civiles. Este último punto, también, da la pauta de que esta batalla era una contienda que las agrupaciones de ex combatientes sentían que estaban perdiendo (tengamos en cuenta que este editorial es de 1989).

En esta batalla no vacilaron en cuestionar uno de los elementos sagrados de la transición: los derechos humanos y la lucha por su defensa. Un dibujo de Enrique Breccia, en un aniversario del 2 de abril, representaba el cadáver de un inglés cubierto por su bandera, mientras un infante argentino está frente a él bajo la inscripción “Volveremos”. Esto originó una polémica entre Julio Raffo (rector de la Universidad de Lomas de Zamora entre 1973 y 1976, y coordinador del CELS entre 1985 y 1986) y la conducción de los Ex Combatientes:

En la contratapa se reivindica, como todo el pueblo lo hace, la soberanía argentina en Malvinas. Pero se lo hace a partir de la imagen de los hombres que fueron víctimas e instrumentos de la dictadura. Los hombres que irresponsablemente Galtieri envió al sacrificio y Menéndez condujo a la derrota. Los mismos hombres que eran la única base de sustentación de la dictadura militar (...) Además de esto, la ilustración comentada representa un acto atroz y aberrante como es colgar de los pies el cadáver de un vencido.[39]

En su carta, Raffo cuestionaba desde los derechos humanos la ilustración alusiva de los ex combatientes, mientras que a la vez calificaba a los ex soldados de víctimas. En su respuesta, que comenzaba citando la frase de Perón "Al enemigo, ni justicia", los ex combatientes proponían una mirada crítica y un enfoque alternativo a la cuestión de los derechos humanos. Para los ellos la lucha por su defensa, eficaz durante la dictadura, era en el presente un "desarmador de conciencias" y de efectos negativos, en tanto no habían podido enfrentar las explicaciones que equiparaban la violencia emancipatoria con la violencia represiva estatal:

Ud. califica a los soldados que lucharon en Malvinas como víctimas e instrumentos de la dictadura. Nunca ha sido ese el discurso de los compañeros agrupados en el Centro de Ex Combatientes de Malvinas que no han dudado jamás en reivindicar con la frente alta la lucha que libraron en esa parte del suelo argentino, como tampoco han vacilado en criticar duramente a la conducción de las FF.AA. por la totalidad de la política del Proceso y en particular por la dirección de la guerra. La lucidez de estos jóvenes de 18 años que asumieron el riesgo y el sacrificio deberían hacerlo reflexionar a Ud., maduro y distante observador de ese conflicto. A nosotros nos ratifica en la convicción de que la imagen de estos soldados combatientes –que es la del dibujo de Enrique Breccia– es la más válida para reivindicar nuestra soberanía sobre ese territorio (...)

El segundo aspecto de su crítica es el trato al enemigo. Ud. reivindica al gaucho Rivero, ¿conoce las formas que asumió su lucha? Los pueblos en la defensa de su patrimonio son frecuentemente –desde la óptica de las democracias occidentales– "crueles" y "bárbaros". Sobran los ejemplos de esto en las luchas anticoloniales libradas por otros pueblos del Tercer Mundo (...) Una cosa es la lucha por la reivindicación de los derechos humanos de un pueblo sojuzgado por una dictadura; otra el "humanismo" que ha sido y es un gran desarmador de conciencias, porque no prepara para las formas feroces que asume la explotación por parte de las clases dominantes ni contra la brutal agresión imperialista. Esta, y Ud. que ha consagrado varios años al trabajo en este campo bien debe saberlo, es la razón principal de la crisis actual del movimiento de Derechos Humanos en nuestro país. El discurso humanitario sostenido durante la dictadura fue eficaz para la denuncia de la represión, pero hoy, en una etapa en la que el eje es la organización para la concientización y para la lucha contra el dominio imperialista y la explotación económica de nuestro pueblo, este discurso se reveló incapaz de enfrentar, por ejemplo, la teoría de los dos demonios que ha servido para equiparar la violencia ejercida por los luchadores populares a la de la dictadura.[40]

En la respuesta a Raffo aparece expresada la legitimidad construida a partir de la experiencia en batalla ("la lucidez de estos jóvenes de 18 años que asumieron el riesgo y el sacrificio, deberían hacerlo reflexionar a Ud., maduro y distante observador de ese conflicto"). Se trata de que desde la perspectiva de los ex combatientes, su experiencia debía ser la base para la construcción de una nueva Argentina en el marco de las luchas por la liberación de América Latina. Sus distintas agrupaciones, sobre todo las integradas en el Centro, se posicionaron desde ella para cuestionar al gobierno que los había enviado a combatir, pero también para proponer un modelo social alternativo.

Si en los primeros años post-Malvinas, y como una consecuencia de la derrota, la conscripción también estuvo en debate, los ex soldados también tuvieron algo que decir al respecto. Sólo que mientras muchos adultos (entre ellos muchos de sus padres, o de los soldados muertos) abogaban por la abolición de esa práctica, ellos, los jóvenes, sugerían una reformulación de la misma. En una de sus primeras declaraciones públicas hicieron una propuesta al Servicio Militar Obligatorio (SMO) que entre otras cosas sostenía que "basado en la Doctrina de Seguridad Nacional, las Fuerzas Armadas, por encima de una estructura formal se dispusieron como guardia pretoriana de su propio pueblo (...) Como consecuencia de la concepción señalada, sumada al extendido criterio de pensar que el SMO resulta un coto de exclusivo resorte de las Fuerzas Armadas, una estructura anticuada e inhumana se ritualiza año a año. La utilización de ciudadanos como empleados administrativos, cuando no simples sirvientes del cuerpo de oficiales y suboficiales".[41]

Los ex combatientes coincidían con otros sectores de la sociedad, como el FOSMO (Frente de Oposición al Servicio Militar Obligatorio) en la denuncia de los abusos que la conscripción generaba, pero la sintonía acababa allí: los jóvenes no cuestionaban la guerra, sino las formas en las que habían sido preparados para ella y las características de las Fuerzas Armadas. No la validez de su causa, sino la mala conducción que los había hecho fracasar en sus aspiraciones. Su discurso no era antimilitarista, sino que proponían una concepción distinta de las Fuerzas Armadas, constituidas en un verdadero ejército popular.

Esto resulta evidente en el hecho de que veían a su propuesta de Ley de Servicio de la Defensa Nacional "como una forma de evitar un mayor elitismo y aislamiento de los cuadros militares, condiciones que necesita la oligarquía para detentar nuevamente, en un futuro próximo, la conducción de las Fuerzas Armadas (...) Queremos un Servicio Militar donde se nos respete como ciudadanos y, ya como parte del pueblo, estamos dispuestos a luchar por el país, queremos ser protagonistas de nuestras instituciones militares y en la defensa de la nación, y no ser tomados como objetos serviles indefensos frente a los caprichos de los superiores y carne de cañón al servicio de las cúpulas militares vendidas al imperialismo".[42]

La propuesta de Ley para la conscripción está alimentada por la convicción de que la participación en la guerra de 1982 no sólo no debía ser deslegitimada, sino que, por el contrario, debía constituir un elemento que les garantizara un lugar en la discusión política del país que se configuraba en los años de la transición. Ese reclamo por un reconocimiento moral fue acompañado por demandas de reparaciones y reconocimientos materiales. Buena parte de las exigencias de las agrupaciones de veteranos se articularon en torno a la Ley 23109, de Beneficios a los Ex Combatientes. ¿Con qué fin? Este tipo de iniciativas fueron impulsadas por un reducido sector de los jóvenes ex soldados, pero sin duda expresaban reivindicaciones vistas con simpatía por el grueso de los jóvenes veteranos, cuya situación legal, laboral y psíquica fue, en aquellos años, crítica. Por otra parte, hacía a la dinámica política de a agrupación de ex combatientes, como una forma de captar simpatizantes y adherentes.[43]

Las dificultades y demoras para la reglamentación de la norma muestran el nivel de conflicto que el punto de vista que la sostenía representaba para la sociedad de mediados de los ochenta: tomó alrededor de cinco años.[44] La ley establecía beneficios sólo para los "ex soldados conscriptos" y reclamaba la asunción por parte del estado de su responsabilidad con los ciudadanos que habían marchado a combatir. El artículo 5º señalaba que si una junta médica establecía que el interesado sufría alguna secuela

psicofísica derivada del conflicto, "la fuerza en la que este prestó servicio deberá hacerse cargo de la atención médica y de todos los gastos que demande el completo restablecimiento del interesado". Otro artículo, el 8º, determinaba que los jóvenes veteranos tenían prioridad al producirse vacantes de empleo en la administración pública, y el 11º establecía que los ex conscriptos "que carezcan de vivienda propia tendrán prioridad en igualdad de condiciones con el resto de los postulantes en los diversos planes de vivienda". El artículo 12º establecía el derecho a una beca de estudio "equivalente al salario mínimo, vital y móvil".

Pero sin duda, el punto más urticante de este proyecto de Ley era que "las erogaciones provenientes de la aplicación de la presente ley serán solventadas con fondos de las partidas presupuestarias de las respectivas fuerzas armadas".[45] En el contexto que desembocó en la sublevación carapintada de Semana Santa de 1987, una propuesta semejante de atención y obra social por parte de las instituciones militares y la forma propuesta para su financiamiento era una provocación.

Desde la perspectiva de los ex soldados, la actitud negadora de los militares fue continuada por el gobierno radical, tomando como ejemplo las largas que se le daban a la reglamentación de la ley: "Continuado con la coherencia (...) del Proceso, la democracia olvidó olímpicamente a quienes habíamos combatido por la defensa de nuestra soberanía en las Malvinas (...) El desgobierno del mal llamado general Bignone (...) estaba destinado a comenzar la ejecución de la orden del imperialismo: desmalvinizar. Tres años nos llevó explicar y difundir esta nueva táctica, consistente en apagar la noble postura antiimperialista que el pueblo argentino había conquistado a partir de aquellas jornadas de abril (…) Cuando se acabó la soberbia de las botas, comenzó la soberbia de los "funcionarios democráticos".[46]

Por distintos motivos, según el interlocutor al que se dirigiera, el discurso radicalizado del Centro de Ex Soldados Combatientes de Malvinas, grupo hegemónico dentro de la Coordinadora Nacional, no encontró espacios en el contexto de la transición a la democracia. En estas dificultades jugó un papel preponderante el hecho de que el reconocimiento era exigido por una voz que proponía una mirada diferente a la que se estaba construyendo sobre la guerra y reivindicaba el ejercicio de la violencia:

Recordar no significa de manera alguna pretender hacer un ejercicio masoquista de los terribles momentos de la guerra. Significa dignificar el espíritu y las convicciones nacidas de la lucha armada, hecho que marcó a fuego la contradicción 'colonia o patria'. Recordar es mantenerse en la pulseada contra quienes insisten en desmalvinizar al Pueblo, confundiendo la causa de Malvinas, tildando de aventura la batalla (...) Proponemos la formación de una comisión bicameral que investigue la guerra de Malvinas en la que participemos los centros de ex soldados combatientes, únicos representantes jurídicos y morales de los ex combatientes del país, que con sus relatos y testimonios aportarán a dignificar la Nación.[47]

Contra "los chicos de la guerra"

Frente a la victimización que enfatizaba su juventud, los ex combatientes ensayaron diversas respuestas, pero su posición política acerca de la guerra, su apelación a elementos como el uso de uniformes y de una retórica militar dificultaron la circulación de sus relatos. En septiembre de 1984, una flamante publicación del CESCEM afirmaba que su título, Combatiendo. De Malvinas hacia una nueva Argentina, reflejaba esa falta de espacios: “Necesitamos mantener este medio de expresión ya que la prensa “argentina” silencia nuestra voz”. En otra faceta de la “desmalvinización”: “Encontramos a los medios de prensa en su mayoría serviles del poder, predicando su campaña antimilitar. Antes, chupaban las botas, ahora las escupen”.[48]

Sin duda, un enemigo clave de los ex combatientes en cuanto a la construcción de su imagen pública fue la película “Los chicos de la guerra”, estrenada en 1984. El CESCEM proponía una discusión ideológica a partir de la experiencia de la guerra y cuestionaba a sus realizadores por haberla eludido. Sobre todo, refutaba el apelativo de “chicos”:

Reafirmamos que ‘los chicos de la guerra’ cuando pisamos Malvinas dejamos de ser chicos para ser hombres. Los hacedores de esta película manifiestan un cipayismo que puede ejemplificarse en la escena donde se muestra los métodos militares en la conducción escolar, pero se cuida de mostrar (...) el carácter colonialista de los planes de estudio desde las épocas de Mitre y Sarmiento (...) La película es un fresco demasiado superficial. Con respecto a la guerra descubre una vez más la cobardía intelectual que impera sobre vastos sectores del pensamiento argentino, más predispuestos a defender una ‘democracia’ en abstracto que a defender la bandera de Malvinas como estandarte de redención nacional.[49]

La experiencia bélica es la que ha hecho hombres a los jóvenes conscriptos, hombres que a la vez se consideran señalados para participar —o encabezar— un proceso de construcción que califican de “redención”. Sin embargo, el elemento más irritante a los ojos de los jóvenes veteranos era la visión que la película transmitía sobre ellos y sus días en las islas, porque atacaba la base de su identidad como grupo, construida a partir de la guerra. Lo que sobre todo reprochaban a la película era la forma peyorativa en la que describía a los jóvenes, a partir de tratar superficialmente su experiencia de la guerra y sus convicciones:

Omiten en los personajes principales la amalgama de situaciones o características que puedan identificar a la generalidad de los que combatimos (...) Para cada uno de nosotros la trinchera era la extensión de nuestras personalidades (...) Allí teníamos las fotos de nuestros seres queridos, así como banderines del club de nuestra preferencia y todo lo que nos vinculara al resto de nuestra sociedad. En cambio, para el realizador de esta película la trinchera es como un refugio, sólo un escondite para un soldado temeroso. Para esta visión está ausente el orgullo que sentimos por ir a una guerra en defensa de nuestra soberanía.[50]

Esos ideales puestos en crisis por la derrota y por la forma en la que políticamente se discutió la guerra (o mejor dicho, la falta de una posición clara sobre el tema) se

materializó en dos respuestas a los reclamos de los jóvenes veteranos: el predominio del discurso victimizador, y la falta de respuestas materiales a sus necesidades concretas de tiempos de paz. En sus propias vidas estos jóvenes estaban actuando la crisis de una forma de pensar la Argentina, construida durante todo el siglo XX. Y esta crisis fue vivida muy agudamente por muchos de ellos:

A partir de la derrota hubo un acuerdo tácito para olvidar la guerra o para mirar al costado de ese agujero negro [...] Nadie ignora que Malvinas cerró el ciclo de las dictaduras y que fue un factor decisivo para la instauración de la democracia que hoy disfrutamos. Malvinas fue el trágico extremo al que fuimos arrastrados después de largos períodos en los que la muerte se nos había hecho casi una costumbre. Pero también Malvinas fue el comienzo de un doloroso Vía Crucis para gran cantidad de chicos que volvieron con las manos vacías, los sentimientos destrozados y el corazón partido por la muerte vivida en el pasado y por un porvenir que ya no fue el mismo –y quizás no lo será nunca– de antes de la guerra. Hubo muerte allá y hubo un silencio prolongado acá. De alguna forma, la sociedad combatió a los ex combatientes dándoles constantemente la espalda, obligándolos a la marginación, al olvido de sí mismos, y en muchísimos casos, al suicidio. Además de ser los grandes derrotados, los que volvieron parecen haber sido los grandes culpables de una guerra en la que lucharon (obligados o no) por su patria.

La victimización de los jóvenes conscriptos, a la par que la sanción y concentración de la culpa en los individuos en el gobierno en 1982 favorecieron la elusión de responsabilidades por parte de amplios sectores sociales, probablemente ajenos a las terribles consecuencias de tales actitudes en el plano individual. La respuesta de agrupaciones como el Centro de Ex Combatientes, en el quinquenio posterior a la derrota, fue reforzar tanto los símbolos por los que habían ido a combatir, como su reivindicación del pasaje por la guerra. Pero hacerlo las colocaba en una encrucijada muy compleja: reivindicar la experiencia bélica en una clave que tanto tenía de patriótica (en un sentido “estatal”) como de anti imperialista y revolucionaria los hacía confrontar con varios actores a la vez. Con las Fuerzas Armadas, pues los ex combatientes reivindicaban para sí la legitimidad como defensores de la Patria, y dirigieron sus denuncias a un Ejército guiado por la Doctrina de Seguridad Nacional, mientas las instituciones castrenses pretendían para sí la vigilancia conmemorativa acerca de los sucesos en las islas, como una forma de bloquear las investigaciones por violaciones a los derechos humanos. Con el gobierno democrático, pues criticaban su política en relación con las islas y, a la vez, como un arma de doble filo, su reivindicación de la experiencia bélica podía ser leída como un apoyo al maltrecho prestigio de las tres armas.

Al mismo tiempo, su tono combativo, de fuertes reminiscencias setentistas, tenía demasiados puntos en común con el discurso de las organizaciones revolucionarias, muy fresco aún en la memoria, lo que chocaba con la voluntad de cierre del gobierno radical, encarnada en la “teoría de los dos demonios”, que permanente hacía referencia a dos violencias —la de la izquierda y la de la derecha— para generalizar una crítica a cualquier idea de violencia política. Por último, los jóvenes activistas recordaban con demasiada frecuencia el amplio apoyo que muchos civiles habían otorgado a la recuperación de las islas.

Con su mera existencia, las agrupaciones de ex combatientes cuestionaban demasiadas legitimidades a la vez: institucionales, económicas y sociales. Desde el punto de vista simbólico para los jóvenes ex soldados, agrupados o no en asociaciones, el lugar reservado era el que, más ampliamente, se había destinado para la juventud de los años setenta: víctimas de la violencia irracional, tanto estatal como de las organizaciones revolucionarias que irresponsablemente las habían enviado a la muerte. En el caso de los retornados de Malvinas, se agregaba la marginalidad producto del aislamiento y de la locura.

Notas

1 Centro de Ex Soldados Combatientes de Malvinas. Documentos de Post Guerra. Nº 1, p. 23. Mi subrayado.

2 Este es otro fragmento del discurso, sólo que no aparece en la recopilación de documentos anterior. La cita se encuentra en Jotapé, N° 5, Mayo de 1986.

3 Joanna Bourke. An Intimate History of Killing. Face-To-Face Killing in Twentieth Century Warfare. Londres, Granta, 1999, p. 1.

4 Idem, p. 2.

5 No está de más recalcar la cantidad de estos elementos incorporados por los discursos revolucionarios de distintos proyectos políticos emancipatorios a lo largo del siglo XX, que a la vez fueron blanco de la represión dictatorial.

6 En el capítulo 4 vimos cómo Omar se respondía esos cuestionamientos a partir de una cuestión de pura lógica de supervivencia.

7 Joanna Bourke. An Intimate History of Killing, pp. 7-8. Federico Lorenz. “The Unending War. Social Myth, Individual Memory, and the Malvinas”, pp. 98-105.

8 Samuel Hynes. “Personal narratives and commemoration”, pp. 217 y ss. Un veterano recuerda el clima que le tocó experimentar en las islas y lo relativiza de este modo: “Si hubiera hecho calor, nos hubiéramos muerto de calor. Hizo frío... ¡Nos cagamos de frío! Hambre, por supuesto, en cada guerra hay hambre. En una guerra se pasa hambre, se pasa frío, se pasa calor”. (Entrevista a Alejandro Ramón Cano, soldado clase 1962, Grupo de Artillería Aerotransporta 4. 1994.)

9 Samuel Hynes. “Personal narratives and commemoration”, p. 219.

10 Entrevista a Ramón Ayala, clase 1962, Batallón de Infantería de Marina 5. 1994.

11 Joanna Bourke. An Intimate History of Killing, p. 12.

12 Idem, p. 22.

13 Reproducido en La voz del Combatiente de Malvinas, agosto de 1982.

14 Muchas de las notas publicadas como gremial de ex combatientes eran reproducidas por publicaciones partidarias, notoriamente vinculadas al peronismo revolucionario y a la izquierda. En una práctica común a la época, en la que se duplicaba el cuerpo del texto y solamente se le cambiaban los logos y las siglas partidarias.

15 Declaración de principios, 26 de agosto de 1982.

16 Citado en Rosana Guber, De chicos a veteranos, p. 151.

17 Clarín, 30 de marzo de 1983.

18 Clarín, 2 de abril de 1983.

19 Idem.

20 Clarín, 3 de abril de 1984.

21 Centro de Ex Soldados Combatientes de Malvinas. Documentos de Post Guerra. Nº 1, p. 5.

22 Rosana Guber, De chicos a veteranos, p. 128.

23 Miguel Angel Trinidad, comunicación personal.

24 Miguel Angel Trinidad, comunicación personal, mayo de 2011.

25 Archivo de la Comisión Provincial por la Memoria, DIPBA, Mesa DS, Carpeta: Varios. Legajo 20020.

26 Gentileza de Gabriel Sagastume, ex combatiente del RI 7 de La Plata.

27 Miguel Angel Trinidad, comunicación personal, mayo de 2011

28 Primer Encuentro Nacional de Ex Combatientes. Documento, páginas 5-6. Archivo del autor.

29 En Graciela Speranza y Fernando Cittadini, Partes de guerra, p. 205.

30 Entrevista a Omar Olsiewich, clase 1963, Regimiento de Infantería 3. 1994.

31 Idem.

32 Informe Oficial del Ejército Argentino. Conflicto Malvinas, Tomo I, p. 176.

33 Recordemos la carta dirigida por los padres de soldados al presidente Bignone, en la que le "advertían" acerca de la utilización de los jóvenes por intereses ajenos a los de los padres –y de ellos mismos.

34 Centro de Ex Soldados Combatientes de Malvinas. Documentos de Post Guerra. Nº 1 p. 4.

35 Centro de Ex Soldados Combatientes de Malvinas. Documentos de Post Guerra, p. 5.

36 Centro de Ex Soldados Combatientes de Malvinas. Documentos de Post Guerra. Nº 1, p. 16. Podemos reforzar esta idea con una declaración del centro en ocasión de la

condena a los responsables militares de la conducción del conflicto, en diciembre de 1985: "El juicio a los comandantes –responsables militares- de la guerra de las Malvinas, presenta un interrogante bastante serio: ¿Qué o a quiénes se juzga? ¿A los responsables o a la guerra? (...) Un conflicto bélico (...) también se da en lo político y económico y los responsables de aquellas conducciones (...) no están siendo juzgados. El juicio a los responsables del conflicto, evidentemente, es sólo en apariencia. Nos da la impresión de que tanto las voces como los silencios que rodean este "juicio" pretenden juzgar a la guerra de las Malvinas. No queremos que la irresponsabilidad, negligencia, mala intención y cobardía de muchos civiles y militares durante el conflicto queden sin castigo. Pero tampoco aceptamos que se juzgue el hecho de que hayamos osado tocar al imperio; nuestros compañeros que murieron en las islas no entregaron su sangre por un general de turno, ni por las ambiciones de la junta militar, cayeron por lo que con justicia nos corresponde: la Soberanía Nacional de las Malvinas (...) El hecho de juzgar solamente a los militares responsables de las operaciones llevadas a cabo a partir del 2 de abril –catalizando así el problema del conflicto en tres personas– deja entrever la antinacional intención política de hacer de la Batalla de las Malvinas un sinónimo de vergüenza (Documentos de Post Guerra, 1986: 22-23. Mi subrayado).

37 Que, por otra parte, estaba producida por ex combatientes militantes del MAS (Movimiento al Socialismo).

38 Malvinizar, Ano 1, Nº 1, 15 de octubre de 1989.

39 Jotapé Nº 8, junio de 1987.

40 Jotapé Nº 8, junio de 1987.

41 Centro de Ex Soldados Combatientes de Malvinas. Documentos de Post Guerra, p. 2.

42 Ibidem.

43 Así como uno de los estereotipos de esos años era el del joven inexperto, otra de las imágenes fuertes era el de los jóvenes de uniforme pidiendo dinero en los medios de transporte público. Los integrantes de la Casa del Veterano de Guerra, y otras organizaciones zonales, sostenían parcialmente sus actividades de este modo, lo que despertaba las críticas por parte de otros sectores de los ex combatientes.

44 La ley, sancionada y promulgada entre septiembre y octubre de 1984, recién fue reglamentada en 1989; por lo tanto sólo fue posible aplicarla a partir de ese año.

45 Centro de Ex Soldados Combatientes de Malvinas. Documentos de Post Guerra, pp. 8-10.

46 Jotapé, Nº 4, diciembre de 1985, p. 29.

47 Todas las citas anteriores: Centro de Ex Soldados Combatientes de Malvinas. Documentos de Post Guerra, 1986, pp. 18-19. Mi subrayado.

48 Combatiendo. De Malvinas hacia una nueva Argentina. Órgano oficial del Centro de Ex Soldados Combatientes de Malvinas, pp. 1-3.

49 Idem, p. 4. Mi subrayado.

50 Ibidem. Mi subrayado.

Capítulo 10

Se reabre el panteón

Naturalmente, los que siguen viviendo pueden, a partir de los cambios vividos por ellos, introducir cambios también en la vida de los muertos, dando forma a lo que no la tenía o que parecía tener una forma diferente: reconociendo por ejemplo un justo rebelde en quien había sido vituperado por sus actos contra la ley, celebrando a un poeta o un profeta en quien se había visto condenado a la neurosis o al delirio. Pero son cambios que cuentan sobre todo para los vivos. Ellos, los muertos, es difícil que saquen partido.

Ítalo Calvino, Palomar

La crisis de Semana Santa de 1987 reveló la debilidad del gobierno democrático para disciplinar a las Fuerzas Armadas, y tuvo réplicas —debido a esta falencia— en las sublevaciones de enero de 1988, nuevamente comandada por Aldo Rico; de diciembre de 1988, conducida por Mohammed Alí Seineldín y, por último, el sangriento alzamiento del 3 de diciembre de 1990. En el caso de los dos líderes carapintadas, se trata de oficiales de actuación destacada en la guerra que gozan de un amplio predicamento entre los suboficiales del Ejército y aún entre los ex soldados, quienes les reconocen virtudes de liderazgo y el haber compartido sus mismas condiciones de vida durante el conflicto. No obstante, en todas estas ocasiones numerosas agrupaciones de ex combatientes manifestaron su respaldo al gobierno constitucional y su repudio a la reivindicación que los sublevados hacían de la “lucha contra la subversión”. Asimismo, como ya hemos visto, mantuvieron la voluntad de diferenciarse del personal de cuadros sublevado y de la reivindicación presidencial de su pasaje militar por las islas.[1]

La sublevación de diciembre de 1990, que se produjo durante la presidencia de Carlos Saúl Menem, fue reprimido por un veterano de las Malvinas, el general Martín Balza. La política de cancelación del pasado del presidente justicialista, materializada en los indultos de 1989 y 1990, en la repatriación de los restos de Rosas, o en la asistencia de Carlos Menem al entierro del almirante Isaac Rojas (notorio antiperonista, uno de los líderes del golpe de 1955), vio en Malvinas una posibilidad de enfriamiento de la interna militar, a la par de un mecanismo para disciplinar a importantes sectores de los ex combatientes.

En ese sentido, 1990 fue un año clave. En abril, poco después del aniversario del desembarco, Carlos Menem se reunió con un sector de los ex combatientes con fuertes vínculos con militares carapintadas. Algunos de ellos habían tenido un protagonismo importante en el Centro de Ex Soldados Combatientes en Malvinas a partir de principios de 1984, como Héctor Beiroa, o estaban alineados con grupos nacionalistas, como César González Trejo, que finalmente capitanearían una creación del menemismo destinada a controlar a nivel nacional las agrupaciones de ex combatientes, la Federación de Veteranos de Guerra de la República Argentina.

Fue reunido con ellos como flamante conducción que, en abril de 1990, Menem anunció medidas de apoyo a los veteranos de guerra desde la Subsecretaría de la Juventud.[2] La

Federación representaba sólo a un sector de los ex combatientes y estaba alineada con el gobierno, pero fue construida como la única interlocutora institucionalmente reconocida. Funcionó como una base de ex soldados afines a la presidencia justicialista dentro del conjunto de agrupaciones de ex combatientes, y rápidamente adquirió relevancia nacional debido a que fue apoyada de distintos modos, pero fundamentalmente dotada de poder político y recursos en el transcurso de la década del noventa. La Agrupación 2 de abril, muchos de cuyos integrantes conformaron la Federación de Veteranos de Guerra, tenía una oficina en la Secretaría de la Función Pública.[3] El Poder Ejecutivo declaró de interés público el acto de inauguración de la sede de la Federación, y una resolución del Ministerio del Interior (N° 1605) establecía que esta sería la institución que avalaría los pedidos y reclamos de los veteranos de guerra de todo el país ante las instituciones públicas, lo que de hecho obligaba a todos a tramitar sus relaciones con el Estado a través de la Federación. Por último, el 4 de octubre de 1994 y por decreto Nº 1741, se constituyó la Comisión Nacional de Ex Combatientes, dependiente de la Unidad Ministro del Poder Ejecutivo. Se establecía que estaría integrada por representantes de las organizaciones de veteranos de guerra. En la práctica, únicamente ocuparon cargos en ella ex combatientes vinculados a la Federación de Veteranos de Guerra de la República Argentina.

Esta cooptación por parte del Estado tuvo dos hitos muy visibles: en el aniversario del desembarco, y en ocasión de la inauguración del Monumento a los Héroes de Malvinas, el 24 de junio de 1990. Si en la década del ochenta los ex combatientes buscaban diferenciarse de las Fuerzas Armadas en sus gestos y en sus propuestas, en 1990 un sector de ellos afín a la Federación rompió con esta tradición. En su periódico 2 de abril, la agrupación homónima explicaba que:

Los combatientes realizaremos el desfile convocado por el Dr. Menem para el próximo 10 de junio, en el día de la inauguración del Monumento a los Héroes, dirigidos por nosotros mismos, incorporaremos a esa marcha al personal de cuadros que nosotros consideremos adecuado. Ya hemos enunciado anteriormente que la Causa de Malvinas y la defensa de nuestra Patria no tienen relación con una cuestión de sastrería.[4]

Atajaban de este modo eventuales críticas por el desfile en ocasión de la inauguración, en la que una Agrupación Conjunta Malvinas (una forma organizativa mixta de típica concepción castrense), “integrada por veteranos y ex combatientes”, desfilaría.[5] Esta era una respuesta a otras agrupaciones de ex combatientes, reunidas en los restos de la Coordinadora, que habían criticado el acto anunciado por la Federación de Veteranos de Guerra para el 2 de abril, presentándolo como una divisoria de aguas entre los ex soldados:

El 2 de abril hubo dos actos organizados por ex combatientes: el de la Coordinadora de Centros en el Obelisco y el de la Federación de Veteranos de Guerra en el barrio de Lugano. ¿Por qué hicieron dos actos? Esta pregunta merece un debate profundo, porque quienes desfilaron en Lugano y los que en el Obelisco quemamos banderas inglesas y yanquis; estuvimos juntos combatiendo en Malvinas (...) La Coordinadora Nacional de Centros propone la unidad de todos los ex combatientes, sin distinciones políticas, y con la

firme convicción de defender la soberanía argentina y las reivindicaciones sociales que nos han sido negadas durante estos ocho años de desmalvinización.[6]

Por eso, los críticos a la postura pro gubernamental de la Federación, apelando a la historia de las agrupaciones de ex combatientes, afirmaban:

NO DESFILAMOS

Todos sabemos que el 10 de junio no es el día de los ex combatientes. Es el día de Alfonsín. Es un símbolo de la "desmalvinización". Este año el presidente Menem va a presidir la inauguración de un monumento y un desfile al que convoca también a la Federación de Seineldín. La Coordinadora Nacional de Centros no va a ese acto porque es para lavarle la cara a las negociaciones con Inglaterra, a la entrega del país a los enemigos, al indulto a los traidores (...) Una cara manchada con la sangre de los caídos en 1982. Tenemos que decirle no al desfile de la entrega. Ni un solo ex combatiente tiene que estar en ese acto.[7]

¿Por qué esta ruptura? Por un lado, porque aunque el Estado argentino estaba dando señales de una voluntad de responder a los reclamos históricos de los ex soldados combatientes, lo hacía de un modo sesgado y con una finalidad política concreta: terminar con las crisis dentro del sector militar y someter al movimiento de ex combatientes. La Federación agrupaba "veteranos de guerra", y esto era un cambio conceptual muy importante con respecto a las viejas agrupaciones, que distinguían cuidadosamente a sus integrantes a partir de una cauterización histórica concreta sobre la guerra y su contexto: el menemismo y sus organizaciones impulsaban la idea de que veteranos eran tanto los cuadros como los ex conscriptos.

La declaración de la Coordinadora apuntaba a criticar esto: se trataba de la "Federación de Seineldín", pues este era su presidente honorario, mientras que su vicepresidenta honoraria era Delia Rearte de Giachino, madre del primer caído en combate en Malvinas. La Federación, de este modo, actuaba tanto como una posibilidad de gestión de reclamos de los ex soldados combatientes como una puerta para "abrir" la memoria de Malvinas a un espacio común entre los soldados–ciudadanos y los integrantes de las Fuerzas Armadas.[8]

Ese espacio común aparece definido, por ejemplo, en la carta de Seineldín (por aquel entonces preso como consecuencia de sus sublevaciones), leída durante el cuestionado acto de Villa Lugano:

Pueblo y Fuerzas Armadas no son dos entidades distintas ni mucho menos contradictorias y que "están indisolublemente unidos en el objetivo común de construir una Argentina grande y soberana" (...) Hoy, ambos asisten angustiados a estas horas de gravedad para la patria enferma, porque parece que no hay cabida para nosotros en esta Argentina desmovilizada y desmalvinizada. [9]

Para el militar, Malvinas "sigue siendo una gesta que tiene la virtud de un símbolo. Por fin, más allá de las mezquindades particulares y de la abulia generalizada, nos reunía el coraje, la justicia y la grandeza". Seineldín emparentaba la marginación denunciada por los ex soldados conscriptos a la condena social a las Fuerzas Armadas tras la derrota:

No sólo nos derrotó la superioridad material del enemigo, sino la inferioridad moral de los derrotistas (...) desmalvinizar fue el imperativo, y ese imperativo se ensañó con los grandes pilares de la verdadera Argentina: el pueblo y sus Fuerzas Armadas.[10]

Lo que para algunas agrupaciones era inaceptable —reunir a los representantes de las Fuerzas Armadas cuestionadas ("traidoras") con quienes habían defendido legítimamente la soberanía en 1982—, para la Federación se transformaba en una "cuestión de sastrería". Se trataba de una disputa esencial para la identidad de los ex combatientes: los límites de la legitimidad que otorgaba el haber combatido en las islas, la ampliación de una categoría construida por ellos mismos a poco del regreso al continente: aquella que los identificaba como ex soldados conscriptos, en oposición a las Fuerzas Armadas que, según su perspectiva, no sólo no los habían sabido conducir sino que los habían traicionado. Como señala Gustavo Pirich, los vínculos entre la Federación y los carapintadas eran concretos: la figura del jefe preso fue reivindicada en varios editoriales del órgano oficial de la Federación. Más concretamente, el secretario de Hacienda de esta institución fue apresado mientras combatía del lado de los carapintadas durante su última y más sangrienta sublevación.[11]

Es importante destacar, no obstante, que la distinción entre "veteranos" y "ex combatientes" no era necesariamente relevante para las bases representadas, y esto es verificable cuando se observa que muchos usan desde hace tiempo ambos términos indistintamente.[12] Sin embargo, políticamente se trata de una distinción muy importante. Y sin duda lo es para el personal de cuadros veterano de Malvinas, que rara vez refieren a sí mismos como "ex combatientes".

Que la cooptación constituyó una maniobra eficaz lo demuestra el lugar marginal en el que quedaron las agrupaciones más combativas, como el Centro de Ex Combatientes de Chaco o el CECIM La Plata. En 1990, como señalamos, hubo una movilización convocada por las viejas agrupaciones, entre el Obelisco y Plaza de Mayo, apoyadas por juventudes políticas de izquierda y los diputados peronistas del Grupo de los 8 (disidentes del PJ). La novedad es que por la tarde, en el recientemente inaugurado Monumento a los Caídos en Malvinas y en el Atlántico Sur, bajo el lema "la Nación se pone de pie", hubo otro, convocado por la Federación de Veteranos de Guerra de la República Argentina, la Comisión Permanente de Familiares de Caídos en Malvinas y la Juventud "Generación Malvinas".

Durante la movilización de la Coordinadora, el CECIM había distribuido un volante donde reivindicaba los logros que la flamante Federación se atribuía como fruto de la lucha de la Coordinadora de Ex Combatientes. Es posible leer la convivencia entre la denuncia y la impotencia frente al hecho consumado:

Por todo lo que aún no sabés, como por ejemplo la Coordinadora Nacional de Centros de Ex Combatientes de Malvinas (…) que nuclea más de una docena de centros de todo el país. PRESENTES para que no nos olviden, para que no nos marginen o te automarginen, para que el FMI y las transas del Gobierno nacional NO NOS ROBE este legítimo derecho de cobrar NUESTRAS pensiones, y decimos NUESTRAS porque la COORDINADORA la escribió, la peleó y la GANÓ.[13]

En palabras de Miguel Trinidad, uno de los principales dirigentes de la Coordinadora: "el movimiento de excombatientes puede dividirse en las siguientes etapas: 1982-1987, con el Centro de Capital como pivote; el ocaso del CESCEM capital (…), la etapa de la Federación que convive con el CECIM y el Chaco, fundamentalmente en la disputa que hasta hoy sobrevive en nuevas versiones (…) El movimiento de ex combatientes quedó más que atomizado, con pequeñas parcelas que ostentaban su influencia –algo pírrica en caso de las agrupaciones o sectores políticos– en cada Centro de Ex Combatientes, pero con la Federación con todo el apoyo gubernamental del menemismo, y por ende del Ejercito, sea en su versión rebelde carapintada o la inteligencia que nunca respondió a los mandos formales".[14]

Es interesante destacar el hecho de que, junto con la Federación de Veteranos de Guerra, apareció formalmente constituida y convocando de manera conjunta a los actos la Comisión de Familiares de Caídos en Malvinas, que se constituiría como asociación civil en 1994 y que se colocó por encima de los grupos de padres que funcionaron durante la década del ochenta,[15] aunque al menos en sus comienzos reunía todavía a muchos de ellos. César Trejo, dirigente de la Federación de Veteranos de Guerra, pasaría a finales de la década del noventa de ese cargo al de apoderado de la Comisión, lo que refuerza la idea de que la institucionalización de ambas asociaciones fue parte de una estrategia conjunta. En esta misma dirección apunta el dato de que en 2010 denuncias periodísticas establecieron que el presidente de la Comisión de Familiares, Héctor Cisneros, pertenecía como personal civil a los servicios de inteligencia del Ejército desde el año 1982, lo que lo obligó a renunciar junto con su apoderado.[16]

De este modo, los díscolos jóvenes veteranos comenzaban a reingresar a las gradas inferiores de un posible Panteón Nacional. Para eso, y a pesar del tono combativo de los discursos de la Federación, anclados en relatos históricos de cuño nacionalista,[17] algunas de sus reivindicaciones y posturas simbólicas debieron ser dejadas de lado. La legitimidad ya no era sólo de quienes habían ido a Malvinas cumpliendo con su deber de conscriptos, sino también del personal de cuadros de unas Fuerzas Armadas cuestionadas. ¿Podía sostenerse, a partir de esta dualidad, la idea de constituir una generación, tan cara a las agrupaciones de ex combatientes en la década del ochenta?

Malvinas, como estableció el presidente Carlos Menem en el acto de inauguración del monumento en Retiro, y como lo había afirmado Seineldín en su mensaje del 2 de abril, era la posibilidad de concordia. Se trataba, para el primer mandatario, de "un momento de gloria", "la epopeya más gloriosa de nuestra historia cercana y reciente":

Es mi deseo que nadie se engañe oyendo el canto de las sirenas del escepticismo y la discordia, menos los jóvenes. La fácil es esa, sumar sus voces y sus corazones a quienes

hablan por boca de los muertos, pero la Argentina viene a honrar a los héroes que ya no están físicamente entre nosotros, sobre todo, porque cree y confía en sus seres vivos.[18]

La ampliación de la noción de veterano, por más que no fuera óbice para compartir actos entre "veteranos" y "ex combatientes" en el llano, fue la puerta para reparaciones más concretas y terrenales, como es el caso de las pensiones de guerra. Rey Midas a su modo, el menemismo también corrompió lo que parecía intangible: la condición de veterano, el orgullo de haber combatido en las islas. Así es que en marzo de 2000 el Poder Ejecutivo intervino la Comisión Nacional de Ex Combatientes ante denuncias de que "en los últimos cinco años los soldados que pelearon en la guerra por las Malvinas en 1982 se multiplicaron por dos: de 12 mil pasaron a ser 24 mil quienes hoy cobran pensiones y otros beneficios".[19] La Comisión (cuyas autoridades eran a la vez dirigentes de la Federación) estaba en la mira, ya que entre sus funciones estaban la "coordinación del apoyo económico a ex combatientes y maneja el presupuesto de los viajes de familiares a Malvinas desde 1994". Se denunciaban "irregularidades y clientelismo político".[20]

La denuncia la había hecho en 1996 un periódico que representaba a otro sector de ex combatientes, Gaucho Rivero, dirigido por el fundador del CESCEM, Jorge Vázquez. Al difundirse por los medios nacionales la noticia de la intervención, explicaba lo que a su juicio se ocultaba detrás de las demoras de la Ley:

El primer proyecto de ley sobre el Reconocimiento Histórico fue presentado por la Casa del Veterano de Guerra de la República Argentina, el monto solicitado era cercano a los cien mil pesos, pero sólo para los ex soldados combatientes, y se fundamentaba en el desamparo institucional del que fueron objeto entre los años 1982 a 1990. A los quince días, la Federación (...) presentó un proyecto por el mismo monto pero que incluía civiles y personal militar retirados y dados de baja, y se quedaba con el 1% del monto que percibiría cada veterano de guerra (...) Si la Federación de la nación no hubiese presentado un proyecto que entorpeciera el que ya había sido presentado por la Casa del Veterano el problema de los padrones no hubiera tenido la importancia que hoy tiene, ya que el ingreso de personal a partir de 1994 es principalmente de personal militar y civiles, los cuales no estaban incluidos en el primer proyecto de Reconocimiento Histórico (...) Priorizaron por sobre el interés de los ex soldados conscriptos la incorporación de personal militar, pretendiendo además legitimar de esa forma las incorporaciones realizadas en forma irregular por las Fuerzas Armadas a partir de 1994.[21]

Al final, la extensa nota proponía:

Hagamos los deberes, depuremos los padrones y volvamos a nuestros orígenes.[22]

¿Qué significaba "depurar los padrones" y "volver a nuestros orígenes"? Básicamente, la apelación a los elementos constitutivos de los ex combatientes como grupo: su condición

de ser soldados conscriptos y no personal de cuadros. Pues desde ese lugar habían dado su batalla "contra la desmalvinización" desde el comienzo de la posguerra.

Durante el menemismo, el Consejo de Oficiales de la Armada Argentina amplió los beneficiarios de pensiones de guerra al incluir a las tripulaciones de barcos de guerra y mercantes que no habían estado en el Teatro de Operaciones Malvinas ni protagonizado acciones de combate en el Teatro de Operaciones Atlántico Sur.[23] Asimismo, durante 2005 la cuestión resurgió debido a una Ley aprobada en la década del noventa, la 24.892, con la que extendieron los beneficios "a oficiales y suboficiales de las Fuerzas Armadas que se encuentren en situación de retiro o baja voluntaria, que hubieren estado destinados en el Teatro de Operaciones Malvinas o entrado efectivamente en combate en el Teatro de Operaciones del Atlántico Sur". Por una cuestión etaria, un gran número de personal de las Fuerzas Armadas, de Seguridad y civiles (unas 9.000 personas) estaba en condiciones de presentar su pedido en base a esta normativa.

El caso de la Armada era más grave, pues habían reconocido como "veteranas", en algunos casos, a las tripulaciones de unidades que no habían entrado en batalla, y, como en el caso del portaaviones 25 de Mayo, estuvieron en dique seco. Para esta fuerza se trataba de un importante reconocimiento simbólico y una forma de contrarrestar la idea generalizada de una flota que no había combatido. Pero como resultado de estas legislaciones y medidas, de alrededor de 13.000 veteranos registrados en 1983, en noviembre de 2005 se había pasado a unos 25.000. [24]

Siete meses después de la intervención, diez integrantes de la Coordinadora Nacional de Ex combatientes apelaron a un viejo símbolo de su historia para reclamar la normalización de esa institución: se estaquearon en la Plaza de Mayo para demandar al presidente Fernando de la Rúa una "urgente solución" para sus reclamos: "Los ex combatientes exigieron la "inmediata" normalización de la Comisión Nacional de ex Soldados, que fue intervenida a raíz de las graves irregularidades cometidas durante gestiones anteriores".[25]

Lo cierto es que el escándalo de los padrones derivó en que recién veintidós años después de la guerra, entre el 1 de agosto y el 29 de octubre de 2004, el estado argentino organizara el Primer Censo Nacional de Veteranos de Guerra.

La corrupción en los padrones, sin embargo, entrañaba una pelea que se arrastraba desde el final mismo de la guerra: mientras representantes de algunas agrupaciones afirmaban, sosteniendo un discurso histórico:

No creo que sea ético que oficiales y suboficiales reciban una pensión honorífica. No olvidemos que esta fue una guerra que se dio en medio de una dictadura militar, que los que estuvieron en Malvinas tenían vocación castrense y que los conscriptos tuvieron que ir a poner el pecho por una ley que los obligaba. No es ético gratificar a quienes jamás respetaron la voluntad del pueblo. Además, ellos siempre tuvieron el sostén de la institución,

los representantes de la Federación sostenían que aquel militar que cumplió con su mandato debía ser premiado, y que en todo caso debían establecerse grados de recompensa, privilegiando a los ex conscriptos.[26]

Londres

Malvinas tuvo para el gobierno de Carlos Saúl Menem otro significado. Si la década menemista es recordada como de las "relaciones carnales" en política exterior, la cuestión Malvinas estuvo signada por la vocación presidencial de aparecer como el artífice de la reconciliación entre el Reino Unido y la Argentina, en el marco más amplio de su política de cierres institucionales del pasado, que en el caso del terrorismo de Estado se había materializado en los indultos y en el fallido intento de demolición de la ESMA.

Si en relación con Malvinas Menem había llamado a la unidad en ocasión de la inauguración del Monumento en Buenos Aires, faltaba la oportunidad de poner en acto el abandono de pasados enconos con los británicos. La ocasión llegó en 1998, cuando Menem visitó oficialmente Londres. Pero, como señalaba ácidamente una periodista, el contenido del viaje era puramente simbólico: "El presidente Carlos Menem viaja a Londres para recibir un título de arquitecto. Quiere consagrarse como el hombre que edificó el proceso de reconciliación entre Argentina y el Reino Unido". No debía esperarse mucho de su visita pues "ha transformado el viaje en un objetivo en sí mismo".[27]

A tal punto esto parecía ser cierto que se dio el caso de que en los días previos a su llegada, el presidente envió un mensaje a la prensa británica cuyo contenido era distinto a la versión oficial distribuida en la Argentina:

Carlos Menem tiene una opinión sobre la guerra de las Malvinas para los británicos y otra para los argentinos. A los británicos les dijo, a través de la carta al diario The Sun, que "lamenta profundamente" la guerra de 1982. Pero en la Argentina la presidencia de la nación distribuyó un texto oficial en el que no figura ninguna de esas dos palabras.[28]

En la visita presidencial los veteranos de guerra desempeñaron un papel muy importante. Como integrantes de su comitiva invitados especialmente, lo acompañaron en la visita de homenaje que hizo a la placa con los nombres de los caídos británicos, en la catedral de St. Paul's. Pero hubo una pequeña controversia en los días previos, ya que mientras que la Federación de Veteranos de Guerra afirmaba cautamente que "sólo viajaremos si es útil para negociar la soberanía sobre las Malvinas" y que sometería la decisión "a la votación de sus 135 entidades afiliadas", el Centro de Ex Combatientes Islas Malvinas (CECIM) acusó: "La Federación de Veteranos es un organismo comprometido con el Gobierno. Irán a un viaje de concesiones en el marco de las relaciones carnales. Este gobierno jamás avanzó en la discusión sobre soberanía. Nada indica que vaya a hacerlo".[29]

Al llegar a Inglaterra, Carlos Menem afirmó que "las heridas están restañadas" y que tenía por objetivos para el viaje "vivir plenamente un proceso de reencuentro, de reconciliación y de todo aquello que haga a una relación mucho más fluida y positiva".[30] Finalmente, lo acompañaron el presidente de la Federación de Veteranos de Guerra de la República Argentina, Héctor Beiroa, y otro integrante de la misma, Luis Ibáñez, que declararon: "No decimos rencor ni venganza, sólo justicia. No hablamos de reconciliación, sino de respeto

a los hermanos que murieron en el Atlántico Sur".[31] Ese mismo día, el presidente Menem comenzaba a hablar de "autonomía para los isleños".

Esos dos veteranos protagonizaron la "puesta en escena de la reconciliación": acompañaron al presidente al entregar su ofrenda floral y estrecharon las manos de veteranos de guerra británicos.[32]

Durante la década de 1990, el proceso de asimilación estatal de la guerra de Malvinas, aunque no completo, había dado un paso importante. Las distintas instituciones involucradas en la guerra habían consolidado sus versiones, y los jóvenes ex combatientes, al menos en algunas de sus agrupaciones, adoptaban un discurso más a tono con la narrativa patriótica "clásica". La radical lectura política de la guerra que hicieron las primeras agrupaciones de ex combatientes quedó restringida prácticamente al recuerdo, o a los comunicados de algunos grupos locales, como el CECIM o el CESCEM Chaco.

Para percibir el cambio, conviene contrastar el panorama que describimos con el documento con el que los 21 centros de ex combatientes anunciaban la realización de su segundo encuentro nacional, en 1986 (antes de las Leyes de obediencia debida y punto final, las sublevaciones carapintadas y los indultos). En el texto, los ex combatientes se definían como parte de un proceso de lucha nacional que no les daba ningún privilegio ("no somos los únicos marginados"). Su participación en la guerra de 1982 era un aspecto más de la misma:

Luego de tres años de vida, el Movimiento Nacional de Ex Combatientes, con una génesis esencialmente patriótica y antiimperialista –a pesar de que ciertos sectores hasta nos acusen de "fascistas"–, con una trayectoria de lucha humilde pero combativa (...) Aprendiendo que no somos los únicos marginados, llegamos a los umbrales de 1986 con una necesidad y un desafío: nuestro testimonio amargo, pero valioso, nuestras banderas populares e históricas, pero no asumidas, no son ni tienen que ser un patrimonio exclusivo de 9.000 ex combatientes.[33]

Los jóvenes ex soldados, según el Centro, eran los que habían materializado un compromiso popular en una circunstancia popular, la guerra:

En estos años de lucha nos encontramos con la indiferencia de ciertos demócratas y el ataque de la reacción, pero también –y es lo más importante– con madres, hombres y particularmente jóvenes (...) Nos dimos cuenta de que los ex combatientes no somos los "inválidos" a los que el pueblo debe venir a dar una donación, somos sí los que nos enfrentamos no con discursos, sino con las armas en la mano, al imperialismo; pero que formamos parte de una juventud, de una generación a la que el hecho más importante que la marcó fue –si todavía le caben dudas a alguien– Malvinas.

La Coordinadora se definía como continuadora de las luchas populares de los ochenta, como parte de un movimiento que había sido reprimido por la dictadura que, a la vez,

había enviado a las clases 62 y 63 a combatir. Los jóvenes, tanto ellos como los desaparecidos y asesinados (“lo más lindo, lo más combativo de nuestra Patria”), habían sido víctimas de ese proceso, pero también, en ambas ocasiones, y en el presente de los ex combatientes, los motores del cambio. Esta era una de las rupturas más fuertes con el discurso victimizador de la década del ochenta:

Cuanto habrá soñado la “generación del cordobazo” con tener una bandera de lucha en la que nuestros enemigos se sacaran la máscara. Pero la verdad es que luego de la negra noche de la dictadura en que ellos mataron a lo más lindo, lo más combativo de nuestra Patria, llegamos a la democracia en crisis y confusión.

Malvinas era una causa pura, malversada por la dictadura. Pero esto no debía generar confusión: “Hubo una juventud que armaba paquetes y encomiendas, un pueblo que se ofreció –no a la Junta Militar– sino a una causa”, porque la guerra la combatieron “muchachitos que no dudaron en morir frente a dos enemigos: el imperialismo anglo-yanqui y los “oficiales” hijos de la oligarquía”.

A mediados de la década del ochenta, en plena transición a la democracia, las agrupaciones más visibles de los jóvenes ex soldados adoptaron un discurso antiliberal, latinoamericanista y revolucionario, que colocaba a los jóvenes como protagonistas del cambio, que vinculaba sus luchas a las de los movimientos reprimidos a sangre y fuego por la dictadura militar, y que identificaba como asesinos de sus hermanos tanto a los británicos como a los militares “servidores de los intereses de la oligarquía”. Su lucha era parte de un movimiento mayor, fragmentado debido a la “crisis y confusión” de los años de la democracia:

Cuando los ex combatientes con nuestros reclamos y postergaciones, cuando las Madres de Plaza de Mayo con su dolor y sed de justicia, cuando los marginales con su rebeldía aunemos la lucha, empezaremos a recorrer el camino tantas veces declamado (...) La esperanza tiene un motor indestructible; todos los patriotas que a lo largo de la historia entregaron su vida, y particularmente nuestros compañeros, que son los hermanos de la juventud y los hijos de un pueblo, esperan que volvamos a Malvinas el día que liberemos toda la Argentina.

En la década del noventa, esta fuerza discursiva se había debilitado notablemente. Los sucesos de Semana Santa de 1987, el proceso político en relación con la memoria de las violaciones a los derechos humanos, y los gestos políticos hacia las Fuerzas Armadas y los ex combatientes desde el gobierno menemista hicieron que este discurso radical, como otros, careciera de contexto. La fuerza política del discurso de los ex combatientes, como el de otras agrupaciones sectoriales, gremiales y partidarias, perdió su fuerza y especificidad entre las décadas del ochenta y el noventa.

En el caso de los ex soldados combatientes en Malvinas fue desplazado por otro recurso simbólico: el discurso de la tradición patriótica, monopolio de las Fuerzas Armadas que en esos mismos años –y en gran medida por obra de los mismos ex soldados– habían sido

caracterizadas como victimarias de su pueblo. Y también, por supuesto, las narrativas sociales configuradas durante la posguerra, que perpetuaban los estereotipos de marginalidad, locura y olvido. Durante la década en la que gobernó Carlos Saúl Menem asistimos al refuerzo del repertorio simbólico patriótico para narrar y evocar la guerra, así como el reingreso de la figura heroica de los combatientes. Esto, sin duda, debe relacionarse con la política de olvido e impunidad que el menemismo impulsó como “reconciliación” y que cimentó sus sucesivos indultos, entre ellos a los responsables de la guerra de Malvinas, condenados en 1988.

El esfuerzo en la construcción de un imaginario patriótico se sustenta tanto en la forma en la que una guerra es narrada como en los espacios destinados al culto a los muertos. En relación con el primer punto, la década del noventa presenció el refuerzo de la idea de la guerra de 1982 como una gesta. En cuanto al segundo, la consagración de un lugar sagrado en las mismas islas fue el otro hito significativo, pues fijaba un lugar en el que visitar y honrar a los muertos nacionales. La Comisión de Familiares de Caídos en Malvinas, especialmente, desarrolló a partir de 1998 una incesante tarea destinada a la erección de un Monumento a los Caídos en el Cementerio de Darwin. Se trataba de un a prolongación de las visitas que con el patrocinio de la Cruz Roja y el apoyo de la cancillería argentina desarrollaban desde inicios de la década. Para construir el monumento contaron con aportes privados, colectas públicas y el apoyo de un sector del Ministerio de Relaciones Exteriores argentino, la Dirección General de Malvinas. Si bien en su retórica la Comisión se pintaba a sí misma como abandonada del apoyo oficial, aunque “acompañados por el apoyo espiritual del pueblo argentino”, lo cierto es que sus acciones públicas siempre contaron con apoyo estatal. En su página web y en distintos documentos enumeran con prolijidad las instituciones estatales que fueron favorables a sus pedidos. Surge una importante vinculación con algunas áreas vinculadas a la política exterior, lo que sobre todo antes del restablecimiento de las relaciones con el Reino Unido los transformó en agentes diplomáticos argentinos de facto, exhibiendo una posición dura frente a la política exterior de acercamiento y “seducción” de los isleños sostenida por el entonces canciller Guido Di Tella, que fue tan cuestionada por los sectores duros vinculados a Malvinas como escarnecida por los isleños.

Con el apoyo de importantes empresarios que hicieron grandes negocios durante el menemismo, como el grupo Eurnekian, el monumento fue finalmente instalado el 8 de abril de 2004,[34] y es desde entonces un centro obligado de peregrinación para los argentinos que visitan Malvinas.

Notas

1 Entre los ex soldados circulan versiones acerca de la participación de algunos de ellos (más allá del personal de cuadros) en estas intentonas. Asimismo, veteranos del Regimiento de Infantería Nº 3 participaron voluntariamente –y secretamente– en la represión de la toma del cuartel de dicha unidad, en La Tablada, por el MTP, en enero de 1989. Testimonios recogidos por el autor.

2 Clarín, 6 de abril de 1990.

3 Judith Gociol, Luis Felipe Lacour y Rodrigo Gutiérrez Hermelo, “Ex combatientes de Malvinas. Ocho Años de posguerra”, en Todo es Historia N° 278, junio de 1990, p. 29.

4 2 de abril, Junio de 1990.

5 Clarín, 25 de junio de 1990.

6 Malvinizar, Año 2, Nº 5, mayo–junio de 1990.

7 Idem.

8 El artículo de Gociol y otros, publicado al calor de estas polémicas, se hacía eco de esta denuncia en un plano más amplio, que además refleja el clima político generado por el movimiento carapintada dentro del Ejército, y más ampliamente, las denuncias de acuerdos secretos entre el menemismo y estos. En esta preocupación, los ex soldados aparecían como blancos potenciales de la propaganda derechista: “Resulta preocupante que ese estado psicológico propio de quien participó en una guerra, sumado a lo poco eficaz política de los sectores democráticos, haya provocado –entre los ex combatientes– un sentimiento de marginación que favoreció la captación directa o indirecta de muchos de ellos por organizaciones que evidencia posiciones corporativistas, mesiánicas y fundamentalistas. Estas levantan a figuras como Aldo Rico o Mohammed Alí Seineldín, personajes cuyos discursos recuerdan las posturas del nazi-fascismo”. Judith Gociol, Luis Felipe Lacour y Rodrigo Gutiérrez Hermelo, “Ex combatientes de Malvinas. Ocho Años de posguerra”, p. 27.

9 Clarín, 3 de abril de 1990.

10 Idem.

11 Gustavo Pirich, Hojas de ruta. De la guerra de Malvinas a la guerra en el continente, Buenos Aires, Dunken, 2008, p. 101.

12 Por otra parte, los miembros fundadores de la Federación habían sido de los primeros centros de la década del ochenta.

13 Archivo Comisión Provincial por la Memoria, DIPBA, Mesa Ref. 18.715.

14 Miguel Angel Trinidad, comunicación personal, mayo de 2011.

15 Agradezco a la antropóloga Laura Panizo la precisión en el dato.

16 Crítica, 24 de marzo de 2010.

17 Rosana Guber analiza la retórica nacionalista de la Federación. Ver: De chicos a veteranos, capítulo 7: “Los veteranos de guerra: envejecer en duelo”.

18 Clarín, lunes 25 de junio de 1990.

19 Martín Balza consigna que en el conflicto participaron 14.189 hombres: 10.001 de Ejército; 3.119 de la Armada; 1.000 de la Fuerza Aérea; 40 de Gendarmería y 29 de Prefectura. En 1999, las cifras del Ministerio de Defensa eran las siguientes: Ejército, 10.306; Armada, 10.321; Fuerza Aérea, 1.478; Otros, 95. La Armada había incrementado el número de sus veteranos en un 231%. Martín Balza, Gesta e incompetencia, pp. 287 y ss.

20 Clarín, 28 de marzo de 2000.

21 Gaucho Rivero, Año VI Nº 51, febrero-marzo 2000, p. 5.

22 Idem.

23 La legislación argentina establece que es veterano de Malvinas el personal de oficiales, suboficiales y soldados de las Fuerzas Armadas y de Seguridad que hayan participado en las acciones bélicas llevadas a cabo en las jurisdicciones del Teatro de Operaciones Malvinas (TOM) y del Teatro de Operaciones Atlántico Sur (TOAS), y civiles que se encontraban cumpliendo funciones de servicios y/o apoyo en donde se desarrollaron las acciones. El TOM estuvo en vigencia entre el 2 y el 7 de abril de 1982 y comprendía las islas Malvinas, Georgias y Sandwich del Sur. El TOAS, vigente entre 7 de abril y el 14 de junio de 1982, incluía la Plataforma Continental, islas Malvinas, Georgias y Sandwich del Sur, y el espacio aéreo y submarino correspondiente. No se considera veterano al personal que permaneció en territorio continental, ni estuvo ni en el TOM ni en el TOAS, aunque haya sido movilizado al sur del paralelo 42.

24 Página 12, 27 de noviembre de 2005.

25 Clarín, 28 de noviembre de 2000.

26 Página 12, 27 de noviembre de 2005.

27 “El sueño cumplido”, por María O’ Donnell, Suplemento Enfoques de La Nación, 25 de octubre de 1998.

28 Página 12, 24 de octubre de 1990.

29 Página 12, 10 de octubre de 1998.

30 Clarín, 28 de octubre de 1998.

31 Clarín, 26 de octubre de 1998.

32 Clarín, 29 de octubre de 1998.

33 “Nos ofrecimos a una causa, no a una Junta”. En: Centro de Ex Soldados Combatientes de Malvinas, Documentos de Post Guerra. Nº 1, p.25. Las citas que siguen corresponden a ese mismo documento hasta que se indique lo contrario.

34 Un prolijo recorrido por las instancias de su construcción en: http://www.heroesdemalvinas.org.ar/museodeheroes/monumento.html. Asimismo, en: Julio Cardoso (director), Locos de la bandera.

Tercera parte

Archipiélagos de la memoria

Capítulo 11

Regresos

Habían pasado 17 años de aquella guerra, que produjo tantas pérdidas de vidas, pero el sentimiento no ha olvidado nada, no ha envejecido nada, nosotros sí.

Salvador Vargas, Malvinas. Historias breves y sentimientos.

Después de la derrota las islas volvieron a ser un espacio irredento: el territorio del que los argentinos habían vuelto a ser despojados, reintegrado brevemente a la soberanía nacional durante la guerra, parecía haber quedado más lejos que nunca de su recuperación. Para muchos, sin embargo, la sangre derramada durante la guerra había construido un compromiso aún mayor que el viejo reclamo territorial. Pero ese cambio se dio en un contexto en el que Malvinas pasó a ser un objeto de disputa más dentro de las discusiones más amplias acerca del pasado reciente.

A veces, por fuera de los episodios conmemorativos protagonizados por los actores centrales de la guerra, llegaban noticias que reactualizaban la presencia-ausencia de las islas:

Ernesto Lucio Barcella, piloto civil argentino-norteamericano, se dirigía a Puerto Deseado a bordo de un Piper Apache bimotor. Llegó sin embargo a las islas Malvinas argentinas, donde fue obligado a descender y detenido por las autoridades británicas, acusado de “inmigración ilegal”. Piensan que desvió a propósito su ruta para convertirse en el primer argentino que llega desde 1982 a las islas sin permiso inglés.[1]

El diario consignaba que se trataba del “tercer caso de incursión”, luego del episodio de los Cóndores de 1966, y el vuelo de Miguel Fitzgerald que en septiembre de 1964 “llegó a las islas, plantó una bandera argentina, entregó al primer malvinense que vio una proclama de afirmación de la soberanía y regresó al territorio continental”.[2]

Roces fugaces, atisbos de una reivindicación que también emergían bajo formas bien concretas: los muertos en la guerra. Las Malvinas, cada tanto, devolvían parte del precio que habían cobrado a numerosas familias argentinas. En 1986, Isaías Jiménez pudo enterrar el cadáver de su hijo Miguel Ángel y se transformó en el primer argentino en pisar las islas tras la guerra. En 1998, en la isla Borbón, al Norte de Malvinas, un pastor isleño, durante una caminata, encontró casualmente los restos de un avión Dagger. Cuatro años antes, habían hallado fragmentos de otro avión, con los despojos de sus dos ocupantes, que fueron enterrados en Darwin.

Ahora, “un piloto y su avión volvían desde la historia”.[3] Ese regreso fantasmático se parecía al de las islas, y a tantos otros de tantos muertos argentinos de las últimas décadas. La posibilidad del hallazgo del cuerpo del hijo, hizo que Onelia Guebel de Castillo, “madre del héroe de Malvinas” dijera que

Si se comprueban las sospechas británicas y argentinas, para mí mi hijo habrá muerto hoy. En la entrada del pueblo de Oliva se ven dos alas de avión, un monumento al aviador que nació en esas calles. “Antes de que la escuadrilla Oro fuera trasladada al Sur [el primer teniente Carlos Castillo] llamó por teléfono a Oliva habló con todos nosotros, como si fuera una despedida, y nos dijo: “Si no nos ayuda alguien, nos van a pulverizar”.[4]

A los pocos días, sin embargo, esta mujer supo que debería seguir esperando. No se trataba de su hijo, que tenía 25 años en 1982, sino del teniente Héctor Ricardo Volponi, integrante de otra escuadrilla, la “Puñal”. La viuda de Volponi contó que “él no discutió la decisión política. Asumió el rol para el que estaba preparado, con valentía y temperamento. Era un hombre de acción, vital, amaba la vida. No era un militar de alma, sentía pasión por los aviones. Y en las circunstancias que le tocó enfrentar tuvo un gran temple”.[5]

Padres e hijos

Casi veinte años después de la guerra, estos pequeños dramas personales encierran la esencia de muchas de las dificultades sociales para hablar de Malvinas: qué nombre darles a los muertos, empezando por su nombre mismo. Un problema que se emparenta demasiado con el de la represión ilegal y la violencia política.

Éste puede ser uno de los motivos por los que, cuando a partir del 15 de febrero de 1990 la Argentina y el Reino Unido reanudaron las relaciones diplomáticas, los viajes de familiares de caídos en Malvinas al cementerio argentino en Puerto Darwin cobraran un lugar central. El primero de ellos, en marzo de 1991, fue acordado entre ambos gobiernos y se realizó bajo el auspicio de la Cruz Roja Internacional. En ese primer vuelo, el Jumbo de Aerolíneas Argentinas tuvo que borrar sus colores y la palabra “argentinas” del fuselaje. A los familiares no se les permitieron fotos y fueron trasladados en helicóptero desde la base de Mount Pleasant al cementerio. En esas condiciones, poco más de 350 familiares de muertos en la guerra fueron a rendirles homenaje frente a sus tumbas:[6]

Frente a 235 cruces blancas de madera de cedro, talladas por el carpintero inglés de las Malvinas, los argentinos soltaron lágrimas por sus muertos después de casi nueve largos años de dolor lejano; un sollozo que el furioso viento patagónico dispersó por la vastedad, mientras en la capital de las islas los hostiles kelpers no dejaron de jugar a los dardos en las tabernas ni de beber cerveza al modo de ellos, hasta echar alcohol por los ojos.

Malvinas –ese tema incómodo– se instaló por unos días en la conciencia colectiva de los argentinos como un fantasma del viejo pasado, una culpa pertinaz que de tanto en tanto vuelve. [7]

No todos pudieron ubicar la sepultura de su ser querido. Por las condiciones precarias en las que muchos de los muertos argentinos fueron enterrados inicialmente, sólo 125 tumbas están identificadas:

354 familiares directos de soldados argentinos fueron a enterrar para siempre, y por primera vez, a sus muertos. No todos pudieron hacerlo como hubieran querido: casi la mitad de ese grupo deambuló bajo el cielo plomizo, guiado por el instinto, buscando una certeza, esperando encontrar en cada cruz una simple chapa con un nombre, una porción de tierra sobre la que hincarse y sentirla propia.[8]

Sin embargo, para los familiares era la posibilidad de cierre de una historia:

Luego del responso entramos al cementerio y buscamos las tumbas de nuestros hijos y parientes, fue una emoción muy grande. No llevé flores, ni placas, ni rosarios, sólo llevé el frasco de perfume que usaba mi hijo y lo derramé sobre su tumba y el perfume duró poco por el viento fuerte. Pero el homenaje ya estaba hecho. Siempre había pensado: cuando vaya a Malvinas (siempre lo creí posible) derramaré el frasco de perfume sobre la tumba de Ale. Del Ministerio de Interior me mandaron después de varios meses de la visita la foto de la tumba y al pie de la cruz estaba el frasco de perfume dando testimonio de lo que había hecho.[9]

Los intentos de los familiares por ubicar a sus muertos comenzaron con el final mismo de la guerra.[10] En 1983, a bordo del “Lago Lácar”, intentaron llegar al lugar del hundimiento del crucero General Belgrano, pero debieron regresar cuando el gobierno argentino informó que no podía garantizar la seguridad de esa nave. Con el paso de los años, la búsqueda dio lugar al homenaje, aunque casos como el de la madre del piloto aún desaparecido revelan las aristas que para muchos todavía tiene este drama. El documental Locos de la bandera, estrenado en 2005, reconstruye la historia de la Comisión de Familiares de Caídos en Malvinas e Islas del Atlántico Sur y muestra una historia poco conocida, como lo es la de este grupo de afectados por la guerra, para quienes, como reza el subtítulo de la película, “Uno se parece a los recuerdos que elige conservar”.

El que han elegido conservar ellos, como institución, es aquel que ubica la muerte de sus seres queridos en el contexto de una guerra patriótica, de acuerdo con las tradiciones nacionales aprendidas en la escuela, en las instituciones militares, en los mismos hogares. Y se trata de un reclamo muy doloroso de reconocimiento y respeto por sus pérdidas: “No hay democracia sin Patria”, dice una de las madres en su testimonio para el documental. Pero probablemente la forma en la que han elegido recordar a sus hijos, hermanos y

padres haga que para muchos esa reivindicación se parezca demasiado a la de las cuestionadas Fuerzas Armadas de la década del ochenta. El recelo frente a éstas, justamente alimentado por la barbarie que desataron sobre su propio pueblo, ha generado un sentimiento de aversión profundamente arraigado hacia los temas relacionados con ellas, que cierra las posibilidades del diálogo y la discusión aun con los afectados por la guerra.[11]

Esta situación era particularmente dura en los comienzos de la década del noventa, y a juzgar por las dificultades que tuvieron para reunir el dinero para la construcción del monumento que buscan inaugurar en el cementerio, no ha variado mucho. El mismo cronista que relata el primer viaje de familiares, consignaba que

La guerra es devastadora y cruel, y aquel pasaje de argentinos lo sabe, pero es poco probable que la mayoría de los ciudadanos ni siquiera lo intuya así; las dramáticas experiencias de hace casi una década fueron desiguales; excepto para los habitantes de la lejana Patagonia y para aquellos que tenían a sus hijos o hermanos en Malvinas, la guerra del Atlántico Sur es sólo un recuerdo ingrato, una guerra loca y el fin de la dictadura militar.[12]

A través de los familiares, por las crónicas televisivas o los reportajes, fue posible para muchos asomarse a las marcas de la guerra en la sociedad, materializadas en los restos del campo de batalla. Búsquedas personales individuales pasaban a ser medios, en ocasiones, para un reconocimiento más amplio de la tragedia:

Están todavía allí algunas de las trincheras de nuestros soldados, con algunos pertrechos, garrafas, campanas, palas, zapatillas, ropa, todo bastante triste, en un espacio han juntado casi todos los pertrechos de nuestros soldados, están como prueba de que estuvieron ahí, también hay un cañón viejo.

De espaldas al micro (al camino) y mirando hacia el frente se ve un arroyito que baja hacia la derecha hacia el mar para el lado de Puerto Argentino, a lo lejos se ve una única casita al costado izquierdo del arroyito. Ésa sería la casa donde fue mi hijo con tres compañeros y al volver a Monte Longdon pisaron una mina que los mató a los cuatro soldados.[13]

A mediados de la década del noventa, en el ámbito del movimiento de los derechos humanos, apareció la agrupación H.I.J.O.S., conformada por hijos de víctimas de la dictadura militar y, por supuesto, víctimas ellos mismos. Esta aparición fue vista como el recambio generacional de la lucha por la verdad y la justicia, pero aquí me interesa llamar la atención sobre su aspecto insoluble: la forma de la represión hace que una marca y un dolor (aunque se transformen en banderas de lucha) pasen de padres a hijos.

Aunque con alguna posterioridad, también comenzaron a ganar un lugar los “hijos de Malvinas”[14], que en ocasiones protagonizaron viajes a las islas compuestos exclusivamente por hijos:

–¿Qué viniste a buscar, Sandra?

–¿A buscar? A buscar, nada. Vine a sentir. El cuerpo de mi papá nunca fue encontrado. Su tumba es un símbolo. Vine a sentirlo, porque él está en todas estas islas. Hay un pedacito de él en todas partes (...)

Sandra, que nació en Córdoba, llegó ayer a las Malvinas con otros 14 jóvenes. Ellos integran el octavo contingente de los familiares de argentinos muertos en ese archipiélago durante la guerra. Es, además, el primer contingente de hijos de los muertos argentinos, todos chicos de entre 17 y 25 años, que estaban por nacer, eran bebés o niños, cuando sus padres murieron.[15]

El elemento común a ambas experiencias es el silencio estatal, la indiferencia de distintos sectores sociales, y la marca de fuego del dolor. En un programa televisivo, el conductor trató de forzar una distancia a partir de la comparación, pero las respuestas de Leandro de la Colina (hijo de un aviador muerto en Malvinas) no dejan dudas:

Periodista: ¿qué cosas en común tienen ustedes, los hijos de combatientes en Malvinas, con los hijos de desaparecidos?

Leandro: La pérdida.

Periodista: ¿Y qué más?

Leandro: Ni más ni menos, la pérdida.[16]

Pero la visibilidad pública de unos y otros sí es diferente, y esto tiene que ver con legitimidades obtenidas, pero también asignadas desde el Estado y por otros actores sociales. Hay, por último, otro elemento que los une: la salida al espacio público desde una pérdida personal.

El regreso del soldado

El retorno individual es una de las características de las relaciones con Malvinas en la década del noventa. Si durante la guerra la lucha fue vista como la posibilidad de la unidad nacional, y en la posguerra de regeneración, si las Fuerzas Armadas recordaron su carácter colectivo cada vez que pudieron y Alfonsín intentó tomar esa bandera para la naciente democracia, si los ex combatientes plantearon su sacrificio como parte de una lucha popular que los precedía, el símbolo distintivo de los años noventa fue el de los retornos individuales: padres y hermanos, o hijos, para visitar a sus caídos, y algunos ex soldados para cerrar sus historias personales con la guerra.[17]

En agosto de 1999, en un vuelo de LAN Chile, llegaron a Malvinas 48 argentinos: “Un gaucho, un ex combatiente, un empresario aeronáutico, un puñado de turistas y treinta y cinco periodistas”.[18] El ex combatiente, periodista él también, era Edgardo Esteban, que por esos días protagonizó un fenómeno mediático –y el cierre de un proceso personal por tratarse del primer ex combatiente argentino en volver a pisar las islas. Los medios argentinos dieron una gran cobertura a esa visita. Una bebida se promocionó como “la primera cerveza argentina en llegar a las islas Malvinas”, y anunciaba: “Fuimos como visitantes. Nos sentimos locales”.[19] Es que uno de los sucesos de la visita fue, precisamente, un partido entre isleños y argentinos, que ganaron los primeros.[20]

Edgardo Esteban, combatiente en Malvinas, es un periodista que a mediados de la década del noventa publicó Iluminados por el fuego, una novela sobre su experiencia bélica que recientemente fue llevada a la pantalla por Tristán Bauer.[21] Su lugar, durante los días que durara la visita, sería central:

El rosario celeste que lo acompañó en la trinchera está desteñido, pero de nuevo aquí. Edgardo Esteban lo aprieta en su mano izquierda mientras repasa los recuerdos de la guerra. Ayer se convirtió en el primer veterano que vuelve a las Malvinas después de la veda que rigió para el ingreso de argentinos desde 1982. Apenas pisó las islas pensó en su mamá, que hoy cumple 57 años, y en el soldado Vallejos, la persona que marcó a fuego su vida.

Vallejos murió mirándolo a los ojos la penúltima noche de la guerra, con sólo dos meses de instrucción militar y el pecho perforado por las esquirlas. Esteban tenía que haber estado en su lugar en el momento del ataque, pero el destino cambió las reglas. Esta semana, Esteban dejará una foto en la tumba de su compañero, en el cementerio de Darwin, y le confesará que nunca lo olvidó (...) “No vengo con un FAL, vengo con mi lapicera”, le explica a la BBC.[22]

Durante los días que duró la permanencia del contingente argentino, los medios gráficos, televisivos y radiales siguieron cada uno de los pasos dados por Esteban en su regreso a las islas y, lo que es más importante simbólicamente, en su reencuentro con el pasado. Cubrieron sus caminatas por Puerto Argentino, lo acompañaron en sus visitas a los campos de batalla, siguieron su comunicación en directo con su familia en Buenos Aires y, episodio central del viaje, transmitieron y fotografiaron su llanto ante la tumba de Vallejos, el soldado muerto en su lugar, como una metáfora del llanto de miles de argentinos ante sus muertos.[23]

Al saldar su deuda personal con el compañero muerto en su lugar, Esteban ofrecía a muchos compatriotas una posibilidad de hacer lo propio en relación con su responsabilidad en la guerra. Pero el “Volveremos” coreado por las agrupaciones de ex combatientes en los ochenta, se había transformado en el regreso individual de un hombre de 37 años que los diarios aún llamaban “ex combatiente”.[24]

Otro ex combatiente y periodista, Roberto Herrscher, analizó el fenómeno mediático de Esteban de un modo crítico:

Me pegué a las noticias de ese viaje esperando responder a muchas preguntas. Esperaba que Esteban me representara en las islas, que en su viaje pudiera yo también volver y cuestionarme qué significó esa guerra y qué significa Malvinas hoy. Pero Esteban fue como personaje. Lloró en el cementerio ante las cámaras, jugó al fútbol con los isleños, recogió el sable de un suboficial y la chapita identificatoria de un soldado, hizo declaraciones sobre la emoción de volver. Como conocedor de la lógica periodística, se aprovisionó de imágenes para aparecer en las portadas de los diarios cada día de su visita.[25]

Pero al criticar de este modo la autoexposición de Esteban, en el marco de un análisis más amplio de los discursos sociales sobre Malvinas, Herrscher no se pudo sustraer a hacer lo mismo que éste: hablar desde su lugar de ex combatiente, legitimar sus afirmaciones desde su propia experiencia, sólo que con una mirada y una actitud distintas de las del mediático Esteban.[26] Sobre todo, porque él también escribió su crítica pensando en un compañero muerto en la guerra: Juan Carlos Zangani, una de las víctimas del Crucero General Belgrano: "Como todo lo que escribo desde entonces, espero que estas páginas hagan un poco menos inútil la muerte de Juan Carlos Zangani, que tenía 18 años en 1982".[27]

La cuestión, entonces, no es tanto lo que el veterano actuaba al visitar las islas, sino preguntarse por qué los resquicios por los que Malvinas veía la luz pública pasaban por el retorno individual. En ambos casos, la autoridad a la que se apela para hablar, marca argentina de la transición a la democracia, era el pasaje por la experiencia de guerra.

La novela de Edgardo Esteban tuvo dos reediciones, una con posterioridad a su visita a las islas, la otra, acompañando el estreno de la película Iluminados por el fuego. Básicamente, estas reediciones relatan sus vivencias en el retorno a las islas, y los motivos que lo llevaron a regresar. Considera la situación de la posguerra una gran injusticia, sobre todo hacia los ex combatientes, y decide asumir su responsabilidad de no prestarse a un "pacto de silencio", al que llama "desmalvinización". Pero para Esteban, la revisión acerca de lo que sucedió en las islas es estrictamente personal ("cada uno sabe lo que hizo bien y lo que hizo mal"):

Recuerdo que muchos amigos me sugerían escribir sobre "post Malvinas" y las campañas de desmalvinización que hubo después. Me gustaría lograr que los gobiernos se ocuparan de la falta de ayuda concreta en temas como trabajo, créditos para las viviendas, asistencia médica o psicológica a todos los que volvimos de ese abismo (...)

Siempre rechacé todo lo que fue esa guerra. Los militares que nos dirigieron saben que actuaron mal. Esos oficiales y suboficiales que estaquearon o maltrataron a chicos de dieciocho años como si fueran sus esclavos, sus propios esclavos, y que hasta reclamaron un pacto de silencio al que jamás me presté ni me prestaré.

Creo que hoy es otro tiempo. Pero no pienso abrir las heridas que tanto daño nos hicieron a los soldados ni reavivar el horror que, en muchos casos, la sociedad prefirió olvidar.

Cada uno sabe cómo actuó durante la guerra y lo que hizo bien o mal. Seguramente en su conciencia estarán todas sus culpas y remordimientos.[28]

Si la lucha de los ochenta había sido por el reconocimiento público de las vejaciones padecidas por los ex combatientes, que se agregaron a la guerra con los británicos, ahora los militares ineficaces y abusivos deberán enfrentar simplemente a “sus conciencias”. Para Esteban, lo importante es el regreso a los lugares que lo marcaron a fuego durante la guerra. En primer lugar, las islas:

Las estoy viendo de nuevo, después de diecisiete años. Islas queridas. Gracias, Dios. Gracias por premiarme con este reencuentro, por este privilegio.[29]

Pero, sobre todo, el lugar donde combatió. El veterano va “corriendo y trepando esas colinas en busca de mi pozo de zorro. Subo y bajo entre las piedras de Moody Brook”, hasta encontrar “ese lugar mágico, único, perpetuo. El cementerio y ese lugar son los dos sitios que deseo reencontrar para darle la puntada final a mi historia en Malvinas”.[30] La pertenencia construida en las horas vividas en el pozo son las que hacen distintos a los ex combatientes de sus superiores. Ellos, los jóvenes, realizaron un pasaje que en muchos casos les costó la vida:

Ojalá regresaran a las islas a dormir una sola noche en este lugar, donde estuvimos tantos soldados día tras día, bajo este intenso frío, luchando por la Patria, por la soberanía de nuestras islas Malvinas, defendiendo la Patria de todos los argentinos, pero también la supuesta patria de Galtieri y de Menéndez.[31]

Uno de los muertos en Malvinas es la deuda de Esteban, que este viaje le permitirá pagar. Los fantasmas del pasado tienen para él un nombre y un apellido concretos. Su deuda, materializada en un compañero que ocupó su lugar, es por extensión la de la sociedad argentina con sus combatientes vivos y muertos:

Voy a encontrarme con la cruz de un soldado y con las 231 cruces blancas de todos los soldados que quedaron en esas tierras, en el Cementerio de Darwin. Voy al encuentro de gran parte de los fantasmas que están dentro de mí.

Voy a conectar mi mundo interior tan profundo con las cruces que dejó el pasado. Voy a sacar mis sentimientos más intensos y los voy a volcar en el lugar más indicado: la cruz de ese soldado que murió por hacer la guardia que me tocaba a mí.[32]

Esteban en ningún momento asume su condición de portavoz –que sí, como observa Herrscher, le asignaron los medios y los espectadores–. Él escribió un libro “que tuvo un solo objetivo: cerrar mi propia guerra y no la de todos los que estuvimos acá hace

diecisiete años".[33] El viaje le ha permitido cerrar definitivamente su relación con ese pasado:

En este final, el que me faltaba contar de mi historia con Malvinas, siento que los soldados que combatimos tenemos más que nadie un derecho y un sentimiento: estas islas son nuestras. Sólo deseo que, como yo, todos puedan volver a encontrarse con esa parte de su historia...[34]

Con su visita a Malvinas Edgardo Esteban encarnó otra de las formas de regresos solitarios a las islas, a ese "espacio de duelo funerario"[35] que durante la década del noventa se fue conformando alrededor de Malvinas. Apaciguados los muertos y las conciencias (o al menos, enfrentadas a solas), acaso llegaba, para algunos, el momento de contar la guerra.

El militar presentable: Martín Balza

Durante la década del noventa se revirtió una de las imágenes más fuertes acerca de la guerra: aquella que colocaba a los conscriptos como víctimas de sus superiores antes que de los británicos. Paulatinamente, éstos pasaron a ser los principales enemigos de los soldados argentinos en las islas, y no sus propios jefes. Junto con la amplia difusión de relatos testimoniales de protagonistas –sobre todo oficiales, publicados por grandes editoriales–,[36] uno de los vehículos para que esto sucediera tuvo que ver con las denuncias acerca de crímenes de guerra cometidos por las fuerza británicas. En 1992, apareció en la Argentina el libro de un ex paracaidista inglés que había combatido en el Monte Longdon.Viaje al infierno, de Vincent Bramley,[37] relata sus vivencias durante la campaña en Malvinas, y menciona una serie de episodios controversiales: el asesinato de prisioneros y la mutilación de cadáveres argentinos. Estos hechos generaron una investigación de Scotland Yard. Las noticias de estos procesos llegaron a la Argentina –junto con una comisión de investigadores británicos– y por presión de la Federación de Veteranos de Guerra y la Comisión de Familiares de Caídos en Malvinas, se formó también una Comisión Investigadora argentina, que emitió un dictamen elevado al Auditor General de las Fuerzas Armadas.[38] Las revelaciones mostraban a miembros de las fuerzas británicas como verdugos de argentinos inermes e imposibilitados de defenderse:

El ex capitán Anthony Mason confirmó por la televisión británica que había sido testigo del fusilamiento de un soldado argentino herido y desarmado. Fue arrastrado a una tumba abierta y allí le dieron un balazo en la cabeza.[39]

El impacto de estas denuncias fue importante, al punto que la marcha de la Federación de Veteranos de Guerra del año 1994 se hizo pidiendo castigo "por los crímenes de guerra",[40] mientras que ese mismo año, el 2 de mayo, al participar el presidente Menem de un

homenaje en el sitio del hundimiento del ARA General Belgrano, llamó “crimen de guerra al hundimiento” y criminal de guerra a la primera ministra británica, comparándola con Erich Priebke y abriendo la posibilidad de solicitar la extradición de Thatcher.[41]

Para la Armada, como vimos en el capítulo 7, la cuestión de calificar como crimen de guerra al hundimiento iba en desmedro de la heroicidad de sus tripulantes, mientras que otro integrante de esa fuerza, Carlos Robacio, relativizaba las denuncias en el Prólogo a su historia del Batallón de Infantería 5: “Bajo ningún punto de vista se encontrarán en las páginas que siguen acciones de horror como los inventados ‘fusilamientos’ que no existieron”.[42] En todo caso, ambas reacciones, y la difusión que lograron las denuncias, evidenciaban que se estaba volviendo a hablar de la guerra, y no ya sólo de la precariedad de las condiciones que su propio Estado había dado a sus soldados en Malvinas.

Para otros, como el último presidente de la dictadura, Bignone, el testimonio de Bramley permitía explicar las peculiares características de la “guerra sucia”:

La reflexión que surge de estas líneas terribles es obvia: el argentino no era absolutamente inocente de esta guerra. A nadie se le ocurrió juzgar, ni siquiera acusar, el sargento Pettinger de asesino, ni al cabo Bramley de apología del delito, ni al general Jeremy Moore por dominio del hecho como sí, en cambio, ocurrió con nuestra “guerra sucia”, al juzgarla cómodamente desde un sillón. Pero, claro: después que el peligro pasó.[43]

El libro de Bramley incluye una serie de fotos espeluznantes que él mismo tomó tras la batalla de Monte Longdon.[44] Una de ellas abrió un suplemento de Clarín, en 1996, bajo el título, “El soldado argentino ejecutado en Malvinas”.[45] El libro de Bramley se refería de un modo vago a los responsables de las violaciones a la Convención de Ginebra. Pero la entrevista a los autores de otro libro, Green Eyed Boys, permitía establecer que

El cabo Gary Sturge fue quien ejecutó a un prisionero de guerra argentino frente a la fosa común donde se apilaban otros muertos, en la batalla de Monte Longdon. El argentino cayó con el disparo de una pistola de industria nacional capturada en el bunker de un oficial argentino. Doce testigos coinciden en el relato, ocho de ellos se encontraban con el paria, el lunático de Sturge, junto a la fosa.[46]

El libro también revelaba que un “cabo McLaughlin mutiló cuerpos de soldados muertos y probablemente uno o dos que estaban vivos pero que iban a morir”. El suplemento incluía el testimonio de José Carrizo, un soldado argentino quien fue “ejecutado” por militares británicos con dos disparos a la cabeza, tras la batalla de Monte Longdon, y sobrevivió. Ya estaba herido, y se aferró a uno de los pies de Bramley, para pedir ayuda. Allí fue que Pettinger, un compañero de éste, le disparó a la cabeza. Carrizo fue salvado por los mismos británicos.[47] Las denuncias y revelaciones tuvieron un impacto muy importante, potenciado por la cobertura del encuentro entre Carrizo y Bramley en Buenos Aires, en junio de 1993, y la secuela editorial del primer libro de Bramley, Los dos lados del infierno,[48] donde Bramley entrevistaba a sus antiguos rivales argentinos.

Diez años después de la guerra, las acciones en batalla comenzaban a ocupar su espacio entre los relatos victimizadores, las reivindicaciones autoexculpatorias y las manifestaciones de inocencia. En este proceso, la figura de un militar desempeñó un papel clave. El 25 de abril de 1995, el Teniente General Martín Balza, en un programa televisivo, pronunció una autocrítica en la que revisaba el papel del Ejército en la política argentina y establecía una barrera impasable para quienes eran parte de la fuerza:

El difícil y dramático mensaje que deseo hacer llegar a la comunidad argentina busca iniciar un diálogo doloroso sobre el pasado, que nunca fue sostenido y que se agita como un fantasma sobre la conciencia colectiva (...) Nuestro país vivió una década, la del 70, signada por la violencia, por el mesianismo y por la ideología. Una violencia que se inició con el terrorismo, que no se detuvo siquiera en la democracia que vivimos entre 1973 y 1976 y que desató una represión que hoy estremece (...)

El Ejército instruido y adiestrado para la guerra clásica, no supo cómo enfrentar desde la ley plena al terrorismo demencial. Este error llevó a privilegiar la individualización del adversario, su ubicación por encima de la dignidad, mediante la obtención, en algunos casos, de esa información por métodos ilegítimos, llegando incluso a la supresión de la vida, confundiendo el camino que lleva a todo fin justo (...)

Sin eufemismos digo claramente:

Delinque quien vulnera la Constitución Nacional.

Delinque quien imparte órdenes inmorales.

Delinque quien cumple órdenes inmorales.

Delinque quien, para cumplir un fin que cree justo, emplea medios injustos, inmorales.[49]

Balza era un militar veterano de la guerra de Malvinas, donde había tenido una destacada actuación.[50] El 3 de diciembre de 1990, las cámaras de televisión lo mostraron fusil en mano reprimiendo el último de los alzamientos carapintadas, en el que enfrentó a otro militar con el que había compartido el campamento de prisioneros en las islas: Mohammed Alí Seineldín, una de las figuras emblemáticas de la guerra del Atlántico Sur. Balza no se hallaba en el país durante los años más duros de la represión ilegal. Su autocrítica, su actuación en Malvinas y la represión a los carapintadas lo transformaron en una de las figuras centrales para devolverle a Malvinas su carácter de "guerra internacional", y reivindicar la actuación de los hombres que allí combatieron, separándolos de la máxima conducción militar. El título del libro en el que Balza analiza la guerra de 1982, Malvinas: Gesta e incompetencia, es toda una definición:

Como veterano de guerra que alcanzó la máxima jerarquía creo una obligación moral e indelegable expresar mi opinión sobre decisiones tomadas en los niveles de mayor responsabilidad. Así lo exigen quienes yacen en la turba malvinera y en el fondo del mar, y todos quienes en aire, mar y tierra empuñaron las armas en defensa del patrimonio nacional.[51]

Si el objetivo de Balza era el de subordinar el Ejército al poder constitucional, y profesionalizarlo, Malvinas fue leída en esa clave. Para el general, la desmalvinización había consistido en manchar con la represión ilegal la única acción meritoria del Ejército en la década del ochenta. Paradójicamente, el cerrado consenso ante las violaciones a los derechos humanos se había transformado en un sambenito para los combatientes en Malvinas. La institución había producido:

Una incomprensible “desmalvinización” –hoy superada– que no tuvo otra finalidad que ocultar su propia ineptitud, para lo cual necesitaban ignorar la gesta de quienes cumplieron con su deber de soldados en forma anónima y abnegada. Ésa –al margen de la derrota– fue la hazaña del Ejército.[52]

Pero según Balza no todos los miembros del Ejército habían participado de ese proceso desmalvinizador. Sólo que los justos habían pagado por los pecadores. El análisis del general es un esfuerzo denodado por dejar fuera de las críticas al Ejército, y responsabilizar a individuos de un accionar que fue institucional:

Es curioso que ninguno de los otros generales responsables del terrorismo de Estado (...) nunca hayan criticado la “desmalvinización” iniciada por sus pares, los errores de la conducción estratégica nacional y militar y las incalificables medidas adoptadas para con dignos oficiales, suboficiales y soldados que, ¡vaya paradoja!, lucharon con honor, virtud reconocida por el entonces enemigo. Sin duda ellos actuaron en el mismo sentido corporativo con que siempre lo hicieron al defender la metodología criminal empleada por la dictadura en la lucha contra la subversión (...) En el continente chocamos con muchos militares aficionados que, durante la guerra de las Malvinas, evidenciaron incapacidad y cuyo seudovalor sólo había sido probado en una guerra interna, sucia, clandestina y sádica (...) esos mandos superiores, después de la derrota, iniciaron veladas críticas dirigidas a quienes en el combate –en las duras condiciones ahora conocidas– habían dado muestras de profesionalidad, sacrificio y valor, y también, en algunos casos, de debilidades, defecciones y excepcionales deserciones.[53]

Para Balza, la derrota en Malvinas evidenciaba un funcionamiento institucional que debía ser dejado atrás, “una clara muestra de la etapa militar –que aspiro a que sea definitivamente la última– de un número importante de generales que aceptaban órdenes, directivas y convalidaban actos con los que quizás, interiormente, podrían disentir desde una perspectiva ética, pero que consentían para no experimentar trabas en su carrera”.[54]

El valor del texto de Balza es que éste no está hablando desde cualquier lugar, sino que lo hace como alguien que ha sido reconocido como un militar eficiente, aun por sus propios subordinados:

Cuando nos acercábamos a un puesto de control inglés, en el que debíamos entregar el armamento (...) dos soldados correntinos salieron de la formación y al paso largo me alcanzaron. Uno de ellos me dijo con voz firme:

–Mi teniente coronel, deme su bolsón. ¡Se lo llevaremos con mi compañero!

–¿Por qué? –les respondí.

–Porque no vamos a permitir que los británicos vean a nuestro jefe cargando un bolsón –me contestaron, al tiempo que uno de ellos me lo sacó.

El hecho me conmovió, pues ocurrió en uno de los momentos más tristes de la rendición. Una vez más me sentí orgulloso de mis subordinados y me pregunté si yo había respondido a lo que ellos esperaban de mí.[55]

El criterio de destacar la profesionalidad y las virtudes militares hace que no tenga problemas en reivindicar la figura de Rico, líder de los sublevados en 1987 y 1988, precisamente en base a sus méritos como soldado:

Hoy, Rico actúa en política y es un hombre público; en la guerra fue un excelente soldado que se caracterizó por su valentía, profesionalidad y liderazgo (...) Pocas horas antes de la rendición, el mayor Rico recibió por radio una orden tardía y prácticamente incumplible, impartida por el general Jofre. A mi juicio, era una inútil misión de sacrificio, pero acertadamente no la cumplió y con ello evitó bajas innecesarias e injustificadas. Rico asumió, correctamente, la responsabilidad del no cumplimiento de dicha orden.[56]

El ejemplo de la desobediencia de Rico le sirve para cuestionar precisamente ese Ejército en el que los oficiales “callaban” para no ver perturbados sus ascensos. Balza rompe con esta institución, además de con gestos importantes como la autocrítica, con elementos pequeños, como la inclusión, para describir una acción conjunta en las islas (precisamente con Rico) de una cita emblemática de Héctor Oesterheld “secuestrado y asesinado por la dictadura militar”:[57] “El único héroe válido es el héroe en grupo, nunca el héroe individual, el héroe solo”. Pero sucede que esa “dictadura militar que secuestró y asesinó a Oesterheld” –y a otros miles– es la que envió a Balza a combatir en las condiciones en las que tuvo que hacerlo, y los profesionales que reivindica Balza en algunas ocasiones se consideraban expertos en “ambas guerras”.

¿Cómo romper con esta contradicción? Por un lado, reivindicando el comportamiento heroico y profesional de muchos de los cuadros en Malvinas, y dirigiendo responsabilidades hacia la conducción superior. Pero por el otro, elevando la guerra a un plano superior, a un enfrentamiento que tiene mucho más de partida de ajedrez que de combate en el que se juega la vida a partir de convicciones y valores. Durante la visita a Londres, en un reportaje, declaró que la ceremonia en St. Paul’s lo había conmovido pues:

Cuando veía y leía los nombres –algunos de ellos los conocía– recordaba a nuestros muertos en el cenotafio de Retiro. Pensé que así como nosotros sentimos dolor por nuestros muertos, y tenemos hijos que los lloran, hermanos que los lloran, padres que los lloran, también los ingleses tienen gente que llora por los caídos (...) Me dije "éste es un punto de inflexión". Rendir un homenaje a un muerto no es claudicar. Peleó por una causa que él creía justa y nosotros, por un sentimiento hacia algo incuestionablemente nuestro.[58] Más allá de la decisión política del gobierno y de las causas por las cuales fuimos a la guerra. [59]

Esa elevación de la guerra a una instancia "más allá de la decisión política del gobierno" le permite afirmar que "hay leyes de guerra que respetar. Por eso no fuimos asesinos. Ocasionamos bajas". Ante la repregunta del periodista acerca de si entonces la existencia de esos odios era lo que explicaría las características de la represión ilegal en la Argentina, Balza dio una respuesta en la línea de diferenciación de la institución que venimos consignando: "Pocos, muy pocos, y hoy diría que poquísimos, se marginaron de las normas éticas (...) Estaba todo muy descentralizado. Y había una descentralización dentro de la descentralización". Y más adelante explicaba que "si alguien de la organización, sin haber recibido una orden, se margina de las leyes y los reglamentos militares, no se puede transferir al superior".[60]

El mismo mecanismo que le permitía rescatar a algunos individuos de la debacle general en Malvinas, ahora, por la inversa, le permitía resguardar a la institución del accionar de "poquísimos". Diez años después de la guerra, ésta continuaba siendo funcional a la defensa de las instituciones que habían sido duramente cuestionadas principalmente por los actores centrales de la guerra: los soldados.

Balza, en otros ámbitos, buscó también ampliar la responsabilidad por la conducción de la guerra, extendiéndola a los civiles:

"El general (Leopoldo) Galtieri, si bien tuvo la máxima responsabilidad, no estuvo solo: tuvo un gran número de asesores militares y muchos de ellos eran civiles" (...) Balza, quien combatió en Malvinas y estuvo preso de los ingleses, afirmó que "quienes aconsejaron ir a la guerra sobre la base de dos supuestos, la no reacción del Reino Unido y el apoyo o la neutralidad de los Estados Unidos, desconocían la historia militar y la historia de la humanidad", en una alusión implícita al fallecido ex canciller Nicanor Costa Méndez y otros civiles que colaboraron con Galtieri. Es la primera vez desde la guerra de 1982 que un jefe del Ejército echa culpas sobre la decisión de desembarcar en las islas.[61]

Un nuevo ejército debía abrevar en tradiciones generadas en Malvinas, pero que no fueran controversiales. Una de ellas es la carta escrita por el teniente Roberto Estévez. Durante los sangrientos combates de Darwin, este joven oficial fue herido en tres oportunidades, pero siguió dirigiendo la resistencia de su sección y alentando a sus hombres hasta morir. Estévez es uno de los cinco condecorados con la Cruz "La Nación Argentina al Heroico Valor en Combate" (post mortem). La figura de Estévez es emblemática pues se trata de un oficial muy joven, de difícil asociación con la represión ilegal y que había llevado su sacrificio al extremo, obteniendo el reconocimiento de sus propios hombres. Era un "líder

nato", que actuaba y convencía a sus hombres del lema del regimiento: "Si Dios con nosotros, quién contra nosotros":

Lo que más recuerdo era la figura de Estévez. Era un soldado más, en ningún momento nos dejaba, estaba en las posiciones con nosotros, nos reconocía bien a cada uno y esto no lo digo porque haya muerto, sino porque fue así.[62]

La figura del joven Estévez es una de las que más destacan tanto las agrupaciones de veteranos (sobre todo las de quienes combatieron en el RI 25, donde sirvió Estévez) como el Ejército. El 27 de marzo de 1982 escribió su última carta, que debía ser entregada por un compañero a su padre en caso de morir. El documento comenzó a circular por distintos medios de inmediato[63]:

Carta de un soldado

Querido Papá:

Cuando recibas esta carta yo ya estaré rindiendo cuenta de mis acciones a Dios Nuestro Señor. Él, que sabe lo que hace, así lo ha dispuesto: que muera en el cumplimiento de mi misión. Pero fijate vos, ¡qué misión! ¿No es cierto? ¿Te acordás cuando era chico y hacía planes, diseñaba vehículos y armas todos destinados a recuperar las islas Malvinas y restaurar en ellas Nuestra Soberanía? Dios, que es un padre generoso ha querido que éste su hijo, totalmente carente de méritos viva esta experiencia única y deje su vida en ofrenda a nuestra Patria. Lo único que a todos quiero pedirles es 1) Que restauren una sincera unidad en la familia bajo la Cruz de Cristo, 2) Que me recuerden con alegría y no que mi evocación sea la apertura a la tristeza y muy importante 3) Que recen por mí.

Papá, hay cosas que, en un día cualquiera, no se dicen entre hombres pero que hoy debo decírtelas: Gracias por tenerte como modelo de bien nacido, gracias por creer en el honor, gracias por tener tu apellido, gracias por ser católico, argentino e hijo de sangre española, gracias por ser soldado, gracias a Dios por ser como soy y que es el fruto de ese hogar donde vos sos el pilar. Hasta el reencuentro, si Dios lo permite. Un fuerte abrazo, Dios y Patria, ¡O muerte!

Roberto

En el Ejército de Balza, el heroico teniente Estévez era un modelo que permitía retomar una tradición manchada por los años de la represión. En la página Web del Colegio Militar de la Nación,[64] el joven oficial muerto en Malvinas aparece en la sección de "Egresados destacados" junto a oficiales superiores como Ramón Falcón, Pablo Ricchieri (organizador del Ejército argentino del siglo XX), Agustín P. Justo (que llegó a ser presidente de la nación entre 1932 y 1937), Enrique Mosconi, ingeniero militar que dirigió la vieja empresa Yacimientos Petrolíferos Fiscales, Manuel Savio, que impulsó la industria del acero en el país, Juan Domingo Perón, y Argentino Larrabure (asesinado por la guerrilla en 1975). Estévez es un modelo y referente para los jóvenes cadetes.[65]

Estos regresos individuales y resignificaciones se produjeron, también, en un nuevo contexto político que facilitó nuevos redimensionamientos de la guerra de Malvinas. En julio de 1999, acuerdos entre el gobierno argentino y británico permitieron el reestablecimiento de vuelos regulares a Malvinas procedentes de Chile, que una vez al mes harían escala en Río Gallegos antes de aterrizar en las islas. A la vez, las autoridades isleñas permitieron el ingreso de ciudadanos argentinos, que hasta ese momento sólo podían hacerlo en viajes especiales o apelando a la doble ciudadanía. Desde ese momento, además de los familiares de los muertos, numerosos sobrevivientes de la guerra de Malvinas visitan las islas. Van a cumplir sus promesas: las que le hicieron a los muertos, las que sellaron con sus compañeros a bordo del o bajo fuego. Es un viaje al pasado, pero es un gesto presente, y con consecuencias insospechadas a futuro. Mientras a veinticinco años de la guerra de 1982 no se discute la soberanía desde la diplomacia, mientras los recalcitrantes en la Argentina y Gran Bretaña se refugian en los bastiones del "todo o nada", y mientras algunos isleños bloquean cualquier posibilidad de negociación, estos micro regresos de los ex soldados marcan otro camino.

Es un proceso que tiene mucho de goteo. Es costoso volver, no sólo económicamente. Gabriel Sagastume, por ejemplo, fue uno de los primeros en hacerlo. Publicó sus experiencias en el libro[66] que a la vez sirvió de estímulo a muchos de sus compañeros para decidirse a emprender un viaje semejante.volver a las islas estos hombres realizan un acto humanitario. Hacen un duelo y construyen puentes. Recogen tierra de sus posiciones; se fotografían en esta o aquella trinchera; entierran fotografías, cartas, juguetes, objetos; dejan placas que dicen "aquí combatí", "aquí cayó mi amigo, mi compañero". Por eso, más allá de algunos recelos, esas vueltas y las de los familiares de los caídos, esos micro regresos a Malvinas en general son mirados con respeto por los isleños, que . Los argentinos que visitan las islas toman contacto con sus habitantes, a quienes además muestran Acaso ese sea el mayor descubrimiento para unos y otros: el . Más aún, la idea de que este puede no ser hostil, porque para muchos sigue crispado con la mueca de 1982. Los regresos a Malvinas construyen puentes complejos en relación con el conflicto, porque en muchos casos permiten construir relaciones interpersonales que se desenvuelven incluso a pesar de las diferencias entre los países. Este es el caso de la historia de Miguel Savage, de Venado Tuerto, quien se hizo amigo de Terry Peck, un isleño que combatió contra él, y de su hijo James, un adolescente durante la guerra que ahora es pintor y vive en territorio continental argentino. Historias quizás insignificantes en el gran relato pero que muestran la complejidad de las cuerdas que la guerra toca, y la trama profunda de relaciones históricas y territoriales entre la Argentina continental y el archipiélago. Los regresos de los ex soldados les muestran a los isleños de un modo incuestionable la fuerza que ese lugar tiene para los argentinos. Y a la inversa, les devuelven la necesidad de pensar a las islas en el presente: "Ahora Malvinas se ve en colores", dice en las islas uno de ellos en el documental , de Sandra Di Luca. La fotografía de Malvinas cambia no sólo para sus protagonistas, sino para todos: no es ya sólo la imagen de la guerra, que es la huella dominante en los isleños y en el gran público argentino, sino la de vidas que continuaron con y a pesar de la guerra, aunque sin dejar ningún reclamo en el camino.

Notas

1 Tiempo Fueguino, 17 de junio de 1998.

2 Ídem.

3 Clarín, 31 de agosto de 1998.

4 Clarín, 1º de septiembre de 1998.

5 Clarín, 6 de septiembre de 1998.

6 Clarín, 18 y 19 de marzo de 1991, Página/12, 19 de marzo de 1991.

7 Mario Markic, “Jardines de piedra”, en Noticias, marzo de 1991.

8 Ídem.

9 Salvador Antonio Vargas, Malvinas. Historias breves y sentimientos, op. cit., p. 86.

10 Véase capítulo 5.

11 Locos de la bandera es un documental de Julio Cardoso. El reclamo de la apertura a la discusión, de reconocimiento de su pérdida, y de asunción de una responsabilidad social frente a Malvinas es uno de los leit motiv de esta película.

12 Mario Markic, “Jardines de piedra”.

13 Salvador Antonio Vargas, Malvinas. Historias breves y sentimientos, op. cit., p. 94.

14 La expresión, por ejemplo, en Viva, 2 de marzo de 1998.

15 Clarín, 14 de enero de 1999.

16 Hijos.doc, América TV, 1999.

17 Resulta interesante consignar la gran cantidad de producciones televisivas y radiales de la BBC que tienen este tema central: acompañar a un veterano (o a un grupo de ellos) en su retorno a las islas, a visitar “su” lugar: la trinchera, el campo de batalla, la casa en la que durmió. Simon Weston, un soldado inglés horriblemente quemado en el ataque argentino al buque de transportes Sir Galahad, ha protagonizado varios de ellos, y estuvo en el homenaje argentino a los caídos británicos en St. Paul’s.

18 Clarín, 8 de agosto de 1999.

19 Clarín, 15 de agosto de 1999.

20 Página/12, 14 de agosto de 1999.

21 Véase “Epílogo”.

22 Clarín, 8 de agosto de 1999.

23 Véanse especialmente las ediciones de Clarín de los días 8 a 16 de agosto de 1999.

24 Clarín titula, bajo la foto de Esteban en el Cementerio de Darwin, “Una historia de la guerra de Malvinas. El inmenso dolor de un ex combatiente” (Clarín, 10 de agosto de 1999).

25 Roberto Herrscher, "La guerra, una espina clavada", en Puentes, julio 2002, p. 19.

26 Al comenzar su artículo, Herrscher define dos formas de recordar la guerra, "los que glorifican" y "los que olvidan". Pero él se inscribe en una tercera, la de los que "siguen dándole vueltas al tema" porque la guerra "es una espina clavada" (y podrían encontrarse más).

27 Roberto Herrscher, "La guerra, una espina clavada", op. cit., p. 19.

28 Edgardo Esteban, Malvinas, diario del regreso (Iluminados por el fuego), Buenos Aires, Sudamericana, 2005, p. 14.

29 Ibíd., p. 17.

30 Ibíd., pp. 25-26.

31 Ibíd., p. 27.

32 Ibíd., p. 30. Mi subrayado.

33 Ibíd., p. 48.

34 Ibíd., p. 52.

35 Rosana Guber, De chicos a veteranos…, op. cit., p. 185.

36 Algunos de ellos ya han sido citados a lo largo de esta obra. Si bien la mayoría provienen de oficiales de las Fuerzas Armadas, conviene destacar una vez más la excepcionalidad de Partes de guerra, de Graciela Speranza y Fernando Cittadini.

37 Vincent Bramley, Viaje al infierno. Escenas de una batalla en la guerra de Malvinas, Buenos Aires, Planeta, 1992.

38 Sobre el trabajo de esta comisión, véase Julia Solanas Pacheco, Malvinas ¿Y ahora... qué?, Buenos Aires, Plus Ultra, 1996.

39 Página/12, 25 de mayo de 1993.

40 Clarín, 5 de abril de 1994.

41 Federación de Veteranos de Guerra de la República Argentina (FVGRA). Razones por las cuales el hundimiento del Crucero A.R.A. "Gral. Belgrano" es un crimen de guerra (mayo de 1997).

42 Carlos Robacio y Jorge Hernández, Desde el frente, op. cit., Prólogo, s/d.

43 Reynaldo B. A. Bignone. El último de facto. La liquidación del Proceso. Memoria y testimonio. Buenos Aires, Planeta, 1992, p. 108.

44 Allí, entre la noche del 11 y la madrugada del 12 de junio de 1982, 600 ingleses del Tercer Regimiento de Paracaidistas británico atacaron a unos 300 hombres del Regimiento de Infantería 7. Durante nueve horas hubo una batalla en la que se llegó al combate cuerpo a cuerpo. Los ingleses tuvieron 23 muertos y 47 heridos, mientras que los argentinos, 29 muertos y 50 heridos.

45 Clarín, 26 de mayo de 1996.

46 Ídem.

47 Ídem.

48 Vincent Bramley, Los dos lados del Infierno, Buenos Aires, Planeta, 1994.

49 Martín Balza, Dejo constancia. Memorias de un general argentino, Buenos Aires, Planeta, 2001, pp. 260 y ss.

50 La artillería de Ejército es una de las unidades conducidas con "eficiencia, valor y decisión" que destaca el Informe Rattenbach: "Es importante señalar que hubo comandos operacionales y unidades que fueron conducidas con eficiencia, valor y decisión. En esos casos, ya en la espera, en el combate o en sus pausas, el rendimiento fue siempre elevado. Tal el caso, por ejemplo, de la Fuerza Aérea Sur, la Aviación Naval, los medios aéreos de las 3 Fuerzas destacados en las islas, el Comando Aéreo de Transporte, la artillería de Ejército y de la I. M., la ADA [Artillería de Defensa Antiaérea] de las 3 FF.AA., correcta y eficazmente integradas, al igual que el BIM 5, el Escuadrón de caballería Blindada 10, las Cas. Comandos 601 y 602 y el RIM 25. Como ha ocurrido siempre en las circunstancias críticas, el comportamiento de las tropas en combate fue función directa de la calidad de los mandos". (Buenos Aires, Ediciones fin de siglo, 2000, p. 202).

51 Martín Balza, Malvinas, Gesta e incompetencia, op. cit., p. 251.

52 Ibíd., p. 10.

53 Ibíd., pp. 237-238.

54 Ibíd., p. 239.

55 Ibíd., p. 226.

56 Ibíd., p. 132-133.

57 Ibíd., p. 163.

58 El espacio en el que los contendientes de ambos bandos se igualan es el de las virtudes abstractas como el heroísmo, el amor a la patria, etc. De allí que un mecanismo habitual en muchas publicaciones sobre Malvinas sea precisamente el de apelar al testimonio del adversario para probar el propio valor. El libro con las cartas de David Tinker, un marino inglés muerto en el Glamorgan, suele ser citado como una muestra de la humanidad de los adversarios.

59 Página/12, 1º de noviembre de 1998. El reportaje es del periodista Martín Granovsky.

60 Ídem.

61 Clarín, 3 de abril de 1998.

62 "Testimonios inéditos", Edición especial de Tiempo Argentino, p. 10.

63 Apelan a ella numerosos entrevistados; la primera vez que supe de su existencia fue tan pronto como en 1983.

64 http://www.colegiomilitar.mil.ar/2005/historia/egresados.asp

65 Máximo Badaró, que investiga acerca del Colegio Militar de la Nación, me ha facilitado las siguientes observaciones producto de su trabajo de campo en la institución:

“La figura de Estévez tiene un fuerte peso simbólico para los cadetes. En realidad, es la principal figura que resaltan las autoridades del Colegio Militar de la Nación (CMN) para referirse a Malvinas. Y que los cadetes también comparten. Para estas autoridades la figura de Estévez ofrece un ejemplo para transmitir valores como el heroísmo, el valor, el patriotismo, la abnegación. Además, y sobre todo, se trata de valores encarnados no en un prócer o en un general, sino en un joven. La juventud es una dimensión muy importante. Y a todo esto hay que sumar un elemento central: dejó una carta, muy conmovedora, escrita, y esto también es súper importante, a sus padres. De este modo, la figura de Estévez, y sobre todo su actuación, encarna en forma emblemática tres aspectos altamente valorados en el mundo militar: buen argentino, buen militar y buen hijo. Patria, Ejército, Familia se conjugan en la figura de Estévez. Además, la carta (dirigida al padre) tiene un contenido netamente religioso, por lo que ella también permite utilizarla para transmitir a los cadetes ideas sobre la tríada Dios/Patria/Familia.

La carta de Estévez está encuadrada y colgada en un hall de unas de las subunidades de las armas.

Su figura y su carta son referencia frecuente en los comentarios de los cadetes acerca de Malvinas. Es un ejemplo”.

66 Gabriel Sagastume, , La Plata, de la talita dorada, 2007.

Capítulo 12

Marcas

A su hijo le tocó primero la marina, luego una base naval en el sur, y finalmente la guerra. Él lo esperó sin optimismo y sin miedo hasta que una mañana un Falcon blanco de la marina con una banderita en la antena se detuvo frente a su casa. Él lo vio llegar desde la ventana. Del auto bajó un joven oficial que caminó con lentitud hacia la puerta, como esperando que en el camino le ocurriera algún incidente que lo hiciera desistir de su misión. Se notaba que nunca había hecho lo que ahora le tocaba hacer, y después de pronunciar un vago saludo le tendió con torpeza una carta con los colores patrios en una esquina, cruzados por una cinta negra. La mano del joven oficial temblaba al sostener la carta donde decía que el hijo del doctor Vidal había sido tragado por el mar, por el mar que nunca antes había visto.

Pablo de Santis, La marca del ganado.

Monumentos y huellas

Si bien el Cenotafio inaugurado por Carlos Menem es un recordatorio nacional, los monumentos conmemorativos de Malvinas aparecen por todo el territorio argentino como las cuentas esparcidas de un collar al que se le ha cortado el hilo. En el pueblo de Hernando, en la provincia de Córdoba, el 28 de mayo, fecha en la que mataron a Fabricio Carrascul cerca de Puerto Darwin, es el día en memoria de los héroes de Malvinas, y el pueblo detiene sus actividades por una hora. El comedor de una escuela en La Matanza, llamada Islas Malvinas, lleva el nombre de Julio Cao, el maestro que se enroló como voluntario para combatir en las islas y jamás volvió. En Sarmiento, en la provincia de Chubut, un arco inconcluso es un homenaje de la ciudad a sus muertos, y simboliza tanto las vidas truncas como el compromiso de cerrar la lucha iniciada por éstos. De diversos modos, Malvinas es una presencia con fuerza creciente cuando nos acercamos a las zonas más próximas al escenario de la batalla, o a las ciudades de las que buena parte de sus jóvenes marcharon a combatir con los regimientos junto a los que habían crecido como poblaciones, o tan pequeñas que su lazo con una determinada communitas nacional pasa por un caído, o por un sobreviviente.

Esta cantidad de manifestaciones conmemorativas –son sólo algunos ejemplos– no debe llamarnos a engaño: no expresan una unanimidad ni mucho menos un acuerdo acerca del tema. Se trata, por otra parte, de expresiones locales, que aunque toman formas comunes al culto patriótico por los muertos no necesariamente expresan ese sentido. Lo que les otorga relevancia a esos monumentos es que concentran algún tipo de significado, pero éste puede ir del nacionalismo al duelo, o también combinar ambos.

En todo caso, la dispersión y cantidad de los monumentos a lo largo y a lo ancho de todo el país marca tanto el peso simbólico de Malvinas como el sustrato republicano de la

práctica, ya que la mayoría se deben a iniciativas comunales. Pero en primer lugar, como señala Antoine Prost, debemos tener en cuenta un elemento central: “Eliminemos la referencia a la Patria y los monumentos funerarios toman un significado diferente. El fracaso en señalar explícitamente la legitimidad del sacrificio sería admitir la posibilidad de que no hubiera sido completamente legítimo”.[1] Esta afirmación, si es leída desde una perspectiva individual y de cercanía con el proceso a recordar, antes que en una clave colectiva y comunal, otorga un peso distinto a las acciones de las agrupaciones de veteranos, y de los familiares: la muerte del ser querido, puesta en duda, quitaría la posibilidad de procesar el dolor por la pérdida a partir de encontrarle un sentido.

Distintas organizaciones de veteranos, más allá de los debates a escala nacional que hemos recorrido, se integran a sus comunidades de diversos modos:

Un ejemplo de valorar es la tarea que viene realizando el Centro de Veteranos de Campana, que desde hace unos años viene realizando un Plan Social de Viviendas, que no sólo solucionó el problema de vivienda de los Veteranos, sino también el de otras 500 familias, convirtiéndose en el programa de obra pública más importante de la Ciudad. Esto no sólo movió de su rol de demandantes o víctimas a los Veteranos de Campana, sino también que produjo un cambio en la visión que se tenía en cuanto a la victimización: “Los pobres pibes se convirtieron en grandes”, pudiendo ligar su demanda a la de una parte de la sociedad también necesitada, éste creo es el inicio del camino, seguir demandando no como víctimas, sino como ciudadanos, que pueden escuchar también sobre el dolor y la necesidad del otro y permitirle a nuestros compatriotas poder decir y reclamar junto con nosotros.[2]

Muchas de estas acciones siguen orientadas por una voluntad de concientización. En 2004, el Centro de Veteranos de Guerra de Puerto Madryn, junto con la Municipalidad de esa ciudad, organizaron un concurso. La “1ª. Olimpíada Nacional Malvinas Argentinas. La Guerra de Malvinas abril-junio de 1982, sus causas, desarrollo y consecuencias”, estuvo dirigida a alumnos de polimodal de todo el país, que en algunos casos viajaron más de dos días para poder competir. La iniciativa recibió adhesiones y reconocimientos de las distintas autoridades provinciales y nacionales (por ejemplo, fue declarada de interés por la Secretaría de Cultura de la Nación), pero se trató fundamentalmente de un gran esfuerzo local a partir de un compromiso con el tema convocante. En la inauguración, el viceintendente destacó que “No es casual que sea Puerto Madryn la ciudad en la que se realicen estas Olimpíadas; a este puerto llegaron desde Malvinas muchos de los ex combatientes, donde una vez más quedó demostrado el fuerte compromiso de los madrynenses”.[3]

Las palabras del presidente del Centro de Veteranos muestran la importancia que algunas organizaciones de ex soldados asignan a estas acciones:

Cuando nos llamaron, éramos como ustedes, llenos de vida y con sueños por cumplir. Pero ese llamado nos interrumpió la rutina, teníamos que defender ese pedazo de tierra tan chiquito, pero a la vez tan importante para nuestra patria. Y se nos llenó el alma de orgullo al saber que éramos nosotros los que por fin íbamos a lograr eso que

esperábamos hacía tanto tiempo, recuperar nuestras islas de una vez por todas. Créanme que lo intentamos, y nos quedó el alma rota. Los sueños se habían esfumado, y la realidad nos hizo ver un país triste y desilusionado, pero sobre todo, nos hizo sentir la impotencia, el dolor de no haberlo logrado, y pensar si lo que hicimos tenía sentido.

Creo que en ese momento pensamos que no. Pero hoy estamos seguros que sí valió la pena, porque esos 649 soldados que tenían ilusiones igual que ustedes y ganas de vivir, se merecen que haya valido la pena.[4]

Pero estas iniciativas sólo son relevantes para las comunidades donde se desarrollan y los actores que participan, y muchas veces ni siquiera sabemos de ellas. Subyacen a iniciativas públicas de mayor visibilidad que venimos describiendo, y son las que garantizan la pervivencia de la cuestión Malvinas, muchas veces en un registro bien distinto al de los grandes centros urbanos, o hegemónicos desde el punto de vista de la circulación cultural.

Si en 1982 la guerra en las islas fue un momento decisivo para el rock nacional, hoy en día algunas de sus expresiones siguen siendo también un espacio para la vigencia del tema. El heavy metal, una de las vertientes del rock argentino que suele tomar temas nacionales en sus canciones, mantiene con la guerra de Malvinas una fuerte relación. El grupo Almafuerte musicalizó la película El visitante (1999) evocando los fantasmas de la guerra que acosan a los ex combatientes:

Olvidar
yo sé bien que no podés
como la sociedad olvida
que fuiste obligado a marchar,
en su defensa.

Recordando el mal momento
atrincherado en tu habitación;
soledad, humo y penumbras
despertares de ultratumba.

Apocalipsis del sustento interior
andar sin encontrarle alivio al tormento
desesperante, mórbida aflicción

del visitante y su castigo.

Fui elegido, para cantarte

por quienes quieren olvido restarte

grave pesado más no inconsciente

yo te lo mando ex combatiente (...)

Gustavo Zavala, líder de otra banda heavy llamada Tren Loco, tiene una fuerte vinculación con la guerra de Malvinas. Varios de sus amigos pelearon en las islas y él estuvo cerca de ir. En un reportaje realizado telefónicamente, contestó a la periodista:

Me interesa con las canciones hacer lo mismo que los yankees hicieron con Vietnam. Allá los cagaron a tiros pero ellos te filman películas onda Rambo y se sienten re orgullosos de sus héroes. Por otro lado, a veces pienso que los pobres correntinos que viajaron a Malvinas a puro huevo se cargaron unos cuantos. Me los imagino tirando y festejando como si hubieran metido un gol.[5]

Ésta es una de las letras compuestas por Zavala, que toman a Malvinas y al servicio militar obligatorio como tema:

Maniobras de guerra[6]

Orden 000, Sorteo 418

Orden 001, Sorteo 754

Orden 002, Sorteo 845

Aquella mañana te despertaron

Retumbando unos números raros

Y sin darte cuenta siquiera

Eras un nuevo soldado

Muchos sueños se cortaron

Otros se bifurcaron
De repente te enrolaron
Y en un buque te hacinaron
Servicio militar, ¡qué asco me das!
¡Amor a la Patria! ¡Tomen sus armas! ¡A matar!
¿Dónde está el enemigo? ¿Lo borraron? ¿Lo cambiaron?
Una bola de graves se hizo
Entre oficiales, cabos, sargentos y tenientes
¡Ellos tienen enemigos! Y los tienen enfrente
Son los zurdos, putos, cabecitas
Y en especial, negros bolitas.

Tomen las armas, amor a la Patria. ¡Matar!

Orden 019, Sorteo 727
Orden 020, Sorteo 419

Sin enemigos, sin banderas, sin fronteras
Teniente, la consigna es: ¡Mate a cualquiera!

Pasó el tiempo, mucho tiempo:
Por la sangre de Carrasco la colimba quedó en nada
Pero en mi mente sigue el recuerdo persistente
De los pibes de Malvinas, los desaparecidos
Pobres olvidados, los sobrevivientes...
A los soldados como premio una chapita les tiraron
Aquella mañana, cuando te sortearon
Tus días quedaron contados

Con esos putos números la vida te amarraron

A un destino lejano, un extraño país

En un frío lodo olvidado, los cuerpos amasijados

2 de Abril, día negro nacional...

A veces, cuando analizo esta vida

Dada vuelta y sin valores

Me dan ganas de escapar

Miro a un lado y a otro

Tratando de buscar responsables

¿Y para qué?

Las bestias del proceso

Quemaron los ideales

Junto a libros de Cortázar y Benedetti

Nos llevaron a la guerra del 82

Nada para rescatar, sólo cadáveres para contar

En esta canción, la experiencia bélica es asociada al descrédito de la dictadura y es ubicada en ese contexto. El sacrificio de los jóvenes en las islas ha sido en vano. Los muertos en las islas se emparentan con los muertos por la represión.

Por su parte, en un tono menos crítico, más parecido al de los días del 82, la cantante folklórica Soledad Pastorutti, la “Sole”, hizo muy popular una canción que hablaba de la carta de un soldado muerto en las Malvinas:

Mañana del día veintidós,

madre, hoy es tu cumpleaños.

Chaco ¡qué lejos estoy!

En mi carta les dejo mi amor.

Todo es blanco y aquí a mi alrededor

nos humillan con grandezas

el Tano, el Polaco, el Andrés.

Madre, cayeron los tres.

Es de noche y los salgo a buscar,

mil estrellas me quieren contar,

hace frío y aquí en soledad

hay mil almas que de guardia están.

Y sos un poco de sol,

toda nieve, toda viento.

Sos un puerto argentino

con bandera de otra nación.

Es la carta que nunca llegó,

escrita allá en Malvinas.

Fue en abril del ochenta y dos

de un soldado que nunca volvió.

Actos

En 1999, en la ciudad de Quequén (Sur de la provincia de Buenos Aires), se inauguró un "Monumento a la Gesta de Malvinas". Se trata de una obra monumental (tiene casi 35 metros de alto y 16 de diámetro) que está incorporado a las cartas náuticas debido a que se encuentra a 45 metros sobre el nivel del mar. Representa una figura femenina de la Patria que reclama con un soldado muerto en sus brazos y mira a las islas. El monumento está ubicado en una plazoleta en la que hay un vehículo de desembarco, cañones y otros artefactos militares, y se transformó desde su inauguración en una referencia turística para la zona.[7] Se trató de una iniciativa comunal en la que jugaron un papel decisivo las agrupaciones de ex combatientes de la zona, el hecho de que el intendente de Necochea fuera voluntario en Malvinas (como médico) y el apoyo del poder político central, tanto provincial como nacional.[8]

El 9 de octubre de 1999, Carlos Menem inauguró el Monumento Gesta de Malvinas, el más grande construido en la Argentina desde el Cristo Redentor, en la provincia de Mendoza, del año 1914. El intendente Julio Municoy y el presidente argentino fueron los únicos oradores. El intendente dijo que "éste debe ser un momento de felicidad, de gloria y también de dolor, porque le estamos demostrando al mundo que la causa de Malvinas es la causa por la cual vale la pena luchar". Menem felicitó al pueblo de Necochea y Quequén por la construcción del monumento al que calificó de "impresionante". También expresó

que “nuestros soldados no son como empanadas que se las come así nomás, abriendo la boca, han demostrado en las islas Malvinas que son los más valientes de la tierra”.[9]

Hubo un desfile militar y también marcharon más de dos mil veteranos de guerra. La presencia del presidente en un acto local, la integración de las Fuerzas Armadas y los ex soldados en un desfile (convocados por la Federación de Veteranos de Guerra, sobre todo, pero también por la Federación de Veteranos de la Provincia de Buenos Aires, que reportaban a la línea interna del justicialismo afín al vicepresidente en ese entonces, Carlos Ruckauf) muestran cómo el elemento distintivo en los actos públicos oficiales relacionados con la guerra es el de intentar una “nacionalización” del tema Malvinas. Para ello se recurre al imaginario patriótico previo a la guerra, que había sido fuertemente cuestionado a partir de su apropiación abusiva por parte de las Fuerzas Armadas en el poder, sobre todo en la década del setenta.

Las crónicas, precisamente, destacaron el carácter nacional del evento. El monumento representaba a todas las provincias: “Como dando una muestra del federalismo implícita en el artículo primero de la Constitución Nacional, se sumaron a la fiesta las banderas de las 23 provincias, como también la de la ciudad de Buenos Aires”.[10] “Quequén se vistió ayer de celeste y blanco” –tituló el diario local, y destacaba la gran concurrencia de público, el elevado número de veteranos de guerra llegados de todo el país, y la participación cívica–: “La mirada de asombro de los niños fue el mejor termómetro para medir el interés por el desfile. Los chicos no sólo se interesaron en los coloridos uniformes de los soldados, sino que la presencia de los tanques de guerra, radares y vehículos, sin dudas, desbordaron las expectativas”.[11]

Para el presidente de la Federación de Veteranos de Guerra de la Provincia de Buenos Aires, una de las organizaciones convocantes, el sentido del acto era el de una fiesta:

La inauguración del monumento va a ser una fiesta. Lo importante es que recordemos a los muertos, a los vivos y a quienes murieron en la triste posguerra, que fue muy dura. Reitero la palabra fiesta –dijo Sánchez– a pesar del dolor que produce el recuerdo, porque vamos a reencontrarnos todos, más allá de las diferencias que tengamos en el ámbito de la política, de la religión o en cuanto a la guerra misma.[12]

En las palabras del ex soldado, Malvinas está por encima de la discusión sectaria. Es la posibilidad del reencuentro nacional, y la puesta en escena de la inauguración así lo representó: el presidente, las provincias, las Fuerzas Armadas, los veteranos, convocados para recordar a los vivos y los muertos que habían ofrecido su vida a la Patria. En el verano de 2000 se destacaba que en ese monumento se iba a realizar un acto conjunto, ya que “las fuerzas políticas mayoritarias y las organizaciones de veteranos de guerra de Malvinas están trabajando para la realización de un acto unificado, donde se pueda demostrar el compromiso existente para realizar una política de Estado en relación con los veteranos de guerra”.[13]

Veinte años no es nada

La concordia y unidad buscadas públicamente en los actos por Malvinas ocultaban sólo parcialmente disputas por el significado de la fecha y la legitimidad pública de sus actores. El acto de Necochea fue poco después del escándalo del “crecimiento de los padrones” de veteranos, producido a causa de y en el contexto del gobierno de quien presidió el acto, Carlos Menem. Pero eso no fue obstáculo para que quienes habían denunciado esa situación participaran y difundieran el evento, como el periódico Gaucho Rivero.

¿Malvinas estaba por encima de todo, o era apta para cualquier cosa? Una medida del gobierno de la Alianza tomada en 2001, un decreto que instrumentó una ley votada por el Congreso de la Nación, da la pauta de que ésta no es una pregunta menor. La norma volvía a establecer como feriado el 2 de abril, aunque como Día del Veterano y de los Caídos en la Guerra de Malvinas.[14] Pero de acuerdo con la prensa, ésta no era una medida debida a un respeto genuino por los combatientes de Malvinas y sus deudos, sino –tal como en el viejo esquema de los ochenta que contraponía la guerra de Malvinas a la represión ilegal– un modo de “compensar” a los integrantes de las Fuerzas Armadas frente a la masividad que se esperaba para los actos por los veinticinco años del golpe de Estado de 1976:[15]

El 2 de abril volverá a ser feriado inamovible, como durante la última dictadura. La elección de esa fecha no es azarosa, ni sólo fruto de una ley del Congreso. Durante su gestión al frente del Ministerio de Defensa, Ricardo López Murphy en representación de las Fuerzas Armadas acordó con el presidente Fernando de la Rúa “elevar el rango del tema de las Islas Malvinas” como una forma de compensar el impacto del repudio a los 25 años del golpe de Estado. El resultado fue la anulación del feriado del 10 de junio a cambio de la conmemoración del día en que las tropas argentinas desembarcaron en Malvinas, en 1982.[16]

Malvinas volvía a jugar un papel en las disputas por el pasado reciente; el mismo que había tenido a principios de los ochenta, o en 1987, en boca del presidente Alfonsín.

En 2002, al cumplirse veinte años de la guerra, los actos más importantes a escala nacional se realizaron en Ushuaia, la capital de Tierra del Fuego, la provincia de cuyo territorio las Malvinas son parte. En ese año, distintos actores colocaron a los soldados y los muertos en el lugar clásico del culto patriótico, el de los héroes caídos por la Patria. Los protagonistas de las conmemoraciones de los veinte años de Malvinas fueron los combatientes, pero a la manera de un “soldado genérico”, el combatiente por la Patria, con virtudes ciudadanas eternas y, por lo tanto, indiscutidas. Y si éstas no eran discutibles, tampoco lo era el hecho que se las había otorgado: la guerra, que pasaba a ser parte del culto nacional.

Durante la entrega simbólica de un bastón de mando a la Virgen del Rosario, en San Nicolás[17], el Jefe del Ejército, Ricardo Brinzoni, habló de este modo de los caídos y los vivos:

Todos los civiles, conscriptos, suboficiales y oficiales que fueron a Malvinas, son símbolo del sentimiento de la nación Argentina por esas hermanas perdidas. Malvinas es una causa justa, es un sentimiento compartido y arraigado en todo el Pueblo Argentino.

Quienes se inmolaron en el cumplimiento de la misión impuesta y quienes volvieron para dar un testimonio permanente, merecen nuestro reconocimiento: todos ellos eran lo mejor que el país tenía para dar.

Para ellos no caben cuestionamientos políticos o estratégicos, no se preguntaron los porqué y los para qué, simplemente fueron a cumplir con su deber de soldados.

Nuestros soldados, durante más de dos meses, en condiciones climáticas extremas, estuvieron cercados y expuestos al fuego constante de una fuerza armada tecnológicamente superior, soportaron el fragor del combate, padecieron, vieron caer para siempre a los camaradas que quedaron para siempre en las islas y sufrieron en carne propia el dolor de la derrota, la humillación del cautiverio, la ingratitud del regreso y, durante algún tiempo, hasta el olvido de algunos. [18]

Las virtudes guerreras de los combatientes, según Brinzoni, se habían probado no sólo en la batalla, sino durante la paz, enfrentando el olvido y la ingratitud. Sólo que en esa definición de ingratitud entraban también, a ojos castrenses, las críticas a las Fuerzas Armadas. La desmalvinización, en 2002, pasaba a ser prácticamente cualquier cuestionamiento hacia la guerra, pero sobre todo a las Fuerzas Armadas que la habían planificado y conducido. Para el militar, en su invocación a la virgen, los veteranos de guerra "son el mejor ejemplo del cabal cumplimiento del deber militar y de los derechos y obligaciones ciudadanas, porque ellos tuvieron confianza y coraje en los momentos más difíciles y con tu ayuda triunfaron sobre el dolor y las miserias humanas".

Esta postura no era sólo castrense. En Punta Alta, en el acto de homenaje a los muertos del Crucero General Belgrano, el gobernador de la provincia, Felipe Solá, dijo en su discurso:

"No hemos construido una Patria que esté a la altura del heroísmo de quienes hoy homenajeamos". "Estamos en falta con ellos", subrayó, al tiempo que hizo mea culpa al enfatizar que "las responsabilidades no son iguales, sino mayores de quienes han sido o somos dirigentes" (...) Ante la sorpresa de muchos presentes, entre ellos ex tripulantes del Crucero y familiares de caídos provenientes de distintos puntos del país, Solá sostuvo que el país merece mayor grandeza y "nos da vergüenza que tantos hombres hayan muerto y que aún no estemos a tono con aquello que seguramente ellos soñaron en los días previos a morir". [19]

El gobernador también citó las palabras del capitán del buque en 1982, como una forma de señalar la necesidad de un compromiso colectivo y una voluntad de sacrificio: "Bonzo habló de la hermandad de los tripulantes y yo envidio a quienes sintieron esa sensación, a quienes adquirieron desprecio por la propia vida y capacidad de entregarla por el otro y por su Patria".[20] Un afiche de la Secretaría de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires destacaba en los muertos y sobrevivientes del crucero virtudes semejantes:

El 2 de mayo de 1982, el Crucero General Belgrano fue torpedeado y hundido por el submarino británico HMS Conqueror durante el conflicto bélico por las islas Malvinas. Llevaba a bordo una tripulación de 1093 hombres, de los cuales sólo 770 sobrevivieron. Recordemos con amor y respeto a aquellos a quienes nadie les preguntó si deseaban la guerra, pero dieron su vida por la Patria sin pedir nada a cambio.[21]

El matiz de la decisión inconsulta de la guerra en esta última cita no oculta el hecho de que los muertos y los vivos deben ser recordados por su sacrificio por la Patria. Los chicos de la guerra, los ex combatientes, los soldados profesionales y los conscriptos, son ahora los soldados que cumplieron con su deber profesional y cívico, son un ejemplo de entrega y solidaridad en momentos de profundo egoísmo y ausencia de intereses comunes. Y, también, de profunda inestabilidad de las instituciones (el vigésimo aniversario de la guerra de Malvinas fue en los meses posteriores a la renuncia de Fernando de la Rúa, en diciembre de 2001). Una función de gala en el Colón, para recaudar fondos para el monumento a los caídos que se construyó en Puerto Darwin, "pone en aprietos a los políticos", que por temor a un acto de repudio no habían confirmado su asistencia. El primero en confirmar su asistencia había sido el embajador inglés –destacaba la prensa– "que, con su gesto, volvió a ganar veinte años después una pequeña guerra: la de solidaridad con los chicos que pelearon y murieron en Malvinas. Por nosotros".[22]

¿Alcanza el contexto crítico de esos años para explicar el vuelco nacional y sectorial al repertorio patriótico para hablar de los caídos y los vivos? Sólo en parte. Pero sin duda, debe servir para reflexionar acerca de la eficacia simbólica de determinadas imágenes e ideas, y evitar la descalificación automática que suele ser la respuesta más común frente a éste. Y este cuidado se debe tanto a una cuestión de respeto hacia quienes se sienten incluidos por estas ideas como a una precaución metodológica para evitar una respuesta tan banal como el uso que se denuncia de tales símbolos.

Para los veinte años de Malvinas, los protagonistas excluyentes fueron el Sur argentino, sobre todo Ushuaia, sede de los actos centrales, y los ex soldados, que protagonizaron una "caravana federal" desde distintos puntos del país, aunque con algunas disidencias, ya que por ejemplo, "los ex combatientes chubutenses no se plegaron".[23] Centenares de ex soldados y sus familiares, en micros, en autos, algunos en bicicleta, viajaron durante días y confluyeron en la isla, tocando previamente en ciudades que en muchos casos habían sido su puerta de entrada y regreso a Malvinas. En todas ellas, las agrupaciones locales, las intendencias y las guarniciones habían organizado alojamientos y recepciones para ellos. El primer acto consistió en compartir la vigilia de los veteranos y la comunidad de Río Grande, en la noche del 1 al 2 de abril.[24] Allí, se les habían preparado alojamiento y comida en las instalaciones del Batallón de Infantería de Marina Nº 5.

En la vigilia, además de representantes de los ex combatientes, habló el comandante del Batallón que "recordó su participación hace 20 años en las islas Malvinas y convocó a no olvidar a quienes cayeron en el campo de batalla: 'Deben estar en nuestra memoria, aseguró Vázquez, para no permitir que mueran. Porque un soldado no muere cuando cae; un soldado muere cuando sus camaradas lo olvidan y sus conciudadanos lo ignoran'".[25] Se dispararon veinte cañonazos, uno por cada año transcurrido desde la guerra, que en los eventos del vigésimo aniversario pasó a ser calificada mayoritariamente como "la gesta".

En la ciudad de Buenos Aires, mientras tanto, otra agrupación de ex combatientes, el CECIM La Plata, adoptaba una práctica de la agrupación H.I.J.O.S. y organizaba un

escrache a Galtieri, dejándole en la puerta de su domicilio cruces blancas con los nombres de los muertos.[26]

Al día siguiente, 2 de abril, fueron los actos en la ciudad de Ushuaia. Una gigantesca bandera argentina, de dos kilómetros de largo, fue llevada por los veteranos de guerra hasta el monumento a Malvinas, en la costanera de la ciudad. Esta particularidad del acto, y su descripción, dan la tónica con la que se cubrieron los eventos de esos días. Se trataba de un puente entre el pasado fundacional de la Patria y un presente incierto:

El 18 de febrero de 1812, el Triunvirato aprobó el uso de una Escarapela celeste y blanca y Manuel Belgrano se entusiasmó. Consideraba que los símbolos podían infundir espíritu de combate a las tropas. Por eso, diseñó una Bandera con los mismos colores y la hizo jurar por sus soldados el 27 de febrero, en las barrancas de Rosario. Nunca se enteró del disgusto que la idea les causó a quienes integraban el Triunvirato. Un día escribió: "Las banderas de nuestros enemigos son las que hasta ahora hemos usado. Abajo esas señales exteriores que para nada nos han servido". La Bandera que al nacer fue discordia, será hoy el punto de confluencia de miles de veteranos de guerra de Malvinas.[27]

Aunque el Estado estuvo presente en la figura máxima del Ejecutivo, y este hecho se destacó de distintas maneras, los protagonistas, sin duda, fueron los ex soldados y la Patria:

El paso de los combatientes por la costanera Maipú, aferrados a su bandera argentina de dos kilómetros, fue aplaudido durante una hora y media. Cuando llegó [el presidente] Duhalde con la comitiva oficial, la gente casi no le prestó atención: seguía mirando el desfile y aplaudiendo a los veteranos. La parte más emotiva del acto fue cuando el cantante lírico Darío Volonté, náufrago del Crucero General Belgrano, entonó Aurora.[28]

La capital fueguina se había apropiado con fuerza de la iniciativa:[29]

Los recibió una ciudad pintada de celeste y blanco, con edificios, autos y vidrieras repletos de calcomanías y escudos con la silueta de las islas, con vecinos dispuestos a dar alojamiento gratuito a los soldados y con todas las fuerzas vivas presentes en el acto con un abanderado. Fue un paisaje de difícil imitación.[30]

En su discurso, Eduardo Duhalde agregó a la reivindicación territorial de las islas el peso de la sangre, del compromiso con los muertos en la guerra de 1982:

Las Malvinas son irrenunciablemente nuestras. Las lágrimas y la sangre de nuestros héroes regaron sus playas y sus montes, y no hay título de posesión más fuerte que el que

otorga la sangre.[31]

El presidente, la figura más alta del Estado –que había encarnado durante las dos décadas en el imaginario de los ex combatientes las políticas de ocultamiento y abandono– era el encargado de reintroducir simbólicamente a los caídos en el panteón nacional.[32] En su discurso, invirtió el significado de muchos de los elementos que en los ochenta habían servido para explicar la derrota. Ahora, se trataba de circunstancias de la guerra que realzaban el sacrificio y que aumentaban el compromiso:

Es nuestro deber darle significado a todo ese heroísmo. Los infantes pelearon cuerpo a cuerpo contra soldados profesionales, los aviadores pusieron en jaque a una elite con sus anticuados aviones Mirage y Skyhawk, y los marinos combatieron como leones mientras lloraban a sus compañeros en el hundimiento del Belgrano.[33]

Las palabras del presidente de la Federación de Veteranos de Guerra de la República Argentina reforzaron esta idea. Sus compañeros caídos, y los vivos, eran un modelo a seguir:

Cuando el materialismo y el egoísmo imperan en la sociedad, y escuchamos hablar de la ausencia de valores y la falta de ejemplos, debemos pensar en las mujeres que vieron irse a sus hijos y sus hombres a la guerra, y hoy sienten el mismo orgullo de entonces por esas personas que juraron defender a la patria y dieron su vida por ello.[34]

Para el ex soldado eran otros tiempos. Pero si la presencia de Duhalde debía ser destacada porque era la "primera vez que un presidente comparte un acto por Malvinas con los ex combatientes", también acusó a los gobiernos argentinos posteriores a 1982 de montar una "cruenta campaña de desmalvinización que se llevó a tantas vidas como las que se perdieron en el conflicto bélico".[35]

En la ciudad de La Plata hubo un acto que le dio al 2 de abril un significado claramente distinto al de las recordaciones de Ushuaia, y que tuvo mucha menos visibilidad. En los sentidos que los ex combatientes de esa ciudad, agrupados en el CECIM, le dieron a la guerra en las islas, es posible encontrar gran cantidad de los elementos que constituyeron el núcleo que aglutinó a las agrupaciones de jóvenes ex soldados de la década del ochenta:

Queríamos mostrar y demostrar que no es necesario grandes actos pagos para homenajear a los caídos. Porque homenajear a nuestros compañeros y honrarlos es REPUDIAR LA IMPUNIDAD que significa Galtieri en libertad.

Los ex soldados combatientes de la Guerra de Malvinas, aún hoy, a veinte años, sentimos que tenemos que volver a decir algunas cosas que creíamos ciertas y consolidadas en la historia. Los ex soldados combatientes decimos:

Que el 2 de abril no es el día de Galtieri.

Que el 2 de abril no es el día de la dictadura más sangrienta de la historia argentina.

Que el 2 de abril no es el día de los traidores allá, en el campo de batalla.

Que el 2 de abril no es el día de los traidores acá, en el continente.

Tampoco es de las Fuerzas Armadas que aún hoy siguen sin hablar de los cobardes.

Ni tampoco es de las Fuerzas Armadas que aún hoy los cobijan con medallas, actos y libros falsos.

Que el 2 de abril no es el día de Anaya, Menéndez y Lami Dozo.

Que el 2 de abril no es el día de la deshonra, de la derrota.

De un feriado para pasar...

Que el 2 de abril es el día de los únicos héroes de Malvinas.

Los que cayeron y aún hoy caen por su causa, de los muertos en las islas, de los escondidos por cuanto gobierno hubo y hay, de los espiados por pensar que la patria es el lugar en donde nacen y mueren los padres, de los desechados por tener 18 años e ir a la guerra, de los que aún no pueden volver del horror, perdidos entre tanta niebla y dolor, de los que ya no volverán de sus decisiones últimas, de los suicidados, de los ex combatientes presos por no entender que la violencia que sufrieron no es la ley, no es el camino. El 2 de abril es de ellos...

Pero también es de quienes, sin haber estado en Malvinas, todos los días tienen sus combates contra las injusticias del hambre, de la especulación, del odio. De aquellos que han tenido que salir a los 5, a los 15, a los 20, a los 40 o a los 80 años, a buscar y exigir lo que les fue usurpado, saqueado: su propia dignidad, la vida.

El 2 de abril es el día de la Soberanía. Pero no hablamos de poseer o no poseer un montón de ladrillos posados sobre 11.718 km cuadrados de turba y roca. Hablamos del día en que cada habitante de esta nación recuperará el poder de decisión de las cosas comunes, lo que era propio y ya no lo es porque fue robado, entregado, roto o ensuciado con historias que no sólo son falsas, sino que justifican la desigualdad, que justifican la historia de los vencedores de hoy.

El 2 de abril es el día de la Soberanía. Que es decir el día de los trabajadores con trabajo, el día de los enfermos con salud y atención, el día de los hambreados sin hambre, el día de los caídos recordados, el día de los olvidados recordados en el altar de nuestros corazones...

El 2 de abril es NUESTRO día.

Y no sólo es nuestro, sino que NO ES DE ELLOS.

Por eso intentan apropiárselo. Lo cambian, lo usan, lo saquean de contenido, lo llevan lo más lejos posible –pero nunca donde está la gente–. Por eso lo ocultaban en los colegios, por eso nos proponían a Galtieri como símbolo... y nunca nombraron a Mario Almonacid, a Rolando Pacholzuk, a Dante Pereyra y a tantos otros que nunca regresaron.

Decimos una vez más y para siempre que no queremos nada para nosotros, que sólo queremos todo para todos. Que es decir una patria. Nada más y nada menos.[36]

Este discurso comparte muchos de los elementos del acto de Ushuaia: hay una alusión a las crueldades de la posguerra ("los que cayeron y aún hoy caen por su causa"), al compromiso popular con la recuperación de las islas y a la reivindicación de los "héroes de Malvinas". Sólo que éstos, como en 1982, siguen siendo quienes no pertenecieron a las Fuerzas Armadas; por eso el 2 de abril "no sólo es nuestro, sino que no es de ellos". Las "medallas, actos y libros falsos" (como, para ellos, el de Ushuaia, "lo llevan lo más lejos posible –pero nunca donde está la gente–"), ocultan el verdadero sentido de Malvinas y de la noción de soberanía que proponen, una no basada en la cuestión territorial sino en "el poder de decisión de las cosas comunes". El discurso del CECIM habla sin ningún problema de la Patria, sólo que ésta se parece notablemente a la de los discursos de los ochenta y, más atrás aún, a la de los nacionalistas y antiimperialistas de los sesenta y setenta. "Galtieri" y otros son el emblema ofrecido para eludir esa discusión (y aquí coinciden en criticar la "desmalvinización"), que se origina en una fecha que no es sólo de quienes combatieron en las islas, sino de los excluidos de 2002: "quienes, sin haber estado en Malvinas, todos los días tienen sus combates contra las injusticias del hambre, de la especulación, del odio. De aquellos que han tenido que salir a los 5, a los 15, a los 20, a los 40 o a los 80 años, a buscar y exigir lo que les fue usurpado, saqueado: su propia dignidad, la vida".

Al Sur

El significado de la evocación de la fecha del 2 de abril en el Sur argentino puede verse si tenemos en cuenta la relevancia, las expectativas y las explicaciones que los medios fueguinos encontraron para justificar que los actos por los veinte años se realizaran en el extremo austral del país. No sólo la proximidad con el territorio reclamado (una parte, además, de la provincia huésped de los actos), sino la propia experiencia durante la guerra eran una marca distintiva:

No es casual que el acto central que conmemora los 20 años de la Gesta de Malvinas se realice en Tierra del Fuego. Está claro que por estas tierras –y en buena parte de la Patagonia argentina– el conflicto bélico del Atlántico Sur se vivió de manera muy diferente que en el resto del país.

Ocurre que los fueguinos guardan aún recuerdos muy vívidos de aquellos días y cada 2 de abril es mucho más que un acto recordatorio; significa, ante todo, recordar los duros momentos vividos durante el conflicto y brindar un respetuoso homenaje a quienes dejaron sus vidas en las islas del Sur (...) De Ushuaia, la capital de la provincia bajo cuyo territorio

están cobijadas las Malvinas, parte un mensaje al país entero: la causa de las islas es una secular cuestión de soberanía que la Nación toda debe defender. Y nadie mejor que los veteranos para entender cabalmente esta lucha (...) Los centenares de veteranos que están en la provincia vivirán como nadie este momento único, y son los primeros en bregar por un acto lejos de toda distinción política, simplemente centrado en el recuerdo de la Gesta, veinte años después de un episodio tan caro para los argentinos.[37]

Tierra del Fuego es el lugar donde Malvinas late con más fuerza, desde el momento mismo de la derrota. Simbólicamente, es la Patria donde los veteranos podrán encontrar aquello que les fue negado en otras partes:

Qué duda cabe que las realizaciones que se realizarán en Tierra del Fuego son por lejos las más emotivas y sinceras del país (...)

Aunque por estas tierras los veteranos ya tienen desde hace años un especial lugar ganado en el corazón de los fueguinos, los eventos que hoy empiezan en Tierra del Fuego deberían servir para que los ex combatientes del norte argentino abreven en el cariño que desde todos los sectores de la provincia recibirán, y puedan regresar a sus hogares con un sentimiento de dignidad que largamente merecen pero que –muy probablemente– en sus lugares de origen no pueden experimentar en la dimensión esperada.[38]

Los veinte años de la guerra eran tanto un reconocimiento a los combatientes como, por fin, a los territorios que más cerca habían estado de la guerra, que habían sostenido el esfuerzo de los aprestos y el sostenimiento de la guerra, los ojos y oídos de una república que había estado sorda hasta el 2 de abril de 2002:

Río Grande, ciudad de héroes.

Veinte años han transcurrido desde que se inició el conflicto que dio origen a la recuperación transitoria de las islas Malvinas. Muchas historias se han conocido desde entonces. Historias que tuvieron como escenario el frente de guerra, la retaguardia, los apoyos, los barcos, los aviones, historias de vida de los más diversos matices, hoy recordamos algunas de ellas y sacamos a la luz la historia de una ciudad y su gente, ciudad que fue elegida como base de apoyo para casi todas las operaciones realizadas: Río Grande.[39]

“Guerra contra el olvido”

Así tituló Clarín, el principal diario argentino, una serie de notas que publicó entre el 31 de marzo y el 7 de abril de 2002. Se trataba de “ocho días para recordar veinte años. Para rescatar la memoria”. Si “los medios, en particular” son los que “fueron elaborando el

recuerdo de la Guerra”,[40] resulta interesante detenerse en este esfuerzo de producción conmemorativa. ¿Qué emblemas y sentidos acerca de la guerra aparecieron en el transcurso de esa semana cargada de significados, dos décadas después de la guerra? Al igual que las conmemoraciones y otras manifestaciones públicas de esos días, los protagonistas de la serie de notas fueron los combatientes, desde el punto de vista de sus experiencias de guerra y posguerra.[41]

La serie se inicia con una de las fotos más difundidas del conflicto con Malvinas, tomada por el fotógrafo Rafael Wollman: un grupo de ingleses, con los brazos en alto, sigue las instrucciones de uno de los buzos tácticos que los ha vencido. La nota promete narrar “cómo fue el 2 de abril, contado por el hombre que hizo rendirse a los ingleses”. El protagonista es un militar profesional, “Jacinto Batista es el símbolo de la toma de las islas”. Y desde ese lugar habla: “No tengo nostalgia de Malvinas. Fue una etapa en mi vida y en mi carrera. Hubo una orden y se cumplió. Para eso nos paga el Estado”.

La nota establece uno de los contrapuntos centrales en los años ochenta: “Como todo soldado de elite, Batista está hecho de una madera especial (...) Soldados formados para la guerra, son el reverso de tantos chicos que no eligieron Malvinas como destino”. Pero Batista no era un conscripto en 1982, sino un buzo táctico. Había elegido su carrera:

Los británicos no eran mejores que nosotros. Tuvieron, sí, más medios y apoyos. De los norteamericanos, y los chilenos. Pero si la Argentina hubiera tenido la firme voluntad de pelear..., dice Batista, y deja la frase por la mitad, como interrogante.[42]

En la tapa del día del aniversario, el 2 de abril, aparece un veterano de guerra, rodeado por sus hijos, con una chaqueta militar cubierta de condecoraciones: es Oscar Poltronieri, “el héroe olvidado”. Los jóvenes ex conscriptos aparecen personificados en un soldado que recibió la máxima condecoración al valor en combate (sólo se dieron cinco durante la guerra), pero que es pobre y desocupado.

El soldado más condecorado de Malvinas vive en la pobreza y no tiene trabajo.

Uno de los máximos héroes no militares de la guerra de Malvinas vive hoy en la pobreza más extrema (...) No es el único de entre miles de veteranos que viven hoy olvidados, marginados, desamparados, hasta despreciados por una sociedad que festejó el inicio de la guerra con el siempre sospechoso exitismo de los aludes a la Plaza de Mayo, y miró para otro lado después de la rendición de Puerto Argentino.

No hay reflexión sobre las causas de ese olvido, del desamparo y la marginación, pero sí se construye la figura del que cumplió con su deber y ha sabido mantener la dignidad a pesar de la indiferencia. Uno de los clichés acerca de los jóvenes ex soldados y motivo de reclamo de los ex combatientes en los ochenta, se ha transformado en 2002 en un elemento más que incorporar a su lucha, que les debe asignar un lugar de privilegio en la consideración de sus conciudadanos. Por otra parte, la nota consigna, en las palabras de Poltronieri, un lugar donde el reconocimiento siempre ha estado presente: “¿Sabés

quienes sí estaban? Los chicos y los maestros de entonces. Cuando nos traían a Mercedes, al costado de la ruta, por cada pueblito que pasábamos, allí veías un montoncito de chicos con sus guardapolvos y su banderita argentina, sus maestros y sus maestras". [43]

El Teniente Coronel Enrique Neirotti, militar en actividad bajo tratamiento psiquiátrico (al menos en el momento de publicación de la nota), es a través de quien ingresan para el lector los horrores de la guerra y sus secuelas psicológicas. Neirotti ha escrito una "carta al soldado inglés que maté en la batalla de Monte Longdon" por consejo de su terapeuta. Sus palabras describen el mundo de la posguerra, que es la incesante frescura de los recuerdos. Los sobrevivientes de la guerra portan la memoria de una experiencia incomparable:

Vea, yo soy un soldado profesional. Siempre digo que a los soldados profesionales nos preparan para la batalla, para el antes y para el durante. Pero no para el después. En un campo de batalla, uno se toma de la mano con la muerte, ¿sabe? Y si la adrenalina pudiera verse, ese campo estaría inundado de ella. Recuerdo todavía al cabo primero Martínez, herido, que me grita que la artillería enemiga le mató al soldado Araujo y a su compañero. Veo a otro soldado caminar a los gritos, con sangre en los oídos y la boca, alcanzado por una onda expansiva. Veo todavía a un soldado argentino, desarmado, adelantarse para rescatar a dos heridos nuestros (...) Usted podía verles las caras a los ingleses y ellos a nosotros, en plena noche iluminada por el fuego de la muerte. Todavía escucho los gritos de terror y los desgarradores alaridos de dolor de nuestros hombres y de los ingleses. A eso debe acostumbrarse uno.[44]

La carta de Neirotti es conmovedora y construye la imagen de hombres enfrentados por intereses superiores a ellos: "Fuimos la herramienta de la incomprensión humana, tu vida quedó en el camino y hoy siento profundamente tu desaparición. Hoy sé que no fue mi íntima intención provocarte la muerte". El militar, en su testimonio, manifiesta temer que esa experiencia extrema, y de la que aún carga secuelas, haya sido en vano, sobre todo por traiciones ajenas al motivo profundo que lo llevó a él y a sus compañeros a combatir:

Nosotros sentimos que más allá de la derrota, no defraudamos a nuestro pueblo. Que a pesar de las traiciones, porque nos traicionaron países vecinos y países que se llamaron mediadores, nosotros cumplimos, todos, con nuestro deber de soldados con extrema amplitud y mucha dignidad (...) Hoy, con tristeza y con impotencia, veo a mi Patria, por la que tantos hombres ofrendaron sus vidas, diezmada por intereses mezquinos. Y tengo miedo de que esa traición sea aún mayor, más terrible y más destructiva que la de hace veinte años.

La nota incluye dos recuerdos más que evocan las historias que circulaban acerca de los "locos de la guerra": la de un soldado que un día se tiró cuerpo a tierra en plena ciudad, al escuchar el escape de un auto, y la de un marino del Belgrano que no puede dormir a oscuras, fruto de su experiencia.

Las historias de dos sobrevivientes del Belgrano son ejemplos de solidaridad y heroísmo. Ambas, virtudes probadas en las balsas de los náufragos, son las que permiten a “Oscar Fornes, miembro de la Asociación Amigos del Crucero General Belgrano”, afirmar, cuando visita alguna escuela, que la “diferencia que hay entre Cabral y los ‘héroes del Belgrano’, es que uno murió en la tierra y ellos en el mar”.[45] Su testimonio es un reproche hacia sus compatriotas que no saben discernir lo prioritario, que “dan importancia a cosas que no la merecen”:

Al principio la sociedad no brindó el apoyo que necesita un sobreviviente, nos apoyaba la familia y los compañeros del Belgrano. La sociedad argentina es así. Le da importancia a cosas que no la merecen. En el 82 era más importante el fútbol que nosotros. Mientras mucha gente miraba el mundial nosotros flotábamos en el agua cagados de frío. Y cuando la sociedad se daba cuenta de que existíamos, era para tratar de aislarnos porque no estábamos bien o discriminarnos laboralmente. [46]

Al día siguiente, el informe hablaba de la actuación de la Fuerza Aérea, bajo el título “Vuelos rasantes, metralla y bombas: la guerra desde el aire”.[47] Los aviadores siguen siendo una fuerza profesional que por estas características estuvo al margen de la debacle general:

La guerra de Malvinas encontró a la Fuerza Aérea en el mejor momento operativo de su historia. Con un involucramiento relativamente menor en la represión ilegal que las otras dos fuerzas durante la dictadura, por entonces los aviadores tenían un entrenamiento táctico y de combate mucho más intenso que el actual. Si bien la mayor parte de las prácticas eran para ataques aire-tierra, que incluían vuelos rasantes como los que debieron hacer en las islas para no ser detectados por los radares. Su actuación destacada en el conflicto –sobre todo por las bajas navales– fue reconocida hasta por los ingleses. A tal punto que, después de la derrota, dentro de la fuerza la discusión fue en torno a “cómo aplacar la soberbia”.[48]

Pero la nota incluye el testimonio del comodoro retirado Roberto Mela, el primer y último aviador en tocar Malvinas a bordo de su Hércules C- 130, que reflexiona. Si bien el olvido social fue producto de que “perdimos la guerra”, agrega “los cuestionamientos a la guerra antisubversiva”, aunque él mismo se responde: “Y mucho los militares no podemos decir, en algunos aspectos seguimos sin levantar cabeza. Pero ojo, lo tenemos merecido por muchos años de macanas”.[49]

Ese mismo día, una nota acerca de las instrucciones dadas a los recién retornados para no contar sus experiencias abre la puerta para los testimonios de los dos días siguientes: “Cómo empezó la Operación Olvido. Apenas terminada la guerra, el llamado ‘proceso de desmalvinización’ empezó en las propias dependencias militares. A los soldados se les ordenó no hablar de Malvinas ni con sus familias”. El informe toma una expresión central para comprender las discusiones en torno a Malvinas, atribuyéndola exclusivamente a las Fuerzas Armadas.

Si en los envíos anteriores los lectores pudieron conocer las características de la guerra, el resto de las notas se concentra en la posguerra. El primer lugar lo ocupan las historias del cabo artillero Eduardo Paz, que se suicidó arrojándose del Monumento a la Bandera, en Rosario, y del soldado Juan Alberto E. Villalba, que se puso el uniforme que vistió en las islas antes de quitarse la vida.[50] Otra de las figuras fuertes sobre los ex soldados, la de los suicidas, fue uno de los temas de la serie de informes. Nuevamente, la historia se restringe prácticamente a la experiencia individual, aunque en el mismo número se informa del Programa de Salud bonaerense, implementado recientemente.

La última serie de notas elige la figura de un muerto en la guerra, Julio Cao, "el maestro que quiso ser soldado", y reproduce una cantidad de cartas que le han escrito los chicos de la escuela en la que él enseñaba, en respuesta a una iniciativa de algunos maestros que usaron otras cartas publicadas por el diario como recurso, junto con una que éste envió desde Malvinas:

Puerto Rivero, 24 de abril de 1982.

A mis queridos alumnos de 3º D:

No hemos tenido tiempo para despedirnos y eso me ha tenido preocupado muchas noches aquí en Malvinas, donde me encuentro cumpliendo mi labor de soldado: Defender la Bandera. Espero que ustedes no se preocupen mucho por mí porque muy pronto vamos a estar juntos nuevamente y vamos a cerrar los ojos y nos vamos a subir a nuestro inmenso Cóndor y le vamos a decir que nos lleve a todos al país de los cuentos, que como ustedes saben queda muy cerca de las Malvinas. Y ahora como el maestro conoce muy bien las islas no nos vamos a perder.

Chicos, quiero que sepan que a las noches cuando me acuesto cierro los ojos y veo cada una de sus caritas riendo y jugando, cuando me duermo sueño que estoy con ustedes.

Quiero que se pongan muy contentos porque su maestro es un soldado que los quiere y los extraña. Ahora sólo le pido a Dios volver pronto con ustedes. Muchos cariños de su maestro que nunca se olvida de ustedes.

Afectuosamente,

Julio[51]

Si las cartas escritas en 2002 "al maestro caído en combate", según reza la tapa del diario, destilan el asombro frente al enfrentamiento y el rechazo a la guerra, la breve historia de Julio Cao concentra en sus dos ocupaciones emblemáticas, las del maestro y el soldado, el modelo cívico del ciudadano que cumple con su deber hasta las últimas consecuencias.[52] Esta idea se asocia con una nota sobre los ex combatientes, que nuevamente los coloca en el lugar de la incomprensión: "El orgullo de ser ex combatiente, la bronca del abandono y el olvido. Todo lo que tienen, lo único que les queda después de veinte años y setenta y cuatro días, lo guardan celosamente en una trinchera: la del orgullo".

Uno de los entrevistados explica el uso de prendas o distintivos militares. Para éste, los ex combatientes son como los escoceses, a quienes el tramado y el color del kilt los hace reconocerse parte de un clan. Claro que esa identificación es la que los ha hecho aparecer como extraños en contextos bien distintos:

Yo siempre ando de verde, o con la medalla. Me pasó muchas veces que sentado como cualquier ciudadano, en cualquier bar, tomando una gaseosa o una cerveza, se te arriman y te provocan. Te dicen: "lástima que ustedes eran todos pendejos y los mandaron sin experiencia...". O también te dicen: "fascista de mierda" porque estás con la camiseta camuflada.[53]

Como contrapartida, la historia de otro de ellos, Julio Miranda, que pasó "de soldado a bancario" es "el ejemplo de lo que los veteranos de Malvinas podrían haber sido y no fueron. Y lo sabe. Julio Miranda dice que lo central para dejar el infierno del pasado fue conseguir trabajo al poco tiempo de volver de la guerra".[54]

Al finalizar la serie de notas, uno de los integrantes del equipo de investigación, Alberto Amato, se encargó de explicar que luego de la guerra de Malvinas los soldados tuvieron que pelear "la otra guerra. La de la comprensión". Para el periodista, que se declara impactado por los tres meses de entrevistas y testimonios, "Malvinas no fue aquel fervor de parranda con el que se recibió la guerra en la Buenos Aires alborozada por la ceguera. Fue, en cambio, una breve pero interminable serie de combates feroces que arrasó con vidas y dejó heridas imborrables en quienes gozaron del privilegio fortuito del regreso".[55]

Durante la semana que duró la publicación de la serie de notas, y que acompañó el desarrollo de las distintas conmemoraciones, desfilaron los distintos emblemas que se acuñaron durante la década del ochenta. Por un lado, los militares profesionales que realizaron bien su trabajo –el epítome de ellos, los aviadores–. Habían cumplido con su deber, como Batista, pagando el precio de memorias imborrables de horror y la responsabilidad de haber matado, como Neirotti, que no odiaba a su enemigo (como Balza no había odiado a los suyos frente a la placa de St. Paul's).

La historia de Poltronieri, ex conscripto condecorado al valor, rompe la figura del joven inexperto indefenso pero a la vez entra en el lugar de la marginalidad fruto del olvido y la indiferencia de quienes lo enviaron a combatir. En situaciones extremas retornan los "locos de la guerra": las historias de Paz y Villalba muestran las consecuencias de dichas actitudes sociales y la del bancario Miranda, como contrapartida, permite ver lo que habría pasado si los ex combatientes hubieran sido recibidos de otra forma, por ejemplo con un trabajo. Fornes y los demás veteranos que aparecen entrevistados explican cómo han aprendido a convivir dentro de su última trinchera, la del "orgullo de ser ex combatientes". Julio Cao, el maestro soldado muerto en la guerra, es la muerte que encuentra sentido en el cumplimiento del deber.

Para ganar su segunda batalla, la de "la comprensión", a diferencia de los caminos planteados por los estereotipos de Los chicos de la guerra, las dos décadas transcurridas desde los fríos, desoladores y solitarios días de junio de 1982, habían permitido una quinta alternativa: la que habían enunciado algunas agrupaciones de ex combatientes, el presidente y representantes de las Fuerzas Armadas. Los ex soldados podían seguir

siendo vistos como locos y rebeldes, muertos en la guerra, suicidados, o "reinsertos" (gracias a un trabajo recibido oportunamente). Pero ahora la sociedad podía escucharlos. Para eso, podían dejar de ser jóvenes o transformarse en héroes (muertos, como Estévez, como Cao; humildes a la manera del romano Cincinato, como Poltronieri). Pero, una vez reconocida la batalla librada contra los británicos, serían héroes en un panteón abierto por el Estado que los había ignorado olímpicamente durante dos décadas, un panteón compartido con quienes durante los ochenta habían denunciado como los causantes de buena parte de sus penurias e impulsores del olvido y la marginación: las Fuerzas Armadas.

Notas

1 Antoine Prost, "Monuments to the Dead", op. cit., p. 315.

2 Programa de Salud del Veterano de Guerra Bonaerense, Dirección de Salud Mental, Malvinas, entre el silencio y la palabra, Buenos Aires, 2002, p. 39.

3 Puerto Madryn, Jornada, 27 de agosto de 2004. El 10 de septiembre de 1984, por otra parte, la ciudad de Puerto Madryn protagonizó una espontánea y masiva movilización popular repudiando la presencia de naves estadounidenses en su muelle, como una reacción directa en respuesta al apoyo que este país había dado a Gran Bretaña durante la guerra de Malvinas. El madrynazo es uno de los hitos en la memoria colectiva de la ciudad. Miles de personas rompieron el cordón de Prefectura, impidieron que la nave US Thorn se reabasteciera y forzaron a que se retirara aguas afuera.

4 Archivo del autor.

5 Entrevista de Cecilia Flachsland.

6 En el CD Carne viva (2000).

7 El puerto de Quequén es vecino a localidad balnearia de Necochea.

8 Necochea, Ecos diarios, 1º de octubre de 1999.

9 Ecos diarios, 10 de octubre de 1999.

10 Ídem.

11 Ídem.

12 Ecos diarios, 9 de octubre de 1999.

13 Gaucho Rivero, Año VI, Nº 51, febrero/marzo de 2000.

14 La ley fue un proyecto impulsado por la Federación de Veteranos de Guerra de la República Argentina.

15 Clarín, 3 de abril de 2001.

16 Página/12, 30 de marzo de 2001.

17 Se cuenta que el operativo de desembarco del 2 de abril tuvo ese nombre, “Rosario”, debido a una sugerencia de Mohammed Alí Seineldín, quien frente a una tormenta que azotaba a la fuerza de tareas argentina propuso colocarla bajo la protección de la Virgen.

18 Comisión Permanente de Homenaje a la Gesta del Atlántico Sur, La Gesta, Año V, Nº 24, Julio 2002, p. 8.

19 La Nueva Provincia, 3 de mayo de 2002.

20 Ídem.

21 Archivo del autor.

22 Clarín, 31 de marzo de 2002.

23 Clarín, 1º de abril de 2002.

24 Este ritual, de profunda raíz religiosa, cobró su fuerza cívica con posterioridad a la Primera Guerra Mundial.

25 El Sureño, 2 de abril de 2002.

26 Clarín y Página/12, 2 de abril de 2002.

27 Clarín, 2 de abril de 2002.

28 Clarín, 3 de abril de 2002.

29 La presión para participar fue muy grande. En una comunicación personal, el rector de un importante colegio secundario de la isla justamente me destacaba esa situación de incomodidad frente a lo que él veía como una explosión de nacionalismo similar al de 1982.

30 Clarín, 3 de abril de 2002.

31 Ídem.

32 “La reivindicación del presidente Eduardo Duhalde fue escuchada ayer en la Bahía Encerrada por 2.600 ex combatientes. Fue la mayor reunión en veinte años de los soldados que pelearon en el Atlántico Sur. Y el gesto más enfático del Gobierno en su desatendida política hacia las islas” (Clarín, 3 de abril de 2002).

33 Clarín, 3 de abril de 2002.

34 Tiempo Fueguino, 3 de abril de 2002.

35 Ídem.

36 Archivo del autor.

37 Tiempo Fueguino, 2 de abril de 2002.

38 Tiempo Fueguino, 1º de abril de 2002.

39 El Sureño, suplemento especial, 2 de abril de 2002.

40 Herrscher, “Malvinas: una espina clavada”, p. 11.

41 Los redactores de los informes utilizan indistinta y alternativamente las palabras “veteranos” o “ex combatientes”.

42 Clarín, 1º de abril de 2002.

43 Clarín, 2 de abril de 2002.

44 Clarín, 3 de abril de 2002.

45 Clarín, 4 de abril de 2002.

46 Ídem.

47 Clarín, 5 de abril de 2002.

48 Ídem.

49 Ídem.

50 Clarín, 6 de abril de 2002. El día del aniversario, el diario Página/12 ponía en tapa la información de que la cantidad de suicidados era ya superior a la de los muertos en los combates terrestres.

51 Clarín, 7 de abril de 2002. La carta integra una selección publicada por la revista dominical del diario, el 31 de marzo.

52 Julio Cao, clase 1961, casado y esperando un hijo, se anotó como voluntario y marchó a las islas, donde murió. Su madre es una de las principales integrantes de la Comisión de Familiares de Caídos.

53 Clarín, 7 de abril de 2002.

54 Ídem.

55 Ídem.

Capítulo 13

Diálogo de sordos

Pintemos "al verdadero" Vercingétorix de Alesia, y definamos el sentimiento de la Patria entre los galos, o el del honor entre sus conquistadores. Al término de este esfuerzo sabremos muchas cosas, no sobre los galos, sino sobre nosotros mismos.

Lucien Febvre, Honor y Patria.

Ya durante la guerra, en mayo de 1982, León Rozitchner, en su polémica con los exiliados argentinos en México del Grupo de Discusión Socialista, planteó claramente los desafíos políticos e intelectuales que la guerra generaría tanto en su desarrollo como a posteriori, y en 1985 publicó Las Malvinas: de la guerra "sucia" a la guerra "limpia", donde recogió y profundizó su intervención en ese debate. En este libro, el filósofo cuestionaba la adhesión a la recuperación e impugnaba los motivos "justos" para la guerra, a la vez que establecía una causalidad lógica entre la represión ilegal y la guerra externa:

El que a hierro mata adentro, a hierro muere afuera: tal fue, corregida, la lección. Y con esto sólo queremos decir que la derrota de la dictadura militar en las Malvinas se inscribe en una lógica estricta, que en el terror impune del comienzo tenía inscripto ya su final. Creemos que ese desenlace, imprevisible en los términos precisos en los cuales se desarrolló, no es sólo fruto del azar; por el contrario, esta guerra "limpia" constituyó la prolongación de aquella otra guerra "sucia" que la requirió.[1]

Para Rozitchner, la victoria militar habría significado una derrota espiritual: "el éxito del poder militar del ejército de ocupación argentino significaba la derrota del poder –moral y político y económico– del pueblo argentino".[2] En su mirada radical, los puntos de contacto entre aquellas víctimas de la dictadura que sin embargo expresaban su adhesión a la guerra anti imperialista y sus victimarios (transformados en redentores del archipiélago) se encontraban en una concepción del lugar de la violencia en la política, en "la común ilusión que los liga a las dos; de haber caído ambos, la derecha y la izquierda, en la omnipotencia de la pura fuerza".[3]

En esa clave, Rozitchner otorgaba a las interpretaciones que se fueran a construir sobre Malvinas un valor dilemático, puesto que los relatos acerca de la guerra tanto podrían fortalecer como debilitar a la sociedad democrática emergente del terrorismo de Estado:

Hay dos formas de reconstruir a la nación después de semejante derrumbe: está la que ellos nos ofrecen y nos proponen canjear, aquella "guerra sucia" contra esta otra guerra

“limpia” de las Malvinas; y está esa otra que las madres de plaza de Mayo mantienen como un índice y una invitación a otra nueva fundación de la nación. Las madres quieren decirnos que ambas guerras son sucias. Y si me quieren hablar de un “nacionalismo” que tenemos que aceptar so pena de quedar afuera, porque las clases populares, que son nacionalistas, por su mismo nacionalismo obnubilado, pasional sí pero no visceral, quieren aceptar la transacción de canjear muertos por muertos e igualarlos, tenemos entonces que elegir entre esas dos formas de nacionalidad. ¿Tenemos que optar por mantener el crimen como fundamento olvidado de la nación? [4]

La disyuntiva planteada por esta argumentación no era solamente ética, sino que impugnaba, al ubicar la guerra con Gran Bretaña en el contexto histórico en el que se había producido, la idea de inscribir a los muertos de Malvinas en la historia de los sacrificios patrióticos que narrativamente eran fundacionales del pasado nacional común:

Al inscribir los nuevos muertos en la guerra de las Malvinas como si se tratara de una guerra por la conquista de una porción de nuestra soberanía, elevaremos el dolor de estas nuevas madres al nivel político: los hijos verdaderos de la patria son los que han muerto, mandados una vez más por los militares, por la nación. Serán los muertos legítimos, estos que los militares pueden confesar.[5]

Como quisimos mostrar a lo algo de los capítulos precedentes, la operación simbólica en relación con Malvinas fue precisamente aquella sobre la que advertía Rozitchner: desde los sectores procesistas, nacionalistas o reaccionarios, el énfasis estaba en el carácter patriótico de la guerra, independientemente del contexto en el que se había producido. Pero si esta operación es explicable, mucho más difícil es aceptar la que se produjo por reacción. Desde sectores ideológicamente opuestos, acaso involuntariamente, esta maniobra conceptual fue fortalecida al pintar de una manera simplista la guerra como un resabio del sagrario patriótico, restringiéndola meramente a una maniobra de la dictadura, y despojándola de todas sus aristas polémicas y potencialmente liberadoras. En ese terreno debía quedar confinada para evitar que tanto la dictadura como un nacionalismo nocivos revivieran.

Los héroes, los responsables, la gloria

Una de las formas de incluir la experiencia de la guerra de Malvinas en el relato nacional fue inscribirla en el discurso patriótico construido desde finales del siglo XIX. Fue una de las claves interpretativas para narrar la derrota, como aparece reflejado tempranamente en una circular del Ministerio de Educación, fechada el 15 de junio de 1982, día posterior a la derrota, que establecía la siguiente base conceptual y discursiva para narrar la guerra y ofrecía una serie de recomendaciones para los docentes frente a las seguras demandas de sus alumnos:

- El heroísmo es valor superior a la Victoria.

- La ocupación del 2 de abril fue un acto de recuperación, como afirmación de derechos y no de provocación o agresión.

- Afirmación de la unidad latinoamericana.

- No buscamos la guerra sino la afirmación del derecho y la justicia.

- No hemos buscado ayudas ajenas a nuestra identidad nacional.

- La Argentina reserva moral y cultural de occidente.

- Es más difícil la entereza ante la adversidad que la celebración ante el triunfo.

- El sacrificio y el dolor nunca son estériles.

- No obstante Vilcapugio, Ayohuma, Huaqui y Cancha Rayada, la emancipación de las Provincias Unidas del Río de la Plata fue una realidad hecha de heroísmo y de coraje.

- La historia señala muchas noches aciagas precursoras de días venturosos y sus héroes no fueron únicamente los vencedores de batallas.

- La síntesis final es la unidad demostrada en la convivencia de juventudes, que superando todas las diferencias se redescubrieron en el verdadero sentir argentino.

- La recuperación de las Malvinas es sello de una profunda unión nacional. Esto es realidad demostrada y no euforia transitoria.[6]

El documento propone la inscripción de la derrota en la historia larga de la Argentina, equiparando la rendición en las islas con desastres que luego las fuerzas patriotas (otra homologación con el ejército de la dictadura) supieron revertir. Ahora bien, ¿ es posible hablar de la guerra de Malvinas en la misma clave que de las guerras del siglo XIX, con el terrorismo de Estado (no solamente la derrota) de por medio?

Algunos sectores optaron por pensar que sí, y utilizaron diferentes vías para separar procesos que desde una perspectiva histórica están inextricablemente unidos. En esa iniciativa, aunque con objetivos divergentes, confluyeron las acciones de las Fuerzas Armadas y de los distintos gobiernos civiles y militares que se alternaron desde 1982. Esta forma de leer la guerra de Malvinas la inscribe en la historia canónica oficial, en un registro semejante al de otros episodios bélicos de la historia nacional. Un buen ejemplo del tono de estos esfuerzos se refleja en publicaciones como Malvinas. 20 años. 20 héroes. Se trata de un libro que reconstruye las historias de vida de veinte soldados, suboficiales y oficiales muertos en la guerra de 1982. En las palabras preliminares, el teniente general Ricardo Brinzoni, Jefe de Estado Mayor del Ejército en 2002, sostenía que:

Ellos eran, junto a tantos otros que se inmolaron en el cumplimiento de la misión impuesta y a muchos que volvieron para dar un testimonio permanente, lo mejor que tenía nuestra Fuerza. Como argentinos, estaban convencidos de la justicia del reclamo de recuperación de las Malvinas para devolverlas a la integridad del territorio nacional. Como soldados, no

se cuestionaron ni la oportunidad ni la dimensión del adversario. Sabían que no se jura defender la bandera con condicionamiento alguno: la promesa no hace diferentes entre magnitudes o poder ofensivo de los ejércitos que deberán enfrentarse.

Como no se plantaron esas condiciones los hombres que siguieron al general Manuel Belgrano en las primeras campañas por nuestra Independencia. Ni se lo cuestionaron los que formaron las huestes del Libertador General San Martín, cruzaron los Andes y combatieron a tropas que los doblaban en número y medios bélicos (...) Con absoluta convicción afirmamos que nuestros solados de tierra, aire y mar estuvieron espiritualmente en 1982 a la altura de sus antepasados, confirmando con la entrega generosa de sus vidas el sentido heroico que alimenta la historia militar argentina.[7]

Colocados de ese modo en el linaje histórico nacional, los participantes en la "gesta" de 1982 habían enfrentado una misión superior a sus fuerzas. En el prólogo a la obra, el periodista y analista político Rosendo Fraga explicaba, tras detallar los errores de apreciación del contexto internacional de la acción militar, que "las Fuerzas Armadas argentinas se encontraron en realidad frente a una misión de cumplimiento imposible. Más allá del esfuerzo y empeño que pusieran, como efectivamente lo hicieron".[8] Asimismo, explicaba que "nunca habían tenido una preparación y adiestramiento para librar una guerra en las Islas Malvinas ni contra una fuerza armada de la OTAN", y que "nuestras hipótesis de conflicto tradicionales desde fines del siglo XIX eran Brasil y Chile",[9] y concluía:

Pese a todas estas circunstancias adversas, las Fuerzas Armadas argentinas dieron numerosos ejemplos de eficacia profesional. En el caso del Ejército, no sólo los Comandos y la Artillería tuvieron actuaciones destacadas, sino que en todas las unidades se registraron actos de coraje y entrega. En el caso de la Armada, si bien la Flota no entró en combate, el Crucero General Belgrano entregó centenares de caídos y tanto la Aviación Naval como la Infantería de Marina tuvieron actos de valor y eficacia profesional, la Fuerza Aérea, a través de sus pilotos, tuvo una contribución que fue reconocida internacionalmente y que constituyó su bautismo de fuego.[10]

En esta lectura, estos hechos meritorios no resultaron suficientes en la posguerra, puesto que "fueron víctimas de una acción psicológica que inicialmente fue demasiado triunfalista, que transformó en derrota abrumadora lo que en realidad era una guerra imposible de ganar".[11] Pero no parecen ser cuestiones a preguntarse desde qué sectores del gobierno (que estaba en manos militares) o civiles se impulsó ese clima triunfalista, ni por qué se avanzó en una guerra "imposible de ganar", sencillamente porque se trata del mismo actor que la lectura de Fraga se propone revalorizar: las Fuerzas Armadas. El uso de la tercera persona refuerza esta idea de separación entre el poder político que regía los destinos del país y las fuerzas militares en las islas. Fraga no habla ni de gobierno militar, ni de dictadura, ni de Proceso, sino de la "conducción política del país en ese momento".

Este mecanismo exculpatorio es el que da sentido a los ejemplos del libro, presentados por Brinzoni como herederos de las mejores tradiciones nacionales. Para Fraga "es el legado de unión, entrega, solidaridad y abnegación que tanto civiles como militares mostraron en Malvinas lo que este conjunto de testimonios humanos nos entrega (...) En

Malvinas el Ejército entregó lo mejor que puede dar de sí, que es lo que dio a lo largo de casi dos siglos de historia: la sangre y el testimonio de sus hombres”.[12]

Escrito en el 2002, con posterioridad a la crisis del gobierno de la Alianza, el Prólogo terminaba afirmando que:

La conmemoración de Malvinas es un hecho del pasado que se proyecta hacia el presente. Durante la guerra no declarada de entonces, las Islas fueron un punto de unidad nacional. Entonces, como hoy, el país se sentía frustrado y dividido. Malvinas demostró que los argentinos tenían una gran reserva moral, la que estaba dispuesta a pasar de la potencia al acto cuando la Patria lo requiriese.[13]

Sucede que la épica patriótica presenta dos ventajas a la hora de hablar de Malvinas: la Patria es un espacio donde los conflictos internos no tiene lugar, habitado por los puros, los héroes que murieron por ella. Quienes, en el caso de Malvinas, son civiles y militares, los antagonistas de los distintos discursos históricos acerca de la transición. Pero la patria es eterna, es el referente para todos, más allá de cualquier tipo de antagonismos y en cualquier momento, es un valor ahistórico, y para algunos, incluso, una esencia. En este caso, que la guerra de 1982 en defensa de una cusa nacional fuera conducida por una dictadura militar no es más que un “accidente” frente a lo verdaderamente importante.

Esta sacralización es evidente en el caso del modo de referirse a los soldados–ciudadanos, los conscriptos. Se trata de una forma de narrar la Nación que fue eficaz para la construcción de numerosas identidades nacionales durante el siglo XIX y XX, entre ellas la Argentina, que alimentó el imaginario de distintas fuerza políticas conservadoras y revolucionarias en pugna, y que en un lento proceso de recuperación superó las críticas demoledoras hacia las Fuerzas Armadas (que concentran buena parte de la simbología de dicho discurso) durante los ochenta, para transformarse en la voz oficial del Estado, como visiblemente sucedió en 2002. En esta retórica, al igualar a los actores tanto en su sacrificio como en su dedicación a una causa por encima de las facciones, lo que predomina es la ausencia de la reflexión y la crítica, aplicada esta a las distintas responsabilidades y conductas: el deber cumplido se ve realzado por las malas condiciones en las que se peleó, e iguala a oficiales y subalternos (todos son muertos por la Patria); el apoyo de la sociedad fue por un sentimiento puro y, en consecuencia, resulta secundario qué causa apoyó, qué tergiversaciones recibió.

Esta forma de leer la guerra, que simultáneamente la inscribe en la historia patria y la despoja de su contexto represivo, tiene una importante vigencia en el presente. Julio Cardoso, actual director del Observatorio Malvinas de la Universidad Nacional de Lanús y director de Locos de la bandera, es uno de los impulsores de un libro de texto diseñado allí para las escuelas secundarias,[14] que se encuadra en el siguiente ejercicio conceptual para referirse a Malvinas:

1. ¿Con quiénes se enfrentaron los soldados argentinos en Malvinas? ¿Con la fuerza colonial británica o con la dictadura militar?

2. ¿Qué es lo que estaba en juego para esos combatientes?: ¿la soberanía de las islas o la continuidad de la dictadura militar?

3. Los caídos argentinos en la guerra de Malvinas: ¿son héroes de esa lucha o son víctimas del gobierno militar?[15]

Queda claro que desde el punto de vista de la experiencia histórica de los actores, estas dicotomías no son viables: los soldados conscriptos no podían combatir por aquello que no conocían (y que muchos conocieron después), al mismo tiempo que es ridículo pensar que la dictadura iba a conducir una guerra para autodestruirse (aunque efectivamente eso hizo, y en todo caso esto da cuenta de la alienación de algunos de sus conductores y la hipocresía o cobardía de algunos de sus asesores). Pero, sobre todo, es incorrecto analíticamente, porque las dicotomías construidas apuntan a desprender la guerra de 1982 de las condiciones históricas en las que se produjo.

Tales dicotomías son eficaces a la hora de establecer un cordón sanitario entre las voluntades analíticas de reflexión crítica sobre la guerra de 1982 y su objeto. Construyen una guerra esencial y sagrada a la que no debería llegar la discusión política al respecto, en tanto la “causa” y la “lucha contra el imperialismo” fueron las verdaderas banderas de la guerra, y no la coyuntura histórica (una dictadura militar) en la que esta se produjo. Por extensión, instalan en los sectores más reaccionarios la idea de que cualquier revisión sobre Malvinas es atentatoria contra la causa y, obviamente, antinacional. Son peligrosos y decadentes resabios de tiempos binarios, que debido a la polisemia de conceptos como “pueblo”, “patria” y “nación”, facilitan voluntaria o involuntariamente la impunidad.

Nombrar a los muertos

¿Hay otras formas de volver inteligible la historia de Malvinas? Aparecen distintos caminos interpretativos, que se ubican en general en el incómodo espacio de la necesidad de pensar la adhesión que tuvo el desembarco, las cuerdas de la sensibilidad popular que tocó Malvinas, las experiencias de los ex combatientes y, también, los comportamientos de la izquierda en aquel entonces y después. Todas zonas grises que el discurso patriótico–militar lee linealmente, y de allí que muchas veces, al intentar aproximarnos a ellas, se lea también de manera lineal la misma intención en cada acercamiento.

En ocasión del vigésimo aniversario de la guerra, el ensayista Horacio González cuestionaba la noción superficial de compromiso patriótico que había movido a los militares y proponía una revisión profunda de los motores que la alimentan, antes que una descalificación lisa y llana de los motivos “patrióticos” o “nacionalistas” para la acción política (lo que implícitamente abría la posibilidad de encontrar elementos positivos en dichos motivos):

La trama del viejo y nuevo colonialismo, íntima verdad a la que se abría el conjunto del episodio Malvinas, excedía el discernimiento indigente con el que los militares habían encarado el episodio.

La usurpación no lo es menos a pesar de que elija temas cruciales o aunque diga dirigirse contra otra usurpación. Es que los propios militares fueron al sur con conciencia usurpadora. La recóndita contradicción que eso implicaba era resignadamente percibida por las gentes llamadas aquella vez a la Plaza. El llamado era escolar (...) No debe haber desdén al decirse esto. Simplemente se desea localizar la veta de una emoción colectiva con su coro de efigies sedimentadas (...) No debe haber desdén al decirse esto.[16]

En las antípodas de los argumentos de Fraga o Brinzoni, para la abogada especialista en temas militares Mirta Mántaras, convocada a escribir para la misma ocasión, Malvinas "fue una aventura, no una gesta". A sus ojos, resultaba difícil ver héroes en los jóvenes protagonistas de la guerra, aunque los calificaba de ese modo:

Los heroicos jóvenes del pueblo combatientes de Malvinas ni siquiera fueron recibidos por la junta militar al concluir el conflicto. Enfermos física y psíquicamente, mutilados, y torturados por sus propios jefes, deambularon sin conseguir reconocimiento, y muy tarde obtuvieron una magra pensión cuando ya muchos de ellos se habían suicidado. El aniversario de la aventura de Malvinas es un día de luto y de reflexión para que nunca más suceda.[17]

También emergía la posibilidad de decir algo sobre la guerra sin entrar en el terreno polémico, enfatizando el costado político del conflicto y no el de sus motivaciones. El periodista Ricardo Kirschbaum –coautor de uno de los libros fundamentales sobre la guerra, Malvinas, la trama secreta–, definió la guerra como "un grueso error de cálculo que selló el destino de la dictadura militar". Episodios aislados de entrega y heroísmo desaparecen frente al error inicial. Y el lugar de la sociedad es el de víctimas de la manipulación:

Con distintos grados de responsabilidad, todos participaron en el gran equívoco. Y si la historia a veces se escribe con heroísmo, este solo atributo no alcanza a explicar el gigantesco error de cálculo cometido (...) La sociedad argentina colaboró, intensa y desinteresadamente, con la acción emprendida. Su estupor y frustración por la derrota pueden ser explicadas de varias maneras (manipulación de la información, clima triunfalista, acción psicológica), pero también debió haber sido motivo de reflexión. [18]

Su artículo es una prolija enumeración de las adhesiones que cosechó el desembarco entre los partidos políticos, las Fuerzas Armadas, los actores internacionales. Establece que todos los sectores tuvieron algo que decir y hacer en relación con la guerra. Pero en ningún momento se preocupa por explayarse acerca del rol que los medios tuvieron en la "manipulación de la información, clima triunfalista, acción psicológica", ni en proponer algunas vías para generar la reflexión que se "debería haber motivado". Este mecanismo es posible porque se ocupa de recordar las condiciones de represión en las que la crítica y la reflexión deberían haber tenido lugar: "Sería tan importante que los argentinos

pudiéramos extraer verdaderas enseñanzas de esos tiempos porque, además, sólo pudieron ser ejecutados y pensados en un marco de arbitrariedad sin límites”.[19]

Pero ¿qué decir sobre los soldados muertos y los vivos, los principales protagonistas de la guerra? En 2002, José Pablo Feinmann publicó un artículo titulado “La guerra y la gloria”. Vale la pena concentrarse en su lectura, pues en él aparecen superpuestas las lecturas sobre “los setenta” y “la guerra de Malvinas” vigentes en ese año (la aclaración vale por el acelerado proceso de profundización y renovación que han tenido muchas lecturas sobre el primero de los temas desde entonces. Por ejemplo, en 2002 el impulso kirchnerista no habían conmovido el espacio público de las memorias).

Para Feinmann, los soldados merecen el afecto y el respeto de sus compatriotas por su condición de víctimas. Ubica simbólicamente a los ex combatientes junto a los desaparecidos, pero esa operación los despoja de su especificidad histórica, la de haber sido soldados:

La guerra de Malvinas dejó una enorme cantidad de muertos en el territorio helado que se fue a reconquistar. Esos muertos fueron víctimas, pero no del ejército hiperprofesional británico que fácilmente los masacró, sino de una junta militar que los envió a morir como parte de un plan macabro para mantenerse en el poder (...) Hay una dolorosa paradoja que los ex combatientes de Malvinas deben sobrellevar: sufrieron y murieron (no por la soberanía y la gloria de la patria, como quisieron hacerlo y como reconfortaría creer que lo hicieron) sino como parte de un proyecto antidemocrático, bélico-político, que buscó limpiar con una “guerra limpia” los horrores de la “guerra sucia”. Esto no le quita dignidad a ninguno de los caídos. Al contrario, los queremos más por haber caído como víctimas de la debacle de un régimen tenebroso.[20]

En este análisis, el origen espurio de la guerra hace que no haya gloria posible en los episodios de 1982. Políticamente, no fue una guerra de liberación o antiimperialista:

Quienes murieron en esa guerra no murieron por la causa justa: murieron como parte del plan de una junta macabra. Esto no quita honor ni jerarquía al padecimiento de los caídos, pero les quita gloria. Cosa que los vuelve más entrañables, más queribles para muchos de nosotros, que no sólo abominamos de la guerra sino, muy especialmente, de la junta genocida que la impulsó.

El problema político que genera esta clave de lectura es que, desde la perspectiva de la reconstrucción histórica, quienes murieron en Malvinas “murieron por una causa justa” tanto como en consecuencia de “un plan de una junta macabra”. Pero aún en esa dualidad hay diferencias: aquella, por ejemplo, entre los conscriptos y los oficiales, y entre los soldados-ciudadanos y sus jefes, muchos de los cuales, lo sabemos hoy (¿deberíamos haberlo sabido entonces?) habían participado en la represión. (¿O acaso para el autor del artículo también la muerte es igualadora?: “Esto no le quita dignidad a ninguno de los caídos.”). De allí resulta que frente a la dualidad (que al menos Feinmann reconoce), la salida es la victimización, otra forma de sacralización, aunque con contenidos opuestos al

de la épica patriótica. En todo caso, ambas comparten la pasivización de los actores, el despojo de su condición de sujetos históricos.

En esta clave, no podemos aceptar solamente la idea de que los combatientes en Malvinas son queribles porque son víctimas, no de y en una guerra, sino de un Estado terrorista. Son ambas cosas, víctimas y combatientes. Porque más allá de las condiciones en las que lo hicieron, millares de los conscriptos que fueron a Malvinas lo hicieron precisamente "por la soberanía y la gloria de la patria, como quisieron hacerlo". "Nos reconfortaría creer que lo hicieron", afirma Feinmann: allí es donde está el conflicto, porque no se trata de la forma en la que los sobrevivientes viven su experiencia, sino en la que los que no la transitaron quieren que la vivan y sea narrada. Y en esa brecha entre ambas está tanto la posibilidad para los apólogos de la dictadura de reivindicar la "gesta" como la imposibilidad de muchos otros para pensarla.

El análisis de Feinmann prolonga algunos de los tópicos sobre el pasado centrales en los años ochenta, que necesitaban enfatizar los crímenes cometidos, y dentro de los cuales la figura de los jóvenes como "víctimas inocentes" fue determinante. Ahora bien, ¿la única forma de pensar la guerra de Malvinas es en esta clave? ¿Los soldados en Malvinas fueron a la guerra como víctimas sacrificiales, sin ningún tipo de impulso propio? ¿No portaban ideas, experiencias, valores, expectativas?

Al no reponer la densidad histórica de quienes fueron a Malvinas, el confinamiento de los soldados en el limbo de las víctimas produce una generalización. Pero en la lectura de Feinmann las motivaciones de los actores son secundarias:

Fue un regreso sin gloria. Los años pasaron y algunos intentan reivindicar una guerra que tuvo el fin pérfido de afianzar un régimen de crueldad y atrocidades sin nombre. Otros asumen la verdad y asumen un camino extremo, que puede y debe ser vitado: el del suicidio. La dura verdad que hay que sobrellevar es la de este país, es la que todos compartimos: no hay gloria en la que podamos ampararnos. Los militantes de los años 70 (los que han quedado vivos y cobijan el recuerdo de los que no están, de los que han desaparecido) sobrellevan como pueden la burla de sus sueños en las conductas desdeñables de quienes fueron sus conductores. Es tan doloroso admitir que se fue parte de los proyectos de Galimberti o Firmenich como admitir que se fue parte de los proyectos de Galtieri.

La cita reproduce la lógica de concentrar la carga de responsabilidad colectiva en la culpabilidad individual de algunos actores particularmente execrables, como Galtieri y Galimberti, aunque este emparejamiento de por sí merece una gran discusión. Nos interesa señalar que, si en la mirada sobre los setentas esta perspectiva cambió y ganó una mayor densidad histórica, no puede decirse lo mismo en cuanto a Malvinas. Si desde hace algo menos de dos décadas es visible la recuperación de algunos aspectos de la experiencia setentista y una mirada histórica más compleja sobre el período (lo que no evita una mirada mítica sobre los militantes revolucionarios), esto no sucede en el caso de Malvinas. Conviene aclarar que no nos referimos a una idealización de los valores con los que los soldados enviados a Malvinas fueron a combatir. Una caracterización como la anterior no resiste la más superficial indagación histórica, y a la vez refuerza la idea del

necesario cuidado con el que una guerra que impactó de manera tan desigualmente en nuestro país en términos regionales y de clase debe ser tratada.

Sin embargo, la visión que coloca a los jóvenes combatientes en el lugar de víctimas de la dictadura mantiene su vigencia. Si la experiencia de los militantes puede leerse como la de los ideales malversados (o torcidos por la conducción montonera), pero ideales al fin, esto no es posible en el caso de los soldados de Malvinas:

Hay una gran diferencia: la izquierda peronista (que aceptó esa conducción aberrante) es el deterioro de un proyecto de justicia social, comunitario y generoso; Malvinas no es el deterioro de nada, es un proyecto que nació perverso y terminó perverso. Pero en el final, sus protagonistas están igualmente desolados: no hay gloria.

Para Feinmann existen proyectos políticos y ejemplos históricos que ni fueron degradados ni nacieron perversos. En consecuencia, hay sacrificios que son válidos, y es frente a estos que la descripción de los esfuerzos en Malvinas, la resistencia en los campos o la militancia en condiciones extremas no pueden ser reivindicados como "gloriosos". Pero ello se debe a que tanto la perplejidad analítica o el impacto emotivo frente a Malvinas –como frente a la violencia política o a la represión, hasta hace poco– como las formas que se escogieron para racionalizarlo y relatarlo impidieron su inscripción en un relato histórico-político. Los ejemplos que cita Feinmann son a la vez modelos de episodios que sí fueron incorporados a una épica o una historia revolucionarias:

Quienes lucharon en España por la República podrán contar hasta el último de sus días la gesta que los incluyó, igual los militantes antinazis, los resistentes italianos o franceses, los combatientes de la Cuba Revolucionaria o los que estuvieron junto a Salvador Allende. No tenemos esa suerte. Nuestros sueños fueron embarrados por símbolos infames como Galimberti en Punta del Este (...) o nacieron embarrados por la verborragia etílica de Galtieri en el balcón de la Rosada.

Pero al englobar a los actores de procesos políticos como la militancia revolucionaria, o como una guerra, en la categoría de víctimas (que son pasivas), esa inscripción no es posible:

Quienes presentaron batalla fueron soldados niños o casi niños, que luego tuvieron que vivir sin tener detrás una gloria que merecían, pero que la historia y la verdad les negaba.

Los espera otra gloria: la de aprender a vivir sin gloria. La de saber que la gloria –cuando se la espera de la guerra– no suele venir, ya que aquello que la guerra entrega es el horror y la muerte. La gloria de saber que los queremos no porque hayan peleado una "guerra justa" sino porque fueron víctimas, como muchos otros, como muchos honestos militantes de la izquierda de los 70, que terminaron por ser llamados "perejiles".

Al hablar de los militantes de los setenta, Beatriz Sarlo afirma:

Una rápida observación del caso argentino posterior a 1955 indica que (...) los jóvenes radicalizados de la generación posterior a la caída del primer gobierno de Perón (sic), buscaron una historia que les garantizara sentidos y siguiera una trayectoria definida por una teleología que conducía de la caída a la redención revolucionaria, con un protagonista sólido (...) No fue su condición de hijos, sino su condición de jóvenes intelectuales o militantes la que definió su relación con el pasado que sus padres habían vivido. En lugar de una memoria de sus padres, buscaron una memoria histórica que atribuyeron al pueblo o al proletariado. [21]

Pero está claro que esa lectura teleológica del pasado no es posible, en términos de apropiación de las generaciones posteriores a los acontecimientos –o de los sobrevivientes de estos– si el proceso histórico que los marcó es un sinsentido, como Malvinas, o como el proyecto revolucionario traicionado por sus líderes. Algunos de los relatos centrales conformados sobre los muertos en la guerra y los desaparecidos se parecen a las vidas de los mártires; pero si en el martirio la muerte es el testimonio de la fe, esto es relativo en el caso de los muertos argentinos, ya que la muerte es vista más como un testimonio de la violencia ejercida sobre ellos que de las convicciones políticas o morales de quienes entregaron su vida, y de la que ellos mismos en ocasiones ejercieron sobre otros para ser consecuentes con ellas.

Diez años antes que Feinmann, Ernesto Sábato, convocado para un suplemento especial en ocasión del décimo aniversario de Malvinas, también había reflexionado sobre la gloria y la guerra. En su texto, los jóvenes ocupaban un lugar parecido al que les asignan Feinmann, diez años después, y Santiago Kovadloff, contemporáneo a la guerra[22]. En "Con pena y sin gloria", Ernesto Sábato escribió sobre los:

pobrecitos correntinos, formoseños, misioneros y chaqueños acostumbrados al calor; sin abrigo suficiente para aquellos frígidos territorios, en trincheras con barro helado, a muchos grados bajo cero, por lo que tantos sufrieron la amputación de sus pies, sin siquiera tener alimentación caliente y adecuada. Tanto era el desorden, la improvisación y la irresponsabilidad de los jefes, que permitían que hasta los chocolatines que se enviaban por parte del pueblo no llegaran a los más necesitados.

Y es por esas condiciones extremas que los ex combatientes de Malvinas deben recibir afecto y admiración, deben ser queridos:

En este lúgubre aniversario quiero que los chicos mutilados o sin trabajo reciban de muchos argentinos todo el afecto y la admiración que se merecen. Y no por patrioterismo, sino por patriotismo, sentimiento que es tan noble como el otro es innoble.[23]

La distinción entre patriotismo y patrioterismo se parece a la distinción entre causas nobles, que justifican la gloria, y aquellas degradadas o perversas, que la niegan. En todo caso, ambos análisis otorgan a los ex combatientes el mismo lugar: víctimas de las circunstancias y de sus dirigentes. En el caso de Feinmann, en pie de igualdad con los militantes revolucionarios bastardeados por sus jefes. En ambos textos, lo que otorga a los sobrevivientes de la guerra el afecto de los argentinos es su condición de indefensión y su juventud, asociables a la pureza.

¿Héroes o víctimas? En el análisis de un ex combatiente, la situación es notablemente más compleja:

Los militaristas muestran muchachos abnegados, obedientes e imbuidos de fervor patriótico, Los progresistas nos ven como buenos chicos con capacidad de sacrificio y pensamiento critico, dispuestos a morir por la patria pero no por los sátrapas de nuestros oficiales y de su dictadura. En el momento de cambio e incertidumbre que siguió a la rendición, todos buscaban los valores perdidos y los adosaban a unos adolescentes muertos de frío, desesperados por un cigarrillo y, en su mayoría, hastiados de representar los papeles simbólicos que nos adosaban sin consultarnos.[24]l

Malvinas en la historia del pasado reciente[25]

El abandono del campo frente a los discursos acríticamente reivindicatorios y la apelación automática a las generalizaciones son evidentes en la producción historiográfica sobre Malvinas. La masa de publicaciones relativas a la guerra producida desde el periodismo de investigación, el registro autobiográfico y la divulgación no encuentran un eco ni siquiera aproximado en el campo académico sobre la historia reciente, que salvo contadas excepciones las tomó como objeto o como fuente. La guerra y posguerra de Malvinas aparecen como una ausencia empírica, pero, sobre todo, como una paradoja: no se trata de que la guerra "se ignora" o "no se menciona", sino que la forma en la que es incluida en las interpretaciones sobre el período es de un alto nivel de generalidad, anclada mucho más en imágenes o memorias sobre el conflicto construidos en la inmediata posguerra que en investigaciones históricas. Si hablamos de paradoja es porque en una clave política se le reconoce a la guerra de Malvinas una importancia central en las formas que tuvo la entrega del poder por parte de las Fuerzas Armadas. En consecuencia, los análisis sobre la época no pueden "eludir" Malvinas, pero a la hora de tratarla se echa mano a mitos sociales antes que a investigaciones rigurosas.

¿A qué se debe esto? En gran medida, al profundo impacto de la represión sobre la sociedad (que condensó los sentidos sobre lo que había sucedido en las atrocidades de la dictadura, dejando poco espacio para otros elementos simbólicos y experiencias acerca de esos años), en la íntima asociación entre la guerra de 1982 y la represión ilegal (lo que torna aún más incompresible la omisión analítica), y last but not least, el rechazo al discurso patriótico y su simbología que produjo el uso abusivo y sangriento por parte de los militares usurpadores del poder. A estas marcas de la memoria debe agregarse el proceso de reforma disciplinar sostenido desde las vísperas de la restauración

democrática, que entre otras cosas, y a semejanza de sus modelos europeos, cuestionó fuertemente la historia basada en los grandes acontecimientos, la diplomacia, y las batallas (que fue la matriz inicial con la que se narró la guerra de Malvinas).

Muchos de los esfuerzos historiográficos de la década del ochenta tuvieron una voluntad refundacional. En algunos casos, los protagonistas analizan retrospectivamente ese momento como una disyuntiva entre actuar como "historiadores" o "ciudadanos". Es el caso de Luis Alberto Romero, que tiene el doble mérito de ser un historiador que ha escrito sobre la guerra de Malvinas (en una obra de historia general,[26] y en varios artículos de opinión) y, más recientemente, de reflexionar sobre el lugar de los historiadores en el contexto de la "primavera democrática".

Según Romero, en aras de fortalecer a la democracia, el relato de la transición debía ser apuntalado también desde el discurso histórico. En aquel momento no podían analizarse las continuidades entre la dictadura y la democracia naciente: "Cuestionar al sujeto y a su misión histórica –al fin, los elementos de una nueva versión teleológica– habría significado minar su confianza, y en las circunstancias de 1983 esto era una apuesta demasiado arriesgada. Los historiadores profesionales integrantes de la civilidad obraron, en la ocasión, como ciudadanos comprometidos".[27]

Esto significaba contribuir a la consolidación del relato que mostraba una sociedad ajena a la violencia y victima de la dictadura: "¿Qué hubieran podido decir, siguiendo sus preferencias profesionales por el matiz y la relativización de las convicciones? Sólo verdades que resultarían molestas y negativas para el propósito del momento".[28]

Desde este piso conceptual, Malvinas era un problema ambiguo por demás: los vínculos entre la sociedad y sus opresores emergían por todos lados, así como la amplia participación "ciudadana" en el hecho más público y de mayor consenso que había producido la dictadura militar. Por añadidura, el recuerdo de la guerra concentraba mucho del repertorio simbólico e ideológico de los sectores castrenses, en un contexto en que el poder civil debía asumir la tarea de subordinar a sus Fuerzas Armadas.

Subyace a esta percepción, más coyuntural, una visión de más largo plazo que recela de las raíces profundas del acompañamiento a la guerra. Veinte años después del conflicto, Romero podía hacerse otras preguntas: "Ubicada en la bisagra entre un régimen militar que empezaba a derrumbarse y un galopante proceso de democratización que siguió a la derrota, la guerra y su recuerdo contienen a la vez los lutos por tanta vida inútilmente sacrificada y los sones alegres del renacer democrático. Más ambiguo es todavía el juicio acerca de los militares que condujeron a la Argentina a la guerra. En junio de 1982 la mayor parte de la sociedad los condenó. ¿Qué fue lo que hicieron mal: hacer la guerra, o simplemente perderla?"[29] Alejada la amenaza del retorno de los militares continuaba presente, a juicio del autor, uno de los peligros que anidaban en torno a Malvinas: el nacionalismo territorialista es una espada de Damocles que Romero opone sin matices a la posibilidad de consolidación de la democracia:

El viejo nacionalismo, soberbio y paranoico, todavía puede dar buenos réditos políticos a corto plazo. Es posible apelar a otros temas en lugar de las Malvinas, convocar a la "causa nacional" contra el enemigo externo y arrasar de paso con las diferencias internas, las opiniones de los otros, el debate racional. Algunos ecos se escuchan en la manera de tratar la cuestión de la deuda externa (...) La vieja cultura nacionalista, propia de tiempos

no democráticos, no ha sido completamente revisada. No es difícil hacer salir de la lámpara al enano nacionalista. Lo difícil es lograr que vuelva a ella. [30]

En otro artículo de Romero, también publicado en ocasión de los veinte años de la guerra, aparecen algunos límites conceptuales para pensar la guerra de Malvinas. Si vale la pena indagar acerca de si la sociedad argentina repudia a sus dictadores por declarar la guerra o por perderla, es anacrónico y falaz preguntarse: “¿Cuántos eran los que repudiaban la guerra y la violencia por principio? Creo que pocos. ¿Cuántos habrían justificado, en nombre de la victoria, los crímenes anteriores? Creo que muchos”.[31]

En todo caso, sólo la indagación histórica podría aportar elementos para sostener un juicio de valores semejante, que transforma a los argentinos de 1982 en cómplices del terrorismo de Estado por haber apoyado el desembarco en Malvinas. Ese mismo apoyo debe ser desmenuzado en grados y manifestaciones. Por ejemplo: ¿apoyo a la guerra, a los conscriptos, a la dictadura? Sin embargo, es importante recordar que esta forma de distinguir facciones en torno a Malvinas estuvo presente en la década del ochenta, aun en actores ideológica y políticamente enfrentados. Compartían el lugar común de encontrar en la guerra del Atlántico Sur un parteaguas: entre apólogos y detractores de la dictadura y las Fuerzas Armadas, entre críticos y defensores de la democracia. En el caso de estos últimos, como en los trabajos de Romero que mencionamos, desde la perspectiva del objeto el precio pagado analíticamente fue el de englobar en la guerra de Malvinas todo aquello que políticamente se buscaba dejar atrás.

Fuertemente condicionadas por el contexto de la posdictadura, las lecturas que predominaron sobre la guerra de Malvinas fueron en una clave política sintetizada en la idea fuerza de que el desembarco fue una fuga hacia adelante de la dictadura frente al creciente descrédito que enfrentaba. De este modo era posible confinar los cuestionamientos a la democracia y los discursos más reaccionarios (se asumía que todo discurso sobre Malvinas lo era). Esta lectura, además, reforzaba la teoría de los dos demonios: ante la guerra, aparecía una sociedad víctima del miedo y de la manipulación, a merced de las decisiones de la Junta, o directamente cómplice.[32]

Esta visión funcionalista de la guerra de 1982 ignora las experiencias construidas en torno a esta, los procesos sociales y culturales de la preguerra, guerra y posguerra, así como las fuertes improntas regionales que cada una de estas etapas tuvieron. Puede explicar las motivaciones de la Junta Militar, pero no permite comprender cuestiones tan importantes como la adhesión social al desembarco, las experiencias de los protagonistas (combatientes y no combatientes), y tampoco decir algo sobre lo que sucedió a partir de la posguerra, en el fundamental quinquenio hasta Semana Santa de 1987. A casi treinta años de la guerra de Malvinas, existe una doble naturalización: en primer lugar, la guerra vista únicamente como una maniobra política, despojada de densidad como objeto histórico (por lo que entonces no es necesario volver a ella con nuevas preguntas). Luego, en consecuencia, el confinamiento del hecho bélico en ese lugar “automático” de “manotazo de ahogado de la Junta”.

Estas marcas son visibles todavía en textos recientes que toman enfáticamente a la guerra como tema. En Pasado y presente, Hugo Vezzetti propone “describir y analizar modos y formas de recuperación de las relaciones de la sociedad con la dictadura a partir del ocaso del régimen militar”[33] enfocando particularmente los discursos en torno a la guerra, pero aunque el subtítulo de la obra es “guerra, dictadura y sociedad en la Argentina”, el lugar

que la guerra de Malvinas tiene en el análisis de Vezzetti es marginal: unas pocas páginas como parte de una obra mayor en la que analíticamente toma la idea del terrorismo de Estado como guerra y sus implicancias en la elaboración de las memorias de la dictadura. Cabe preguntarse si en un análisis sobre la incidencia de la noción –y la experiencia– de la guerra en la sociedad argentina el único conflicto bélico librado por este país en el siglo XX cumple la única función de abrir al debate la "otra guerra", la represión ilegal, que para Vezzetti es definitoria en las formas de pensar el pasado reciente.

Más aún cuando el mismo autor señala que "lo que interesa destacar es que el tópico de la guerra se proponía así como el componente dominante de la entera narración que la dictadura pretendía ofrecer de sí misma".[34] ¿La guerra del Atlántico Sur, los aprestos bélicos del año 1978 contra Chile no tienen nada que aportar al "tópico de la guerra"?

Malvinas como limbo

¿Es posible dar una visión general sobre el conflicto que incluya a la vez las perspectivas de los actores? ¿Es posible hacerlo sin que esto sea un mero relativismo? ¿Qué significaría "darle especificidad" a Malvinas? La antropóloga Rosana Guber ha trabajado sistemáticamente sobre ambos aspectos de la cuestión Malvinas en sendos libros: aquel vinculado a su presencia en el imaginario colectivo nacional de los argentinos,[35] y el que tiene que ver con la constitución identitaria de un grupo específico de actores sociales: los ex soldados combatientes en Malvinas.[36]

¿Por qué Malvinas? identifica tres sentidos fundamentales para el archipiélago: las islas, la causa y la guerra, que para Guber son reemplazables por "nación, "historia" y "memoria" respectivamente,[37] y de los cuales los argentinos han hecho distintos usos a lo largo de su historia. De este modo, elude el problema de reducir la discusión sobre la significación del archipiélago en la cultura argentina a la "territorialidad" del nacionalismo, ya que Malvinas deviene una metáfora de la Argentina antes que un grupo insular.

En este conjunto de imágenes asociadas a Malvinas Guber explica el apoyo que distintos sectores sociales dieron a la recuperación transitoria del 2 de abril a partir de la noción del parentesco, y de la comunidad argentina concebida como familia. En esta línea es que pueden leerse las inclusiones en una "causa nacional" –a través del linaje de la sangre–, como el tratamiento dispensado a los "jóvenes–hijos" tras la derrota. De este modo, enfocar la cuestión Malvinas desde esta perspectiva abre una gran pregunta: aquella referente a la influencia de los lazos de parentesco en la construcción de la política reciente argentina:

El parentesco filial dio sentido a la Nación, y la Nación se integró a partir de la filiación, reconstruyendo a la sociedad civil a través del Estado (las remesas para los hijos, hermanos y nietos) y en contra de él ("Galtieri, borracho, mataste a los muchachos"). Las razones por las cuales los lazos de filiación anclaron a la nación en los sentimientos y demandas de los argentinos siguen pendientes de investigación.[38]

La inauguración del Cenotafio en la Plaza de Retiro representa para Guber un acto simbólico de gran peso, pues "fue una forma de rescatar a Malvinas de su exclusivo dominio militar".[39] En este libro, hemos intentado presentar ese evento, más bien, como parte de un proceso más amplio de (re)incorporación de los díscolos ex combatientes de los ochenta al espacio más amplio y calmo de los cultos nacionales. La significación nacional del Cenotafio como "espacio de duelo", por otra parte, debe ser relativizada. Siguiendo la línea argumental de la autora, el espacio por antonomasia de duelo –evidentemente en el caso de los familiares, y acaso para los ex combatientes– son las islas mismas, sobre todo desde 1991, con la posibilidad de periódicas visitas al cementerio de guerra argentino. El Cenotafio es una iniciativa del Estado, que en un sentido replica decenas de impulsos semejantes impulsados en distintas comunidades en todo el territorio argentino, y sin duda es para los familiares. Esto no quita relevancia al denso análisis de la autora en torno a las performances conmemorativas en el espacio simbólico porteño, en tanto el acto de Carlos Menem contribuyó a fijar espacialmente una discusión que continuaba siendo "liminal" aun en sus marcas físicas. Los actos en Ushuaia para los veinte años del desembarco ilustran este relativo peso específico del monumento.

En ese acto, los ex combatientes, devenidos integrantes de la Federación de Veteranos de Guerra de la República Argentina, desempeñaron un papel central, que es retomado en profundidad en De chicos a veteranos. En este libro, Guber se concentra en la conformación de la identidad de los ex soldados, a quienes califica de "sujeto nacional ausente", como una forma de responder a la pregunta mas general acerca de indagar "cómo incidió Malvinas en nuestro sentido de comunidad y de continuidad histórica".[40] En su análisis, la identidad del grupo es liminal "porque no está encuadrada en el sistema clasificatorio con que opera el sentido común de los argentinos".[41] Ahora bien, dicha liminalidad, como hemos tratado de demostrar, no funciona a escala nacional, y a la vez ha estado cargada de distintos significados durante las dos décadas desde la finalización del conflicto. Es decir, no hay tal liminalidad, sino un posicionamiento específico tanto por parte de lo actores como otorgado por sus compatriotas, de acuerdo a coyunturas históricas concretas. Desde principios de la década del noventa, por ejemplo, el lugar ambiguo e innominado desde el que se ubican los ex soldados ha adquirido formas concretas y más tradicionales. Durante el quinquenio 1982–1987, por último, asistimos no tanto a una posición liminal como a fuertes disputas acerca de la violencia política de la década pasada, del lugar de los jóvenes, de los movimientos emancipatorios y de las Fuerzas Armadas, diluciones en las que la guerra obviamente fue incluida.

En consecuencia, ¿fue sólo la condición de ex combatientes lo que los "fijó" en ese lugar liminal o debemos explorar más profundamente las relaciones entre la construcción identitaria de los ex soldados y las diferentes coyunturas históricas nacionales? En función de esto, el proceso identitario descrito por Guber como pasaje "chicos" a veteranos sin pasar por la adultez"[42] merece complementarse con otras consideraciones históricas. Esta complementariedad es necesaria pues si la liminalidad es "no estar ni aquí ni allá (...) en medio de posiciones asignadas y conformadas por la ley, la costumbre, la convención y el ceremonial",[43] esto, como queda explicado, es relativo en el caso de Malvinas. Simbólicamente, los ex soldados han estado en distintos lugares de acuerdo al momento, sea desde el punto de vista de sus reclamos o en base a los discursos sociales acerca de ellos. No se trata de que sean "inclasificables", sino que precisamente, como "paradójicamente han obtenido reconocimiento, si no no se los llamaría "ex", chicos, veteranos"[44], en todo caso la "liminalidad" deviene más bien de la falta de un consenso acerca de dicha clasificación que de la imposibilidad de esta. Y esto por una razón bien sencilla: si bien un discurso estatal o partidario puede operar con más comodidad al

clasificar a los muertos, no sucede así con los vivos, sobre todo si estos, por su parte, buscan instalarse desde otro lugar.

Desde nuestra perspectiva, cuando Guber afirma que:

Desafiando el sistema de clasificación corriente de los argentinos, todas las partes que contribuyeron a forjar la identidad de los ex soldados de Malvinas coincidían en que estos no eran ni adultos ni niños, ni militares ni civiles, ni de la derecha ni de la izquierda, ni de la dictadura ni de la democracia. Es decir: todos coincidían en atribuirles una condición liminal o marginal, tanto en el desarrollo del ciclo vital, como en el ámbito institucional. Sin embargo, esta identidad liminal de reintegración pendiente no se presentaba como resultado de un conflicto internacional sino entre argentinos,[45]

En realidad debería pensarse que la liminalidad deviene de que los jóvenes ex soldados fueron todas esas cosas al mismo tiempo, y en determinadas coyunturas, o en distintos momentos, predominó una de ellas por sobre las demás. No obstante, aún cuestionando la idea de "liminalidad", lo que indudablemente ha favorecido dicha heterogeneidad de miradas (más allá de lógicas posturas sectoriales o experienciales) es el hecho central de que "la identidad liminal de los ex soldados es el fruto de los trabajos sobre la memoria que han encarado los argentinos con su guerra. Esos trabajos presentan a Malvinas como una confrontación cívico militar mucho más parecida al terrorismo estatal que a una guerra internacional".[46]

Ahora bien, si no atendemos a la historicidad de las memorias sobre los ex combatientes y sobre la guerra, lo que ganan son las generalizaciones. Al no reponer la densidad histórica de quienes fueron a Malvinas, el confinamiento de los soldados en el limbo de las víctimas produce una primera generalización. Pero esta, a la vez, permite que sean eficaces las falsas oposiciones planteadas por razonamientos como el de Cardoso, los que analizamos de Romero (el cual, mirado con atención, espeja las dicotomías del primero). La ausencia de explicaciones permite que las cuestiones que plantean se respondan solas y agranda la brecha entre "la memoria en el campo de los derechos humanos y el pasado reciente" y "la memoria en Malvinas". Espacio que, como argumentaba Rozitchner desde su exilio caraqueño en 1982, no debía escindirse.

Notas

1 León Rozitchner, Las Malvinas: de la guerra "sucia" a la guerra "limpia", Buenos Aires, CEAL, 1985, pág. 7.

2 Idem, p. 8.

3 Idem, p. 18.

4 Idem, p. 58.

5 Idem, p. 59.

6 Citado en: Ministerio de Educación, Pensar Malvinas. Una selección de fuentes documentales, testimoniales, ficcionales y fotográficas para trabajar en el aula, Buenos Aires, 2009, p. 127.

7 Fundación Soldados, Malvinas. 20 años. 20 héroes, Buenos Aires, Fundación Soldados, 2002, p. 9.

8 Idem, pp. 14-15.

9 Ibidem.

10 Idem, pp. 15-16.

11 Idem, p. 16.

12 Idem, p. 19.

13 Idem, p. 17.

14 Observatorio Malvinas, Malvinas en la Historia. Una perspectiva Suramericana, Remedios de Escalada, Universidad Nacional de Lanús, 2011.

15 Julio Cardoso, "La postguerra como campo de batalla", en: nomeolvidesorg.com.ar. Originalmente, esta ponencia fue presentada durante el Primer Congreso Latinoamericano "Malvinas, una Causa de la Patria Grande", 2010, desarrollado en la Universidad Nacional de Lanús.

16 "La Plaza de Mayo como gimnasio", en Página 12, martes 2 de abril de 2002.

17 "Fue una aventura, no una gesta", en Página 12, martes 2 de abril de 2002.

18 Clarín, 2 de abril de 2002.

19 Idem.

20 José Pablo Feinmann, "La guerra y la gloria", Radar, 31/03/2002. Las notas que siguen pertenecen al mismo texto, hasta que se indique lo contrario.

21 Beatriz Sarlo, Tiempo pasado, p. 143.

22 Ver: Capítulo 6.

23 Ernesto Sábato, "Con pena y sin gloria", en Clarín, suplemento especial, 29 de marzo de 1992.

24 Roberto Herrscher, "La guerra, una espina clavada", en: Puentes, julio de 2002, p.14.

25 Retomo aquí cuestiones trabajadas en "El malestar de Krímov. Malvinas, los estudios sobre la guerra y la historia reciente argentina", en: Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba, ESTUDIOS N° 25 (Enero-Junio 2011).

26 Luis Alberto Romero, Breve historia contemporánea de la Argentina, p. 232.

27 Luis Alberto Romero, “Memorias de El Proceso y problemas de la democracia”, p. 8.

28 Idem, pp. 7-8.

29 Luis Alberto Romero, “Malvinas, un balance”.

30 Idem.

31 Luis Alberto Romero, “Malvinas, veinte años después. Una pregunta insoslayable”, p. 9.

32 Esta clave interpretativa aparece en la mayoría de las obras sobre la dictadura militar. A modo de ejemplo: Marcos Novaro y Vicente Palermo, La dictadura militar; Luis Alberto Romero, Breve historia contemporánea de la Argentina; Juan Suriano (director), “Prólogo” a Dictadura y democracia (1976-2001). En un volumen destinado a analizar las memorias militares, un hecho bélico decisivo en la historia política argentina y al interior de las Fuerzas Armadas no aparece. Ver: Eric Hershberg y Felipe Agüero (compiladores), Memorias militares de la represión en el Cono Sur: visiones en disputa en dictadura y democracia.

33 Hugo Vezzetti, Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina, p. 12.

34 Idem, p. 94.

35 Rosana Guber, ¿Por qué Malvinas? De la causa nacional a la guerra absurda.

36 Rosana Guber, De chicos a veteranos. Memorias argentinas de la guerra de Malvinas.

37 Rosana Guber, ¿Por qué Malvinas?, p. 159.

38 Idem, p. 171.

39 Idem, p. 167.

40 Rosana Guber, De chicos a veteranos, p. 14.

41 Idem, p. 15.

42 Idem, p. 29.

43 Idem, p. 223.

44 Idem, p. 221.

45 Idem, p. 227.

46 Ibidem.

Capítulo 14

El silencio imposible: el kirchnerismo y Malvinas

Querían que comiéramos

de las miguitas del olvido

Pero no quedan palomas

después de una guerra

Pichones de cóndor desgarrando

las tripas de la verdad

Gustavo Caso Rosendi, En El Palomar.

En diciembre del 2001 renunció el presidente Fernando de la Rúa, tras declarar el estado de sitio y ordenar una represión en la Plaza de Mayo y otros lugares del país que costó 39 muertos a manos de la policía. La consigna de la época era “que se vayan todos”, y hubo un proceso de gran movilización. En 2003 Néstor Kirchner fue electo presidente en segunda vuelta, tras haber obtenido en la primera poco menos del 22% de los votos. En una situación de extrema debilidad política, en los dos primeros años de su gobierno sacudió el mapa de las memorias sobre el pasado reciente al transformar la memoria, la verdad y la justicia en políticas de Estado. En su discurso de asunción –pronunciado en el trigésimo aniversario de la asunción, en 1973, de Héctor Cámpora, candidato del FREJULI–, Kirchner definió de este modo el lugar que imaginaba para sí en la historia:

Nuestro pasado está pleno de fracasos, dolor, enfrentamientos, energías mal gastadas en luchas estériles, al punto de enfrentar seriamente a los dirigentes con sus representados, al punto de enfrentar seriamente a los argentinos entre sí. En esas condiciones, debe quedarnos absolutamente claro que en la República Argentina, para poder tener futuro y no repetir nuestro pasado, necesitamos enfrentar con plenitud el desafío del cambio (...) Hay que comprender que, como sociedad, hace tiempo que carecemos de un sistema de premios y castigos. En lo penal, en lo impositivo, en lo económico, en lo político, y hasta en lo verbal, hay impunidad en la Argentina. En nuestro país, cumplir la ley no tiene premio ni reconocimiento social (...)

Queremos a nuestras Fuerzas Armadas altamente profesionalizadas, prestigiadas por el cumplimiento del rol que la Constitución les confiere y, por sobre todas las cosas,

comprometidas con el futuro y no con el pasado (...) Formo parte de una generación diezmada, castigada con dolorosas ausencias; me sumé a las luchas políticas creyendo en valores y convicciones a las que no pienso dejar en la puerta de entrada de la Casa Rosada.

No creo en el axioma de que cuando se gobierna se cambia convicción por pragmatismo. Eso constituye en verdad un ejercicio de hipocresía y cinismo. Soñé toda mi vida que este, nuestro país, se podía cambiar para bien. Llegamos sin rencores, pero con memoria. Memoria no sólo de los errores y horrores del otro, sino también memoria sobre nuestras propias equivocaciones. Memoria sin rencor que es aprendizaje político, balance histórico y desafío actual de gestión.

En ese discurso, que tanto trazaba una continuidad con las luchas revolucionarias de la década del setenta como proponía una diferenciación con los gobiernos anteriores, dedicó un párrafo especial a su origen, y a la importancia de Malvinas:

Venimos desde el sur de la Patria, de la tierra de la cultura malvinera y de los hielos continentales, y sostendremos inclaudicablemente nuestro reclamo de soberanía sobre las Islas Malvinas.[1]

Los primeros meses de su gobierno fueron una vertiginosa puesta en acto, a través de fuertes gestos simbólicos, de ese compromiso con la revisión del pasado. El 24 de marzo de 2004, por la mañana, Néstor Kirchner con su gabinete casi completo presidió un acto en el Colegio Militar de la Nación, en el que como comandante en jefe de las Fuerzas Armadas ordenó al jefe de Estado Mayor del Ejército que descolgara los retratos de Jorge Rafeal Videla y Reynaldo Bignone (primer y último presidentes de la dictadura, respectivamente) de la pared en la que están colgados los retratos de todos los directores del Colegio Militar.

En su discurso, justificó el retiro de los cuadros como un gesto refundacional, reivindicó la tradición sanmartiniana para las Fuerzas Armadas, y evocó su condición de presidente patagónico para expresar que sabía lo importante que era la colaboración de estas Fuerzas con los civiles. No se trata de un ejercicio acrítico de reivindicación, sino de una reapropiación crítica de una institución de la Nación argentina, y también una ruptura con algunos sentidos comunes acerca de las instituciones militares, que rechazan cualquier posibilidad de “regeneración” luego del terrorismo de Estado.

Vengo hoy, junto a los señores generales y al teniente general, jefe del Ejército Argentino, a rescatar el espíritu sanmartiniano de nuestras Fuerzas Armadas y de nuestro Ejército, para que juntos podamos reconstruir en paz, convivencia y creatividad, un país con justicia, inclusión social, democracia, pluralidad y convivencia plena. Este es el objetivo que tiene nuestra presencia hoy aquí, este 24 de marzo.

El retiro de los cuadros que procedió a hacer el señor jefe del Ejército, marca definitivamente un claro posicionamiento que tiene el país todo, nuestras Fuerzas

Armadas, nuestro Ejército y quien les habla como Presidente y como Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas, de terminar con esa etapa lamentable de nuestro país y que definitivamente, en todos los lugares de la Patria y de nuestras instituciones militares, esté consolidado el sistema de vida democrático, desterrado el terrorismo de Estado y apuntando a la construcción del nuevo país.

Estoy convencido total y absolutamente, porque lo he sentido en mis gestiones de gobernador, que nuestro Ejército va a trabajar y colaborar permanentemente en la construcción de la Argentina.[2]

Por la tarde, participó en un acto en la ESMA. En febrero, Kirchner había anticipado su intención de impulsar la construcción de un Museo de la Memoria.[3] Por un lado, daba respuesta a una demanda histórica de los organismos de derechos humanos, y al mismo tiempo abría la puerta a discusiones acerca del violento pasado argentino, pues los posicionamientos acerca del Museo se transformaron en una disputa sobre la historia y la política argentinas. Una nota de opinión en un influyente diario de derecha resume las críticas a la medida y muestra el tipo de reacciones que la evocación setentista por parte del presidente producía en la sociedad:

La decisión del gobierno nacional de erigir un “museo de la memoria” en el predio de la ex ESMA (...) no parece la más adecuada para que el país avance hacia la superación de los trágicos enfrentamientos que dividieron a la sociedad argentina en el pasado. Un "museo de la memoria" podría tener sentido si estuviera destinado a reconstruir ese oscuro proceso de violencia con imparcialidad y sin visiones unilaterales y sectarias. Habría que recordar, en tal caso, con total equidistancia, los crímenes que se perpetraron desde ambos extremos del espectro ideológico (...) Es indispensable que las autoridades se sitúen por encima de las antinomias y los odios del pasado. No se deben seguir alentando visiones o interpretaciones históricas que dividan a la sociedad. Los argentinos debemos marchar, de una vez por todas, hacia la plena reconciliación nacional y hacia la construcción de la patria del futuro, que no debe estar ensombrecida por los errores y los extravíos de un tiempo de violencia que afortunadamente ha quedado atrás (...) Será difícil no percibir ese gesto como un nuevo hostigamiento hacia las instituciones armadas de la Nación.[4]

En el acto en la ESMA, Néstor Kirchner reforzó su compromiso generacional (dijo que en el público veía a sus compañeros) y como presidente con ese pasado. Al mismo tiempo, realizó un gesto histórico en el espacio donde funcionaba el campo que concentraba las visiones antagónicas acerca del pasado reciente:

A las cosas hay que llamarlas por su nombre (…) Vengo a pedir perdón de parte del estado nacional por la vergüenza de haber callado durante veinte años de democracia tantas atrocidades (...) Hablemos claro: no es rencor ni odio lo que nos guía. Me guía la justicia y la lucha contra la impunidad. Los que hicieron este hecho macabro y tenebroso como fue la ESMA tienen un solo nombre: son asesinos.[5]

Las respuestas y críticas que encontraron dichas medidas y quienes las apoyan aparecen organizadas en torno a dos ideas fuerza: el ejercicio de una “memoria sesgada” por parte del gobierno aprovechándose de las estructuras del Estado, y la utilización política de las organizaciones de derechos humanos y sus consignas de memoria, verdad y justicia.

Pero más allá de las críticas, las iniciativas del gobierno de Néstor Kirchner, y posteriormente de Cristina Fernández, su esposa, tuvieron importantes consecuencias en el plano del espacio público y las disputas políticas ancladas en el pasado. Ahora bien, ¿qué consecuencias tuvo esta política proveniente de dos presidentes “malvineros”?

Los 25 años de la guerra

El 25 aniversario de la guerra, en abril de 2007, es un buen momento para explorar el espacio de las memorias sobre la guerra de 1982. Ese año se abrió una nueva etapa de disputas en torno a las memorias de Malvinas, alimentado por el clima creado por las políticas de memoria del gobierno de Kirchner. Gracias al proceso iniciado por la reapertura de los vuelos y el permiso de ingreso de argentinos a las islas, en Malvinas un grupo de ex combatientes hizo flamear una bandera argentina en el cementerio de Darwin, lo que generó rispideces con los isleños. El acto oficial, al no asistió el presidente Kirchner, sino el vicepresidente, Daniel Scioli, se realizó en la ciudad de Ushuaia (capital de las islas Malvinas, en tanto este y otros archipiélagos son parte del territorio provincial): “El faltazo de Kirchner fue lamentado por los veteranos, que no ocultaban su decepción, y levantó una ola de críticas de ex combatientes en otras partes del país”.[6] Sin embargo, el mismo diario consignaba que “era la primera vez” que esto ocurría: consignaban que tanto Néstor Kirchner como su sucesora, Cristina Fernández, asignaban una importancia especial a la fecha, y fueron oradores centrales en los posteriores actos conmemorativos. Los cuales, en general, además tenían lugar en escenarios significativos, localidades patagónicas cercanas al teatro de operaciones como Ushuaia (2010) y Río Gallegos (2011), o la embajada argentina en Londres (2009). Ambos mandatarios se reivindicaron siempre como “malvineros”, anclando esa identidad en que vivían en la provincia de Santa Cruz (donde nació Néstor Kirchner) durante la guerra. Así lo expresó Cristina Fernández en 2011:

Tan es así, tan está hecha carne, por lo menos adentro de quien fuera mi compañero y de esta Presidenta, esta situación, que también debo contarles, y algunos lo recordarán, que durante esos meses en los cuales en Río Gallegos no se movía una mosca sin que fuera absolutamente controlado porque era necesario, también se produjo un atentado contra el estudio en el cual mi compañero y yo ejercíamos nuestra profesión.[7]

Y desde esa experiencia vivida, que otorga una legitimidad mayor para ver los hechos del pasado y hablar sobre el futuro, la presidenta llama a no mezclar las cosas:

Sin embargo, eso nunca nos llevó a confundir las cosas, porque es imprescindible que los hombres y mujeres que tenemos responsabilidades institucionales y fundamentalmente también todos los argentinos, aprendamos, hagamos el duro aprendizaje de poder diferenciar las cosas y saber comprender que la patria y sus derechos están por sobre toda otra cualquier circunstancia o episodio que nos haya tocado vivir a cada uno de nosotros.[8]

Pero tanto el proceso de memoria argentino como la misma política que el kirchnerismo había impulsado ponía en duda la idea de que "la patria y sus derechos están por sobre toda otra cualquier circunstancia". Si la traducción última de esta aseveración es que la causa por la recuperación de las islas está por encima de toda controversia acerca del pasado; ahora bien, ¿era posible sostener esto en el marco de la revisión crítica del pasado y la reapertura de los juicios impulsada por el mismo gobierno que sostenía esta idea?

"Escrache" en el Ministerio de Defensa

La guerra de Malvinas y la represión ilegal pusieron en crisis el imaginario patriótico construido a lo largo del siglo XX, inaugurando una ambigüedad que se ha resuelto con mayor o menor dificultad de acuerdo a los diferentes contextos históricos. Uno de los mecanismos para hacerlo es optar entre uno de los dos extremos constituidos por el refugio en la experiencia de lo vivido o en el repliegue a los territorios intangibles de lo sagrado.

En 2007, en ocasión del 25 aniversario de la guerra, el Ministerio de Defensa argentino, cuya titular era entonces Nilda Garré, organizó una muestra en su sede, el Edificio Libertador. En un gesto de apertura, y de reafirmación de compromiso con el pasado pero a la vez de a revisión crítica, planificó una muestra conjunta a la que convocó a diferentes actores: organizaciones de ex combatientes, cada una de las Fuerzas Armadas, artistas e investigadores. Sin embargo, la convivencia de las miradas divergentes o antagónicas quedó en la propuesta.

El día de la inauguración, la Comisión de Familiares de Caídos en Malvinas presentó una nota a la ministro y se retiró del evento junto con los objetos que había ofrecido para la exhibición. El motivo explícito de su enojo fue que el CECIM La Plata había instalado el maniquí de un soldado estaqueado, en línea con las denuncias históricas del movimiento de ex combatientes:

Desde el momento mismo de su nacimiento la Comisión de Familiares de Caídos en Malvinas e Islas del Atlántico Sur viene luchando para enaltecer la memoria de sus Héroes (...) Como sucede con todas las causas verdaderamente nacionales y populares, el homenaje a los Héroes de Malvinas y a la Gesta se inició de abajo hacia arriba. A lo largo de estos 25 años, fue el pueblo argentino el que –sobreponiéndose a la incesante desmalvinización promovida por el sistema político, cultural, educativo y comunicacional de postguerra– ofreció leal y sinceramente su tributo a los Caídos y a la Causa por la que

dieron sus vidas (...) La sabiduría popular nunca confunde lo principal con lo secundario: hay una parte de nuestro territorio ocupada por una potencia extranjera. Es un conflicto que atraviesa toda la historia argentina y que compromete su futuro y el de la Región. Hay hombres que cayeron luchando por esta Causa. Son nuestros Héroes. Esto es lo principal. Esto no puede olvidarse (...)

Esta pérdida de orientación –o esta orientación concientemente dirigida– es la que todavía insiste en reducir el sentido de la Causa de Malvinas a una "aventura de la dictadura militar". Olvida los antecedentes, las causas profundas, los intereses en juego, el significado del protagonismo popular que despertó el 2 de abril, oculta a los combatientes o promueve lo peor de ellos, los trata de "chicos de la guerra" y les niega la dignidad de haber sido parte en una Causa histórica del pueblo argentino. Es por eso que los que olvidan estas cosas tienen tantas dificultades para reconocer a sus Héroes. Porque los que eligen el olvido sólo saben construir víctimas (...) Los Familiares, en cambio, hemos elegido la Memoria (...)

Es por ello también, Sra. Ministra, que no podemos dejar de manifestarle nuestra más profunda tristeza y desagrado ante la muestra que vuestra cartera ha organizado, supuestamente en conmemoración del 25 aniversario de la Gesta de Malvinas (...) Entendemos que pueden existir muchas miradas sobre Malvinas; nuestra entidad no niega a ninguna, aunque hayamos elegido la que entendemos como la más valiosa para construir el futuro de nuestra Nación (...) La Muestra organizada por Usted abona el camino de la confusión, deshonra la memoria de nuestros Héroes, reduce la complejidad a una mirada prejuiciosa y lejana a la verdad de los hechos.[9]

El discurso patriótico que había comenzado a imponerse con fuerza durante la década del noventa (a impulsos, precisamente, de actores como la misma Comisión o la Federación de Veteranos de Guerra) no había desaparecido, pero el contexto de posicionamiento frente al pasado había cambiado, y volvía a haber visibilidad para las miradas críticas sobre el conflicto, y más aún para los reclamos de justicia, impulsados por el clima favorable creado desde una política oficial que se reivindicaba "malvinera".

Esto aparece más claro si prestamos atención al texto con el que la misma Comisión informaba acerca de la muestra "Malvinas. Islas de la memoria", que habían inaugurado en 2006:

Las comunidades en general, y la Argentina en particular, suelen organizar la memoria de su pasado por estratos de densidades diversas, como una cebolla: las capas epiteliales (universidades, medios de prensa, dirigencias políticas e institucionales y nuestra propia conciencia cotidiana, rutinaria y diurna) casi siempre acogen y aportan simplificación y reduccionismo (…) Todas las explicaciones que circulan en la superficie de nuestra sociedad reducen el conflicto de Malvinas a una trasnochada maquinación de la dictadura, y como no ven que haya ocurrido nada más, concluyen restando toda importancia simbólica y política a la causa de Malvinas, lo cual equivale a minimizar de un plumazo más de dos siglos de historia (...) Sucede otra cosa, en cambio, cuando el encuentro no es con este tipo de "intérpretes de hechos" sino con quienes protagonizaron directamente esos hechos, ya sea porque estuvieron ahí, combatiendo, o porque fueron afectados en carne propia por la pérdida de un ser querido en el conflicto.

Luego de reivindicar la legitimidad derivada de la pérdida o la experiencia, admitían la necesidad de la “deliberación” y la “reflexión”:

Uno puede reconocer la madurez de quien sabe llevar con la naturalidad las contradicciones de su época, y puede homenajear la gesta al mismo tiempo que repudia el poder cívico–militar que nos gobernaba por la fuerza en esos días (…) Hacer su aporte para que la “cuestión Malvinas” siga abierta a la deliberación y continúe siendo motivo de reflexión. Y lo hacemos de la misma manera que los Familiares han venido haciendo su tarea desde hace más de dos décadas: con seriedad, sin rencor, intentando que el dolor no nuble nuestros pensamientos, y buscando siempre aprender algo más de la memoria de nuestros Caídos, para que lo aprendido sirva a la construcción de un futuro del cual ellos pudieran estar tan orgullosos como nosotros lo estamos de ellos.[10]

Más sincero, tal vez, es el epígrafe que abre el texto precedente: “Quisiéramos que lo privado se vuelva público, tanto en la construcción de la memoria común como en la política”. Probablemente la frase significa que en realidad no se busca solamente que la sociedad conozca la experiencia de los afectados, sino que dicha experiencia se transforme en la memoria de la sociedad. Esta idea está más en línea con el texto con el que habían impugnado la muestra en el Ministerio de Defensa.

Las denuncias

En coincidencia con el vigésimoquinto aniversario (y en paralelo al incidente en el Ministerio de Defensa), algunas agrupaciones de Ex Combatientes (de Corrientes, Chaco y La Plata) presentaron denuncias en la Justicia Federal por violaciones a los derechos humanos cometidas por oficiales argentinos contra sus propios hombres durante la guerra de Malvinas.[11] Estas, que involucraron inicialmente a cerca de setenta oficiales y suboficiales, incluían cinco muertes (una por fusilamiento, cuatro por inanición), así como muchos casos de torturas y abusos. El puntapié inicial de este proceso había sido el trabajo de la Subsecretaría de Derechos Humanos de la provincia de Corrientes, que se ocupó de preparar la causa y publicó parcialmente sus conclusiones y testimonios en un libro que, sintomáticamente, estaba prologado por Estela de Carlotto: Memoria, Verdad, Justicia y soberanía. Corrientes en Malvinas.[12] “Sintomáticamente”, pues esta iniciativa, que abreva en los reclamos iniciales de las agrupaciones de ex combatientes, encontró un contexto favorable y un impulso en la política de derechos humanos del gobierno de Kirchner.

Otro elemento decisivo que generó un contexto favorable a la presentación de las causas fue el recalentamiento de los debates sobre Malvinas a partir del estreno, en 2005, de la película Iluminados por el fuego. Concretamente, la iniciativa de la presentación de la denuncia fue inspirada por el efecto que la película tuvo entre los ex combatientes correntinos:

La Coordinadora de Organizaciones de Ex Soldados Combatientes en Malvinas de la Provincia de Corrientes (…) me invitó a auspiciar el preestreno nacional de la película "Iluminados por el Fuego", de Tristán Bauer (…) A la proyección asistieron muchos ex combatientes de toda la provincia con sus familias (…) La película es excelente y apabullante, demoledora y dramática. Es impactante por su realismo, en la película se cuela el frío, el autoritarismo, el desprecio por la dignidad humana, la violencia de las acciones bélicas muy bien logradas y los infames momentos del hambre, de la cobardía, del abuso de poder y de los estaqueos. Luego de los cien minutos de proyección, al encenderse la luz, la emoción del lugar quebraba el alma, los muchachos de la película, hoy abuelos algunos de ellos, abrazados a otros camaradas o a sus familias lloraban desconsoladamente (…) Luego de la proyección los visitantes, algunos ex combatientes de Corrientes y casi todos los del interior provincial compartimos un asado de homenaje (…) Hablamos obligadamente de la película y todos destacaban sus virtudes, pero muchos, al comentar las vergüenzas que el film de vela, expresaban: "es cierto, pero se quedaron cortos". Y allí nació esta investigación.[13]

Al poco tiempo las denuncias y los testimonios se habían ampliado, sobre todo a partir de la radicación de la causa en un Juzgado de Río Grande, provincia de Tierra del Fuego. A los correntinos se agregaron testimonios recopilados en Chubut, Buenos Aires, Chaco, Tucumán, Salta, San Luis y Córdoba. Algunas legislaturas provinciales, como las de Santa Fe y Chaco, crearon comisiones investigadoras. En febrero de 2009 la justicia de Comodoro Rivadavia (donde también se había radicado una denuncia por un estaqueamiento previo al traslado de una unidad a Malvinas) falló a favor de considerar las torturas en Malvinas como crímenes de lesa humanidad.[14] Muchos comenzaron a revisar su experiencia bélica en Malvinas a la luz de los "derechos humanos", que desde una óptica limitada se consideraban patrimonio de las víctimas del terrorismo de Estado. Es el caso de los ex combatientes de religión judía, que a todas las penurias originadas por las características del conflicto debieron agregar los malos tratos propinados por oficiales antisemitas.[15] Inicialmente, al igual que en otras causas por crímenes de lesa humanidad, la Secretaría de Derechos Humanos de la nación iba a presentarse como querellante, cosa que aún no hizo.[16]

Las denuncias de malos tratos y abusos y la imagen de los soldados estaqueados durante la guerra de Malvinas no eran nuevas. Pero lo que apareció como novedoso era tanto la posibilidad de perseguir el castigo penal a los responsables (un movimiento en espejo al de la reapertura de los juicios de lesa humanidad durante el terrorismo de Estado) como de revisar el discurso épico en relación con la guerra de 1982. Es debido a esto que no es azaroso que buena parte de las discusiones se enfocaran, una vez más, en las formas en las que se narraba la guerra y se recordaba a sus muertos. De allí que buena parte de las críticas de quienes se oponían a esta revisión se concentraran en la perspectiva de la película de Bauer y en las acciones de algunas agrupaciones de ex combatientes.

En la película, el personaje principal, Esteban Leguizamón, es un periodista forzado por una llamada telefónica a reencontrarse con su pasado: un compañero suyo en Malvinas está agonizando tras intentar suicidarse. A partir de esta circunstancia, Leguizamón regresa en flashbacks a las islas para descubrir que nunca se ha ido de ellas. Su compañero finalmente muere, pero Leguizamón a partir de ese reencuentro regresa a las islas, visita su pozo de zorro y la tumba del amigo muerto. Veinte años después del

estreno de Los chicos de la guerra algunos de los estereotipos de soldados y oficiales continúan vigentes, con el agregado, que la distancia temporal permite, de que ahora se trata de recuerdos antes que de la actualidad, y de un aggiornamiento tecnológico que da a la guerra una verosimilitud muchas veces impactante.[17]

Frente a la película se alzaron voces que la cuestionaron y la impugnaron, sea por una supuesta defensa de los intereses nacionales o denunciando que deslegitimaba la "gesta". Lo sorprendente es que se discutían cuestiones que ya estaban presentes en la posguerra inmediata pero que, políticas de olvido mediante, y debido también al desinterés de muchos investigadores, quedaron prácticamente "cristalizadas" en aquellos años. Una de las voces cantantes en estas críticas es la del periodista Nicolás Kasanzew, que había actuado como corresponsal de guerra en 1982. Una de las caras más públicas de la guerra, había sufrido prohibiciones con posterioridad a la derrota. En el año 2000, su caso como "veterano de guerra" había sido uno más de lo que habían tipificado el escándalo del "aumento de los padrones".[18] Las críticas a las miradas "lastimeras" sobre la guerra eran la posibilidad de recuperar espacio y reivindicar la guerra:

Llamar lastimeramente "chicos de la guerra" a los conscriptos de Malvinas equivale a denigrarlos. Sobre todo porque muchos de ellos demostraron ser verdaderos "grandes de la guerra".

Hasta ahora el cine argentino, por ejemplo, se ha limitado a explotar la visión parcializada de algún cobarde que vio todo escondido en un pozo, transido de pánico, y universalizó su miseria: pintó a los demás como patéticos clones de sí mismo"[19]

Este tipo de cuestionamientos se vieron favorecidos por la revitalización de las discusiones en torno al pasado que la política del kirchnerismo estimuló. Así como volvieron a alzarse voces que defendían la "guerra contra la subversión", las reivindicaciones de los combatientes y de la guerra en tono de "gesta" encontraron un espacio importante. Combatían en gran medida contra las imágenes de la década del ochenta, y es una línea que se sostiene hasta el presente, en tanto las cercanías del aniversario "redondo" en 2012 y una creciente valorización del pasado como espacio de confrontación política y de visibilización para demandas sectoriales abren esa posibilidad. En esa línea se expresaron en un reportaje los fotoperiodistas enviados a Malvinas, al inaugurar una muestra en la agencia oficial Télam:

La exaltación de los abusos de superiores, la supuesta improvisación de las fuerzas argentinas, la falta de equipamiento (…) el relato siempre destaca aspectos negativos y voces victimizantes.[20]

Contradicciones

Abiertas las disputas por las memorias a partir de la reivindiación firme de la memoria, la verdad y la justicia como políticas de Estado, a un gobierno que reivindica la defensa de los intereses nacionales se le torna complicado mantener la coherencia en relación con ambos y simultáneos objetivos en cuanto a Malvinas.

La salida, en ocasiones, parece ser un equilibrio delicado. Una de las formas fue la de sostener el discurso reivindicativo de la guerra a la par de ampliar la mirada sobre la dictadura, haciéndola pasar de "militar" a "cívico–militar". Los discursos del fallecido Néstor Kirchner en Campo de Mayo, donde advertía acerca de la complicidad civil en los golpes, eran una forma de no dejar solos a los militares en el descrédito. A la inversa, esta mirada reintroducía posibilidades de mostrar la unidad en momentos claves, como Malvinas. También en 2007, pero el 10 de junio (aniversario de la reafirmación de los derechos argentinos sobre Malvinas), el Ejército realizó una gran formación en el campo del Colegio Militar de la Nación a la que asistieron alrededor de 3000 veteranos, "en su mayoría ex soldados conscriptos" que "formaron filas agrupándose por unidades, detrás de sus respectivas banderas, de la misma forma como habían ido al combate, y al cierre de la ceremonia desfilaron junto con los oficiales y suboficiales, en actividad y retiro, también veteranos de guerra". En su discurso el jefe del Ejército, Roberto Bendini recalcó que:

Lo que debemos rescatar es que la gesta de Malvinas hizo resurgir el espíritu y la conciencia nacional de todos los argentinos (…) hemos podido comprobar que el espíritu del Ejército Sanmartiniano, ese que nos dio la Independencia, defendió su soberanía y escribió las páginas gloriosas de nuestra historia, continúa latiendo en el alma y en el corazón de cada soldado argentino".[21]

No obstante, esta voluntad de homenaje e inclusión de la guerra de Malvinas en el relato épico de la historia nacional choca permanentemente con la realidad de la dictadura que la produjo. En su voluntad de honrar a los combatientes en Malvinas, un decreto de Kirchner (886/05) habilitó que cobraran pensiones honoríficas de guerra notorios represores, algunos de ellos condenados por violaciones a los derechos humanos y otros sometidos a proceso. Si algunos de estos privilegios se abolieron, fue debido a denuncias de los principales interesados en que exista una definición más estricta de tales límites: los ex combatientes. Se trata, en definitiva, del arrastre (por indefinición) de la misma discusión de la posguerra inmediata, y de la profundización del proceso de despolitización de las memorias de Malvinas impulsado por el menemismo, paralelo al de su sacralización patriótica.

En esta línea, en 2009 fue sancionada la Ley 26.498, que declara monumento histórico nacional al cementerio de guerra argentino en Darwin, en la isla Soledad. De este modo, ese espacio se volvía intangible, salvo, como señala el texto de la norma: "Cualquier iniciativa que se pretenda desarrollar a futuro en el Cementerio de Darwin deberá ser consultada con la Comisión de Familiares de Caídos en Malvinas, así como con la Comisión Nacional de Museos, Monumentos y Lugares Históricos". Esta condición era un intento por bloquear las iniciativas de juicio y revisión por parte de algunos grupos de ex combatientes y familiares, que reclaman la identificación de los soldados allí enterrados e impulsan los juicios por delitos de lesa humanidad en Malvinas. En palabras de la Comisión, "no han faltado a lo largo de los 27 años de posguerra sectores o individuos que han intentado profanar el bien hoy protegido legalmente, con argumentos pseudo

humanitarios como la propuesta de identificar los restos o la colocación de placas con nombres propios". En la misma línea se han opuesto y estigmatizado a las causas por delitos de lesa humanidad en Malvinas y a las visiones que proponen una aproximación crítica a la guerra.[22] La Ley fue apoyada por Carlos Kunkel y Jorge Coscia, diputados del Frente Para la Victoria. Se trata de dos personalidades públicas que suelen expresar el pensamiento del gobierno y que están en las antípodas de la reivindicación de la dictadura. Sin embargo, en este caso lo que los convocó a apoyar el proyecto fue visualizar a Malvinas como "causa nacional", más allá de las circunstancias históricas de la guerra.

En octubre de 2009, la presidenta despidió a los familiares de los caídos en su masivo y emotivo viaje al cementerio de Darwin. El vuelo partió de Buenos Aires e hizo una escala en la austral ciudad de Río Gallegos, donde la presidenta Cristina Fernández de Kirchner despidió a los familiares. En un emocionado discurso, la mandataria les pidió que fueran a las islas a rendir homenaje a los caídos en el conflicto bélico en nombre de la población argentina y "de los derechos irrenunciables, inclaudicables y legítimos" que tiene el país sobre el archipiélago: "Ustedes no solamente van a ver a sus muertos, sino a los muertos de todos, porque los muertos de ustedes son también nuestros muertos. Quiero que vayan con mucha fuerza, con mucha entereza, y que sepan que hay 40 millones de argentinos que les rinden homenaje junto a ustedes", declaró. Fernández de Kirchner confió en que "los miembros de la comunidad internacional algún día deberán comprender que no pueden subsistir enclaves coloniales en pleno siglo XXI":

"Un día de este siglo un presidente argentino va a ir a rendir homenaje a sus muertos, en nombre de los derechos legítimos que tenemos sobre esas islas", señaló la presidenta, quien aseguró que prefiere "esperar, en nombre de ese derecho internacional, en nombre de ese derecho sobre Malvinas y en nombre de la paz que debe reinar en todo el mundo".[23]

Pero también este gesto estuvo manchado por el pasado terrorista estatal y las ambigüedades en torno a Malvinas. Allí, frente a las tumbas, habló el presidente de la Comisión de Familiares de Caídos, Héctor Cisneros, quien expresó su "gratitud al gobierno argentino y británico por permitir este homenaje y también a los isleños que hicieron de lado las heridas del pasado". Destacó, asimismo, que "el diálogo encima del conflicto hace extraordinaria esta inauguración" y remarcó que "nos une con los isleños el respeto por los que dieron su vida por la Patria".[24] Al año siguiente, en coincidencia con el aniversario del golpe militar, se supo, como señalamos, que Cisneros era personal civil de inteligencia del Batallón 601 del Ejército, y tuvo que renunciar a la presidencia de la Comisión. Según algunos sectores de ex combatientes, su presencia entre los padres estaba destinada a controlar a los deudos de los caídos, ya que "lo peor que le podía pasar a los militares era que se juntaran con las Madres [de Plaza de Mayo]".[25] Probablemente exagerada esta última afirmación, no es menos cierto que, una vez más, este descubrimiento había sido posible por la política de verdad del gobierno nacional y las vinculaciones entre una "causa nacional" sostenida como bandera por los "presidentes malvineros" y quienes amparándose en ella actuaban en función de intereses procesistas y autoritarios, con lo que volvía a estallar una contradicción a resolver.

Es la misma relación que, por otra parte, evidencian los distintos juicios por crímenes de lesa humanidad. Los juicios impulsados por el kirchnerismo develan las íntimas relaciones –ya conocidas, sólo que vueltas a poner sobre el tapete– entre la represión ilegal y Malvinas. En mayo de 2011, a raíz de su participación en la masacre de Margarita Belén, en Chaco, en 1976, fue condenado a prisión perpetua un militar condecorado como héroe de la guerra de 1982. Otros, sin estar directamente implicados, mencionan el conocimiento que tenían de las prácticas represivas, como es el caso de Carlos Daniel Esteban, héroe de la resistencia al desembarco británico en San Carlos.[26]

El hecho más resonante, sin duda, es el debate en torno a la discusión por el descenso del cuadro de Pedro Edgardo Giachino. Uno de los gestos simbólicamente más fuertes del presidente Kirchner fue en 2004, durante un acto en la conmemoración del golpe del 24 de marzo de 1976, cuando ordenó al jefe del Ejército descolgar el cuadro de Jorge Videla de los muros del Colegio Militar de la Nación. Este año, el Consejo Deliberante de la ciudad de Mar del Plata decidió hacer lo mismo, en otra escala: descolgar de sus paredes el retrato de Giachino, oficial naval muerto durante la recuperación de las Malvinas (le dispararon al atacar la casa del gobernador británico) y primer caído en combate de dicha guerra, ya que hay denuncias que lo involucran en la represión ilegal. Distintas voces se alzaron criticando este gesto, desde los familiares del muerto (recordamos con nitidez las conmovedoras fotos de sus hijas llorando en su velatorio, publicadas en aquel otoño de 1982). Los argumentos eran que se mancillaba la memoria de los héroes nacionales, se mezclaban las cosas, se atentaba contra la "causa". Retirar el cuadro de Giachino constituía una "vergüenza nacional". Pero el oficial muerto por los marines está involucrado en cuatro causas por violaciones a los derechos humanos, amén de que dos sobrevivientes de la ESMA lo reconocieron como un integrante de los grupos de tarea cuyo nombre de guerra era "Pablo", así como la conmoción entre los marinos de ese centro clandestino el día que se supo la noticia.[27] La controversia por el cuadro se zanjó cuando las hijas de Giachino se llevaron el retrato a su casa.

Como síntesis de las disputas públicas acerca de los sentidos sobre la guerra de Malvinas, en vísperas de cumplirse los treinta años del conflicto aparecen algunas constataciones. En el marco del impulso a una revisión general del pasado, la política de memoria del kirchnerismo estimuló dichas disputas en dos sentidos. En primer lugar, algunos actores que históricamente sostuvieron miradas críticas sobre la guerra, en particular en relación con su conducción o el desempeño de sus oficiales, encontraron en la lucha por los derechos humanos un repertorio argumental, y en la política estatal un espacio a partir del cual profundizar sus demandas. Estas, como señalamos, no eran nuevas, pero lo parecieron en el contexto de la reapertura de juicios y la asunción por parte de los gobiernos kirchneristas de la "lucha contra la impunidad" como política de Estado.

Sin embargo, la retórica latinoamericanista y anti imperialista, el énfasis en la "recuperación de la autoestima" o, más específicamente, la reivindicación del carácter "malvinero" de los presidentes, que también son característicos del discurso kirchnerista, alimentaron otras visiones sobre la guerra más esencialistas, anclados por ejemplo en el repertorio de la izquierda nacional (visiones históricas como las de Jorge Abelardo Ramos, pero reforzadas más contemporáneamente por historiadores como "Pacho" O'Donnell), que aunque se reivindican como populares comparten con sectores conservadores o directamente reaccionarios la defensa de la "causa nacional" por encima de sus circunstancias (es el discurso que inspira, por ejemplo, el "escrache" de la Comisión de Familiares), a partir de la inclusión de la guerra de 1982 en una ucrónica lucha de la nación contra el imperialismo.

De este modo, la política de los gobiernos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández en relación con la reparación judicial del pasado dictatorial argentino, de fuerte crítica a las Fuerzas Armadas de entonces y a los sectores civiles que fueron sus cómplices, acaso involuntariamente esté reforzando discursos que evitan la revisión de las conductas y responsabilidades de esos actores y garantizan su impunidad. El contenido “nacional” del relato “malvinero” del discurso kirchnerista, que lleva a afirmar que “la patria y sus derechos están por sobre toda otra cualquier circunstancia o episodio” (ver la cita correspondiente más arriba), entra en contradicción con la aproximación crítica al pasado que el mismo gobierno impulsa. Pero es fuerte, ya que enraíza en una tradición ideológica nacional y popular que refuerza y comparte muchos elementos con los relatos que habían comenzado a predominar durante la década del noventa, basados en el repertorio patriótico, y que consisten en la reivindicación de la “gesta” de Malvinas como una guerra en nombre de una causa sagrada, realzada por el sacrificio de vidas humanas en nombre de la Patria.

¿Es necesario resolver esta contradicción? Indudablemente, desde 2003 se ha abierto una posibilidad de (re)discutir el pasado. Dirimir institucionalmente las contradicciones en torno al conflicto significaría la producción de un nuevo “relato” sobre la guerra de 1982 (volveremos sobre esto en el Epílogo). De allí que lo menos costoso políticamente es tolerar la convivencia de los opuestos, unidos como siameses por “Malvinas”, la víscera sensible de la cultura política argentina. Es que definirse en uno u otro sentido de esta contradicción remite a distintas imaginaciones de país y comunidad, es decir, a una definición, un conflicto.

Tal vez por eso sea significativo reparar en la performance del grupo Fuerza Bruta durante el desfile del Bicentenario. El cuadro correspondiente a la guerra de Malvinas mostró un grupo de soldados marchando con sus capotes húmedos. De repente, se produjo entre ellos una explosión. Los cuerpos de los combatientes se transformaron en un túmulo, en una fosa común recientemente cerrada, y de sus mochilas emergen cruces blancas. Como remarca Beatriz Sarlo, a diferencia del cuadro de las Madres de Plaza de Mayo en el mismo desfile, en el que las mujeres son “sujetos en acción”, que “cierran la violencia del siglo XX y preparan la reparación de los primeros años del siglo XXI” en la referida a la guerra “la escena de los soldados de Malvinas es una imagen de víctimas”.[28] Es decir: sólo podemos decir de ellos que están muertos. Ese es el precio, tal vez, para inscribirlos, en el mismo movimiento, en el relato histórico que el desfile planteó, que aunque imaginándose rupturista, en relación con la guerra retoma (y remata) el movimiento conceptual producido desde el mismo instante en el que la guerra terminó: despojarla de su historicidad y, por extensión, despojar a quienes la combatieron y a sus familias de su condición de sujetos históricos. Si en el desfile la marcha de las madres aparece como la lucha y la demanda permanentes, los muertos bajo las cruces del túmulo, como los de Darwin, están condenados a sean que otros los que los nombren.

Notas

1 Discurso del 25 de mayo de 2005 ante la Asamblea Legislativa.

2 Discurso del 24 de marzo de 2004 en el Colegio Militar.

3 Clarín, 10/02/2004.

4 La Nación, 18/02/2004.

5 Clarín, 25/3/2004.

6 Clarín, 3 de abril de 2007.

7 "Palabras de la Presidenta de la Nación, Cristina Fernández de Kirchner, en el acto de conmemoración del día del veterano de guerra y XXIX aniversario de la gesta de Malvinas, en la ciudad de Río Gallegos, provincia de Santa Cruz". En: www.presidencia.gov.ar

8 Idem.

9 Comisión de Familiares de Caídos en Malvinas e Islas del Atlántico Sur, Nota a la Ministra de Defensa, 14 de mayo de 2007. Subrayado en el original. Archivo del autor.

10 Las tres citas precedentes en el catálogo de la Muestra, págs. 11 a 13.

11 Página 12, 3 de abril de 2007.

12 Pablo Andrés Vassel, Memoria, Verdad, Justicia y soberanía. Corrientes en Malvinas, la Plata, Ediciones al Margen, 2007.

13 Idem, pp. 15 - 16

14 Clarín, 23 de febrero de 2009.

15 "El drama de ser soldado y judío", Perfil, 29 de marzo de 2009.

16 Edgardo Esteban, "Malvinas, una herida abierta", en Le monde Diplomatique, febrero 2008.

17 Al igual que en el caso de "Los chicos de la guerra", hubo notorias diferencias entre el libro que había inspirado el filme y este. Como señala Paraná Sendrós en su crítica para Ámbito Financiero, el guión omitió elementos presentes en la novela de Esteban, tales como "el cargo de conciencia del soldado que se salvó respecto a sus compañeros que cayeron, y la religiosidad y valentía de muchos militares. Así como Esteban denuncia el maltrato, la incapacidad y la pequeñez moral de unos cuantos, también menciona varias veces el ejemplar comportamiento de algunos militares de carrera", Ámbito Financiero, 14 de septiembre de 2005.

18 Clarín, 3 de enero de 2000.

19 Nicolás Kasanzew, La pasión según Malvinas, Buenos Aires, edición del autor, 2007.

20 Tiempo Argentino, 14 de abril de 2011.

21 Soldados, Año XII, N° 35, junio de 2007, pp. 12–13.

22 http://heroesdemalvinas.org.ar/museodeheroes/newsflashes/se-aprobo-la-ley-que-declara-lugar-historico-y-cementerio-de-guerra-2.html.

23 Clarín, 3 de octubre de 2009.

24 Clarín, 3 de octubre de 2009.

25 Crítica, 24 de marzo de 2010.

26 Página12, 30 de septiembre de 2010.

27 Página 12, 10 de julio de 2011.

28 Beatriz Sarlo, La audacia y el cálculo. Kirchner 2003-2010, Buenos Aires, Sudamericana, 2011, p. 184.

Epílogo

Archipiélagos de la memoria: las islas ante portas

En el futuro recuerden el vejamen que significa que una persona consulte el mapa para ver si está allí el lugar donde vino al mundo y encuentre un espacio en blanco, vacío; así han surgido gravísimos problemas de identidad personal y nacional.

José Saramago, La balsa de piedra.

La muerte lo ha purificado todo. A los hombres que se entregan la oblación final les restituye su grandeza. Pero conviene explicar la oblación misma. ¿Acaso no le toca al historiador dar esa explicación?

Lucien Febvre, Honor y Patria.

Cuando el explorador regresa a puerto, comienza la parte acaso más importante de su trabajo: debe ordenar las notas recogidas, las posiciones cuidadosamente anotadas en la bitácora, recuperar los bosquejos y las descripciones para organizar el mapa de las islas que ha recorrido. El resultado será una carta que servirá de referencia y orientación a otros viajeros. La experiencia de un viaje de descubrimiento adquirirá la forma de un mapa, y de ese modo tendrá un sentido. Como el Marco Polo de las Ciudades Invisibles, que reconstruía en sus relatos el mapa del Imperio para el Khan, será uno constituido esencialmente por recuerdos hijos de la experiencia. Como la inhallable Rokovoko, hogar del compañero de viaje de Ismael en Moby Dick, el arponero Queequeg: un lugar “verdadero” a pesar de no figurar en ninguna carta.

¿Es posible un ejercicio semejante en relación con Malvinas? Este libro propuso un recorrido histórico en base a distintas experiencias y discursos en torno y a partir de la guerra de 1982. Las islas, en este derrotero imaginario, son marcas constituidas por cruces entre distintas subjetividades y procesos históricos de fuerte impacto social: la lucha por la propia vida, la guerra, las ideas de nación, la pérdida de los seres queridos y el orgullo, la mochila de la derrota, el terrorismo de Estado.

En la Primera Parte intentamos devolver historicidad a los individuos que protagonizaron en forma mayoritaria la guerra de 1982: la masa de soldados conscriptos. Describimos la presencia de la juventud en relación con la violencia política a partir de su relación con los procesos históricos de la segunda mitad del siglo XX en la Argentina, y sobre todo encarnada en una práctica social de fuerte presencia cultural hasta su derogación a mediados de la década del noventa del siglo pasado: el servicio militar obligatorio. Nos ocupamos luego de seguir los distintos modos en los que la guerra fue recibida, acompañada, apoyada y también cuestionada. Este esfuerzo estuvo dirigido a dos objetivos bien concretos: ofrecer a la consideración de los lectores la idea de que la guerra generó muchas más vías de adhesión que la mera reivindicación territorial, aunque se

anclara en esta; y que los habitantes del territorio continental tuvieron distintas formas de vivir el conflicto, a partir de su cercanía o no con el campo de batalla. Por último, analizamos la experiencia de guerra en particular, pues es la que atravesó a algo más de diez mil compatriotas durante casi tres meses de 1982 y es desde ella que se plantaron como actores políticos desde su regreso al continente.

En la Segunda Parte nos concentramos en las distintas explicaciones y narraciones acerca de la guerra a partir del retorno de los derrotados, acuñados en el especial contexto de la posdictadura, cuyo eje central fue la transición a la democracia. Describimos las múltiples y diversas conexiones establecidas por diferentes actores entre la guerra en las islas y la represión ilegal, y el particular papel desempeñado por la figura de los jóvenes. En especial, describimos las formas en las que los principales actores institucionales de la guerra, las Fuerzas Armadas, capearon los cuestionamientos internos y sociales por el fracaso militar; las dificultades de los gobiernos democráticos para lidiar con ese aspecto particular del pasado dictatorial constituido por la guerra, y las formas ambiguas que utilizaron para resolverlas. Por último, describimos el surgimiento de las agrupaciones de ex combatientes y los caminos que siguieron para insertarse en el espacio público durante la década del ochenta. Prestamos atención, también, a un actor poco considerado en estas discusiones: los deudos de Malvinas.

En la Tercera Parte, por último, analizamos las formas en las que los distintos relatos y emblemas acuñados en torno a la guerra perduran y coexisten hasta hoy, con un punto de inflexión constituido por el kirchnerismo a partir de 2003. Nos esforzamos por proponer la consideración de las distintas escalas de significación (o lo que Elizabeth Jelin definiría como “niveles de memorias”) que Malvinas convoca: nacionales, regionales, locales. Asimismo, nos detuvimos en la “fecha redonda” del vigésimo aniversario de la guerra para ver, precisamente, la convivencia de diferentes discursos. Y finalmente analizamos algunas interpretaciones acerca de la guerra que se alimentan de estos discursos y, a la vez, les confieren nuevo vigor.

Encontramos que, en el espacio público, las miradas sacralizadoras y las críticas pueden coexistir, incluso sin que esto implique una confrontación, pero que al mismo tiempo ciertos pronunciamientos políticos acerca de la guerra o el pasado reciente por parte del Estado generan disputas por su sentido y sobre la legitimidad para la enunciación de la “verdad” del conflicto austral.

Disputas

Dos producciones culturales recientes permiten dar una idea de esta coexistencia. Una de ellas es Iluminados por el fuego, la película de Tristán Bauer. Si el repertorio temático ha quedado anclado en las imágenes del ochenta, también estuvieron en la misma situación muchas de las críticas al film. En cuanta ocasión se les presentó, Esteban (el periodista y ex combatiente autor de la novela que sirvió de base para el guión) y Bauer se esforzaron por explicar que la película, simplemente, buscaba mostrar la guerra desde la mirada de uno de sus sobrevivientes. Pero los veteranos de Malvinas, de acuerdo a algunas críticas, deberían explicar las causas de la guerra: “No hay en el centro del relato una posición clara respecto de esa guerra, de sus causas y de sus consecuencias, de su pertinencia, de su persistencia como metáfora nacional. Apenas una historia que insiste en lo emocional y

lo desgarrador, un punto de partida que recubre al filme de un halo de importancia que lo hace intocable, inmune a las posibles críticas”.[1]

“¿Fue el de las Malvinas un conflicto necesario, justo, evitable, honorable, justificable? ¿Fue la muerte de los jóvenes soldados una coda a la política de la desaparición y la muerte imperante en esos años? ¿Qué entendemos por soberanía y nacionalismo? ¿Cuán argentinas son las Malvinas?”.[2] Preguntas centrales, pero para una discusión que la película, como las voces de los ex soldados, podrían disparar. “La gran pregunta que el film no se hace —y debería— es: ¿la guerra valió la pena?”[3]. Igual que en 1982, los sobrevivientes de la guerra, además de cargar con sus pesadillas y sus muertos, deben cargar con frustraciones, vergüenzas y abandonos ajenos de la propia responsabilidad.

En segundo lugar, la novela Las Islas, de Carlos Gamerro, publicada en 1998, es, por contrapartida, una de las aproximaciones más complejas que podemos encontrar a la guerra y sus secuelas.[4] El libro narra las peripecias de Felipe Félix, Un ex combatiente de Malvinas que debe resolver para Fausto Tamerlán, un empresario arquetípico de los noventa, un problema difícil. Empleando sus conocimientos como hacker, deberá entrar en los archivos de la SIDE, el Servicio de Inteligencia del Estado, y buscar los nombres de los testigos de un crimen que compromete al hijo del empresario. Pero para hacerlo, Félix deberá entrar en contacto con ex represores y veteranos unidos por una situación común, a la que no han podido dar solución: por distintos caminos, continúan imaginando las formas de recuperar las Malvinas. Algunos de ellos integran ignotos grupos nacionalistas como la Asociación Virreinal Argentina, donde un experto en relaciones internacionales puede dar una conferencia sobre un plan sionista para invadir Malvinas. Otros, como Tomás, un compañero de Félix, dedican su vida a construir una maqueta de las islas que los incluya a todos, lo que la vuelve interminable y monumental. Para acceder a los archivos secretos, Félix mismo deberá diseñar un videogame para su antiguo jefe en las islas, el Verraco, en el que se produce lo imposible, ganar la guerra. Una de las pantallas finales entrega al jugador aquello que no pudo vivir:

Las naves argentinas cargadas con los soldados victoriosos, en cambio, entran a los puertos del sur haciendo sonar sus sirenas, y qué delirio el de la población que como un solo hombre va a recibirlos y llevarlos por las calles en andas. Las jovencitas arrojan flores a sus pies y les depositan papelitos con subrepticios números de teléfono en las palmas de las manos; las madres alzan a sus hijos para que los vean pasar y les llenan los brazos de alimentos (...) Avanzan en una nube de banderas y cintas celestes y blancas y papelitos de colores que llueven del cielo como si en las tribunas también celebraran. Un puente aéreo sin precedentes se organiza para llevarlos lo antes posible a sus casas (...) Cada barrio se convierte en un centro de festejos que duran hasta el amanecer; pueden reconocerse las casas de los combatientes por las colas de vecinos ansiosos por felicitarlos.[5]

Pero Félix se encontrará con otros personajes que le harán recorrer la densidad de la historia argentina: Gloria, una mujer que tiene dos hijas mogólicas, le revelará que se llaman Malvina y Soledad, y que nacieron el 2 de abril fruto de su unión con el represor que la secuestró y torturó, combatiente también en Malvinas. Descubrirá eso una noche, la primera después de hacer el amor, al encontrar marcas de tortura por todas partes de su cuerpo:

—Las más claras son de picana. Las más oscuras son de quemaduras de cigarrillos. Y no te asustes, que tienen más de diez años. Ya no muerden. ¿O sos de los compasivos? ¿Podés apagar la puta luz, ahora? ¿O querés ver más? Mirá.

Abrió los brazos y los extendió a los lados. Me levanté y apagué. Al acercarme de nuevo a su cuerpo, que adiviné tenso, hostil, apretado como una almeja cerrada, hablé sin pensar.

—¿Te creés que tenés el monopolio del sufrimiento? Cuando tenía diecinueve me mandaron a Malvinas, me hirieron en la cabeza y estuve un año sin poder hablar. Claro, ya sé, no se compara con lo tuyo. Estoy muy bajo en el ranking. No tengo derecho a quejarme.[6]

El diálogo entre Gloria y Félix le permite hablar a Gamerro acerca de las legitimidades y jerarquías del dolor, elementos que marcaron ejes argumentales para discutir el pasado argentino reciente. Y de las características particulares de uno de ellos, el de los jóvenes ex soldados marcados por la guerra, un recuerdo que no podrán sacarse de encima:

No supimos lo lejos que habíamos llegado hasta ese día a fines de mayo, cuando tras una noche inusualmente silenciosa salimos de las carpas y los pozos para encontrarnos con que aquel terreno desolado se había envuelto en un interminable velo blanco hasta donde llegaba nuestra mirada (la nieve había caído, espesa, esponjosa, por primera vez durante toda la noche, cubriendo las dos Islas de este a oeste (...) Muchos años después, viendo lo que había sido de nuestras vidas desde entonces, algunos recordamos ese día en que las islas se habían vestido para nosotros y comprendimos lo que habían querido decirnos: que era más serio de lo que pensábamos, más definitivo y final: que estábamos casados con ellas.[7]

Son los espíritus de los compañeros los que lo liberan, pero sólo cuando descubre que él mismo, en esa Argentina de los noventa donde transcurre la novela, es un fantasma:

¿Para qué seguir engañándonos? Nunca volví. Nunca dejé las islas. (...) No habían envejecido, como yo tampoco lo había hecho, el tiempo para nosotros detenido en un instante como los relojes de Hiroshima.[8]

Una película y un libro como ejemplos de los modos de acercarse a Malvinas evidencian el complejo panorama de imágenes que convoca la experiencia de la guerra Ahora bien: ¿qué sentidos se pueden proponer para semejantes imágenes contrapuestas? ¿Cómo salir del anclaje en el caso, en las historias a través de las cuales hemos accedido a pensar Malvinas? Es del diálogo con el contexto en el que dichas historias transcurrieron que podremos sacar a Malvinas de la hora final de los “relojes de Hiroshima” y pensar, a través de ellas, la historia de estos últimos treinta años. En esta reflexión, la figura de los

jóvenes, encarnada en los ex combatientes, será central. Porque Malvinas es, fundamentalmente, una puerta de entrada a la historia argentina reciente en sus aspectos más extremos: aquellos que lidian con la vida y la muerte de miles.

Como señalamos anteriormente, no hay un "soldado de Malvinas" arquetípico, y afortunadamente muchas producciones culturales recientes aportan distintos registros para fortalecer esta idea, en una línea argumental que parecería implícita o explícitamente el planteo de la película La deuda interna (Miguel Pereira, 1988), que narraba el impacto de la guerra en rincones remotos de la Argentina a partir de la historia de la relación entre un maestro rural y su alumno, conscripto en el desgraciado ARA Belgrano. Las figuras de los ex combatientes estereotipadas durante la década del ochenta o por la imaginería patriótica militar son cuestionadas por otras representaciones de Malvinas: historias campesinas atravesadas por la guerra nos interpelan en los rostros maduros que forman parte de la muestra del fotógrafo Juan Travnik Malvinas. Retratos y paisajes de una guerra (2008), o en las Imágenes de un naufragio de Diego Paruelo (2006), la historia fotográfica de la muerte de Sergio Gasco, un ex combatiente. Las imágenes, los retratos de ausencias y presencias, descongelan la visión cristalizada de los jóvenes "chicos de la guerra" de 1982. Los diferentes registros, niveles de experiencia y temas que convocan dan idea de un riquísimo proceso de memoria a pesar de las iniciativas públicas más visibles, que no hacen más que reforzar la idea de potencial complejidad del tema Malvinas.

Además de dos textos fundamentales como Los pichiciegos, de Fogwill (publicado tan tempranamente como en 1982), y Las Islas, de Carlos Gamerro (transformados por la crítica literaria en canónicos para pensar el conflicto), han aparecido libros que producen miradas diferentes desde la literatura, y que ofrecen otras formas de mostrar la complejidad. Los viajes del Penélope, de Roberto Herrscher (2007), despliega la memoria del escritor, marinero conscripto, pero también es una posibilidad de pensar la historia de la guerra por fuera de la lógica de la herida profunda que cancela el tiempo (y las interpretaciones). Al escribir la historia del barco en el que sirvió en Malvinas, Herrscher no solo exorciza sus fantasmas, sino que nos cuenta los múltiples lazos históricos, sociales, familiares, entre las islas y el continente: la goleta Penélope, decomisada por las tropas argentinas, tenía una historia más antigua: con el nombre de Feuerland, había sido construida para la expedición patagónica del aventurero y explorador alemán Günther Plüschow. Antes de hacer sus viajes entre las distintas guarniciones argentinas y ser bombardeado por los Sea Harriers, el barquito había navegado ya ese Atlántico Sur que la cercanía de la herida de 1982 a veces hace aparecer como sin historia. Es decir, la historia personal de Herrscherr es una puerta de entrada a la larga historia nacional, anclada en este caso en un pequeño barco que recorrió las aguas más calientes de la historia nacional. Y si aún hay un asunto pendiente, fuertemente marcado, es el de prestar atención a esa dimensión espacial, regional y temporal que agrega complejidad a la guerra de 1982.

El poeta y ex combatiente Gustavo Caso Rosendi publicó en Soldados (2007) una serie de trabajos perturbadores y de una sobria y melancólica belleza. Algunos se organizan en torno a las relaciones entre la dictadura y Malvinas, como "Gurkhas":

Mercenarios de perfil bajo

(los únicos que los vieron

ya no están)

Cuchillos fantasmales

cortando los sueños

¿Pero acaso nosotros

no veníamos del país de

las picanas sobre panzas

embarazadas?

¿Quién le tenía que tener/miedo a quién?

En otros, Caso Rosendi transforma su experiencia en una demanda acerca de las responsabilidades sociales, como en las fantasmales visitas de los soldados muertos en batalla a su antiguo teniente:

Qué quieren de mí repite

todas las mañanas el teniente

con la esperanza de que

alguna vez los soldados se

cansen de estar muertos

Pero cada noche de todos los

días en la vida del teniente

ellos están ahí puntualmente

firmes

parados frente a su cama

y lo miran.

Desde su memoria de soldado poeta alerta acerca de las dimensiones menos conocidas de la experiencia de la guerra, como en el caso de un poema dedicado a un compañero muerto mientras iba a robar comida. En la evocación del soldado muerto, los versos van armando los círculos concéntricos que permiten visualizar la magnitud de lo que una vida menos significa en una familia, en un grupo de amigos, en un barrio, y vuelve a tejer los vínculos entre la sociedad y sus soldados:

Cuando cayó el soldado Vojkovic
dejó de vivir el papá de Vojkovic
y la mamá de Vojkovic y la hermana
también la novia que tejía
y destejía desolaciones de lana
y los hijos que nunca
llegaron a tener.
Los tíos los abuelos los primos
los primos segundos
y el cuñado y los sobrinos
a los que Vojkovic regalaba chocolates
y algunos vecinos y unos pocos
amigos de Vojkovic y Colita el perro
y un compañero de la primaria
que Vojkovic tenía medio olvidado
y hasta el almacenero
a quien Vojkovic
le compraba la yerba
cuando estaba de guardia.

Cuando cayó el soldado Vojkovic
cayeron todas las hojas de la cuadra
todos los gorriones todas las persianas.[9]

Desobediencia debida, un documental de Victoria Reale (2010), suma en la dirección de las preguntas por las responsabilidades sociales. Es la historia del único prisionero de guerra británico pero, sobre todo, de las grietas en la transmisión (el padre de la directora fue médico militar en Puerto Howard, Gran Malvina). El film relata que los superiores le ordenaron al doctor que torturara al piloto capturado para conocer la posición de un

portaaviones, a lo que este se negó. Victoria, que pasó su infancia en barrios militares, se pregunta: "¿qué hubiera pasado en la Argentina antes de Malvinas si más militares se hubieran negado a cumplir esas órdenes?".

Estos esfuerzos artísticos y documentales conforman un mapa en el que podemos destacar dos ideas-eje: aquella que muestra el gran peso y las densas significaciones que la guerra de 1982 tiene en las distintas geografías de este país (incluyendo el mismo archipiélago) y la necesaria mutilación que significa cualquier aproximación al conflicto que no contemple el contexto histórico en el que se produjo, es decir la dictadura militar.

Recorridos

En la década del ochenta, con posterioridad a la derrota, coexistieron tres versiones predominantes acerca de la guerra y sus protagonistas. La primera de ellas es la que los colocó en el lugar de las víctimas de sus propios oficiales y de la improvisación de los altos mandos. Las experiencias de guerra pasaron a un segundo plano debido al énfasis que tenían las historias acerca de abusos de poder, arbitrariedades y malos tratos, junto con los padecimientos derivados de una mala planificación. La lucha contra los británicos —excepto en el caso de la Fuerza Aérea-—prácticamente era inexistente.

Esto sucedió, fundamentalmente, porque la derrota abrió las puertas a la masiva denuncia y el descubrimiento de los crímenes de la dictadura militar, y la guerra, intensa aunque breve, quedó desdibujada en ese cúmulo de atrocidades, en algunos casos notorios, como el de Astiz, perpetrados por los mismos personajes que habían participado en la guerra austral. En el relato de la represión ilegal, los jóvenes víctimas de la dictadura fueron una pieza central: relatos como el de La noche de los lápices —un vehículo por excelencia para la difusión de los crímenes— son una prueba de esto. Sucede que la idea de víctima fue complementada por la de la "inocencia" de los crímenes que la represión imputó a sus víctimas: haber participado en la guerrilla.

Los jóvenes eran puros, sobre todo, políticamente, y la política se había hecho hasta ese momento con las armas o apelando a otras formas de violencia. El joven arquetípico construido por las denuncias por violaciones a los derechos humanos fue el modelo en el que debieron encajar, a su vez, los ex soldados retornados de las islas. Hombres jóvenes que habían estado expuestos a la violencia y combatido, armas en mano, con el aval de la sociedad que ahora abominaba de esta en todas sus formas.

Es debido a esta abominación que el discurso patriótico militar (al que apelaron las Fuerzas Armadas pero también otros sectores sociales) resultó insuficiente. Obviamente, no sólo por esto: las tradiciones patrióticas ancladas en la épica militar habían sufrido dos duros reveses: la derrota a manos británicas de un ejército "invicto", y las manchas de sangre que comenzaron a aparecer en los uniformes y los cuarteles de toda la república.

No había espacio, probablemente, para un discurso anclado en las virtudes militares que no fuera asociado a una reivindicación de la dictadura cuyos crímenes comenzaban a conocerse (o, acaso, a no poder negarse). Por otra parte, las Fuerzas Armadas, para salvar su prestigio, apelaron a reivindicar la profesionalidad de sus cuadros, mediante el sencillo expediente de levantar ejemplos que probaran que donde los ingleses habían

encontrado tropas entrenadas no había habido desbande. En todo caso, el resultado fue que nuevamente los jóvenes aparecieron como víctimas de su inexperiencia e inmadurez.

Los jóvenes ex soldados, a través de sus primeras agrupaciones, presentaron una serie de problemáticas reivindicaciones y reclamos en el contexto de la transición. En primer lugar, se definían como una generación nacida a partir de la guerra, experiencia que reinvindicaban basándose en un discurso latinoamericanista y antiimperialista con claros vínculos con la izquierda revolucionaria de los años setenta. Era un doble problema: el rechazo social a la violencia no dejaba margen ni para la reivindicación bélica ni para la revolucionaria, ambas asociadas tanto al estado represor como a las organizaciones guerrilleras, los "dos demonios" funcionales a la necesidad autoexculpatoria y refundacional de la democracia.

Ser jóvenes portadores de discursos radicalizados mientras la imagen pública era la de los "inocentes" fue un cortocircuito con una voluntad social de olvido que los ex soldados padecieron duramente. Al mismo tiempo, la forma en la que reivindicaron su paso por la guerra, por lo menos en esos primeros años, los alejó de las Fuerzas Armadas, a las que denunciaron tanto por sus malos tratos e ineficacia como por su "entreguismo". La inscripción que hicieron de Malvinas en una historia de luchas populares fuertemente enraizada en la ideología de la izquierda nacional tampoco fue eficaz para ganarles un lugar en el contexto de la institucionalización democrática.

La crisis de Semana Santa de 1987 abrió las puertas a cambios en los discursos acerca de la guerra. Las palabras de Alfonsín en aquella ocasión acercaron a la guerra al imaginario militar, a partir de un reconocimiento a quienes volvían a abusar de las armas para plantear sus reivindicaciones. Durante el menemismo, la actitud oficial de ofrecer algunas concesiones a los ex combatientes,a través de la Federación de Veteranos de Guerra de la República Argentina como interlocutora privilegiada tuvieron un efecto práctico y simbólico importante. Los ex soldados —que comenzaban a ser calificados como veteranos (denominación que las agrupaciones habían rechazado durante los ochenta, por su connotación castrense)— accedieron a espacios de poder y gestión que les permitieron satisfacer algunas de sus reivindicaciones históricas. El precio fue la fragmentación de lo que muchos de ellos consideraban un movimiento nacional.

Esto se debió, por un lado, a cuestiones relativas a la distribución de ese poder (la controversia por el padrón de veteranos es sólo el aspecto más deplorable de ellas), pero también a que la Federación rompió una de las banderas históricas de los grupos originales: aquel que distinguía a los ex soldados combatientes conscriptos de los cuadros de las tres armas. Veteranos eran todos, y de ese modo el discurso patriótico nacional (más afín a la visión militar del pasado) ganó preponderancia. La "reparación histórica", en esa coyuntura, pasaba por el ingreso al Panteón nacional decimonónico. Vale la pena destacar que estos procesos se desarrollaron en coexistencia con los discursos victimizadores de los ochenta, que pintaban a los soldados como marginales (por la locura, la soledad o la indiferencia), o con el más radical de algunas agrupaciones de ex combatientes que no reconocieron a la Federación. Frente a este panorama, la vía simbólica tradicional, que implicaba un reconocimiento, seguía siendo la más eficaz para incluir a los que habían pasado por la guerra.

Esta tendencia se ve claramente acentuada en el presente, y tuvo un hito importante en ocasión del vigésimo aniversario de la guerra. Los hombres que habían combatido se transformaron en modelos a imitar, soldados ciudadanos o militares profesionales. La guerra comenzó a ser llamada "gesta", y los relatos acerca de experiencias bélicas (es

decir, un reconocimiento a las situaciones vividas por muchos de los protagonistas de aquellos días) comenzaron a tener una mayor difusión. Llegaba la etapa de la "comprensión", como una forma de abrir las puertas de la sociedad a quienes habían sido negados, ocultados y hasta perseguidos. Pero ¿qué significaba comprender? ¿Dar lugar a una discusión política sobre la guerra y sus consecuencias, o meramente reconocer las causas de algunas patologías restringibles a situaciones individuales? La selección temática de los suplementos especiales que analizamos, por ejemplo, hace difícil responder a semejante pregunta.

Lo que sí es posible decir es que las críticas por la improvisación y tratos abusivos de los oficiales argentinos de los ochenta se habían transformado, en dos décadas, en un punto más de mérito para los combatientes, antes que en un motivo de crítica. Y hablar de la guerra, por fin, era una forma, precisamente, de eludir ese tipo de cuestiones: en tanto situación límite, y por tratarse de una "guerra sin odios", cuestiones de ese tipo —que habían tronchado vidas, durante y después de la guerra— eran secundarias: la política no entraba al altar de la Patria. En la época de la comprensión, sólo hay tres lugares para los ex soldados: el viejo discurso que los victimiza, el patriótico militar, y el que los transforma en vencedores morales luego de veinte años de postergación.

Identidades

Esto en cuanto a los discursos dominantes. Intentamos a lo largo de todo el trabajo mostrar la fragmentariedad de relatos y posiciones acerca de la guerra: la coexistencia de discursos patrióticos con críticas radicalizadas, la revalorización de los símbolos nacionales junto al definitivo descreimiento, el respeto por los combatientes junto con su victimización. Hay tantas memorias sobre Malvinas como islas tiene el archipiélago, pero lo que es constante es la perplejidad que genera este tema.

Una consecuencia frecuente de esta perplejidad es el prejuicio o, por lo menos, la dificultad para atender a miradas diferentes sobre la guerra. Este afectó muy fuertemente, sobre todo en los años ochenta, a los padres de los muertos y desaparecidos en las islas y, es obvio, a los ex soldados. Tener en cuenta esta postergación debería ser un elemento en cualquier reflexión acerca de las jerarquías políticas y sociales construidas sobre la base del dolor, de las que la Argentina conoce una buena cantidad.

Este prejuicio incide también sobre los investigadores. Antoine Prost, al estudiar los monumentos funerarios construidos en la primera posguerra en Francia, apunta acertadamente que:

Es difícil combatir los prejuicios. Uno de los más tenaces prejuicios de la izquierda, aún entre los historiadores, es que los monumentos a los muertos son una expresión de nacionalismo jingoísta. Para verlo, nos dicen, no tenemos más que ver las estatuas a los heroicos poilus (soldados de infantería) que coronan muchos de esos artefactos sepulcrales.[10]

Extendiendo la imagen, es posible afirmar lo mismo en relación con Malvinas, que es vista, sobre todo, como una punta de lanza para las reivindicaciones de la dictadura, por un lado, y del nacionalismo escolar por el otro. Esta preocupación excede a los investigadores académicos, pero sin duda estos comparten una prevención que aparece en numerosas publicaciones y análisis,[11] como quisimos discutir en el capítulo correspondiente.

La cuestión del nacionalismo es más compleja, pero desde el vamos es necesario decir que esconde una simplificación, pues acordando con la escolaridad de la reivindicación de Malvinas como una cuestión territorial esto alcanza probablemente para referirnos a las islas y las controversias previas a la guerra, pero no nos ayudan mucho a pensar lo que Malvinas significó —y significa— después de la derrota.

Estas posturas, por otra parte, descalifican de plano cualquier forma de nacionalismo como populista e irracional. Privilegian, por el contrario, una postura racional que sopese pros y contras de decisiones nacionales. Se trata de un "patriotismo republicano" que no es esencialista y que "concibe a la patria como la casa común en la que somos libres porque compartimos derechos y sostenemos nuestra libertad en el pilar de la sujeción a la ley. La patria existe allí donde el poder es limitado".[12] Pero esta definición elude una cuestión que es central al hablar de nacionalismo, y que consiste en que tanto este como la idea de nación son espacios de disputas culturales específicas entre diferentes proyectos políticos en contextos históricos concretos. Por poner sólo un ejemplo, el ideario patriótico republicano construido en la Argentina entre finales del siglo XIX y principios del XX es justamente la tradición a la que apelaron las Fuerzas Armadas para reprimir a sus compatriotas, y los valores que convocaron diferentes elites y grupos de poder para avalar dicha represión. Esto significa que no es posible analizar "el nacionalismo" sino "una forma de nacionalismo en un contexto específico", pues es notorio, como el actual clima político latinoamericano lo evidencia, que la apelación a "lo nacional" puede venir desde distintos reclamos sociales que exceden la noción territorialista.

En todo caso, para citar nuevamente a Antoine Prost:

Una República que no se enseña ni se celebra a sí misma es una República muerta, esto es, una República por la que la gente no está dispuesta a morir (...) Pero si la República no está viva en el corazón de sus ciudadanos, entonces enseñar es estéril y celebrar es artificial.[13]

Sin imaginarnos hoy en la situación extrema de la muerte por una idea, cualquier análisis que no comprenda que esta era una noción vigente, respetada y constituyente de muchas propuestas políticas durante las últimas décadas del siglo XX peca de anacrónico.

De todos modos, la referencia a una república viva en el corazón de los ciudadanos remite a pensar qué es lo significativo para una comunidad, y qué se construye a partir de ello. En ese sentido, Malvinas sin duda lo es, por motivos contrapuestos, fragmentarios, algunos de ellos irreconciliables. Y lo es, sobre todo, porque Malvinas es —o debería ser— una gigantesca puerta de entrada a la discusión de los proyectos de país que se sucedieron en la Argentina durante la segunda mitad del siglo XX, y las formas en que dicha disputa fue conducida. Formas que contuvieron mucho de violencia y poco, muy poco, de democracia.

Autopercepciones acerca de la nación que quedaron enterrados en las islas junto a los muertos sacrificados en su nombre.

Resulta claro que el conflicto bélico de 1982 compartió con los proyectos políticos derrotados manu militari en 1976 (y con las Fuerzas Armadas que los derrotaron) la característica fundamental de haber sido despojados, hasta hace poco, de dos cuestiones esenciales: su condición de proyectos de sociedad y país, y el lugar que asignaron a la violencia en la materialización de dicho proceso social. La revisión de la lucha armada en particular, y de la militancia política en general, atraviesa un momento particular de recalentamiento. Quienes apostaron su vida a un proyecto político con un mayor o menor grado de compromiso están sometidos a un proceso de revisión histórica que, yendo de la hagiografía más ciega al más absoluto relativismo, cumple pese a estos extremos y gracias a espacios más humildes y grises —y por eso menos rimbombantes— de la crítica, con una justicia fundamental: la de reivindicar las humanidades de los ausentes y los vivos como mujeres y hombres políticos, con un rostro y un nombre concretos.

En su crítica al subjetivismo de los testimonios Beatriz Sarlo señala acertadamente que:

La pregunta es cuánto del peso y la reverberación de las ideas ha quedado en las narraciones testimoniales o, más bien, qué sacrificio de la cara intelectual e ideológica del movimiento político–social se impone en la narración en primera persona de una subjetividad de la época. ¿Cuánto subsiste de ese tenor ideológico de la vida política en las narraciones de la subjetividad? (...) O, si se quiere, ¿cuál es el género histórico más afín a la reconstrucción de una época como aquella?

No se trata de discutir los derechos de la expresión de la subjetividad. Lo que quiero decir es más sencillo: la subjetividad es histórica y si se cree posible volver a captarla en una narración, es su diferencialidad la que vale. Una utopía revolucionaria cargada de ideas recibe un trato injusto si se la presenta sólo o fundamentalmente como drama posmoderno de los afectos.[14]

No se trata, según esto, de otorgar un mero lugar a los que hasta ahora no han hablado, hablado poco, o tienen algo nuevo que decir, sino en salir del espacio de los afectos, del impacto emotivo o moral (recordemos que Feinmann quiere a los ex soldados porque son víctimas), para también reponer las ideas actuadas en situaciones vitales, muchas veces sin espacio para la actitud racional de “pesar pros y contras”.

En un reportaje, Carlos Gamerro describe el proceso de escritura de Las Islas, y cómo en una primera etapa leyó sobre la guerra, para enterarse, para entenderla:

En la devoción de ese mismo pueblo por lo que algún personaje de Cortázar con cierta justicia llamó “islas de mierda, llenas de pingüinos” había, una vez descartados los efectos evidentes del patriotismo o el chauvinismo instigado por los medios y las instituciones desde la escuela primaria en adelante, un residuo inexplicable, inaccesible a mi comprensión, refractario a mi indiferencia, más parecido a las enfermedades del amor que a las manipulaciones de la política y la prensa (...) No me alcanzaba con el pensamiento para sacarme las islas de la mente[15]

Ese espacio “inaccesible a la comprensión y refractario a la indiferencia” merece un destino mejor que su reducción a una cuestión afectiva o subjetiva, a un mero reconocimiento al sufrimiento o a las virtudes morales y, sobre todo, no corresponde el silenciamiento. Sobre todo porque la experiencia de lo vivido es un reducto muy pequeño, que en algunos casos evoca para sus portadores una situación límite que resolvieron del mejor modo que pudieron. Paul Ricoeur, en un texto en el que reflexiona sobre las posibilidades políticas de la no violencia, describe esta frontera insalvable:

Esta comprensión de una dialéctica de la no-violencia profética y de la violencia progresista, dentro misma de la eficacia, no puede ser más que una visión del historiador. Para el que vive, para el que actúa, no hay compromiso ni síntesis; no hay más que una opción.[16]

Y esa opción, en las islas Malvinas como en una mesa de torturas, en la guerra y en la posguerra, fue tomada y actuada por hombres y mujeres que eran sujetos históricos en contextos específicos. El fuerte proceso de reflexión que con altibajos estamos realizando en relación con los años setenta busca superar esa primera salida, la del impacto emocional y la condena o la glorificación moral, para recuperar las posibilidades de pensar políticamente el pasado como una forma de imaginar un futuro. Sin embargo, por limitaciones que intentamos revisar en los capítulos anteriores los esfuerzos analíticos, incluyendo los surgidos desde los historiadores, no alcanzan a Malvinas. ¿Qué implicaría reponer el bagaje ideológico que alimentó a quienes combatieron en las islas, a sus familiares y deudos, a quienes los acompañaron?

La idea de nación, y las formas de entenderla, subyacen toda posible respuesta. Pero una imagen de nación implica, además de una serie de pertenencias culturales, una idea de organización política, social y económica.[17]

En relación con otros campos de estudios de la historia reciente, las reflexiones sobre la guerra de 1982 siguen ancladas en el contexto de los ochenta, pero ni el discurso radical ni el victimizador ni el patriótico son suficientes para entenderla. Si los desaparecidos están recobrando el rostro humano y político que tuvieron, no podemos decir lo mismo de quienes combatieron en las islas por una causa que consideraron legítima, al igual que miles de sus compatriotas. La guerra y sus protagonistas oscilan entre dos extremos inaccesibles a la discusión: el limbo de las víctimas, o el Panteón atemporal de los héroes y mártires de la Patria. En la década del ochenta, las agrupaciones de ex combatientes buscaron salir de la trampa de la “causa legítima en manos espúreas”, inscribiendo su experiencia de guerra en la lucha por un país mejor, en el encuentro fraternal con otros explotados, marginados y perseguidos. En ese sentido, Malvinas fue, en una situación concreta y que no tuvo que ver con la guerra sino con sus consecuencias, una oportunidad para pensar un proyecto de país. Acaso ese sea su principal potencial simbólico: constituir, por lo que significa y no por su materialidad, un espacio de vinculación. De allí que sea central tener en cuenta estos desafíos, limitaciones y también potencialidades en vísperas del 30° aniversario de la guerra.

Vísperas

A estas alturas, la tríada de “memoria, verdad y justicia” se ha transformado en un tópico polisémico —no podría ser de otro modo, dada la amplitud de los conceptos, que sólo adquieren precisión en tanto se los ancla históricamente— ubicuo y omnipresente, a distintas escalas, en el espacio público argentino. Esto se debe, desde una perspectiva geológica, a la lucha incesante de los organismos de derechos humanos en las décadas del setenta y el ochenta, al profundo gesto institucional del Juicio a las Juntas (1985), a las reacciones de la sociedad civil contra la política de olvido del menemismo (materializada en los indultos de 1989 y 1990), a la irrupción de los “estudios de la memoria” en el campo de las Ciencias Sociales y genéricamente, en la cultura, y más recientemente, a la adopción por parte del extinto presidente Néstor Kirchner de estas banderas como eje de su gestión, para transformarlas en política de Estado desde su asunción en mayo de 2003. Banderas que siguen siendo parte central del discurso de la actual presidenta Cristina Fernández, su viuda.

Las discusiones en torno a esta cuestión han tenido distintos tonos y aristas. Se ha criticado la utilización política de “la memoria” por parte del Estado, tanto como las miradas “sesgadas” en relación al pasado, ancladas fundamentalmente en la recuperación de una mitología setentista que, con una cierta perspectiva, hoy podríamos adjudicar mucho más a los simpatizantes del kirchnerismo que a su líder: el gesto presidencial de reivindicarse en la ESMA como parte de una generación militante y diezmada por la represión, en 2004, disparó energías sociales que lo excedieron, así como relecturas por parte de sus congéneres sobrevivientes y, también, de otros más jóvenes.

En vísperas de los treinta años de la guerra, los desafíos que presenta el traslado de la política de memoria, verdad y justicia del gobierno al territorio de la rememoración de la guerra de Malvinas son evidentes. Pero es cierto que así como sería fructífero tanto desde la perspectiva de desembarazar la posición internacional argentina de lastres internos como, en el mismo movimiento, profundizar el proceso de (re)conocimiento social del pasado dictatorial, un proceso semejante pondría a prueba también la profundidad del compromiso del actual gobierno con una política de la memoria que propone una revisión judicial del pasado desde un paradigma democrático.

En un sentido que excede a la mera coyuntura, definir qué estamos discutiendo cuando polemizamos sobre Malvinas ayudaría, en primer lugar, a profundizar las políticas de memoria y justicia en relación con el pasado reciente. Pero, también, a dar precisión a una disputa casi bicentenaria con Gran Bretaña, que si bien tuvo su origen en la usurpación de 1833 el impacto de la guerra de 1982 impide pensar en perspectiva. En tercer lugar, reparar las consecuencias de una generalización injusta que pasa por la privación del respeto y homenaje a quienes, habiendo combatido en Malvinas, esperan el reconocimiento histórico por sus acciones.

Si decimos que todavía no podemos pensar en perspectiva el conflicto diplomático por la soberanía del archipiélago, se debe fundamentalmente al peso del pasado reciente, a la herida que la guerra de Malvinas infligió en distintos niveles al conjunto de la sociedad argentina. Se trata de una ambigüedad peligrosa: sucede que para algunos sectores, con el argumento de que los combates de 1982 fueron parte de una guerra “justa”, “antiimperialista” y “patriótica”, las trayectorias de muchos de los oficiales y suboficiales que participaron en ella no deberían ser revisadas, o en todo caso, no deberían ser

determinantes para pensar la guerra frente al “compromiso sagrado” o “mayor” que significa haber arriesgado o dado la vida por la patria.

No obstante, en la capacidad extorsiva de ese razonamiento radica el principal punto conflictivo de lo irresuelto en Malvinas: porque fue desde esa concepción “patriótica” que, antes de empeñarse en batalla en el Atlántico Sur, muchos militares participaron en la represión ilegal. Como consecuencia de esta operación, que tiene por principal finalidad preservar la “causa nacional” amenazada por críticas consideradas “secundarias”, implícitamente se pone llave también a la posibilidad de avanzar en el juzgamiento y la condena de los crímenes por violaciones a los derechos humanos, que son nodales para la profundización de la construcción de una sociedad democrática, encarada con altibajos desde 1983.

En vísperas de cumplirse treinta años del final de la guerra de Malvinas, deberíamos ser capaces de discutir lo que la gloria y la patria, tras una dictadura, significan. Cada uno de los polos argumentales que describimos a lo largo de este libro aciertan en algunos de sus argumentos: los combatientes de 1982 no murieron para recuperar la democracia, sino en la guerra contra Gran Bretaña; pero eso es tan cierto como que no fue San Martín quien los condujo a la batalla, sino Galtieri.

No puede haber gloria al viejo estilo escolar, sencillamente porque una dictadura atravesó estas experiencias y se nutrió de esas tradiciones y genealogías para hacer su trabajo sangriento. No puede haber gloria en esa clave porque la dictadura militar invocó precisamente aquella patria billikenesca para conducir tanto la represión como la guerra de Malvinas. No puede hablarse en tonos épicos tradicionales de Malvinas sencillamente porque la experiencia argentina aún debe encontrar el registro para narrarla. La literatura, como antes señalamos, ha aportado algunas claves al respecto.

En la búsqueda de ese registro y formas se encuentran la posibilidad y la necesidad política de una palabra que establezca a quiénes honrar, de un gesto y un proceso que coloquen una guerra ya sacrosanta, ya demonizada (pero en ambos casos intangible), en el lugar de la historia en el que vuelva a ser aprehensible para las generaciones.

Hay una primera usurpación que remediar antes que la recuperación del archipiélago. Se trata de la expropiación tanto del pasado como de los instrumentos para conocerlo. Recién entonces, tal vez, será posible una política nacional que sostenga con dignidad y coherencia el reclamo ante la agresión británica.

Y aquí, humildemente, pero también por haber sido navegantes de estos archipiélagos de la memoria, decimos que desde el punto de vista de la mirada al futuro hace falta una palabra que señale que no puede haber honra en las manos manchadas de sangre de compatriotas, aunque luego combatan contra un enemigo imperial. Una palabra que redefina, fruto del proceso de justicia, a quiénes debe una comunidad reconocer en su sacrificio y su entrega, como una forma de señalar los lazos que nos unen como pueblo y nos separan de la barbarie, esa cualidad tan humana.

Como señalamos, sería desafiante que las operaciones en torno a la memoria, la verdad y la justicia que propone el kirchnerismo desde hace ocho años como un emergente de un proceso social mayor extendieran sus esfuerzos a la guerra de Malvinas. No obstante, esto no es suficiente: algunos de los autores que glosamos, que se ubican en espacios antagónicos, así como distintos actores sociales, encuentran espacio para sus discursos. Pueden coexistir en un diálogo de sordos, alternarse o combatirse, pero anclan

fundamentalmente en la subjetividad de sus emisores, en la experiencia histórica, en los lazos de sangre tan criticados en otros planos, en las distintas formas de propiedad sobre el pasado que construyen desde su lugar de enunciación.

Si bien la verdad histórica y la justicia obligan a ciertas precisiones, son también insuficientes, ya que Malvinas, en tanto "causa nacional", está "por encima" de las disputas, al punto de tener rango constitucional. Conviene atender, por lo tanto, al lado prospectivo de estas discusiones sobre el pasado. Colocarnos desde la función pedagógica del recuerdo e imaginar un relato sobre Malvinas desde sus consecuencias, tomando su fuerza como ficción orientadora y enfatizando otros aspectos de sus características como proceso histórico.

En primer lugar, reconocer la guerra como lo que fue: una decisión autoritaria de un gobierno ilegítimo y sanguinario, que retrasó por décadas la paciente construcción diplomática de distintos gobiernos y funcionarios argentinos. Y una vez producida, distinguir entre sus combatientes a quienes sin estar involucrados con la dictadura enfrentaron a una potencia imperialista y en muchos casos a sus propios oficiales en nombre de todos (y en el mismo proceso, reconocer a los suboficiales y oficiales que no entran en esa descripción).

No hay gloria, como fue señalado, en una guerra así; al menos, no la hay en un sentido épico tradicional. Pero llevó décadas, por ejemplo, reconocer "resistencias" en la vida cotidiana en los centros clandestinos de la dictadura donde solo se veían "traiciones" y "quiebres". Es de rigor que los intelectuales comprometidos con la verdad y la democracia hagamos el esfuerzo de pensar conceptos y lenguajes que se hagan cargo de lo que somos también para la guerra de 1982.

Emergerá, entonces, una clave de lectura de Malvinas que dará cuenta de la historia y del futuro: aquella que enfatiza que, aunque no la buscaron, le debemos a los ex soldados combatientes de Malvinas, a los muertos, y a sus familias, esta democracia aun imperfecta que nos permite, por ejemplo, escribir estas líneas o imaginar la disputa por el archipiélago en el marco de una política regional, y no de espaldas a nuestro continente. Se la debemos tanto como a los luchadores por los derechos humanos, a los delegados corajudos, a las víctimas del terrorismo de estado.

En vísperas del 30° aniversario de la guerra emerge un espacio abierto y controversial que tanto puede ser un final como un principio. Tanto puede profundizarse el proceso de reconocimiento histórico a quienes combatieron y de castigo a los responsables de la tragedia como la definitiva sacralización de la guerra calificada de "gesta", tanto contra los británicos como contra muchos de sus propios oficiales. El Informe Rattenbach, una voz producida por los mismos sectores castrenses, aguarda una legitimación estatal, al igual que esperamos la conformación de un equipo que produzca una historia oficial de la guerra, como lo hizo el Reino Unido en 2007. Las iniciativas de juicios por la verdad que sostuvieron la lucha por la memoria cuando las leyes de impunidad parecían haberlas cerrado son también una posibilidad de construir un piso de verdad que comience a zanjar diferencias.

Como nos hemos ocupado de explicar en el capítulo correspondiente al kirchnerismo y Malvinas, afirmamos lo anterior desde una mirada prospectiva, y gramsciana, según aquello del pesimismo de la razón y el optimismo de la voluntad. Estamos ante un horizonte abierto (pero sólo eso) que nos permite reincidir en lo que en 1982 sostenían las

agrupaciones de ex combatientes y los organismos de derechos humanos: que no hay democracia y justicia sin verdad.

Notas

1 Diego Brodersen, "No hay una posición clara", Ñ, 10 de septiembre de 2005.

2 Gustavo NG, "Las heridas secretas de la guerra", Ñ, 10 de septiembre de 2005.

3 Leonardo D'Espósito, "La turba del consenso". Perfil, 11/09/2005.

4 Hay otros libros que tomaron la guerra como tema. Probablemente el más conocido sea Los Pichiciegos, de Rodolfo Fogwill, escrito en dos días de junio de 1982. Osvaldo Soriano, en A sus plantas rendido un león (1986), relata las peripecias de Faustino Bertoldi, cónsul argentino en Bongwutsi, que libra una delirante guerra personal contra el Imperio británico. Una novela mucho menos difundida pero impactante es Arde aún sobre los años, de Fernando López (1986). El grupo de cinéfilos liderado por el Moro, habitantes de la pequeña localidad de San Tito, experimenta las condiciones de vida restrictivas de la dictadura y su cotidianeidad se ve rota por dos episodios: la filmación de un policial, y la partida del Moro, primero para el servicio miliar, y luego a la guerra. Cuando esta termina, nadie puede decir dónde está el Moro, que ha vuelto muy malherido: es un desaparecido más.

5 Carlos Gamerro, Las Islas, Buenos Aires, Simurg, 1998, pp. 108-109.

6 Carlos Gamerro, Las Islas, p. 300.

7 Idem, pp. 323-324.

8 Idem, p. 575.

9 Gustavo Caso Rosendi, Soldados, Ministerio de Educación de la Nación, Argentina, 2007.

10 Antoine Prost, Monuments to the Dead, p. 309.

11 En su reedición de Malvinas. La última batalla de la Tercera Guerra Mundial, Horacio Verbitsky afirma que "El redimensionamiento de lo militar en la sociedad requiere una evaluación correcta del 2 de abril de 1982. Este libro no se propone otra cosa". (Buenos Aires, Sudamericana, 2002, p. 13).

12 Vicente Palermo, "Dificultades de las políticas nacionalistas", en Ñ N° 107, 15 de octubre de 2005, p. 11. Esta nota generó una polémica con el antropólogo Alejandro Grimson (ver revistas Ñ números 110, 112 y 114).

13 Antoine Prost, Monuments to the Dead, p. 330.

14 Beatriz Sarlo, Tiempo pasado, p. 91.

15 Carlos Gamerro, "14 de junio, 1982. Tras un manto de neblina", Radar, 16 de junio de 2002, p. 4.

16 Paul Ricoeur, "El hombre no violento y su presencia en la historia", en Historia y verdad, Madrid, Encuentro, 1990, p. 216.

17 De allí que, como afirma Carlos Floria, la recurrencia de los debates en torno a la cuestión del nacionalismo se deba a que estos son tributarios de "una problemática histórica a la vez precisa y concreta". Carlos Floria, Pasiones nacionalistas, Buenos Aires, FCE, 1998, p. 19.

Fuentes y bibliografía citada

Entrevistas

Archivo del autor

Omar Olsiewich, soldado clase 1963, Regimiento de Infantería 3. 1994.

José Omar Ojeda, soldado clase 1963, Compañía Comando Servicios, III Brigada. 1994.

Ramón Ayala, soldado clase 1962, Batallón de Infantería de Marina 5. 1994.

Alejandro Ramón Cano, soldado clase 1962, Grupo de Artillería Aerotransporta 4. 1994.

Archivo Oral de la Asociación Civil Memoria Abierta

Carlos Álvarez. 26 de septiembre de 2003.

David Blaustein. 1 de noviembre de 2002.

Alejandro Cattaruzza. 2004.

Ana Chávez. 6 de septiembre de 2002.

Pedro Galín. 29 de septiembre de 2003.

Jorge Giles. 11 de septiembre de 2002.

Mario Kestelboim. 12 de junio de 2003

Luis Piaggi. 14 de julio de 2003.

Juan Salinas. 6 y 11 de noviembre de 2002.

Marcelo Schapces. 18 de noviembre de 2002.

Fuentes inéditas

Archivo DIPBA, en custodia de la Comisión Provincial por la Memoria, provincia de Buenos Aires. Legajo 18.017 “Malvinas”, varios tomos y Mesa DS, Carpeta: Varios. Legajo 20020.

Calvo, Julio, palabras de apertura de las “Olimpíadas Malvinas Argentinas”, Puerto Madryn, 2004. Archivo del autor.

Comisión de Familiares de Caídos en Malvinas e Islas del Atlántico Sur, Nota a la Ministra de Defensa, 14 de mayo de 2007. Subrayado en el original.

Correspondencia de “José”, abril–junio de 1982. Archivo del autor.

Correspondencia de Mrs. W. R. Mc Kay. Archivo del Imperial War Museum, Londres.

Comunicaciones personales entre el autor y Miguel Ángel Trinidad.

Instrucciones a los prisioneros argentinos al abordar el Canberra. Archivo del Imperial War Museum, Londres.

Miller, T. J. D., Diary of Events April–June 1982. Archivo del Imperial War Museum, Londres.

Pelegrinelli, Daniela, A propósito de Malvinas, comunicación personal. Archivo del autor.

Fondo Luis Moreno Ocampo. Archivo de la Asociación Civil Memoria Abierta.

Documentos e informes

CEPAL/ CELADE. Boletín demográfico Nº 66, julio 2000.

Colegio Nacional de Buenos Aires. Discurso pronunciado por el Doctor Alfredo de Las Carreras al asumir el cargo de rector del Colegio Nacional de Buenos Aires, 1982.

CONADEP. Nunca Más, 1984 (1997).

Familiares de Desaparecidos y Detenidos por Razones Políticas. El caso Astiz, 1982.

Federación de Veteranos de Guerra de la República Argentina (FVGRA). Razones por las cuales el hundimiento del Crucero A.R.A. “Gral. Belgrano” es un crimen de guerra, 1994.

Ejército Argentino. Informe Oficial del Ejército Argentino. Conflicto Malvinas, Tomos I y II. 1983.

Informe Rattenbach, Buenos Aires, Ediciones fin de siglo, 2000.

“Palabras de la Presidenta de la Nación, Cristina Fernández de Kirchner, en el acto de conmemoración del día del veterano de guerra y XXIX aniversario de la gesta de Malvinas, en la ciudad de Río Gallegos, provincia de Santa Cruz”. En http://www.presidencia.gov.ar

Programa de Salud del Veterano de Guerra Bonaerense–Dirección de Salud Mental. Malvinas, entre el silencio y la palabra, Buenos Aires, 2002.

Publicaciones de ex combatientes

2 de Abril

Centro de Ex Soldados Combatientes de Malvinas. Combatiendo: de Malvinas hacia una nueva Argentina, Año I, N° 1, septiembre de 1984.

Centro de Ex Soldados Combatientes de Malvinas. Primer Encuentro Nacional de Ex Combatientes. Documento (1983).

Centro de Ex Soldados Combatientes de Malvinas. Documentos de Post Guerra. Nº 1. Serie de Cuadernos para la Malvinización, Buenos Aires, 1986.

Centro de Ex Soldados Combatientes de Malvinas. La voz del combatiente de Malvinas.

Gaucho Rivero

Malvinizar

Publicaciones del exilio argentino

Comunidad 30 (Estocolmo)

Testimonio Latinoamericano (Barcelona)

Resumen de Actualidad Argentina (Madrid)

Publicaciones oficiales

Soldados

Revistas políticas

Búsqueda

Jotapé

Libros y artículos

Aguilar Fernández, Paloma y Humblebaek, Carsten, “Collective Memory and National Identity in the Spanish Democracy”. En History & Memory, Número 1/2, otoño de 2002.

Anguita, Eduardo y Caparrós, Martín, La voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina 1966-1973, Tomo I.

Ares, Daniel, Banderas en los balcones, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1994.

Armony, Ariel, La Argentina, los Estados Unidos y la cruzada anticomunista en América Central, 1977-1984, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 1999.

Balza, Martín, Dejo constancia. Memorias de un general argentino, Buenos Aires, Planeta, 2001.

Balza, Martín, Malvinas. Gesta e incompetencia, Buenos Aires, Atlántida, 2003.

Bandieri, Susana, Historia de la Patagonia, Buenos Aires, Sudamericana, 2005.

Bignone, Reinaldo B. A., El último de facto. La liquidación del Proceso. Memoria y testimonio, Buenos Aires, Planeta, 1992.

Blaustein, Eduardo y Zubieta, Martín, Decíamos ayer. La prensa argentina bajo el Proceso, Buenos Aires, Colihue, 1998.

Bonzo, Héctor, 1093 tripulantes del Crucero ARA General Belgrano. Testimonio y homenaje de su comandante, Buenos Aires, Sudamericana, 1992.

Bourke, Joanna, An Intimate History of Killing. Face-To-Face Killing in Twentieth Century Warfare, Londres, Granta, 1999.

Bramley, Vincent, Los dos lados del Infierno, Buenos Aires, Planeta, 1994.

Bramley, Vincent, Viaje al infierno. Escenas de una batalla en la guerra de Malvinas, Buenos Aires, Planeta, 1992.

Bernetti, Jorge y Giardinelli, Mempo, México: el exilio que hemos vivido. Memoria del exilio argentino en México durante la dictadura 1976-1983, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2003.

Bertoni, Lilia Ana, Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX, Buenos Aires, FCE, 2001.

Brocato, Carlos A., El exilio es el nuestro. Los mitos y los héroes argentinos. ¿Una sociedad que no se sincera?, Sudamericana-Planeta, Buenos Aires, 1986.

Carlos Brocato, ¿La verdad o la mística nacional?. En Pensamiento de los confines, número 21, diciembre 2007.

Bustos, Dalmiro M., El otro frente de la guerra. Los padres de las Malvinas, Ramos Americana Editora, Buenos Aires, 1982.

Calveiro, Pilar, Política y/ o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años 70, Buenos Aires, Norma, 2005.

Carballo, Pablo y Marcos, Capitán, Dios y los halcones, Buenos Aires, Editorial Abril, 1983.

Cardoso, Julio, “La postguerra como campo de batalla”. En nomeolvidesorg.com.ar. Originalmente, esta ponencia fue presentada durante el Primer Congreso Latinoamericano “Malvinas, una Causa de la Patria Grande”, 2010, desarrollado en la Universidad Nacional de Lanús.

Caso Rosendi, Gustavo, Soldados, Ministerio de Educación de la Nación, 2007.

Ceballos, Enrique y Buroni, José, La medicina en la guerra de Malvinas, Buenos Aires, Círculo Militar, 1992.

Cichero, Daniel, Bombas sobre Buenos Aires. Gestación y desarrollo del bombardeo aéreo sobre la Plaza de Mayo del 16 de junio de 1955, Buenos Aires, Vergara, 2005.

Clarke, Guillermo, y otros, Palabras de honor: relatos de vida de soldados ex combatientes de Malvinas, La Plata, Instituto Cultural de la Provincia de Buenos Aires. Archivo Histórico de la provincia de Buenos Aires, 2007.

D’Andrea Mohr, José Luis, El Escuadrón perdido, Buenos Aires, Planeta, 1998.

De María, Teófilo, Organización Institucional y Política Argentina vigente durante el Proceso de Reorganización Nacional. Auxiliar didáctico complementario de “Instrucción Cívica”, Buenos Aires, Ediciones Civismo, 1981.

De Santis, Daniel (selección), A vencer o morir. PRT-ERP. Documentos, Buenos Aires, Eudeba, 1998.

Escudero, Lucrecia, Malvinas: el gran relato. Fuentes y rumores en la información de guerra, Barcelona, Gedisa, 1996.

Esteban, Edgardo, Iluminados por el fuego. Confesiones de un soldado que combatió en Malvinas, Buenos Aires, Sudamericana, 1993.

Esteban, Edgardo, Malvinas, diario del regreso (Iluminados por el fuego), Buenos Aires, Sudamericana, 2005.

Esteban, Edgardo, “Malvinas, una herida abierta”. En Le monde Diplomatique, febrero 2008.

Falcón, Susana, 20 años. Memorias de la impunidad y el olvido. Argentina 1976/1996, Sevilla, Organización nacional de Ciegos de España

Finkelstein, Oscar, Crónica de un sueño, Buenos Aires, AC Editora, 1994.

Floria, Carlos, Pasiones nacionalistas, Buenos Aires, FCE, 1998.

Fundación Soldados, Malvinas. 20 años. 20 héroes, Buenos Aires, Fundación Soldados, 2002

Gamerro, Carlos, Las Islas, Buenos Aires, Simurg, 1998.

Giussani, Pablo, Los días de Alfonsín, Legasa, Buenos Aires, 1986.

Goñi, Uki, Judas. La verdadera historia de Alfredo Astiz, el infiltrado, Buenos Aires, Sudamericana, 1996.

Greco, Jorge y González, Gustavo, Argentina: el Ejército que tenemos, Buenos Aires, Sudamericana, 1990.

Guber, Rosana, ¿Por qué Malvinas?: de la causa nacional a la guerra absurda, Buenos Aires, FCE, 2001.

Guber, Rosana, "1966: La otra Operación Cóndor". En Todo es Historia, Nº 417, abril de 2002.

Guber, Rosana, De chicos a veteranos. Memorias argentinas de la guerra de Malvinas. Buenos Aires, Antropofagia, 2004.

Hass, Kristin Ann, Carried to the Wall. American Memory and the Vietnam Veterans Memorial, Berkeley, University of California Press, 1998.

Hynes, Samuel, "Personal narratives and commemoration". En Jay Winter y Emmanuel Sivan (compiladores), War and Remembrance in the Twentieth Century. Cambridge, Cambridge University Press, 1999.

Jensen, Silvina, Suspendidos de la historia/exiliados de la memoria. El caso de los argentinos desterrados en Cataluña (1966-...), Barcelona, Departament d´Història Moderna i Contemporània, Universitat Autònoma de Barcelona, 2004. En http//www.tdx.cesca.es/TDX-1024105-231137.

Jiménez, Isaías, El halcón perdido, San Isidro, Neyce, 1987.

Kaufman, Alejandro, "Violencia y memoria: alrededor de dos textos de la historia reciente". En Pensamiento de los confines, número 21, diciembre 2007.

Kasanzew, Nicolás, La pasión según Malvinas, Buenos Aires, edición del autor, 2007.

Keegan, John, The Face of Battle, London, Pimlico, 2000.

Kollmann, Raúl, Sombras de Hitler. La vida secreta de las bandas neonazis argentinas. Sudamericana, Buenos Aires, 2001.

Kon, Daniel, Los chicos de la guerra, Buenos Aires, Galerna, 1984.

Lapajufker, Marcelo, Hay dos cartas sin abrir. Huellas y heridas de una guerra. Malvinas, 25 años después, Buenos Aires, edición del autor, 2007.

Lorenz, Federico, "El malestar de Krímov. Malvinas, los estudios sobre la guerra y la historia reciente argentina". En Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba, Estudios N° 25 (Enero-Junio 2011).

Lorenz, Federico. "The Unending War. Social Myth, Individual Memory, and the Malvinas". En K. Rogers, S. Leydesdorff y G. Dawson, Trauma and Life Stories. International Perspectives, Londres y Nueva York, Routledge, 1999.

Mayorga, Horacio, Contraalmirante (RE), No vencidos. Relato de las operaciones navales en el conflicto del Atlántico Sur, Buenos Aires, Planeta, 1998.

Ministerio de Educación, Pensar Malvinas. Una selección de fuentes documentales, testimoniales, ficcionales y fotográficas para trabajar en el aula, Buenos Aires, 2009

Mosse, George, Fallen Soldiers. Reshaping the Memory of the World Wars, Londres, Oxford University Press, 1990.

Néré, Jacques, La guerra de Secesión, Buenos Aires, EUDEBA, 1965.

Novaro, Marcos y Palermo, Vicente, La dictadura militar 1976-1983: del golpe de Estado a la restauración democrática, Buenos Aires, Paidós, 2003.

O'Connell, Stella Maris, Los cantos populares en las manifestaciones políticas, Buenos Aires, CEAL, 1992.

Obiols, Guillermo, La memoria del soldado. Campo de Mayo (1976-1977), Buenos Aires, Eudeba, 2003.

Piaggi, Ítalo, El combate de Goose Green. Diario de guerra del comandante de las tropas argentinas en la más encarnizada batalla de Malvinas, Buenos Aires, Planeta, 1994.

Pirich, Gustavo, Hojas de ruta. De la guerra de Malvinas a la guerra en el continente, Buenos Aires, Dunken, 2008.

Plis–Sterenberg, Gustavo, Monte Chingolo. La mayor batalla de la guerrilla argentina, Buenos Aires, Planeta, 2003.

Prost, Antoine, "Monuments to the Dead". En Pierre Nora (director), Realms of Memory. The Construction of the French Past, Nueva York, Columbia University Press, 1996-1997. Volumen II: "Traditions".

Pujol, Sergio, Rock y dictadura, crónica de una generación (1976-1983), Buenos Aires, Emecé, 2005.

Ricoeur, Paul, "El hombre no violento y su presencia en la historia". En Historia y Verdad, Madrid, Encuentro, 1990.

Robacio, Carlos y Hernández, Jorge, Desde el frente. Batallón de Infantería de marina Nº 5, Buenos Aires, Solaris, 1996.

Rojas, Isaac Francisco, La Argentina en el Beagle y Atlántico Sur, Buenos Aires, Editorial Diagraf, 1978.

Romero, Luis Alberto, Breve historia contemporánea de la Argentina, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2003.

Romero, Luis Alberto, La Argentina en la escuela, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004.

Rozitchner, León, Las Malvinas: de la "guerra sucia" a la "guerra limpia", Buenos Aires, CEAL, 1985.

Ruiz Moreno, Isidoro, Comandos en acción. El Ejército Argentino en Malvinas. Buenos Aires, Emecé, 1986.

Saccomano, Guillermo Bajo Bandera, Buenos Aires, Planeta, 1991.

Sagastume, Gabriel, La lluvia curó las heridas. Viaje a las Islas Malvinas, La Plata, de la talita dorada, 2007.

Sarlo, Beatriz, La audacia y el cálculo. Kirchner 2003-2010, Buenos Aires, Sudamericana, 2011

Sarlo, Beatriz, Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005.

Schönfeld, Manfred, La Guerra Austral, Buenos Aires, Desafíos Editores, 1982.

Speranza, Graciela y Cittadini, Fernando, Partes de guerra. Malvinas 1982, Buenos Aires, Edhasa, 2005.

Terragno, Rodolfo, Falklands, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 2002.

Terzano, Daniel, 5000 adioses a Puerto Argentino, Buenos Aires, Galerna, 1985.

Tison, Stéphane, “Le traumatisme de la Grande Guerre”. En Thomas Ferenczi (director), Devoir de mémoire, droit à l’oubli?, París, Éditions Complexe, 2001.

Trímboli, Javier y Hora, Roy (compiladores), Altamirano y otros, La izquierda en la Argentina, Buenos Aires, Manantial, 1998.

Túrolo, Carlos M., Así lucharon. Buenos Aires, Sudamericana, 1985.

Vargas, Salvador, Malvinas. Historias breves y sentimientos. Bueos Aires, Editorial Dunken, 2004.

Vassel, Pablo Andrés, Memoria, Verdad, Justicia y soberanía. Corrientes en Malvinas, La Plata, Ediciones al Margen, 2007.

Verbitsky, Horacio, El vuelo, Planeta, Buenos Aires, 1995.

Verbitsky, Horacio, La posguerra sucia. Un análisis de la transición, Buenos Aires, Legasa, 1985.

Verbitsky, Horacio, Malvinas: La última batalla de la Tercera Guerra Mundial, Buenos Aires, Sudamericana, 2002.

Vezzetti, Hugo, Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002.

Walsh, Rodolfo, Operación Masacre, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 2003.

Winter, Jay, Sites of memory, Sites of Mourning. The Great War in European Cultural History, Cambridge, Cambridge University Press, 1995.

Yofre, Juan Bautista, 1982. Los documentos secretos de la guerra de Malvinas/Falklands y el derrumbe del Proceso, Buenos Aires, Sudamericana, 2011.

Diarios, periódicos y suplementos culturales

Ámbito Financiero

Clarín

Ecos Diarios (Necochea)

El Chubut (Chubut)

El Sureño (Tierra del Fuego)

Impacto (Puerto Madryn)

Jornada (Puerto Madryn)

La Nación

La Nueva Provincia (Bahía Blanca)

La Prensa

Ñ. Revista de Cultura de Clarín

Página 12

Perfil

Radar. Suplemento de cultura de Página 12.

Tiempo Argentino

Tiempo Fueguino (Tierra del Fuego)

Revistas

ADS. Aristócratas del Saber, revista de los alumnos del Colegio Nacional de Buenos Aires, 1986.

Aeroespacio

Clarín Revista

El Porteño

Gente

Humor

La Gesta, revista de la Comisión Permanente de Homenaje a la Gesta del Atlántico Sur.

La Semana

Lote (Venado Tuerto)

Noticias

Puentes, revista de la Comisión Provincial por la Memoria (La Plata, Buenos Aires).

Radiolandia 2000

Revista 10

Siete Días

Somos

Todo es Historia

Trespuntos

Viva

Fuentes audiovisuales

Desobediencia debida, Victoria, Reale, 2010.

Iluminados por el fuego, Tristán Bauer, 2005.

La deuda interna, Miguel Pereira, 1988.

Locos de la bandera, Comisión de Familiares de Caídos en la Guerra de Malvinas (dir. Julio Cardoso), 2005.

Los chicos de la guerra, Bebe Kamin, 1984.

Hijos.doc, América TV, 1999.

Sitios de internet

www.colegiomilitar.mil.ar/2005/historia/egresados.asp

nomeolvidesorg.com.ar

http://www.presidencia.gov.ar/discursos

Federico Lorenz es profesor y licenciado en Historia, doctor en Ciencias Sociales e investigador adjunto del CONICET con sede en el Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani" (UBA). Enseña Historia en el Colegio Nacional de Buenos Aires. Ha publicado numerosos artículos relativos a la historia reciente argentina y a las relaciones entre memoria y educación en revistas nacionales y extranjeras. Algunos de sus libros son Algo parecido a la felicidad. Una historia de la lucha de la clase trabajadora durante la década del setenta (2013), Fantasmas de Malvinas, Un libro de viajes (2020), Cenizas que te rodearon al caer. Vidas y muertes de Ana María González, la montonera que mató al jefe de la Policía Federal (2017), La llamada. Historia de un rumor de la posguerra de Malvinas (2021), Malvinas. Historia, conflictos, perspectivas (2022) y las novelas Montoneros o la ballena blanca (2012), Los muertos de nuestras guerras (2013) y Para un soldado desconocido (2022).


edhasa